
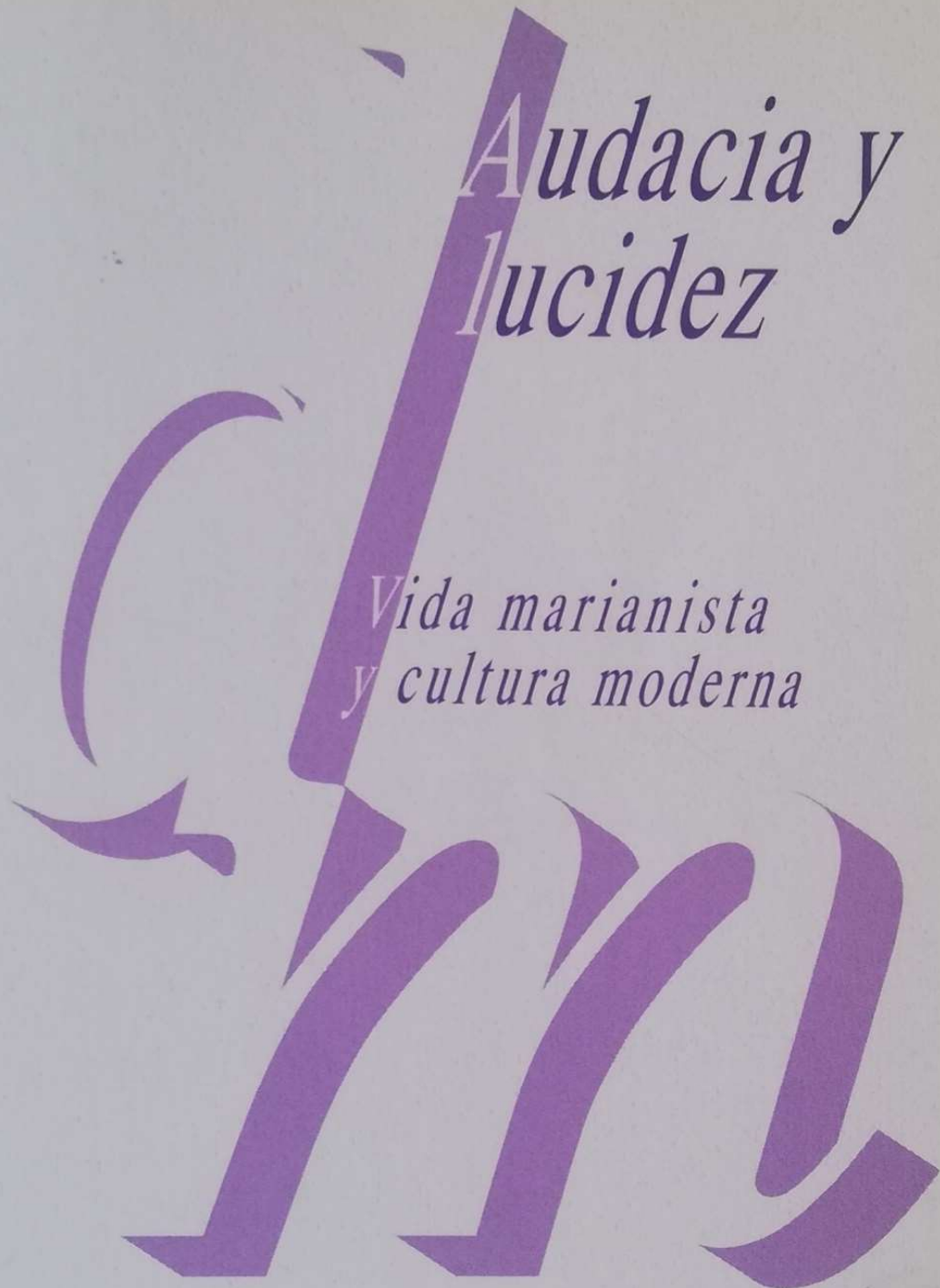



D O C U  E N T O S

*Audacia y
lucidez*

*Vida marianista
y cultura moderna*



M A R I A N I S  A S

Libro: Audacia y Lucidez

Autor: Publicaciones Marianistas

Pág.:224 – Madrid , 1992

Audacia y lucidez

Vida marianista y cultura moderna

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

MANUEL BARBADILLO SM, Director de "Publicaciones Marianistas"

INTRODUCCIÓN

Una nueva vida marianista para una nueva cultura

JOSÉ MARIA ARNAIZ SM, Asistente General de Vida Religiosa

I. DOCUMENTOS

1. *Hagamos de la cultura marianista nuestra cultura dominante*

QUENTIN HAKENEWERTH SM, Superior General

2. *Textos entresacados de Misión y Cultura, documento oficial del Capítulo de 1991*

II. VIDA MARIANISTA Y CULTURA MODERNA

1. *Audacia y discernimiento*

JOHANN G. ROTEN SM, Director de la "Marian Library", Dayton

2. *Conocer la cultura en que vivimos*

Mons. DANIEL PILARCZYK, Arzobispo de Dayton

3. *Misión y cultura*

JOHN F. KAVANAUGH SJ

4. *Algunas consideraciones sobre la cultura marianista*

ROBERT D. WOOD SM

5. *Misión de la comunidad marianista en la cultura de hoy*

AMBROGIO ALBANO SM, Director de AGMAR y de CEMAR

III. LA VIDA MARIANISTA EN DISTINTOS CONTEXTOS CULTURALES

1. *Vida marianista y cultura norteamericana*

JOHN A. MCGRATH SM

2. *Vida marianista y cultura colombiana*

CECILIO DE LORA SM, Superior Regional de Colombia

3. *Vida marianista y cultura europea*

PEDRO GONZÁLEZ BLASCO SM

4. *Vida marianista y cultura en el África negra francófona*

HUGO SCHWAGER SM

5. *Vida marianista y cultura india*

DAVID A. FLEMING SM, Superior del Distrito de Asia Meridional

6. *Vida marianista y cultura japonesa*

SHINICHIRO J. YOSHIMURA SM, Provincial de Japón

IV. PARA CONTINUAR EL DISCERNIMIENTO INICIADO

1. *El camino del discernimiento*

LUIS CASALÁ SM, Provincial de Argentina

2. *Educación, misión y cultura*

THOMAS F. GIARDINO SM, Asistente General de Educación

3. *La comunidad religiosa en la nueva cultura*

LORENZO AMIGO SM, Provincial de Madrid

CONCLUSIÓN

Audaces y lúcidos

JOSÉ MARÍA ARNAIZ SM, Asistente General de Vida Religiosa

PRESENTACIÓN

Cuando un marianista ojea, en AGMAR, la documentación de un Capítulo General, lo primero que le llama la atención es la gran cantidad de literatura que cualquier Capítulo genera: comunicados de la Comisión Preparatoria, encuestas, estudios relacionados con el tema del Capítulo, ponencias, memorias del Superior General y de sus asistentes, mociones de marianistas del mundo entero, actas de las comisiones de trabajo, actas de las sesiones plenarias, conclusiones, etc.

Todo lo anterior -y más, que la lista no es exhaustiva- concreta en un rimerero de papel de considerable altura, que llena varias cajas y pesa muchos kilos y que, al final, llega a Roma, donde se archiva celosamente, a la espera del santo advenimiento de algún investigador.

Y uno experimenta algo parecido a decepción al ver que lo único que, a la postre, al marianista de tropa le llega sobre el Capítulo es el "documento oficial". Misión y Cultura se llama el del último Capítulo, y es un pequeño libro -folleto más bien de 15 x 21 centímetros y 93 gramos de peso.

Cierto que este pequeño documento contiene la quintaesencia del Capítulo; cierto, también, que de él nos pueden decir con toda verdad: Hoc fac et vives; y cierto, finalmente, que no todos los papeles de un Capítulo poseen igual valor. Pero también es cierto que por todos ellos fluye una abundante y rica doctrina marianista que queda aparcada para siempre y que, sin embargo, nos haría bien conocer.

Por eso nos alegramos cuando supimos que la Administración General quería publicar -¿por primera vez en nuestra historia?-, además de Misión y Cultura, otros documentos del Capítulo y varios artículos encargados con posterioridad, todos ellos sobre el mismo tema: "Vida marianista y cultura moderna". Por eso, cuando el P. José María Arnaiz insinuó al Departamento de Publicaciones Marianistas la posibilidad de editarlos, nuestra respuesta fue inmediata y positiva.

Fruto de todo ello es lo que ahora tienes en tus manos: un libro importante que recoge diecisiete trabajos que tratan de la cultura marianista y la cultura moderna. Unos artículos son

doctrinales: artículos para pensar, para meditar, para alumbrar ideas. Otros son más bien informativos y nos muestran las características del mundo en que viven y difunden su carisma unos marianistas inmersos, a veces, en culturas muy distintas de la nuestra.

A mí, personalmente, la lectura de este libro me ha aportado: en primer lugar, un aumento de la conciencia de que pertenecemos a una vasta y multiforme familia religiosa; en segundo lugar, la convicción de que sólo se realiza la misión si existe una previa inculturación en el medio; finalmente, y sobre todo, el convencimiento de que "debemos hacer de la cultura marianista nuestra cultura dominante", sin caer en la ilusión de creer que la gente nos aceptará mejor, y aceptará mejor nuestro mensaje cuanto más "seglares" seamos: de un religioso esperan no que viva como un buen seglar, sino que viva, hable y actúe en consecuencia con su carácter religioso.

P. MANUEL BARBADILLO SM

Madrid, enero de 1992

INTRODUCCIÓN

Una nueva vida marianista para una nueva cultura

P. JOSÉ MARÍA ARNAIZ SM

“Cultura” fue, sin duda, la palabra más repetida durante el Capítulo General de Dayton, en 1991. La cultura fue la gran perspectiva de nuestras reflexiones y decisiones sobre la vida y misión marianistas. Se intentó identificar la cultura moderna y, sobre todo, el dinamismo cultural en que nos hallamos insertos; se emitió un juicio sobre ella; se buscaron criterios para descubrir y valorar sus tendencias, y los capitulares se animaron a recordar con fuerza a todos los hermanos el punto de referencia principal de la cultura: Jesucristo es el centro de toda cultura y de toda vida humana (MC 19).

Pero como no debe haber protesta sin propuesta, se apostó para que la Compañía ofreciera su grano de arena para lograr una cultura renovada que, en expresión de la Sollicitudo rei socialis, fuese una cultura solidaria, fraternal y liberadora¹. Se afirmó que la cultura no viene de Dios, sino que es obra del hombre, pero que insertarse en una cultura tiene que suponer para nosotros un ejercicio de fe, ya que nos ejercita en descubrir las huellas de Dios en ella. En el documento final del Capítulo se afirma, en fin, que “existe una forma marianista de ser, de pensar y de actuar que debería convertirse en una cultura”. Dicho de una manera más simple: que existe una cultura marianista; que hay que saber encontrar la veta cultural a nuestro carisma, a nuestra espiritualidad, a nuestra tradición educativa y formativa; y que, por otra parte, la vida marianista debe hacer su aporte a la cultura moderna desde su originalidad: está llamada a ofrecer con audacia una utopía cultural al hombre de nuestros días.

¹ Juan Pablo II, Sollicitudo rei socialis, núm. 28, 35-38. Discurso a los participantes de la semana de estudios organizada por la Pontificia Academia de las Ciencias (27 de octubre de 1989).

I Por qué esta opción por la cultura

No es fácil tratar el tema de la cultura en un Capítulo General ni en una congregación religiosa; es, más bien, tema de entendidos en filosofía o tema de cátedra universitaria. No es sencillo ver sus implicaciones en la vida marianista; cuesta colocar la vida religiosa en el horizonte amplio de la cultura. Para algunos, la cultura es un tema muy profano, y la vida religiosa no quiere vivir de la cultura, sino de la fe a partir de una experiencia religiosa. Es verdad que nuestra misión y nuestra vida se hacen en una cultura, y que la cultura es un lugar teológico donde se presentan y se leen los signos de los tiempos, pero sólo desde una fe viva y comprometida se pueden descifrar esos signos.

Tenemos conciencia de que estamos en una cultura, y de que con ella nos cultivamos, pero también de que debemos tomar parte activa en la transformación de la misma. Pero ello resulta complicado y exige un ejercicio constante de la vigilancia para hacer buenos discernimientos. A ratos vemos con claridad que, para realizar esto, necesitamos claros puntos de referencia; esos puntos de referencia son el Evangelio, la Regla de Vida, la experiencia y la profecía cultural pronunciada por nuestro Fundador y por otros muchos hombres de fe en nuestra historia. A ratos, también, vivimos la urgencia de vigorizar la vida marianista para que no se deje configurar por esta realidad cultural ambiental ni, menos aún, disolver en la misma. Pero, una vez más, esta urgencia nos turba y desorienta en ocasiones. ¿La cultura es amenaza o desafío de la vida marianista?

Demos un paso más. El tema de la cultura no siempre resulta interesante. Pareciera que la cultura es una realidad abstracta e imprecisa; lo es todo y no es nada; estamos inmersos en ella y damos, también, la impresión de encontrarnos distantes. Es fácil creer que la cultura se pierde entre las páginas de los libros y en los grandes títulos con los que identificamos sus tendencias; para algunos, la cultura es el recurso para eludir o reducir la importancia del tema más candente e inmediato de la condición sociopolítica.

Estas impresiones las han vivido bastantes marianistas en relación con el trabajo del reciente Capítulo General. Todavía no han descubierto por qué los capitulares eligieron como perspectiva de su trabajo "La comunidad marianista en la cultura de hoy". No terminan de considerar valioso el aporte que el Capítulo ha hecho; no les resulta fácil relacionarlo con la conversión personal, la

oración, la disminución de vocaciones, la felicidad de la gente, la vida de comunidad de cada día, sus compromisos pastorales y sociales, su trabajo en la educación, los acentos a poner en su opción por los más pobres; en una palabra, estos marianistas no llegan a tomar conciencia de las implicaciones que este tema supone para el conjunto de la Compañía y para cada uno de sus religiosos.

Por todo ello, para todos nosotros es indispensable ver la interacción entre la adecuada relación y presencia en la cultura moderna y la vitalidad de la Compañía. La vitalidad de la Compañía de María, de una u otra forma, la entiende todo el mundo, la quiere todo el mundo, y todo el mundo, a su manera, la busca y trabaja por ella. Vitalidad significa buen espíritu y mucho espíritu, vigor interior y mística de grupo, crecimiento en calidad y en cantidad; en otras palabras, fecundidad, voluntad decidida de compartir lo mejor de nosotros mismos. Es primacía de los valores de arriba, capacidad para resistir las dificultades, fortaleza para superarlas. Esa vitalidad se manifiesta en nosotros, de manera especial, en una vida según el Espíritu del Señor, fecunda en frutos de alegría, sabiduría, fortaleza y piedad; y en generar vocaciones por nuestro propio dinamismo interno. Todos sabemos, por otra parte, que son síntomas de falta de vitalidad el cansancio, el aburrimiento, la tristeza, el pesimismo, la renuncia a trabajar por desarrollarse y ser más y mejores, el determinismo derrotista, la ausencia de pasión y entrega generosa para hacer las cosas, la falta de ardor y celo por el Reino y por el Señor².

Esta vitalidad era la principal preocupación de los capitulares al iniciarse el proceso de preparación del Capítulo General. Así lo sintió la Comisión Preparatoria desde la primera consulta que hizo. Se quería ponderar esta vitalidad, analizar las causas de una significativa falta de vitalidad en el momento presente de la historia de la Compañía, y encontrar los caminos que llevaran a la fecundidad de la misma³. Siguió siéndolo a lo largo de las sesiones del mismo, y reaparecía cuando se estudiaban los temas más diversos, como el de la reestructuración de las unidades

² José María Salaverri. Circulares 5 y 7.

³ En la vida religiosa actual se pueden ver síntomas preocupantes de anemia y de anomia. La preocupación mayor de la misma estaría más en administración del pasado que en preparar el futuro. Cfr. Secudin, B., Seguimiento y profecía. Herencia y porvenir de la vida consagrada. Ed. Paulinas, Madrid 1986.

administrativas, a las que se asigna como objetivo lograr una mayor vitalidad de la vida comunitaria (MC 32). En una palabra, se buscaba esa vitalidad en todo y para todo.

Al entrar en esta búsqueda apareció la cultura en el horizonte de la reflexión y del discernimiento de los capitulares. Desde un primer momento se compartieron varias intuiciones centrales, que después quedaron incorporadas, de una u otra forma, en el texto capitular: Las culturas en las que vivimos influyen poderosamente en nuestra vida entera (MC 19). Esta influencia es positiva y es negativa (MC 2). Ha hecho avanzar la Buena Nueva y ha consolidado la vida marianista, pero también ha frenado y deteriorado seriamente el trabajo por el Reino y la misión. Se precisa discernir esta influencia, ya que en ella hay desafíos y amenazas para la vida marianista. Más aún, hay que establecer algunos criterios de discernimiento común para que lo que es amenaza para unos no se convierta en desafío para otros, como está ocurriendo. En este tema son importantes los grandes criterios, pero son indispensables las aplicaciones concretas. Para llegar a ellas, se precisa ofrecerlas elaboradas o presentar el método adecuado para hacer esta elaboración.

La nueva situación cultural puede hacer aflorar nuestro carisma fundacional con fuerza. No lo ha hecho hasta ahora (MC 3). Una adecuada inculturación es condición indispensable para el crecimiento y desarrollo de la Compañía y para su implantación en la cultura local (MC 19). Nuestros procesos de inculturación en nuevos contextos culturales adolecen de serios defectos.

En su conjunto, el encuentro e interacción "Vida y misión marianista y cultura moderna" se ha vivido con importantes desaciertos, y ello está, en buena parte, en el origen de nuestra poca vitalidad en el momento actual. Las consecuencias de este desacierto son mayores de las esperadas. Nos ha faltado, de una parte, vigilancia, y, de otra, audacia. Por ello hemos cometido errores en determinados modos de orientar la vida comunitaria, de entender la oración, de trabajar en la educación, de vivir el celibato, la pobreza y la obediencia, de orientar la formación, de presentar la figura de María o de ofrecer nuestro testimonio de fe.

II. Vida marianista nueva para la cultura nueva

Con el avance de los trabajos capitulares se fue percibiendo la gran trascendencia de la perspectiva que habíamos tomado.

Nos pedía un replanteamiento de la vida marianista y de la misión en su conjunto. Hasta ahí había que llegar; hasta un cambio profundo en la vida y en la misión marianista. Los religiosos marianistas no nos hemos situado bien frente a la matriz sociocultural moderna. La vida marianista será nueva, digamos que radicalmente diferente, si es capaz de rehacer este proceso. Por momentos, en el Capítulo se quiso caminar en la dirección de hacer una propuesta de vida marianista que se convirtiera básicamente en una verdadera resistencia cultural a la cultura dominante actual. No se llegó a tomar esta gran perspectiva, que hubiera sido revolucionaria para nuestra vida y nuestra misión. Habría sido revolucionaria, aunque no estoy seguro de que hubiese sido la más adecuada a nuestra tradición y, a la larga, la de mejores frutos.

El criterio predominante fue situarse frente al contexto cultural actual con vigilancia; estar atentos a los peligros que nos amenazan y que ya nos han hecho mal. Pero faltó audacia evangélica, esa audacia que se manifiesta no tanto en la resistencia, sino en el "tanto en cuanto" propio de la experiencia de los ejercicios espirituales de san Ignacio: algo es bueno en nuestra cultura "en tanto en cuanto" nos lleva a nuestro verdadero fin, y es malo "en tanto en cuanto" nos aleja del mismo; así no se le hace el quite a la cultura moderna; pero se está en ella con actitud de simpatía, y de ella se transforma o rechaza con mucha libertad lo que el Evangelio pide resistir. Ésta es la verdadera y difícil audacia; ésta es la auténtica "profecía cultural"; sólo se ve bien con los ojos del corazón y sólo se cambia aquello de lo que se tiene lucidez y libertad para cambiarlo. Es sabiduría, más que profecía, lo que recoge el documento final del Capítulo; sus medidas son curativas y preventivas, pero no nos hacen pasar "a la otra orilla": sólo nos dejan mirando a esa otra ribera y con motivación para cruzar el río.

Es explicable esta posición final, ya que se venía al Capítulo con planteamientos muy distintos frente a la cultura. Hubo una sesión dedicada a expresar espontáneamente nuestra visión de la cultura y de su impacto en los marianistas. En dicha sesión fue fácil advertir que la cultura es una de las realidades que más distancia a unos marianistas de otros. Es verdad que las diferentes culturas nos hacen diferentes, pero aun en el interior de una misma cultura son

muy distintos los modos de comportarse con la cultura unos marianistas u otros. Tres me parecieron ser las posturas implícitas y las vivencias diversas frente al proceso cultural actual de los capitulares:

1. La vida marianista debe estar hecha a la medida de la cultura moderna

Algunos religiosos marianistas han hecho de la cultura moderna la perspectiva de su vida y el punto de referencia de sus decisiones. Se mueven por los valores de esta cultura; asumen espontáneamente las realizaciones culturales de este momento - arte, costumbres, creencias, comportamientos...- y no tienen problema en bendecirlas en su conjunto. La cultura moderna, solapada o explícitamente, marca y da forma a su vida; en cierto modo es su evangelio y su regla de vida; su meta es estar inculturizado en esta cultura. Hablar, cantar, vestir, pensar, descansar y comunicarse como el hombre moderno es su gran aspiración. Estos religiosos se han convertido a su entorno cultural y se han identificado con los criterios y conductas que están a la orden del día en el mundo en que viven. Llegan a ceder al espíritu moderno parcelas importantes de su identidad. Su inserción en nuestra cultura se ha convertido en una imitación y en una sumisión.

Esta postura tiene un claro y serio peligro. El P. Quentin Hakenewerth lo señala en su primera circular como Superior General⁴. Por este camino se puede llegar a conservar o destacar únicamente los elementos de la vida religiosa que estén de acuerdo con la cultura dominante y que se puedan conciliar con ella. En esta postura, la vida religiosa se hace a la medida de la cultura moderna. De ese modo se llega a "otra" vida marianista, distinta de la vida de la Regla. La cultura actúa con la vida religiosa como nos cuentan que procedía el tirano de Ática, Procusto, con quienes venían a alojarse en su casa: una vez que sus huéspedes estaban acostados, si eran más largos que la cama, los cortaba por la cabeza o por los pies. Si eran demasiado cortos, los alargaba hasta que llegaban a las dimensiones de la cama. En ambos casos el resultado era el mismo: la muerte.

⁴ "Algunos capitulares piensan que una parte de los marianistas hemos aceptado que los valores de la sociedad secularizada marquen nuestra identidad personal más que los valores que nos propone la Regla de Vida." Q. Hakenewerth. Circ. núm. 1, pág. 2.

2. La cultura actual es un peligro para nuestra vida marianista

Otro grupo de marianistas ha tomado el Evangelio y la Regla de Vida no sólo como el principal, sino también como el exclusivo y excluyente punto de referencia para su vida. En su modo de vida prescinden de la cultura moderna y, en concreto, de las tendencias que la definen. Su cultura, dicen, es la del Evangelio, o la del momento en que surgió la Compañía de María. Rechazan la cultura moderna, todo lo de la cultura moderna, y también rechazan la cultura local y todo aquello que supone una inculturación inmediata. En el fondo, la cultura dominante es una tentación que se vence huyendo, una amenaza que se supera ignorándola. No quieren reconocer la realidad del horizonte cultural actual y, cuando lo hacen, prefieren proceder de una manera combativa y, a veces, hasta virulenta. Su reacción, en una palabra, es agresivo-defensiva.

Desde esta perspectiva, la vida religiosa marianista se ve, básica y sistemáticamente, como una realidad "contracultural": nuestra vida religiosa, para ser auténtica y fiel, tiene que hacer y proceder, y eso por sistema, de manera opuesta a lo que la cultura dominante propone. Frente a esta cultura prefieren la distancia e, incluso, la ruptura. Tratan mal a la cultura moderna, a la que consideran el origen de todos los males de la Compañía, e intentan prescindir de ella por todos los medios posibles.

Esta postura no es nueva en la Iglesia ni en la vida religiosa. Está en el origen de los movimientos fundamentalistas que de tiempo en tiempo cobran fuerza en la historia; también está en el origen de ciertos integristas clásicos de esa misma historia. No podemos olvidar que, en parte, la vida religiosa surge de estos movimientos; la caracteriza un radicalismo original y valioso que sólo si es bien conducido desemboca en una nueva propuesta evangélica. En ella no se rechaza el grano con la paja, sino sólo la paja; se realiza un discernimiento cultural a partir de Cristo Jesús⁵, no a partir de la misma cultura, y se llega así a un rechazo que no es global, sino de aquello que es necesario rechazar.

Pero en este grupo, por seguir con la metáfora, se rechaza todo: el grano y la paja. Se olvida que no existe vida marianista posible sin la mediación cultural; que hay formulaciones, estilos de

⁵ Tertuliano, Prescripción contra los herejes, VII, 12.

vida y prácticas apostólicas usadas en otras épocas y en otras culturas que no van en la actual. El error de esta postura está en no darse cuenta de que, de hecho, también ella vive en una cultura y de una cultura; su acierto está en saber decir cuál es y cómo es. Piensan que la suya es la única cultura posible y conveniente. Se oponen en bloque a la adveniente -y ya presente- cultura universal. En virtud de esta postura no entrarán determinados periódicos, revistas o libros en su comunidad; excluirán a determinadas personas de su lista de posibles directores espirituales o conferenciantes, y no asistirán a ciertas clases o programas de formación.

3. La cultura actual es un desafío para la vida marianista, cuya vitalidad dependerá de la postura que tome frente a aquélla

En el Capítulo se advertía un tercer grupo de marianistas: los que han hecho un proceso de inculturación de la vida marianista, por una parte, y, por otra, también tienen en su haber una experiencia de aportar a la cultura moderna, con sencillez pero con firmeza, la riqueza de esta manera de ser hombre y cristiano que es la marianista. En el cotidiano vivir han descubierto que esta integración es un apasionante desafío al que resulta difícil dar la adecuada respuesta; forma parte de un proceso en el que no faltan el riesgo ni la aventura. Supone en el punto de partida una clara conciencia de identidad siempre renovada.

El modo de hacer este encuentro entre vida marianista y cultura moderna pasa por una experiencia de vida en el espíritu que se parece mucho a un nuevo nacimiento; es respuesta a la misma exigencia del dinamismo de la encarnación y sigue su mismo ritmo y su modo de proceder; toma la forma de encuentro, intercambio, diálogo e interacción. Supone un procesamiento evangélico de los datos que llegan desde la cultura, y un acercamiento de las grandes propuestas del Señor a las realizaciones culturales. No es fácil hacer el doble movimiento -ascenso y descenso- propio de la encarnación; hay que hacerse cultura y hay que hacer la cultura a la medida del Evangelio. Metodológicamente, es casi imposible dar el segundo paso si no se ha dado antes el primero. En la cultura actual hay valores típicamente marianistas, de los que se debe partir para realizar el segundo paso. Parangonando una expresión eclesial muy conocida, podemos afirmar que en la cultura actual hay "semillas" de vida marianista; éstas constituyen el sustrato y el terreno

abonado donde el carisma marianista puede ser plantado como una forma de vida, con la confianza de que crecerá y dará fruto.

Esta tercera postura pone en evidencia que, para ser un buen religioso marianista, no se precisa ni conviene rechazar sistemáticamente las expresiones de la adveniente cultura universal ni estar en contra de todas sus tendencias. Todo lo contrario: se precisa enganchar adecuadamente con esas tendencias⁶: sólo quien es capaz de asumir es capaz de redimir. Pero, al mismo tiempo, es necesario tomar conciencia de los contravalores existentes en esta como en otras culturas. También podemos afirmar que se redime mal cuando se asume mal. Puede ser que repudiamos lo bueno y dejemos de transformar lo malo. Puede ser que nos contentemos con asumir, sin llegar a la delicada y exigente tarea de redimir. Este error se ha dado en los últimos años y, en opinión de algunos marianistas, está en el origen de deficiencias serias en nuestra vida y misión. Las culturas necesitan respeto y comprensión, pero también conversión y transformación, y en ellas se sitúa bien un religioso marianista cuando anuncia lo bueno y denuncia lo malo que tienen, y renuncia a la falsa actitud frente a las mismas.

III. Qué propuso el Capítulo General a la Compañía para su revitalización

En las tres semanas del Capítulo no nos dedicamos a buscar recetas para la vida marianista. Sabíamos que, en general, el ánimo de los hermanos estaba bajo, y había que dar en el clavo con lo que se precisaba proponer; había que ofrecer a la Compañía otra dirección, había que ponerla mirando a otra meta, darle esperanza y perspectiva, presentarle otra andadura. Y creo que eso es lo que se hizo. Para ello, el Capítulo prefirió iniciar un proceso, más bien que dar nada acabado; quiso "enseñar a pescar, más que entregar pescado"; prefirió mostrar algunas aplicaciones, más bien que agotar los ejemplos.

⁶ Vaticano II, AG. 9, GS. 58 y 92, d.

1. Qué hizo el Capítulo

a) Nos dio un nuevo elemento para la toma de conciencia del nuevo contexto de la vida y de la misión marianistas

Este nuevo contexto cultural que estamos viviendo es distinto del existente en el momento de nuestra fundación; es diferente del existente en 1960; ha variado, quizá, desde los años de "mi" formación inicial, teológica o pastoral. Hay que conocerlo y saber que más que una información teórica es un dinamismo cultural en el que estamos metidos. Es necesario tomar conciencia de que éste es un real contexto para nuestra vida y nuestra misión y, al mismo tiempo, de que es nuevo. En él ha habido cambios radicales abundantes y profundos.

b) Articuló algunas grandes intuiciones de una visión de la cultura marianista

Esta visión corresponde a nuestra manera original de situarnos en la realidad de la cultura actual dominante. La vida marianista sólo tendrá vigor si se presenta encarnada en una cultura y, desde esa cultura, rehaciéndose a sí misma y rehaciendo la misma cultura. La vida marianista sólo se renovará bien desde el Evangelio, el Fundador y la cultura moderna (MC 2). Al marianista le viene bien desarrollar una sensibilidad cultural. La vida marianista es también un hecho cultural. No debe renunciar a enriquecerse con una reflexión sobre sí misma desde los elementos generales de la cultura. Tampoco debe renunciar a presentarse con una propuesta religiosa encarnada hondamente en la realidad de la cultura y llevando toda la fuerza y el atractivo de una propuesta cultural llena de valores, de actitudes y de comportamientos coherentes con el carisma marianista. Así la cultura puede contribuir a vehicular el don marianista. De esto estamos necesitados y, a ratos y en algunos lugares, urgidos.

c) Realizó un discernimiento cultural y señaló las ayudas y los obstáculos que la cultura actual presenta a la vida marianista

Frente a la cultura actual, algunas congregaciones religiosas han optado por un rechazo frontal de la misma; se han hecho símbolo de esta posición en la Iglesia y representan esta postura; en la cultura actual solamente ven obstáculos y por ello han decidido proceder contraculturalmente; y ello por sistema.

Fruto de un discernimiento cultural, pero realizado con otros criterios, otro grupo de congregaciones religiosas han visto en la cultura actual sólo ayudas y puntos de apoyo para su vivencia de la consagración religiosa y de la misión. En consecuencia, han optado por una forma de vida en consonancia y dependencia de la cultura dominante, en la que encuentran la principal inspiración de su conducta como religiosos.

2. Qué nos pide el Capítulo

a) En primer lugar, un discernimiento serio y debidamente conducido frente a la cultura; terminar con los procedimientos ingenuos o viscerales en relación con ella

El mismo Capítulo General lo inició, pero deja que cada religioso lo continúe y se pregunte: "¿Cómo está afectando a mi proceso religioso personal la realidad cultural en la que vivo?"; deja que lo continúe cada comunidad y se interrogue sobre su acción en la cultura que la rodea y sobre la acción de la cultura que la rodea en la misma comunidad; deja que lo prosiga cada obra o ministerio pastoral y se cuestione sobre el proyecto cultural al que está sirviendo y del que se está sirviendo.

Como fruto de este discernimiento se tendrá una conciencia más clara de la influencia concreta y del impacto de la cultura en la vida marianista. En un momento posterior se debe procesar este impacto evangélicamente y con la Regla de Vida marianista en la mano. Fruto de este procesamiento, como lo expresa en varios párrafos el documento final del Capítulo, será una "resistencia cultural"; esta resistencia es del estilo de la que le tocó a Jesús oponer al aporte cultural de los fariseos, letrados, indiferencia religiosa...; puede ser que vaya más lejos y se convierta en una oposición a determinados aspectos de la cultura actual (MC 2,22 y 50); así se precisarán con claridad los impactos negativos, sin que llegue a optarse por un rechazo global y frontal.

También como fruto de este procesamiento aparecerán en los fenómenos socioculturales las expresiones de la justicia, la verdad, la autenticidad, la solidaridad, la comunicación..., en el fondo, el Reino de Dios. La cultura actual es moneda de dos caras. No todo lo que aparece en el campo sociocultural se puede considerar hostil a la fe. Se trata de discernir las tendencias positivas y las negativas de la cultura contemporánea en relación con el Evangelio y, de modo

más preciso, con la vida marianista. Parangonando una célebre frase de Pablo VI (EN 20), es bueno afirmar que sería un drama para nosotros la ruptura entre vida marianista y cultura; debemos aspirar a la debida síntesis entre esta vida marianista y esta cultura. Una vida religiosa que no se hace cultura no se entiende bien ni bien se transmite.

Ahora bien, para realizar este procesamiento de la reacción marianista ante la cultura actual se precisa un método. Parte importante de este método consiste en ver y señalar las tendencias objetivas con las que la matriz cultural moderna tiende a influir en la vida marianista; ello supone tener un buen conocimiento de la cultura actual y saber qué es lo que la caracteriza. El Capítulo nos inicia en este conocimiento, pero nos deja con la obligación de ahondarlo y hace un esbozo de estas tendenciasn (MC 2).

En un segundo momento, con este método se analizará cómo estas grandes tendencias marcan determinadas áreas de la vida marianista. El Capítulo eligió nueve: fraternidades marianistas, educación, trabajo parroquial, vida de fe, vida comunitaria, trabajo vocacional, formación, gobierno y aspectos económicos de nuestra vida. Quizá por ser tantas no se llegó a mucha precisión.

El Capítulo dio un paso más; ya desde las Memorias, pasando por las iluminaciones que se hicieron y hasta por las discusiones de los grupos y, sobre todo, por las decisiones que se tomaron, pondera el grado y la calidad de la influencia de esta cultura en la Compañía y pide que se siga ponderando a niveles más particulares que el de la Compañía como un todo⁷; es decir, en cada persona, obra y comunidad. La ambigüedad en este aspecto nos hace mucho mal. Desde la confusión no se pueden esperar las adecuadas posturas ante la cultura actual, y menos se puede llegar a la actitud profética.

Esta ponderación sólo se hace bien cuando se tienen claros puntos de referencia; estos puntos de referencia nos los dan Jesús, el Fundador y nuestra tradición marianista. Al comparar estos criterios con la realidad cultural actual, concluiremos que en ésta hay obstáculos que bloquean la vida marianista; pero también que hay puntos de apoyo y elementos que ayudan a reforzar el

⁷ J. A. García, En el mundo desde Dios, vida religiosa y resistencia cultural. Sal Terrae, Santander 1989, págs. 9-28.

dinamismo marianista actual.

El Capítulo también ofreció una nueva dirección y algunas aplicaciones concretas. La nueva dirección consiste en hacer de la cultura marianista nuestra cultura dominante. Esta propuesta es enormemente revolucionaria para nuestro diario vivir. Nos pide vigor interior y fuerza creativa para identificar bien esa cultura marianista. Formularla adecuadamente supone especificar nuestro original modo de relacionarnos con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con la naturaleza. Este vigor se expresará en frutos culturales concretos, es decir, en nuestro arte, nuestros comportamientos, fiestas, costumbres, trabajos, organizaciones, lenguaje... Pero, sobre todo, se expresará en nuestra oración, nuestra obediencia, nuestra devoción a María, etc. Para ello hay que dar con la matriz cultural marianista. No hay duda de que con esta dirección se llegará a la comunión fundamental de pensamiento, sentido y acción de los marianistas.

Todos somos conscientes de que nos encontramos tironeados por dos culturas: la cultura ambiental y la cultura marianista. Con frecuencia no se pueden vivir las dos a la vez. Se da el conflicto entre ambas. ¿Cómo proceder? Nos corresponde asimilar la marianista, y desde ella haremos el mejor aporte a la cultura moderna; alguien dijo en el Capítulo que sólo así podemos meter el virus marianista en la cultura ambiental. Pero para ello no podemos dejar de preguntarnos: "¿Qué fuerza tiene en nosotros la cultura marianista? ¿Queremos de verdad someter nuestras vidas a la Regla, como a una cultura, para que nos forme en marianistas? ¿Hasta qué punto seguimos las ideas y los comportamientos de la cultura dominante ambiental? ¿Estamos dispuestos a generar, desde dentro de esa cultura, una cultura nueva, una nueva patria no dominada, la marianista?"

b) El Capítulo también nos pide actitud profética

Esta actitud incluirá la denuncia crítica y el anuncio utópico; se traducirá en exorcismo y mirada a lo lejos. Sobre todo, se traducirá en opción por la cultura del trabajo y de la solidaridad frente a la cultura del capital. Desde aquella cultura se debe armar la nueva evangelización marianista; ése fue el camino de Jesús, que evangelizó Palestina y Jerusalén desde Galilea y Nazaret. Esto no significa optar por el pasado, ni rechazar los medios y el progreso, ni idealizar la cultura popular. No se trata de optar por el pasado ni por el retraso, sino por los pobres, y partir de ellos para construir la

civilización de la solidaridad, donde a nadie le falte lo necesario. No se trata de condenar la modernidad, sino la cultura del capital cuando se basa en el egoísmo, el consumismo, el hedonismo, el poder y el desprecio de las grandes mayorías de la humanidad. No se trata de maldecir la técnica ni el progreso, sino de buscar una técnica que no esté al servicio exclusivo de las mayorías del pueblo.

Así se recuperan memoria y utopía y se llega a la nueva evangelización; mejor dicho, sólo así se hace la nueva evangelización: cuando se evangeliza a todos desde la cultura propia de los más abandonados⁸. Desde ahí se crea otra nueva cultura, la de la solidaridad, y se recrea la misma vida religiosa marianista. Son ricas las intuiciones que en esta línea nos deja el documento del Capítulo en su última parte y en el apéndice. En algunos de sus párrafos hay audacia profética, y en otros no faltan las oportunas invitaciones a la vigilancia en relación con nuestra ubicación sociocultural en el momento de querer tomar nuevas direcciones para la Compañía.

c) En tercer lugar, el Capítulo nos pide mejorar nuestro servicio a los que son víctimas de la modernidad

Como formadores en la fe, sabemos que los cambios culturales que se han ido imponiendo en nuestra sociedad han producido sus víctimas. Frente a ello, lo menos que podemos hacer es lo que nos enseña la medicina homeopática. Ésta, a contracorriente de la medicina oficial, intenta ayudar al organismo a defenderse de lo que lo enferma. Pero el servicio de la vida marianista puede ir más allá y ayudar a prevenir para no tener que curar, y para ello ofrece una formación basada en la oración, la fraternidad y la pobreza. Éstos parecen ser los acentos que hay que poner hoy en la vida cristiana y religiosa si se quiere vivir bien parado en la cultura moderna y contribuir a evangelizarla.

⁸ A la vida religiosa le compete, como profecía y signo del Reino, creer en la utopía; creer que un día caerá el imperio basado en el dios dólar, caerá el mito del progreso sin límites, caerá el mito de la raza blanca superior, caerá el machismo, caerá la explotación salvaje de la naturaleza, caerá la ideología del consumo como bien supremo, caerá el mito de que la economía de mercado es sagrada e intocable, caerá el orden social basado en la paz armada, caerá el mito de la propiedad privada como intocable, caerá la moda del secularismo seudocientífico y el dios del materialismo dialéctico..., caerá Babilonia". V. Codina, La vida religiosa ante las culturas de América Latina. Rev. Testimonio, Santiago de Chile, núm. 123, abril 1991, pág. 17.

d) Finalmente, el Capítulo nos pide transformar la memoria marianista en proyecto

Y ello, al hilo de una fina alianza dialéctica entre fidelidad, por una parte, e imaginación, por otra. La fidelidad es a Jesucristo y su Evangelio, al P. Chaminade y su proyecto, a la Compañía y su Regla de Vida; la imaginación permitirá que el proyecto continúe en este mundo y en esta cultura⁹. Así se llega a la actitud profética en relación con la cultura tan invocada en el mismo Capítulo.

La vida religiosa marianista, si es seguimiento radical de Jesús y vive una auténtica fascinación por Él, se convertirá en una profecía cultural; no lo dudemos. Así anunciará los valores del Reino y los testimoniará. Sabrá por qué existe en medio del mundo y en medio de la Iglesia. Más aún, se convertirá en un modelo inspirador de una vida llena de significado para el hombre moderno; este modelo tiene sentido y, al mismo tiempo, incluye expresiones radicales, como la coinoñía fuertemente vivida, la confesión martirial de Dios por la fe o la justicia, el servicio a los pobres. En fin, evocará por sí misma "recuerdos peligrosos" que ayudarán a perder la vida para ganarla. Así ocurre cuando se opta por la gratuidad, la solidaridad, la compasión y la esperanza.

Éstos son los mejores caminos para que la vida marianista potencie todo lo que de humano y de cristiano hay en la cultura actual, regenere sus elementos más fundamentales y, al mismo tiempo, se regenere a sí misma. Es el camino para que la vida marianista, en fin, tome impulso, y pase de la situación de rizar el rizo, o de dar vueltas por la pista, al despegue. Para ello no puede mirar atrás ni alimentar añoranzas de restauración; de hecho, no es mucho lo que se ha dado en esta línea en la Compañía, pero es una actitud que puede crecer al aumentar el promedio de edad de sus integrantes. Debe mirar a Jesucristo y configurarse con Él; esta configuración se puede convertir en una forma alternativa de vida que permitirá despertar lo mejor de la cultura moderna desde nuestra identidad de marianistas. Conseguiremos esto cuando completemos el movimiento circular y logremos inscribir la espiritualidad marianista y nuestro carisma en la práctica sociocultural de cada día. Para ello se impone optar por la audacia y la vigilancia. Mejor aún, decidirse a ser audaces y vigilantes al

⁹ J. A. García, Vida religiosa e invención del futuro. Sal Terrae, octubre 1991, págs. 727-736.

mismo tiempo.

I. DOCUMENTOS

1. Hagamos de la cultura marianista nuestra cultura dominante

P. QUENTIN HAKENEWERTH SM

“El documento final del Capítulo General de 1986, Perspectivas para una nueva etapa, indicaba, en su presentación, que pretendía proponer unas directrices fecundas para la revitalización de la Compañía y marcar el camino a seguir en los cinco años siguientes. En lo que se refiere a mi trabajo como Asistente General de Vida religiosa, Perspectivas para una nueva etapa ha señalado con precisión los objetivos más oportunos en mi trabajo durante estos cinco últimos años. Este documento ha sido una guía valiosa y práctica para motivar, orientar y centrar los esfuerzos del Oficio de Vida religiosa.

¿Cómo está hoy la vida espiritual en la Compañía de María?

La Comisión Preparatoria del Capítulo pidió a los miembros de la Administración General que, en sus Memorias, trataran de evaluar la situación actual de la Compañía de María. Tarea ambiciosa. Por mi parte, me limitaré a la vida espiritual en la Compañía de María, es decir, a señalar cómo vivimos la vida de Cristo en el mundo. Para ello me fijaré solamente en estos cuatro aspectos de esa vida espiritual:

1. La influencia de la cultura secular en nuestra vida espiritual y de nuestra vida espiritual en la cultura secular

En este informe entiendo por cultura el conjunto de conceptos y de valores que se convierten en normas de conducta de una determinada sociedad. Estos conceptos y valores se transforman en cultura cuando se cultivan mediante determinadas acciones concretas o prácticas de la sociedad de un pueblo; de este modo se convierten en costumbres y hábitos de aquella sociedad. Las culturas se originan, o se cambian, por determinadas circunstancias, por necesidades sentidas o por la realización de ciertas opciones concretas.

Como religiosos marianistas vivimos, por lo menos, en dos entornos culturales. El primero es el del país en el que estamos, país que tiene sus propias normas, costumbres y hábitos. La Regla de Vida, en el artículo 11, llama a todo eso "costumbres del mundo". Este conjunto de costumbres es lo que más choca contra nosotros, ya que es el elemento que más influye sobre las personas que nos rodean y con las que nos interrelacionamos.

El segundo entorno cultural en que vivimos es el de nuestra congregación religiosa, que también nos propone un original conjunto de conceptos y valores que vienen del carisma del Fundador y se encuentran expresados en la Regla de Vida. La cultura de nuestra vida marianista es, en realidad, una subcultura, es decir, la cultura de un pequeño grupo que vive dentro de otra cultura mayor, dominante, que es la del país en que vivimos.

Las costumbres de la cultura dominante se adquieren fácilmente a través de una cierta socialización espontánea. Las de la subcultura se adquieren por un esfuerzo deliberado de imitación, asimilación y formación.

¿Cuál es la situación actual de nuestra vida espiritual en el interior de las diversas culturas dominantes de los distintos países en que nos encontramos? Estoy convencido de que la vida espiritual marianista es capaz de dar un sentido profundo a nuestra existencia y de procurarnos una inmensa energía en nuestra misión. Pero también estoy convencido de que la mayor parte de nuestros religiosos reciben actualmente más motivaciones y más energía de la cultura dominante que de la vida espiritual marianista que vivimos.

Para muchos de nosotros, la palabra espiritual tiene muy poca identidad en relación con nuestro mundo y, por tanto, muy poca aplicación práctica. Esto quiere decir, en otras palabras, que la cultura dominante influye en nosotros más que nuestra propia cultura religiosa marianista. Un ejemplo nos ayudará a entender esto: el horario de nuestras comunidades. Nuestro horario, sobre todo el de los fines de semana, ¿se inspira en la cultura dominante o en la cultura religiosa marianista? No hay duda de que profesamos, y deseamos vivir, los valores y costumbres de la cultura de la Compañía de María, pero yo veo que, en nuestra vida y en nuestro trabajo diario, los valores de la vida espiritual quedan por debajo de los de la cultura dominante. No se puede negar que, a pesar de ello, ofrecemos a la Iglesia y a la sociedad un

impresionante servicio. Pero sólo es una parte de la mucha energía de la vida divina que hay en nosotros y que se liberaría con el apoyo de una cultura de la vida religiosa.

Creo que el Capítulo General prestaría un servicio muy bueno a la Compañía de María si acertase a formular algunas orientaciones que ayudasen a hacer de la cultura marianista nuestra cultura predominante en la práctica.

2. La oración mental

La práctica de nuestra hora diaria de oración mental es, probablemente, el ejemplo más claro de algo que la gran mayoría de los miembros de la Compañía de María aceptan como parte de su vida religiosa pero que, sin embargo, sólo un reducido número pone en práctica.. Este hecho está en pugna con el deseo sincero y la buena voluntad.

Por un lado, tenemos algunas afirmaciones claras e inspiradoras sobre la necesidad de la oración mental:

- Se afirma como un gran principio que es imposible llegar a la plenitud de la vida religiosa sin oración mental.
- Cuanto más se entrega un religioso a este ejercicio, tanto más se acerca a su fin.
- La oración mental es la fuente común y única de todas las virtudes.
- Para ser fieles a nuestra vocación marianista, y para crecer en la vida de fe, dedicamos una hora diaria a la meditación.
- Cualquier ocupación, empleo o esparcimiento que obstaculice habitualmente la práctica de la meditación es incompatible con la vida religiosa marianista.

Pero, por otro lado, la mayor parte de nuestras comunidades reconocen que se quedan cortas en la práctica. Nuestro deseo, nuestra resolución ,de vivir en unión con Dios por medio de la hora diaria de meditación personal parece perder su eficacia debido al hecho de que determinados factores de la cultura actual tienen más fuerza que la propuesta que nos viene de nuestra vida religiosa marianista. En este punto concreto de la hora de meditación diaria creo que la labor del Capítulo será reafirmar lo dicho anteriormente.

3. Las virtudes

Las virtudes son unas excelentes cualidades, unos poderes activos capaces de producir buenos efectos. Jesucristo poseía unas virtudes únicas y extraordinarias. Nuestro Fundador nos dice que seguir a Jesús consiste, fundamentalmente, en reproducir sus virtudes. Para ayudarnos a ello, nos dejó un! Método de Dirección orientado a asumir, desarrollar y poner en práctica las virtudes de Jesús.

Uno de los signos más positivos del crecimiento, en la vida espiritual, de la Compañía de María en los últimos cincuenta años es el creciente interés por poner en práctica el Método marianista de Dirección. Es verdad que todavía es reducido el número de miembros de la Compañía para los que el Método de Virtudes es parte de su cultura, pero el incremento que ha tenido en estos últimos años es alentador.

Una dificultad que frecuentemente escuchamos en relación con este Método es el lenguaje ya en desuso que emplea. No hay duda de que puede ser bueno poner al día el lenguaje. Pero, de todos modos, hay que saber que siempre existirá - conflicto con la cultura dominante secular. Las virtudes que el Método propone formarán una personalidad con unas actitudes tales que chocará con la personalidad que se haya formado de acuerdo con las culturas seculares de hoy en día. Siempre ha ocurrido eso con la práctica de las virtudes de Cristo en relación con las culturas seculares, y actualmente ocurre lo mismo.

4. La experiencia comunitaria de Dios

Nuestras comunidades marianistas, con todas sus imperfecciones, producen un fuerte impacto en el mundo que las rodea.

Impresiona oír a gente de diferentes países manifestarlo así. Comúnmente se nos reconoce por nuestro espíritu de familia. Podemos, sincera y humildemente, estar agradecidos por esta característica de nuestra vocación marianista.

Pero, al mismo tiempo, he detectado en un significativo número de nuestros religiosos un sentimiento incómodo con respecto a la vida comunitaria. Algo que no sabemos manejar bien parece querer aflorar en nuestra conciencia colectiva.

El anterior Capítulo General, el de 1986, entendió que era importante redactar un documento específico sobre la vida comunitaria. Por cierto, fue el documento que tuvo más dificultades para ser aprobado por los capitulares. En la preparación del presente Capítulo General, los capitulares, al responder al cuestionario que se les había enviado, indicaron que el Documento sobre la comunidad ha sido el menos usado de Perspectivas para una nueva etapa. En las mismas respuestas, sin embargo, la comunidad aparecía como una de las principales preocupaciones para este Capítulo.

¿Qué es eso que no llegamos a ver o que no sabemos manejar? ¿Es, tal vez, un aspecto cultural que está de por medio y que no llegamos a reconocer? Quizá estamos redactando los documentos sobre la comunidad en el contexto de la cultura religiosa marianista, pero los estamos viviendo en el contexto de la cultura dominante en nuestro país. En otras palabras, que la susodicha cultura marianista inspira el documento que escribimos, pero la cultura secular que nos rodea es la que modela, en la práctica, nuestra vida comunitaria. Si éste es el caso, es preciso hacer una opción.”

(Tomado de la Memoria sobre la Vida Religiosa, presentada por el P. QUENTIN HAKENEWERTH al Capítulo General de 1991, págs. 1-4.)

2. Textos entresacados de Misión y Cultura, documento oficial del Capítulo de 1991

1 “El Capítulo General de 1991 nos llama a todos los miembros de la Compañía de María a vivir más profundamente nuestra vida y nuestra misión, tal y como están descritas en la Regla de Vida y nuevamente interpretadas en Perspectivas para una nueva etapa (Capítulo General de 1986). Vivimos insertos en unas culturas nacionales y regionales muy concretas. Basados en nuestro compromiso y guiados por nuestro carisma marianista, estamos llamados a afrontarlas con vigilancia y audacia, tal y como se presentan tanto dentro de nosotros mismos como en nuestro entorno. Como comunidades cristianas, estamos comprometidos, en primer lugar, con la persona y la palabra de Jesús, Hijo de María. Como comunidades religiosas marianistas, nos comprometemos a vivir la vida consagrada, por medio de la cual cumplimos nuestra

misión y evangelizamos nuestra cultura.

2 El Capítulo no ha hecho más que comenzar un discernimiento que debe continuarse en cada comunidad. La apertura al Espíritu Santo y la escucha de la Palabra de Dios, a la manera de María y siguiendo su ejemplo, nos permitirán reconocer la acción de Dios en las culturas y en el mundo en que vivimos. Así, podremos anunciar con claridad la Buena Nueva de la salvación, identificándonos con todo lo que hace avanzar y progresar el Reino de Dios, rechazando todo aquello que lo frena. De esta manera, podemos llevar a cabo nuestra misión de evangelizadores, en seguimiento de Cristo, Hijo de María.

En la cultura contemporánea reconocemos grandes avances técnicos, mayor preocupación por los derechos humanos, insistencia en la igualdad, sed de liberación personal y social, afán por construir la paz, anhelo de trascendencia, nueva conciencia sobre el valor de la ecología... Y en esta misma cultura constatamos mucha violencia, secularismo, opresión de los pobres y de los débiles, deshumanización tecnológica, individualismo exagerado, falta de compromiso, confusión moral... Se necesita más que nunca el testimonio y el trabajo apostólico de comunidades de religiosos auténticamente comprometidos como tales. El espíritu de pobreza de Jesús nos impulsa a identificarnos con nuestros hermanos y hermanas pobres, nos lleva a una mayor sencillez, al trabajo, a la generosidad, y, como tal, nos llama a oponernos al consumismo esclavizante y a la injusticia económica. El espíritu de obediencia de Jesús estimula en nosotros el sentido de responsabilidad y de conciencia social y, como tal, nos llama a oponernos al individualismo y a su dimisión frente al bien común. El espíritu de castidad de Jesús enriquece nuestras relaciones personales, impregnándolas del amor de Dios y, como tal, nos lleva a oponernos a las falsas formas de amor y a la negación del compromiso fiel. Y nuestro voto de estabilidad, profesado en un mundo que a menudo exalta lo temporal, mantiene siempre abiertas las opciones y busca la satisfacción momentánea como el bien máspreciado, nos consagra de manera permanente, en la Compañía, a la misión de María: llevar a Jesús a cada persona y a cada cultura.

3 Nos sentimos felices de poder servir a la Iglesia, ofreciendo con humildad la riqueza de nuestro carisma marianista: formar personas y comunidades de fe que, bajo la inspiración de María, multipliquen los cristianos. Si queremos vivir con profundidad

nuestro carisma en el mundo de hoy, según el espíritu del P. Chaminade, debemos ser comunidades de fe viva y manifiesta, debemos hacer aflorar de nuevo nuestro carisma fundacional, vivir más conscientemente nuestro papel dentro de la Familia Marianista, renovar y profundizar nuestro trabajo de educación en la fe en todas nuestras obras, extender y animar las comunidades de seglares de la Familia Marianista, colaborando con ellos en nuestra misión común.

Como María, y en respuesta a los retos del mundo de hoy, "queremos comprometernos plenamente con las exigencias del misterio de nuestra vocación". (RV 8.)

(De la "Introducción".)

5 "Ratificamos el análisis, la descripción y las recomendaciones de Perspectivas para una nueva etapa (611), particularmente sus puntualizaciones sobre la identidad de las comunidades seglares marianistas. Nuestra relación con estas comunidades forma parte de nuestra identidad y de nuestra misión, y no es, simplemente, una tarea apostólica entre otras, sino algo que debe impregnar toda nuestra labor pastoral. Los seglares marianistas están normalmente en contacto más directo con las realidades del mundo y con las culturas en las que trabajamos. Son una gracia especial en la cultura actual. Su fe y su experiencia nos ayudan a discernir y comprender la cultura. Con ellos, podremos evangelizarla mejor. El impacto profundo de una fe vivida en comunidad, bajo la inspiración de María, es un signo de esperanza para todos, pero especialmente para los que buscan solidaridad en medio de culturas marcadas por el individualismo, buscan la verdad pero están paralizados por el escepticismo y buscan el sentido de la vida pero están sofocados por el materialismo. En estas culturas, la Familia Marianista -inserta en la iglesia local- es un estímulo para la reconciliación, contribuye a la liberación y promueve el auténtico papel de los seglares en la Iglesia.

9 El Capítulo General agradece y apoya a todos los religiosos marianistas que trabajan en tareas educativas que contribuyen a la formación en la fe. Sin embargo, en este momento desea dirigir su atención a los colegios como medio privilegiado en la Compañía de María para cumplir esta misión. El colegio católico proporciona un contexto en el que se desarrolla un profundo intercambio entre fe y cultura: una cultura que encarna la fe y una fe que evangeliza la cultura. Los colegios son, ante todo, un ámbito en el que se

transmiten los elementos claves de la cultura a través de las disciplinas académicas. Para nosotros, el colegio debe ser también una comunidad de fe que promueve los valores evangélicos a través de una explícita proclamación de Jesucristo como Salvador de toda la humanidad. A través del colegio intentamos formar a toda la persona y aumentar, en la medida de lo posible, el número de los que se comprometen a difundir el Evangelio. Gracias a nuestra composición mixta, los colegios marianistas permiten desarrollar una comunidad educativa más amplia. Además, a través de ellos podemos conseguir los objetivos más elevados de toda cultura: el desarrollo de cada persona, en lo que tiene de más propio, en el seno de una comunidad de fe, aprendizaje y servicio.”

(Del apartado “Misión”.)

19 “Como marianistas, estamos llamados a evangelizar las culturas en que vivimos. Siguiendo el ejemplo de María, ofrecemos a Cristo como centro de toda cultura y de toda vida humana. Vivimos enraizados en el Evangelio y en el legado del P. Guillermo José Chaminade, tal como se nos presenta en la Regla de Vida. Existe una forma marianista de ser, de pensar y de actuar que debería convertirse en nuestra cultura. Estamos llamados también a encarnar nuestro carisma en los diferentes contextos culturales en que vivimos. Una adecuada inculturación es condición indispensable para el crecimiento y el desarrollo de la Compañía y para su implantación en la cultura local. Las culturas en que vivimos influyen poderosamente en nuestra vida entera. El Capítulo presta atención a tres aspectos de ella especialmente sensibles a esta influencia: la fe, la vida comunitaria y la pastoral vocacional.

20 La vida de fe

La fe en Jesucristo es el fundamento de nuestra vida como cristianos y marianistas. Nos permite realizar un discernimiento evangélico de las culturas en que estamos insertos a través del mundo. Nos permite descubrir en ellas la presencia del Espíritu y los signos de esperanza que estamos llamados a anunciar; al mismo tiempo pide a menudo una actitud audaz de denuncia profética de todo lo que se opone al Evangelio y es una afrenta contra la dignidad humana. Entre los medios de discernimiento, nuestra Regla de Vida ofrece importantes criterios que surgen de nuestra propia herencia y tradición espiritual.

22 Vida comunitaria

Estamos convencidos de que una vida comunitaria intensa según nuestro espíritu marianista es esencial para nuestro testimonio evangélico. Los Capítulos Generales anteriores se han esforzado por dar forma a nuestras convicciones sobre la comunidad. Nosotros nos enfrentamos al mismo reto. Nuestra Regla de Vida y Perspectivas para una nueva etapa nos marcan claramente caminos para revitalizar la vida comunitaria. En este sentido, nos ayudan especialmente la dirección, el diálogo, la participación y el respeto de los valores personales. Por otra parte, el consumismo, el individualismo exagerado, el relativismo moral y el activismo, tan presentes en la cultura actual, destruyen la vida comunitaria. En medio de esta realidad, estamos llamados a ser hombres de oración, a llevar un estilo de vida sencillo y a tener un solo corazón y una sola alma.”

(Del apartado “Renovación espiritual”).)

27 “Como religiosos marianistas, vivimos en varias culturas. A fin de asegurar la prioridad de nuestra cultura cristiana y religiosa en nuestras vidas, tenemos que permanecer vigilantes en nuestra vivencia del Evangelio, y así llegar a ser más audaces en nuestra misión. Para poder afirmar lo positivo de la cultura dominante, ser levadura de esta cultura y resistir a sus influencias negativas en nuestra vida religiosa, la formación permanente es crucial.

La Regla de Vida (en especial los artículos 90, 4.11, 6.176.20) y Perspectivas para una nueva etapa (86-90) ofrecen amplias sugerencias -y recursos para esta formación permanente. El Capítulo General las reafirma.

Cada marianista es el primer responsable de su propia formación permanente. La responsabilidad siempre lleva consigo la obligación de dar cuenta de ella (RV 7.6). Es parecer de este Capítulo General que esta obligación necesita ser practicada en la Compañía más regularmente. A fin de apoyar a cada religioso en su esfuerzo por lograr una formación permanente, el Capítulo General quiere recordar el papel de la comunidad en esta tarea (Perspectivas, 89) y pide que sus estructuras favorezcan el cumplimiento de este deber. Recuerda a los superiores locales su papel en este proceso (RV 6.19). En concreto, el superior local debe apoyar los esfuerzos de los religiosos en orden a su formación permanente, dialogando con ellos sobre sus planes de formación

por lo menos una vez al año (Perspectivas, 89). La Administración Provincial ayudará a los hermanos facilitándoles medios concretos para su formación permanente. Para ayudar a los superiores en su responsabilidad, organizará encuentros entre ellos para compartir, evaluar y apoyar sus esfuerzos en la formación permanente de los hermanos en sus comunidades.” (Cfr. número 23 de este Documento.)

(Del apartado “Formación”.)

50 “Obstáculos y ayudas para nuestra misión en la situación económica del mundo actual

En el intercambio de opiniones, la Comisión encontró algunas líneas que quiere destacar como ayudas para nuestra misión, o llamar la atención de las que cree que suponen un obstáculo a nuestros esfuerzos.

1. El orden económico actual considera a la persona principalmente como productor y consumidor. Nosotros, como marianistas, debemos verla en un sentido más integral, que incluye la dimensión trascendente de la persona.

2. El orden económico mundial considera los resultados de su actividad principalmente desde el punto de vista de beneficio en términos económicos. Nosotros, como marianistas, debemos considerar que nuestra misión tiene otros resultados que los beneficios económicos y que tenemos en cuenta otras perspectivas.

3. El orden económico mundial cuida cada vez más la Naturaleza, la Ecología y el Medio Ambiente. Debemos apoyar estos intereses.

4. El consumismo es el objetivo principal para muchas personas hoy en día. No debemos apoyarlo, sino más bien luchar contra él.

5. El orden económico mundial crea desequilibrios económicos entre personas, entre naciones, e incluso entre capas sociales en el interior de los países. Debemos apoyar una mayor igualdad.

6. Las políticas de comercio internacional a menudo actúan en detrimento de los países en vías de desarrollo. Algunas veces, la generosidad de los países donantes fracasa en su objetivo. El FMI y la política seguida por el Banco

Mundial pueden ser buenas para los países acreedores a largo plazo, pero pueden derribar gobiernos a corto plazo. Es difícil asegurar un desarrollo económico sin un gobierno estable.

Esta línea actual de ayudar a los países tratando de asegurar en ellos una "democracia" puede tener en los mismos un efecto desestabilizador. Reconociendo como verdaderamente deseable promover un respeto mayor por los derechos humanos, necesitamos reconocer que en las diferentes culturas las formas que toma la democracia varían. No existen soluciones fáciles, pero deberíamos mantenernos atentos a las grandes injusticias e intentar hacer algo por remediarlas, lo cual puede exigir nuestra propia educación.

7. El mundo más desarrollado no considera suficientemente las necesidades del mundo menos desarrollado económicamente. Así nosotros animamos a:

- Mantener la ayuda económica a las unidades o regiones en países menos desarrollados.

- Orientar principalmente el fondo de la Marianist

Mission y el fondo de Justicia y Paz hacia estos países menos desarrollados económicamente.

8. Desde nuestra cultura marianista, la economía para nosotros debe ser un medio, nunca un fin. Pero es un medio importante y creemos que los hermanos deberían cuidar los bienes de la comunidad y practicar la pobreza personal.

9. Los descubrimientos científicos y los cambios tecnológicos, como tales, han sido generalmente beneficiosos, permitiendo que las personas puedan vivir mejor (sanidad, comunicaciones, transportes, educación). Sin embargo, hay que asegurar:

- Que estos avances sirvan para mejorar a la persona humana y no para conducirla a un mundo de hedonismo que lleva al desprecio de la persona.

- Que todas las personas se beneficien de los avances técnicos y científicos.

Hoy estos objetivos no se cumplen plenamente, y en nuestro apostolado debemos insistir sobre la apropiada relación de las personas con los bienes materiales y la

importancia de una distribución equitativa de los recursos.”

(Del “Apéndice”.)

II. VIDA MARIANISTA Y CULTURA MODERNA

1. Audacia y discernimiento

P. JOHANN G. ROTEN SM

Al echar una mirada sobre esta sala y contemplar las cabezas - unas venerables, otras calvas, unas lustrosas, otras con arrugas- de tantos hombres juiciosos, y al experimentar, yo también, un progresivo envejecimiento en mi propio cuerpo, no puedo evitar preguntarme: ¿Dónde han ido a parar las flores?¹⁰. Y entonces pienso que el buen Dios no tiene mucho donde elegir. Pero en ese momento me viene a la memoria que Él prometió renovar constantemente la faz de la tierra, y entonces creo que su elección no debe de ser tan mala, después de todo, ya que Él nos eligió -Él te eligió a ti-, no para hacerle a la Compañía de María una operación de cirugía estética, de la cual se puede prescindir, sino para aplicarle ese tratamiento fuerte que tan imperiosamente necesita: un tratamiento que elevará el nivel de adrenalina y hará circular la sangre más fluidamente.

Como cohermano vuestro, quisiera expresaros mi gratitud por haber aceptado jugar otra vez el juego del Capítulo General.

Juego, no porque no tenga seriedad, sino por las reglas precisas con las que se desarrolla: de momento, vosotros esperáis poder trabajar con el consenso, pero gradualmente iréis descubriendo que el Capítulo es una cadena de producción de compromisos. Venís al Capítulo General como delegados y legisladores, y lo abandonaréis como hermanos y como vendedores ilusionados de vuestro propio producto. Sois lo bastante conscientes para saber que fuera de aquí hay personas -pocos..., muchos- a quienes esto les importa poco, pero, sin embargo, realizáis vuestro trabajo con estilo y convicción. Todos sabéis que este Capítulo no puede redactar de nuevo la Regla de Vida, ni rehacer las Perspectivas para una nueva etapa, pero no obstante, y con coraje, habéis decidido emprender un largo camino hacia un país desconocido. ¡Que vuestro trabajo sea fructífero!

Quisiera rendir homenaje a una persona que, estando entre nosotros, ha sido, durante los diez últimos años, la versión

¹⁰ Alude a la canción Where have all [he flowers gane? (N. del T.). El P. Roten dio esta conferencia en la jornada de retiro de los capitulares.

marianista del servus servorum. Al preparar esta presentación he releído todas sus circulares y, para sorpresa y alegría mías, he descubierto que todo lo que hay que decir sobre el artículo 11, sobre "audacia y discernimiento", ya lo ha dicho con precisión el P. José María Salaverri. Sus circulares, leídas como un comentario continuo del artículo 11, muestran que allí no falta ni el meollo del tema ni la audacia para llevarlo a la práctica. A él le debo, y no me extraño de ello, el sentirme ahora más como un estudiante que está pasando un examen que como un cohermano que está exponiendo unos puntos.

El lenguaje y las ideas de esta exposición serán más audaces que vigilantes. No es posible pincelar con una fraseología matizada lo que debe ser traducido inmediatamente a otros idiomas y medios culturales diversos. Mi aproximación se basará más en afirmaciones que en cuidadas explicaciones y comprobaciones. Conseguiré su objetivo si logra ser un poco sugerente, provocando reflexión, discusión y acción.

Mi exposición consta de cuatro partes. Las cuatro tienen como tema general la audacia y el discernimiento. Me gustaría sugeriros, como imagen figurada de mi exposición, la típica muñeca rusa, la matriosca. Frecuentemente se venden en lotes de cuatro muñecas, que encajan unas dentro de otras.

La primera y mayor, la más general, encerraría en sí el significado de la audacia y el discernimiento según el contexto del artículo 11 de nuestra Regla de Vida. La segunda muñeca, que encaja dentro de la primera, mira más específicamente hacia la acción; suscita unos interrogantes sobre ciertas áreas específicas de nuestra identidad corporativa, en las que pueden, tal vez, ser más necesarios la audacia y el discernimiento. La tercera, más pequeña, trata, quizá demasiado audazmente y no con suficiente visión, de formular tres principios de acción. Y la cuarta, que es como el corazón de la muñeca rusa, os hará conocer la verdadera imagen marianista de la audacia y el discernimiento.

Finalmente, y dejando ya la imagen de la matriosca, en la conclusión me gustaría proponerle al Capítulo dos santos patronos: uno sagrado y otro secular.

I La paradoja de la Encarnación

El artículo 11 de nuestra Regla de Vida parece un artículo extraño, porque la huella chaminadiana del capítulo I parece evaporarse cuando llegamos a este pasaje. Sin embargo, ese artículo fue originariamente escrito para dar respuesta a una preocupación muy clara y muy reiteradamente expresada por el P. Chaminade. Preocupación que fue lo suficientemente importante como para convertirse en el tercer objetivo de la Compañía de María y en el artículo segundo de nuestras Primeras Constituciones. He aquí cómo formuló el P. Chaminade al P. Lalanne su pensamiento al respecto:

El artículo segundo deberá estar redactado de tal forma que exprese claramente la preocupación que la Compañía de María tiene por preservar a sus miembros del contagio que pudiera sobrevenirles por el contacto con el mundo, y deberá hacer ver claramente que existen unas reglas de precaución y reserva... como tercer objetivo de las Constituciones.

(Notas autógrafas sobre las Constituciones, n.º 5.)

Lo que podría sonar como excesivamente negativo a nuestros oídos del siglo XX es, en realidad, la consecuencia de una opción fundamental: el P. Chaminade optó por el mundo, con los riesgos pertinentes. Escogió la incardinación antes que la huida; el compromiso, antes que, e incluso contra, el absentismo. Deseaba la clarividencia en medio de la ambigüedad, el contacto sin contagio, la fuerza y el discernimiento en el ardor de la acción, así como los aires tranquilos en el descanso y el sosiego. De esta manera, el tercer objetivo de la Compañía de María se convirtió en un robusto contrafuerte llamado a sostener el alto ideal de "llegar a la conformidad con Cristo" -primer objetivo- y de "trabajar por la venida de su Reino" -segundo objetivo- (RV 2).

El Capítulo de 1981 explicitó lo que el P. Chaminade daba por sentado. Enriqueció y profundizó su idea del discernimiento, enraizándola vigorosamente en el dinamismo de la Encarnación. El cantus firmus del artículo II es su constante referencia a la Palabra Encarnada; y se dan los tres contrapuntos que articulan nuestra propia participación en la presencia continua de Cristo en este mundo.

El primer contrapunto es: como el Verbo Encarnado, nos esforzamos en ser solidarios con la gente de nuestro tiempo, en sus

alegrías y esperanzas, sus angustias y sufrimientos. Siguiendo la advertencia del Verbo Encarnado -segundo contrapunto-, caminamos con la fuerza de su palabra. Y como testigos creyentes del Verbo Encarnado -tercer contrapunto-, transmitimos al mundo la liberación de Jesucristo.

De esta forma, hacemos presente la Encarnación por medio de la solidaridad, la evangelización y la liberación. Sólo la solidaridad pone de manifiesto, hasta cierto grado, la actitud humana genuinamente autónoma, mientras que la evangelización y la liberación son, de hecho, dos actitudes espirituales cuyo motor de empuje y fuerza conductora es el mismo Cristo: estamos llamados a permanecer vigilantes para que no se debilite ni empañe la fuerza de su palabra. Por tanto, la evangelización significa, primero y principalmente, prestar nuestra voz a la fuerza de su palabra. Idéntica aplicación hacemos a la liberación: el agente último de transformación es la misma fuerza liberadora de Cristo, de la que nosotros somos testigos fieles. La idea básica del artículo 11 es clara: la Encarnación es una ley por sí misma y en sí misma; en el fondo continúan la propia hermenéutica de Dios y el modelo de su economía de la redención.

Ésta es la razón por la que el artículo 11 es y seguirá siendo originariamente un artículo sobre la vigilancia. Pero ¿qué es la vigilancia? Quiere decir inculturación personal en el movimiento de la Encarnación: la puesta en práctica de que Cristo vive en mí y yo en Él; que la fuerza de su Palabra penetra mi ser para purificarlo, liberarlo y fortalecerlo; la comprensión, incluso, de que yo formo parte activa en su misión de solidaridad, evangelización y liberación, pero no como un actor por libre en un drama sagrado, sino como un apóstol enviado por la Iglesia y la Compañía de María. Se trata, por tanto, de saberse un vigilante que lleva tesoros en vasijas de barro; de saberse un vigilante que se reconoce a sí mismo bendecido y dotado; de saberse un vigilante al que se le ha confiado la maravillosa y extraordinaria responsabilidad de comunicar el amor del Dios crucificado y resucitado a aquellos que, sabiéndolo o no, necesitan dar sentido a su vida, necesitan esperanza y amor. La vigilancia, tal y como se nos presenta en el artículo 11, no es un mecanismo de defensa, no es un refugiarse en una torre de marfil, ni un reflejo de conservación ni un modelo de conducta regresiva o paranoica. La vigilancia es el conducto del dinamismo de Dios que impregna nuestro ser para liberarlo de sí mismo, de la cerrazón

religiosa y de la indiferencia espiritual. En la vigilancia cristalizan la maravillosa libertad y el abundante flujo del espíritu de la Encarnación, que proporciona a la vigilancia un elemento práctico y activo. Porque también esto forma parte de la Encarnación: la comprensión de que el Espíritu de Dios vive en los templos humanos; de que nosotros amamos con un corazón que nunca está seguro de sí mismo; de que lo sublime no puede prescindir de lo trivial, y de que el amor de Dios es más comprensivo que nuestras medidas humanas.

Sólo al final del artículo II, y formulado de una manera poderosamente paradójica, se hace mención de la palabra audacia: "Cuanto más penetrante sea nuestro discernimiento, tanto mayor será nuestra audacia apostólica". Se trata de una de las construcciones típicamente católicas que Karl Barth detestaba tanto, porque está construida según el modo católico del "et ... et", "y ... y" (discernimiento así como audacia), una frase que vuelve locos a los que prefieren la fórmula neta y pragmática del "o ... o". Se trata de una construcción que habría llevado a Voltaire a atacar violentamente, con uno de sus comentarios mordaces, diciendo que los católicos, queriendo dar respuesta a todas las cosas y a todas las personas, intentan aliviar los problemas en lugar de solucionarlos. Sin embargo, esta frase no sugiere un punto muerto, sino que indica una progresión: el discernimiento, al fin y al cabo, conduce a la audacia. La audacia aparece como el fruto de un discernimiento atento y fiel; es la culminación de un esfuerzo largo y pacientemente mantenido.

Desgraciadamente, la formulación de las dos últimas líneas hace fracasar hasta un cierto punto su propio dinamismo. Cuando leemos: "Cuanto más penetrante sea nuestro discernimiento", nos encontramos a nosotros mismos al borde de una lamentable tautología que amenaza destruir el fuerte dinamismo y la amplitud de todo el artículo. En realidad, no estamos llamados a vigilar nuestro propio discernimiento; el discernimiento no es un fin en sí mismo y no debería evocar la idea de una autoconservación estéril. De hecho, nuestro discernimiento está completamente centrado en la expresión llena de sentido del principio de la encarnación en nuestras vidas.

Esto se confirma en la descripción de la audacia. No nos estamos refiriendo a ningún fuerte y ebrio sentimiento prometeico, sino a una actitud orientada intensamente hacia la realización de la

encarnación. Estamos hablando de la audacia apostólica. Cuanto más se enraíce la encarnación en nuestra vida, tanto más impregnada de audacia apostólica estará. En cierto sentido, la audacia apostólica es el resultado de una vigilancia realizada con éxito, porque "quien posea el espíritu de Cristo, con las "antenas" y los "filtros" que Él da, está "condenado"... a ser audaz, incluso hasta el punto "heroico" (RV 8, 29).

El artículo 11 de nuestras Constituciones es la exacta transcripción de la colecta de la misa del alba de Navidad: "Concede, Señor, a los que vivimos inmersos en la luz de tu Palabra, hecha carne (éste es el principio de la encarnación en su fuerza activa y transformadora en nosotros), que resplandezca en nuestras obras la fe que haces brillar en nuestro espíritu" (aquí vemos la eficacia combinada de la vigilancia y la audacia).

Uno puede estar tentado de considerar las dos últimas líneas del artículo 11 ("Cuanto más penetrante sea nuestro discernimiento, tanto mayor será nuestra audacia apostólica") como dialécticas, y de hecho algunos comentaristas así lo han visto. Algunos comparan estas últimas líneas con la contradicción que existe entre claridad y pasión; al antagonismo existente, según Péguy, entre moral rígida y flexible; al comentario de Chesterton de que es fácil ser pesado (observador) y difícil ser ligero (audaz). Pero, sobre todo, la audacia y el discernimiento son comparados con la astuta serpiente y la inofensiva paloma, suponiendo equivocadamente que la serpiente representa la audacia y la paloma el discernimiento. En realidad, la inocente paloma es la audaz, y la astuta serpiente es la observadora, tal como aparece en la tradición literaria midrásica: "Esto dice Dios de los israelitas: hacia mí se muestran sinceros como palomas, pero hacia los gentiles aparecen prudentes como serpientes". Cuando las serpientes están amenazadas, dice otra interpretación, lo primero que buscan defender es su cabeza. Cuando nos enfrentamos a la tensión y a la división, ésta debería ser nuestra. actitud refleja: defender a toda costa nuestra unión con Cristo, que es nuestra cabeza. A la paloma, por otra parte, se la considera inocente porque representa a la amante siempre fiel: si su pareja la abandona, nunca tomará otra nueva. Su amor permanecerá inquebrantable frente al abandono, la pérdida o la muerte. Lo mismo sucede con la encarnación inculturizada: mostrarse vigilantes, como la serpiente al borde del camino, y tener una confianza audaz, como la paloma, en el amor de Dios que

nunca falla.

Contrariamente a lo que se suele creer, el discernimiento indica un movimiento ad extra, hacia afuera, hacia la confrontación y el encuentro, mientras que la audacia indica un movimiento ad infra, hacia la fuente de nuestra existencia e identidad. Sin duda, se requiere un gran coraje para bajar de la habitación de arriba, caminar hasta la siguiente esquina de la calle y empezar a predicar; eso mismo lleva consigo una humildad mucho más profunda -y eso es verdad tratándose de uno mismo-: la que supone regresar, subir de nuevo a la habitación y pedir algo más de Espíritu Santo.

La relación entre la audacia y el discernimiento no es dialéctica, sino paradójica. No existen nuevas síntesis que aparezcan inesperadamente de la interacción entre audacia y discernimiento, como un salto o marca de una nueva tesis a un nivel más elevado. Por el contrario, la audacia y el discernimiento están ligados por una relación paradójica, porque ambas tienen un origen, una base y una fuente comunes. El origen común es el principio de encarnación; la base común es Jesucristo, el Dios hombre salvador; la fuente común es el amor ininterrumpido e interrelacionado de la Santísima Trinidad.

II Los cuatro pilares de la sabiduría marianista

Para ser realmente eficaces hay que aplicar la audacia y el discernimiento a los fundamentos de la vida marianista: la Fe es el fundamento; María es nuestra vida; una comunidad en misión; nuestra composición mixta. Estos cuatro elementos constituyen los cuatro pilares de nuestra sabiduría y son la garantía última de nuestra identidad y el principio de solidaridad. No existe identidad sin autoconservación, autodeterminación y autolimitación. Del mismo modo, no existirá entre nosotros solidaridad -con la Iglesia y con el mundo- sin una auténtica identidad. Y ése es el cometido que tienen la audacia y el discernimiento: formar y corregir, aumentar y corroborar nuestra identidad y solidaridad, tal y como está expresada en los cuatro pilares de la sabiduría marianista.

Me parece que, con vistas al tema probable del Capítulo, "Fe y Cultura", cada uno de estos pilares necesita ser subrayado desde un ángulo específico; y recalcado de tal manera que salgan a flote sus potencialidades ocultas. Me gustaría hacer cuatro sugerencias al respecto, y quisiera considerarlas como un ejercicio práctico para

ambos, la audacia y el discernimiento. Hoy día necesitamos:

1. Una tradición intelectual marianista.
2. Una conciencia eclesial más amplia y profunda.
3. Una actitud más audaz y vigorosamente articulada, sobre la evangelización.
4. Una conciencia social más explícita.

1. Una tradición intelectual marianista

Históricamente hablando., los hábitos intelectuales de los marianistas, los reflejos profundamente asentados de nuestra estructura mental, son reaccionarios. Podemos decir que el P. Chaminade vivió bajo el período de la Ilustración, por lo que desarrolló la fe como principio de contradicción. La Ilustración exaltaba la razón: el P. Chaminade ponía de manifiesto la fe. La Ilustración proponía modelos de hombres racionales: el P. Chaminade gritaba con san Bernardo: Respice Mariam, tomad a María como modelo de fe. La Ilustración excluía la religión del mercado: el P. Chaminade sabía que la fe podía transformar la sociedad.

De este modo, con la Ilustración como antagónica, el P. Chaminade se convirtió en defensor de la fe y en un experto trabajador de la restauración religiosa. Como lector perspicaz de los signos de los tiempos, miraba hacia el pasado en lo referente a la teoría -su credo espiritual fue el de la escuela francesa de espiritualidad-, pero miraba hacia el futuro en lo referente a la praxis, adoptando principios de acción que llevaban la marca de la Revolución francesa. Por eso su credo intelectual fue el de la contradicción y la antítesis. Y tuvo mucho éxito con esta fórmula: el choque frontal con la Ilustración provocaba una vuelta de la fe a la vida, y sus estrategias apostólicas se convirtieron en medios poderosos para una amplia campaña de conversión. La línea de acción del P. Chaminade podría ser vista, históricamente hablando, como la única posible. Sin embargo, nos dejó sin una tradición intelectual. Como Compañía, hemos vivido en un vacío intelectual, lo que nos hace vulnerables: vulnerables a las ideologías, más vulnerables, incluso, en los tiempos de no ideologías, porque en ellos ya no quedan Ilustraciones a las que oponerse y que contrarrestar, y más vulnerables aún en períodos de gran

indiferencia hacia la religión institucionalizada.

No estoy presentando una nueva clase de intelectualismo, y menos aún insinuando una cierta filosofía esotérica marianista. Necesitamos materiales y medios. Materiales, para la construcción de valores espirituales: una estructura sólida de principios filosóficos y teológicos. Medios, extensos y sólidos, para tener éxito en la difícil tarea de la inculturización. Puesto que nos encontramos con otras Tradiciones y culturas, deberíamos impregnarnos, nosotros mismos, de la tradición y cultura apologéticas y kerigmáticas reales. Éste no es el lugar para entrar en detalles, pero permitidme mencionar tres contextos problemáticos en la relación fe-cultura:

a) Necesidad de un diálogo efectivo fe-razón, basado en el principio *fides quaerens intellectum* -la fe que busca la luz de la razón-, para que nuestra fe marianista tenga un verdadero fundamento y esté seriamente comprometida, en línea con la auténtica trayectoria de la encarnación.

b) Necesidad de una sólida antropología teológica que dé firmeza a nuestra autocomprensión como personas humanas y religiosas.

c) Necesidad de una buena filosofía social que localice y aclare realidades tales como el pluralismo, la solidaridad, la autoridad y la misión.

No estamos llamados a redescubrir el Mediterráneo, porque ya somos lo bastante privilegiados como para sumergirnos en la rica tradición intelectual católica, para explorarla y explotarla.

Ésta es la encarnación del corazón y del deseo, pero también existe la encarnación de la mente. Necesitamos hábitos para el corazón, pero también para la mente.

2. Una conciencia eclesial más amplia y fecunda

El Capítulo General de 1981 escribió un apartado muy bello sobre María. Su sabor es inconfundiblemente chaminadiano, y su visión de conjunto, muy actual y moderna. La orientación básica es amplia y profundamente cristológica, pero al mismo tiempo tiene todas las ventajas de una mariología empapada de antropología. Nos habla a todos de forma comunitaria, pero, al mismo tiempo, tiene el sello íntimo del mensaje dirigido personalmente. Ahora bien, un examen más atento nos hace ver que falta una pieza. Parece

como si la teología mariana que guía los artículos 5-8 diera un salto desde principios del siglo XIX hasta los años ochenta del siglo XX, pasando finamente por encima del capítulo VIII de la Lumen Gentium, del Concilio Vaticano II.

Me parece que, a pesar de las alusiones tímidas aquí y allá, la dimensión eclesiológica de nuestro pilar de sabiduría mariana resulta débil y sin suficiente perfil o contorno. Existe el peligro de destacar el papel cristotípico y antropológico de María, sin resaltar al mismo tiempo y con fuerza su función eclesiotípica. A primera vista, esto aparece como una cuestión perfectamente vacía, dirigida solamente a los teólogos. Sin embargo, en realidad, la cuestión tiene implicaciones prácticas de mayor alcance.

Creo que el lugar de María en la Iglesia, tal y como se señala en nuestra Regla de Vida, debería estar más enérgicamente organizado para profundizar y ampliar nuestra conciencia eclesial: la personal, pero también la de nuestras comunidades y Provincias. Conocemos a María en la Iglesia y a través de la Iglesia. María es, en cierto sentido, el producto real de la Iglesia. María es el arquetipo y modelo de la Iglesia. María personifica la experiencia fundamental de la fe de la Iglesia. María es la primitiva célula de la Iglesia, en la que el Verbo Encarnado pudo ser impreso sin resistencia. María representa la ternura maternal de la Iglesia, en donde la verdad no separa y la caridad no disgrega.

Ya que, bajo la guía y con el poder del Espíritu, María forma a Cristo en nosotros, también está llamada a ayudarnos a desarrollar una auténtica conciencia eclesial. El legítimo sentire cum Maria no puede ser separado del sincero sentire cum Ecclesia. María, vista desde un cristocentrismo aislado, llega a convertirse en una figura abstracta y separada de nosotros, unas veces sectaria, otras marginada. Existe en la Compañía el peligro de levantar nuestro altar mariano en una capilla lateral de la Iglesia, de disociar y privatizar nuestra espiritualidad mariana. Y un peligro todavía mayor de colocar nuestros valores marianos sobre una base exclusivamente antropológica. Eso nos separaría mucho más aún de la Iglesia y de la conciencia eclesial. No existe la menor duda de que nuestra herencia espiritual lleva la marca especial de la eclesialidad, pero será a través de la solicitud creadora de María como nuestra conciencia eclesial permanecerá viva y crecerá. Permitidme concretar tres áreas de esta concentración práctica:

a) En una sincera conciencia eclesial no existe separación posible entre María y Pedro. Decir sí a María significa decir sí a Pedro. Su *fiat* es asentir y consentir a Cristo, y, por tanto, también a su Iglesia, construida sobre la roca de Pedro.

b) La conciencia eclesial vehemente y compasiva afirma la unidad entre María y Juan, símbolo del creyente, del amante y del compromiso perseverante hacia la Iglesia. Esta Iglesia nuestra aparece a veces terriblemente humana, vencida y desgarrada. Tiene necesidad imperiosa de todos los amigos posibles, dependiendo totalmente de unos corazones sinceros y creyentes y de unas manos que la curen.

c) Para una conciencia eclesial iluminada y en armonía, hay que decir que no existe separación posible entre María y el Espíritu. A Él, a su presencia y acción, dio María su *fiat* libre y activo. Bajo su dirección sopesó María, lúcida y continuamente, los caminos de Dios y los signos de los tiempos. Del mismo modo, nuestro sí a la Iglesia debe ser transparente y libre para no traicionar la acción del Espíritu en nuestras almas.

Como Compañía de María, no siempre hemos tenido demasiada conciencia eclesial, queriendo con ello decir que no nos hemos significado ni mostrado sinceros, vehementes, compasivos, transparentes, en armonía con la delicadeza mariana hacia las muchas necesidades y llamadas de nuestra Iglesia.

3. Una actitud más audaz y vigorosamente articulada sobre la evangelización

La tradición marianista de la evangelización fue formada por el principio de acción concertada (comunidad), el principio de compromiso a largo plazo (educación), el principio de aproximación de conjunto (universalidad de medios, por una parte, y formación de toda la persona, por otra), y el chaminadiano principio de contradicción (la fe vista cómo una respuesta dialéctica a los modos del mundo). Éstos fueron entonces unos principios excelentes y todavía lo son. Sin embargo, tras un examen más detallado, nos damos cuenta de que algunos han cambiado y otros se han desgastado.

El principio de acción concertada (comunidad) se vio enriquecido y aumentado para expresar la pluralidad y la individualidad. El principio de contradicción fue ampliado y suavizado para incluir la solidaridad y el testimonio; como consecuencia, el compromiso llegó a ser algo más puntual, y el acercamiento comprensivo, más específico. ¿Se puede deducir de ahí que la evangelización en la Compañía de María ha perdido su centro y su fuerza? Podría ser tarea del Capítulo responder a esta cuestión. Sin embargo, teniendo en cuenta los principios mencionados y su evolución reciente, existe en la Compañía una natural tendencia e inclinación hacia la adaptación e integración, hacia la postura conciliadora y el conformismo. Éste puede ser el verdadero rasgo de la encarnación, pero también puede significar algo completamente diferente. ¿Podría esto querer decir que nuestra tradición de evangelización se ha convertido en mediocre, moderada, indirectamente engañosa y no específica?

En nombre del artículo II, y basados en el poder de la palabra de Dios y en la liberación de Jesucristo, necesitamos que nuestra misión sea esa punta de lanza con una formulación de la evangelización más directa e inmediata. El equivalente actual del discernimiento podría ser llamado de nuevo "acción concertada", y la audacia podría ser formulada de nuevo en términos de "contradicción". Cualquiera que sea la etiqueta que usemos, deberá urgirnos a actuar rápidamente, ya que éste es un tiempo para hablar en voz alta y sin miedo. Citaré tres áreas hacia donde debemos dirigir y formular la evangelización:

a) La vocación crece y madura durante un cierto período de tiempo, pero la llamada a ser religioso tiene un algo de toque suave y un mucho de entusiasmo valiente. Sabemos que nuestra disposición está inspirada por el amor de Dios y por nuestro amor a Él: *caritas urget nos*; sin embargo, también debemos añadir, por el bien de este momento de nuestra historia: *tempus urget nos*: el tiempo nos apremia.

b) La mejor táctica de supervivencia es la de desarrollar un alto perfil de visibilidad. El perfil individual, así como el perfil espiritual corporativo, tiene que ser formulado y de forma inequívoca. No estoy hablando de volver al traje negro, sino, sobre todo, de la finalidad, dirección y determinación y, más que nada, de la solidaridad necesaria para apoyar la finalidad, la dirección y la determinación comunes.

c) Necesitamos un reto y ser retados para dar vigor y agudizar nuestra tradición de evangelización. Nuestro reto es el de la Encarnación, la poderosa y liberadora palabra de Dios. No seremos sal ni luz si esta palabra no es un reto a nosotros mismos, o no reta a aquellos a los que nos dirigimos. De modo parecido deberíamos dirigirnos a aquellos que significan un reto para nosotros: los pobres de espíritu, las víctimas de la injusticia, los pobres de corazón. La evangelización directa no se puede construir por más tiempo según el principio chaminadiano de la contradicción, pues se mantiene y cae con el constante reto de la espiritualidad escapista y el quietismo apostólico.

4. Una conciencia social más explícita

Uno de los aspectos más eminentes y ricos de la herencia de la Compañía de María es nuestra tradición social. Ella ha marcado nuestra historia y ha impregnado nuestro dinamismo apostólico de audacia y creatividad. La conciencia social -mejor, el hábito social- es parte integral de nuestras estructuras de organización y de gobierno en la Compañía de María: lo que nosotros llamamos "composición mixta".

Pero hay más; la aproximación de doble dirección de la acción apostólica, basada en la universalidad de medios y centrada en la persona humana como un todo, indica una preocupación social fundamental: los medios tienen que estar sometidos a las personas, y las estrategias, a las necesidades. Y aquí es donde surge el inconsciente colectivo marianista de ser "la pequeña Compañía". Se da una cierta tendencia, consciente o inconsciente, a sentirnos y actuar como "desvalidos" y, por ello, a hacemos eco de otros desvalidos del planeta y a compadecemos con ellos. Si yo tuviera que traducir esta actitud a diversos colores y ponerles una etiqueta política, diría que la Compañía de María tiende hacia el rosa-rojo, o rosado, y que tiene una mentalidad social semejante a la de algunos partidos socialdemócratas europeos. Por raro que pueda sonar, esto ha ayudado a formar nuestra conciencia social, como el apostolado de la educación ha sido, durante más de un siglo, una de las expresiones más características de nuestra acción social. Nuestros colegios de educación primaria y secundaria han sido, y todavía son, el escalón primero e indispensable de movilidad social para aquellos a los que servimos.

Por último, existe la tradición misionera marianista que, al amparo del movimiento de evangelización del siglo XIX, llegó a muchos pueblos a lo largo y ancho de todo el mundo.

Hoy día, el objetivo y la base de la conciencia social han cambiado. La promoción humana no mira ya específicamente hacia la movilidad social a toda costa. El progreso ya no es sinónimo de crecimiento económico y de expansión política exclusivamente, y el sistema de conjunto de acción social, al menos en algunas partes del mundo, comporta un enfrentamiento menor. La promoción humana se dirige directamente hacia una solidaridad social a nivel local y global; establece relaciones sanas más fuertes que nunca entre clases, razas y culturas, y entre los seres humanos y su medio ambiente; y trata de llevar la liberación en nombre de la interacción y la compenetración. Nosotros, marianistas, estamos llamados a permanecer fuertemente vigilantes para, así, mantener y volver a centrar, si fuera necesario, nuestra conciencia social individual y colectiva. Quiero llamar vuestra atención sobre los siguientes aspectos:

a) La conciencia social debería surgir y desarrollarse a todos los niveles, en particular a nivel provincial y local. Nadie puede permanecer pasivo y no ver el estado del planeta en que vivimos ni ser insensible ante la situación social de nuestros empleados y vecinos. Existe una multitud de cuestiones llamadas sociales -heridas y tragedias- que nos miran fijamente y nos abofetean constante y acusadoramente. No podemos evitarlas, por lo que debemos enfrentarnos a ellas. La declaración conjunta de las Provincias marianistas de Nueva York y Cincinnati sobre el SIDA es un ejemplo estimulante sobre cómo hacer surgir una conciencia social.

b) En el contexto social actual, cada uno de nosotros debería desarrollar, con sencillez y confianza, relaciones curativas. Nuestra época se muestra llena de heridas y sin esperanza. Gran parte de nuestro apostolado y de nuestra acción pastoral debería, por tanto, hacerse en nombre de estas relaciones de sanación, reconciliación y restauración: restauración de la dignidad, de la integridad y de la confianza; restauración de todo: lo moral, lo intelectual y lo espiritual.

c) Para nosotros no existe hoy ningún camino que lleve a una espiritualidad personal y comunitaria auténtica, que carezca de la dimensión social. La espiritualidad es una

expresión de nuestra reconciliación con Dios, pero también es la expresión de nuestra reconciliación con el resto de la creación. Existe la conversión moral y religiosa, pero también existe la conversión política, lo cual significa la comprensión de la sociedad y de nuestro lugar en ella. Utilizando una paráfrasis del profeta Miqueas (6,8), caminarás humildemente con tu Dios si amas tiernamente; y amarás tiernamente si actúas justamente.

Los cuatro pilares de la sabiduría marianista -tradición intelectual, conciencia eclesial, tradición de evangelización y conciencia social- constituyen la cuadriga (cuatro-y-carro) de la inculturación; esos cuatro pilares representan sus cuatro piedras angulares. La inculturación necesita una inteligencia (tradición intelectual), un corazón (conciencia eclesial) y unas manos (conciencia social). Pero estos tres elementos dependen de un alma que les dé vida, y esa alma es la evangelización. Solamente podrá darse una auténtica inculturación y un diálogo fructífero entre la fe y la cultura allí donde estos cuatro componentes se relacionen entre sí de forma adecuada.

III. Tres principios de acción

La misma lógica de la Encarnación nos baja de las altas cumbres de la reflexión y nos vuelve a las no probadas aguas de la vida. De modo parecido, nos libera para probar en la acción lo que hemos concebido en la mente.

1. La audacia y la vigilancia son una prenda para el presente y un rechazo de las ideologías que predicán la huida hacia el pasado o la fuga hacia el futuro. Me estoy refiriendo a todos esos movimientos, desde el gnosticismo al marxismo, para los que el presente es mentira y el principio de la sabiduría está en la negación de lo que ahora es. Sólo el cristianismo tiene el valor de afirmar el presente, y ésta es su gran fuerza, ya que Dios mismo ha afirmado el presente. Él comunicó la plenitud de gracia y de verdad (Jn 1,17) a nuestro aquí y ahora. El sí de María es la señal cristiana arquetipo del presente; se trata del ininterrumpido sí que abarca a la memoria y a la spes, a la promesa y a la realización. Si somos lo bastante audaces, diremos nuestro sí a la situación actual, a la situación de vida o muerte, donde la parábola del grano que muere se ha hecho ya realidad para todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, seremos

vigilantes, porque no tiene ningún valor gastar nuestra propia vida, sufrir pasivamente y sin sentido, como el mono que no tiene suficientes manos para taparse, al mismo tiempo, los ojos, los oídos y la boca.

2. La encarnación se realiza en el presente, en lo concreto. La audacia y la vigilancia son nociones esencialmente prácticas porque están al servicio de la encarnación de forma directa e inmediata. El demonio está en el detalle, pero para eso están la audacia y la vigilancia:

a) No habrá audacia y vigilancia efectivas sin liderazgo efectivo. No estoy pensando, en primer lugar, en personas, sino en documentos. *Perspectivas para una nueva etapa* (Ariccia, 1986) es un bello ejemplo de artesanía comunitaria y de confrontación y encuentro intercultural. Parece haber intentado producir, de forma reducida y ordenada, una nueva edición de la Regla de Vida de 1981. *Perspectivas para una nueva etapa* es un documento audaz en su propósito, extenso en su propuesta y rico en sus recomendaciones. Es como un supermercado bien abastecido en donde uno puede elegir lo que quiera. En este sentido carece de punto central, de audacia de un esfuerzo coordinado, de concentración en prioridades, de respuesta específica a un reto concreto. Si el actual Capítulo General tuviera que escribir otra versión de *Perspectivas para una nueva etapa* o un comentario a la Regla de Vida, perdería, probablemente, su semblante y, por lo mismo, la Regla de Vida perdería su credibilidad.

b) Ni la audacia ni la vigilancia se dan sin liderazgo. Si ellas están realmente en el detalle, entonces el papel de liderazgo consiste en algo más que en ser un mero animador y hacedor. Los líderes tienen que crear conciencia en nombre de unas prioridades específicas, lograr el consenso siempre recalcitrante, y otorgar la autoridad administrativa necesaria para asegurar su realización. Uno de los retos más atrevidos que tiene que afrontar este Capítulo General es la cuestión concreta del poder que quiere otorgar al gobierno central de la Compañía, y para qué campos específicos.

c) Hemos tratado de insistir concienzudamente en la complementariedad e interdependencia de la audacia y la vigilancia. En nuestra mentalidad católica van muy unidas, como sólo lo verdaderamente católico puede unir y atar

estrechamente. En nuestro corazón habita un amor ardiente hacia las dos, como guardianes que son de una sana expresión de nuestra fe. La situación parece ser diferente en la esfera de la acción. Existen épocas en la acción colectiva en las que dar énfasis a una sobre la otra -no contra la otra- parece ser lo justo, pero la acción requiere finalidad, dirección, urgencia y concentración en fines específicos. Y así se nos puede llamar a ser audaces en una acción apostólica que exija poner temporalmente toda la carne en el asador para facilitar una realización concreta, y porque tenemos que evitar el estancamiento de intereses prácticos opuestos si queremos que el éxito de nuestro trabajo no se vea condenado por la parálisis.

IV. La imagen marianista de audacia y discernimiento

¿Queréis ser audaces y vigilantes? La expresión práctica de la quintaesencia marianista de la audacia apostólica y del discernimiento es, os vais a sorprender, la Oración de las Tres, con su teología subyacente y su significado concreto. No destaca por estar directamente relacionada con nuestra estructura de oración ni por ser parte integral de nuestro esquema de trabajo. Se trata de una excentricidad marianista, de la única incongruencia en un plan diferente y en una sencilla rutina diaria. Se trata de un verdadero compendio de audacia porque afirma de manera práctica, implicándonos a cada uno de nosotros de forma concreta, en medio de nuestra ocupación secular y del mundo, en la memoria viviente de lo que constituye el acontecimiento único más importante de la historia humana y la última *raison d'être* de la Compañía de María y, por tanto, de nuestro propio ser como individuos. ¿Queréis estar centrados, ser específicos y directos? La Oración de las Tres os ayudará.

¿Queréis ser diferentes, sobresalir y mostrar, a vosotros mismos y a los demás, un rostro atrayente como religiosos y como marianistas? La Oración de las Tres os ayudará. ¿Os preocupa la solidaridad a nivel marianista? Recurrid a la Oración de las Tres, porque ella habla igual a los que hacen apostolado exterior y a los que rezan, a los pragmáticos y a los intelectuales, a los que siempre tienen prisa y a los que van despacio, a los que hablan inglés y a los que hablan titumbuka (Malawi), a los que disfrutan hablando y a los que prefieren escuchar.

En el centro mismo de la fe cristiana está la memoria *passionis, mortis et resurrectionis Jesu Christi*. La Oración de las Tres es la memoria viva de eso, traducida según la semántica marianista y cargada con la experiencia y la historia de todos aquellos que nos han precedido. Es el punto central de la identidad y actividad de toda la Iglesia, porque comunica la realización del amor redentor de Cristo al principio original de la Iglesia representada por María y Juan. En la Oración de las Tres se hace, incluso, referencia a los dos objetivos principales de la inculturación religiosa y católica: primero, que el amor encarnado de Dios -Padre, Hijo y Espíritu Santo- sea glorificado en todas partes; segundo, que sea glorificado por el modelo más acabado de la humanidad real y universal: la Inmaculada Virgen María. La Oración de las Tres refuerza los valores centrales de toda psicología religiosa; nos recuerda el momento de absoluta disponibilidad y desinterés, el "momento de ponemos a nosotros mismos en actitud de hacer lo que Él nos diga".

No quisiera que esto sonara a palabrería barata o a demagogia encaminada a distraer vuestra atención de los problemas serios y concretos que tendréis que afrontar en este Capítulo. Pero si queréis orientar el tema de la audacia y el discernimiento, la Oración de las Tres os será de mucha ayuda. Rezamos así: "Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios". ¿No es de eso de lo que trata el discernimiento? ¿Ponernos bajo la protección de aquella que guardaba todas las cosas en su corazón -sin desechar nada, meditándolo todo- de manera crítica y convirtiéndolo todo en oración? Y la oración continúa así: "Virgen María, ábrenos a la acción del Espíritu Santo". El Espíritu es la razón última y la fuente de la audacia apostólica.

No cabe duda de que la teología de nuestra Oración de las Tres debería ser retocada un poco. Ganaría con una referencia más específica a los misterios de la Encarnación y de la Resurrección, con una mención más explícita de la dimensión eclesial del Calvario y con la introducción de la perspectiva de liberación universal a través de la salvación. Con estas notas, ¿puede alguien estar junto a María y Juan, a los pies de la Cruz, y negarse a hacer lo que pide el artículo 11: "transmitir al mundo la liberación de Jesucristo"?ç

Conclusión

Al terminar, me gustaría evocar de nuevo la imagen de la muñeca rusa. La pobre matriosca nos ha servido de algo más que de truco barato o gancho sin consecuencias. Nos ha servido para tipificar una estrategia encarnacional coherente, para encontrarnos con el empuje fundamental y encarnacional del cristianismo, y para nuestro propio empuje como marianistas. Los cuatro componentes de la muñeca total están entrelazados y solamente se puede separar uno en dependencia del otro. El movimiento general se dirige hacia un compromiso, por parte de cada uno de nosotros, cada vez más concreto y práctico.

En la primera parte de esta exposición nos descubrimos a nosotros mismos como agentes comprometidos y activos de la venida redentora e ininterrumpida del Verbo Encarnado a este mundo. La segunda parte fue, más bien, un intento de traducción de este dinamismo divino en las cuatro categorías precisas de la creatividad marianista. La tercera parte de esta exposición fue una prenda de nuestra vocación cristiana y marianista en la actualidad, en el hic et nunc de nuestra geografía e historia. La cuarta y última parte fue la proyección de una imagen, de una actitud espiritual, de una acción precisa que nos mantendrá centrados en la audacia y el discernimiento y nos introducirá en el engranaje de un esfuerzo sin descanso al servicio del Verbo Encarnado.

No tomemos el reto a la ligera, más bien tomémosle la delantera. Eso añadirá más magulladuras aún a las heridas ya abiertas en nuestra lucha contra el príncipe del mal. Por eso este Capítulo necesita dos patronos fuertes y especiales: uno, que nos ayude a mantenernos sólidamente en este mundo, que sea fibra de nuestra fibra y fuente de nuestro sustento, según el modo realmente católico; y otro, que sostenga nuestra fidelidad a lo que está y estará por encima de todo.

El primer patrono que yo os sugeriría es lo que se puede llamar un santo secular: es de Salzburgo y se llama Wolfgang Amadeus. El segundo es originario de Alejandría, se llama Clemente y está totalmente impregnado de tradición eclesial. Lo secular y lo sagrado, la fe y la cultura..., ¿no es éste el tema del Capítulo General de 1991?

El modo realmente católico de ver las cosas no es un problema de equilibrio, ni de neutralidad ni de indiferencia. La forma

católica et-et, y-y, debería sonar como suena la música de Mozart. Lo que sucede en Mozart se puede considerar un magnífico desconcierto del equilibrio; un giro en el que las luces brillan y las tinieblas caen, pero sin desaparecer; en el que la alegría sobrepasa a la pena, pero sin extinguirla; en donde el "sí" suena más fuerte que el siempre presente "no". En la conclusión de La flauta mágica oímos: "El rayo de sol expulsa la noche". La obra puede y debe continuar o empezar otra vez de nuevo. Al mismo nivel, alto o bajo, es un concurso que se debe ganar; en realidad, ya está ganado. Este hecho proporciona carácter y dirección a la música de Mozart. Por este motivo lo he escogido como patrono secular del Capítulo.

La magia de Mozart nos guía hacia el recinto del misterio de la Anunciación, pero debemos apoyarnos sobre los hombros de Clemente para entrar en el santuario de la presencia de Dios. Este tipo de gimnasia nos mantendrá jóvenes y a punto para el Reino. Como afirma Clemente de Alejandría:

Somos jóvenes. Somos un pueblo nuevo muy diferente del pueblo anterior. Aquellos que participan de lo eterno permanecerán como algo incorruptible. Nos llaman adolescentes. Nuestra vida es una primavera porque tenemos en nosotros la Verdad que nunca nos hará envejecer.

No obstante Wolfgang Amadeus y Clemente, este Capítulo no debería ser un campamento de verano de chicos felices, sino, posiblemente, algo más laborioso, incluso, que la interpretación armoniosa de una bella sinfonía de Mozart. Mi deseo es que este Capítulo se convierta en una primavera marianista, "porque tenemos en nosotros la Verdad que nunca nos hará envejecer". Esta verdad nos ayudará a que el sí suene más fuerte que el omnipresente no. Y como os dejo en compañía de Amadeus y Clemente, me gustaría decirlos en francés: Bon voyage et bonne route!

(Traducción: Victoriano Viñuelas SM.)

2. Conocer la cultura en que vivimos

MONSEÑOR DANIEL PILARCZYK, arzobispo de Cincinnati y presidente de la Conferencia Episcopal norteamericana¹¹.

¹¹ Charla dada a los capitulares.

En primer lugar, quiero expresar mi satisfacción, como miembro de la Familia de María, por encontrarme esta mañana con vosotros. Doy la bienvenida a todos los marianistas que, procedentes de distintos lugares, nos visitan y están aquí con ocasión del Capítulo General.

En segundo lugar, quiero manifestaros mi agradecimiento, como obispo de la iglesia local, por la labor apostólica que llevan a cabo los marianistas en la archidiócesis de Cincinnati. A lo largo de la historia, los marianistas han desempeñado en nuestra archidiócesis un papel importante en la educación católica en todos los niveles. En estos momentos, los marianistas trabajáis en la enseñanza, a nivel de bachillerato, en unos centros que tienen un prestigio que traspasa los límites de nuestros diecinueve condados. En la educación superior dirigís una de las mayores y mejores universidades católicas de nuestro país. Pero, además de vuestra misión en el campo de la educación, también prestáis otros servicios a la Iglesia, como es el caso de las parroquias, cada una con sus características y retos peculiares. Me cabe el honor de teneros muy presentes y activos en nuestra diócesis y aprovecho la ocasión que se me ofrece para daros un caluroso y sincero gracias.

Me habéis invitado a hablaros sobre el tema de vuestro capítulo general: Misión y Cultura. Estoy seguro de que os dais cuenta de la dificultad que tiene integrarse en la dinámica de discernimiento de un grupo como el vuestro, que empezó una preparación previa hace varios meses y que ya lleva aquí una semana de intenso trabajo. He pensado que, en vez de entrar en detalles sobre temas específicos de vuestra familia religiosa, que ya están siendo tratados por vosotros mismos, será mejor que os hable del tema general que os ocupa, con la esperanza de que, sirviéndose de mí, Dios os ofrezca algo que pueda ayudaros a continuar vuestras reflexiones durante los días y semanas que aún os quedan.

Siguiendo el método escolástico, empezaré definiendo algunos términos. Entiendo por cultura el conjunto de actividades y procesos que centran la actividad humana y con los que el hombre transforma el mundo de su entorno, al tiempo que se transforma y desarrolla él mismo. La cultura es la forma particular que tiene un grupo de personas, en un tiempo y lugar determinados, de expresar su manera de ser y de estar en el mundo. La cultura incluye realidades tales como las herramientas y la tecnología, las

instituciones políticas y sociales, las estructuras mentales y morales y, por supuesto, la práctica de la religión. La cultura es una de las manifestaciones básicas de la historicidad de la creación. Nuestra forma de ser está influida en gran parte por el momento y el lugar en que vivimos. Por eso, cuando estudiamos Historia, no nos interesa tanto aprender fechas de batallas y de reyes, como enterarnos de cómo fue la humanidad en otros tiempos.

Entender a fondo los hechos del pasado nos ayuda a comprender los hechos y las personas de nuestro tiempo.

Os ocupáis del estudio de la cultura actual, es decir, de la forma en la que el hombre de hoy se relaciona con el mundo de su entorno, un mundo que tiene un pasado y un futuro pero que, sobre todo, es un mundo del presente. Por eso vuestros trabajos se centran en la actualidad, no en el recuerdo ni en vaticinios de tipo profético.

Analicemos el término misión. Etimológicamente, la palabra misión significa envío. Un hombre en misión es alguien que ha sido enviado por otro para hacer algo en un lugar que está a una cierta distancia de quien le envía. El enviado no es el agente principal de la función para la que ha sido enviado. El agente principal es el que le envía. Por eso, si el enviado quiere cumplir con éxito su misión, debe permanecer absolutamente fiel a la función para la que ha sido enviado y a quien le ha enviado. En consecuencia, los que consideramos nuestra vida como una misión de carácter religioso nos sentimos obligados -ya que hemos sido enviados- a cumplir la orden de otro. Y eso, en un doble nivel:

Primero, y fundamentalmente, hemos sido enviados por Dios. Como religiosos o como ministros ordenados, nos consideramos enviados para continuar el trabajo de Aquel que fue el enviado por antonomasia: el Señor Jesús, enviado por su padre para proclamar la Buena Nueva del amor de Dios, que abarca a todos los hombres.

Pero también hemos sido enviados por la Iglesia y por la comunidad de los fieles. No continuamos la misión de Cristo de forma individual. No somos vendedores ambulantes que mostramos nuestras mercancías a nuestro aire y que sólo de vez en cuando nos ponemos en contacto con la oficina principal. No, también hemos sido enviados por la Iglesia, por la comunidad de los fieles, a través de los cuales Jesús sigue viviendo y amando. Continuamos la misión de Jesús, evidentemente, pero hacemos esta labor como agentes de

su comunidad visible, una comunidad a la que Él ha confiado su enseñanza, su santidad, su llamada a la unidad. Es la Iglesia la que da valor y fuerza a la misión que hemos recibido de Dios.

Por todo lo anterior, cuando decimos que estamos en misión en la cultura de hoy, entendemos ser los agentes y portavoces de Cristo y de su Iglesia ante unas mujeres y unos hombres que se relacionan con unas realidades sociales e históricas específicas en las que se encuentran inmersos. Nuestra función es enseñar y hacer ver a las personas qué significa el amor de Dios hacia ellas en 1991, en Estados Unidos, en España, en Japón o en cualquier lugar en que se encuentren.

Podría ser muy detallista en mi alocución y hablaros de lo que pienso que significa para vosotros, marianistas, estar en misión en relación con la cultura actual. O podría enunciaros una lista de áreas que pienso exigen una preocupación especial a la hora de vuestra proclamación del evangelio de Cristo. O podría deciros cómo orientar vuestros colegios y parroquias. Pero desecho estas tentaciones por motivos evidentes, y me limito a ofreceros una sencilla reflexión como contribución personal a vuestro Capítulo General. Es una reflexión que se aplica a todos los que están en misión en relación con la cultura de hoy, desde los marianistas hasta los arzobispos. Es una reflexión que hace referencia a la auténtica raíz del hecho de estar en misión permanente en cualquier lugar. Es una reflexión muy sencilla.

Tenéis que conocer a fondo vuestro mensaje, la cultura de la que habláis. Pero también tenéis que conocer a fondo la cultura a la que os dirigís. Tenéis que saber cómo piensan y se comportan las personas, qué valores las motivan, cuáles son sus miedos. No podemos dirigirnos a las personas a las que hemos sido enviados como si fuéramos unos marcianos, porque entonces seríamos para ellas unos extraños sin importancia. Y, consiguientemente, Aquel a quien representamos les parecería también un extraño sin importancia y acabaríamos por anunciar un dios falso.

Esto no quiere decir que debemos ser como todos los demás, tener sus mismos intereses, su misma escala de valores. Pero sí quiere decir que debemos tener una gran cercanía a la cultura que nos rodea, para hablar con eficacia a quienes están viviendo inmersos en ella. Los enviados por Dios y su Iglesia deben tener un adecuado nivel de conocimiento de la realidad actual del mundo. Dicho de otra forma: tenemos que ser buenos profesionales de lo

que hacemos. Si enseñamos, debemos tener un buen nivel de conocimientos y de calidad pedagógica. Si somos administradores, debemos ser prudentes y eficientes. Si párrocos, debemos conocer a nuestro pueblo y cómo llegar a ser líderes en nuestra función pastoral. Si predicamos, debemos hacerlo bien.

Tenemos que ser eficientes en lo que las personas nos ven hacer porque, si no lo somos, corremos el riesgo de que piensen que no conocemos a fondo nada de lo que hablamos en ningún campo.

Tenemos que conocer bien lo que decimos al hablar de las cosas de la Iglesia. Al estar en misión, somos representantes de la Iglesia. Por eso la Iglesia debe ser algo importante cuando actuamos y cuando hablamos. Tenemos que conocer bien las enseñanzas de la Iglesia y ser capaces de exponerlas de forma convincente. Tenemos que presentar a la Iglesia como una comunidad de creyentes: pecadores y limitados, ciertamente, pero que componen el Cuerpo de Cristo y son la prolongación de su encarnación en la cultura actual. Si no amamos a la Iglesia profundamente, lo que digamos de ella y la forma en que la sirvamos no tendrán el halo de la convicción y daremos la impresión de no conocer algo que, en el fondo, no nos interesa.

Pero lo más importante es que sepamos muy bien lo que decimos cuando hablamos del Señor, bien sea con nuestras palabras o con nuestra manera de actuar. Quizá fuera mejor decir que debemos conocer a Quién estamos anunciando. Nuestra misión es proclamar el amor de Dios hacia nosotros, los hombres, un amor que empezó antes de la creación, un amor que ama al hombre a pesar del pecado, un amor que nos envió al Hijo de Dios para hacerse uno de nosotros, un amor que abarca a todo ser humano, un amor que nos ofrece la eterna plenitud. No osemos presentar esta plenitud de amor como una abstracción, ni como una especie de celestial tenedor de libros de cuentas, ni como alguien tan indiferente con nosotros que no le importa el uso que hagamos de los dones que hemos recibido. Hemos de presentar al Señor como alguien a quien conocemos, como alguien a quien amamos, como alguien tan importante para nosotros, que todo y todos los demás pasan a un segundo término. Solamente hablamos y obramos con convicción cuando el Señor tiene en nosotros una presencia intensa. Si no estamos en contacto personal profundo con el Señor, proyectaremos de él una visión plana y se evidenciará que

desconocemos aquello de lo que hablamos.

Estoy convencido de que un componente absolutamente esencial de toda misión es una espiritualidad católica llena de vida. Esta espiritualidad exige la oración personal, la reflexión, la meditación: mucha y muy regular meditación. Exige una correcta participación en la liturgia. Exige una familiarización con la Sagrada Escritura. Exige un amor sincero al pueblo de Cristo, la Iglesia. Tenemos que conocer la plenitud de Jesucristo en toda su complejidad, en todo lo que nos pide, en todo su amor personal por nosotros. Si no conocemos a Cristo Jesús, podremos ser expertos en la cultura de nuestros días, podremos ocupar un puesto muy elevado en el mundo eclesiástico, pero seguiremos sin conocer la materia de la que hablamos, con lo que nuestra misión no producirá fruto alguno. El fruto sólo es auténtico cuando tenemos presente que el origen y la finalidad de nuestra misión no son primordialmente ni la cultura de hoy ni la Iglesia misma. Fundamentalmente hemos sido enviados por Cristo para llevar los hombres y las mujeres a Cristo. Y si le desconocemos, perdemos nuestro tiempo al desconocer a Aquel de quien hablamos.

Por eso, hoy, mi mensaje a vosotros es más bien sencillo. Gracias, en nombre del Señor y de su Iglesia, por haberme procurado la gracia de reflexionar sobre la cultura de nuestro tiempo. Gracias por vuestra respuesta a la petición que se nos hace a todos los que estamos en misión: conocer a fondo aquello de lo que hablamos.

(Traducción: Emilio Ortega SM.)

3. Misión y cultura

P. JOHN F. KAVANAUGH SJ ¹²

Aunque "Misión y Cultura" parece un título bastante sencillo, está cargado de complejidad. Sólo la simple palabra cultura es ya tan rica en connotaciones, que Kluckhohn, en su famosa obra *Cultura*, ofrece más de ciento cincuenta definiciones de la misma. Al final concluye diciendo que la cultura es un producto de la acción

¹² Conferencia dada a los capitulares para ayudarles en su trabajo.

humana, pero también una condición de la acción humana.

De forma más precisa, me gustaría decir que por cultura se puede entender toda producción humana expresiva: todo aquello que los hombres cultivan, construyen o producen para expresarse a sí mismos. Ahora bien, todo lo que los hombres producen, sea individual o colectivamente, influye, a su vez, en nuevas producciones humanas. La palabra cultura está relacionada con las palabras agricultura y culto, pues tienen la misma raíz latina: colo, cultum. Cualquier cosa "cultivada" por los hombres es cultura. Pero la cultura también nos cultiva a nosotros. Y si nos crea totalmente, se convierte en un culto: un sistema religioso, en efecto, que determina lo que es más real y valioso para nosotros.

Aunque podemos hablar de la cultura humana, la cultura norteamericana, etc., hay muchas culturas dentro de cada una de ellas. Incluso, en las ciudades del Mid West hay culturas dentro de culturas. Sin embargo, para nuestro propósito, diré que existe, de hecho, una cultura dominante en el mundo contemporáneo: la cultura de la sociedad tecnico-industrial avanzada.

Cada cultura específica tiene sus propias riquezas y singularidades. Vosotros podéis tener, como tengo yo, amigos que se han introducido en una cultura determinada y han llegado realmente a enamorarse de ella. Uno de ellos está cautivado, y se siente interpelado, por la manera singular como los japoneses encarnan el espíritu humano. Otro se siente llamado a un compromiso de vida con África, atraído poderosamente por la expresión peculiar de la conciencia humana y el misterio en dos pueblos tribales concretos. Yo mismo estuve profundamente influido por los shona de Zimbabue, por su maravilloso sentido comunitario. Explicando a unos estudiantes, en un seminario, el cogito ergo sum cartesiano, un joven escribió: "Nuestro principal fundamento filosófico es: Existimos, luego yo soy".

Cada cultura singular aporta algo, a la fábrica multiestratificada de la experiencia humana, en color, tono y densidad. Cada una revela, consecuentemente, una faceta particular del misterio de nuestro Dios encarnado, la Palabra hecha Carne, en admirable expresión humana. La cultura sirve a la revelación gratuita de la presencia de Dios, singularmente encarnado.

Pero cada cultura, por su especificidad, puede constreñir y aislar la revelación de Cristo. Más aún, las culturas pueden deformar

y resistirse a la trascendencia, porque la trascendencia siempre está más allá de la cultura, siempre la critica, forzándola siempre. Dios no puede ser reducido a los humanos ni a los productos humanos.

De este modo surge uno de los temas centrales de nuestro tiempo: el relativismo cultural. Aunque la cultura es la oportunidad para hacer a Dios real en la vida humana, la cultura también puede ofrecer las mayores resistencias a un Dios que está más allá de la cultura. Si una cultura concreta se convierte en la única realidad aceptada o en el único sistema de valores, o si la fe y la moral son totalmente indiferentes a la cultura, entonces la cultura es un ídolo, un fetiche.

El salmo 115 es una expresión perfecta de la idolatría que surge cuando una determinada cultura o nación forma sus propios dioses:

*Sus ídolos son plata y oro, hechura de manos humanas.
Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven.*

Tienen orejas y no oyen, tienen nariz y no huelen.

Tienen manos y no tocan, tienen pies y no andan.

No tiene voz su garganta.

Que sean igual los que los hacen, cuantos confían en ellos.

Productos humanos, "hechura de manos humanas", incluida la cultura, sea tribal, nacional o racial. Cuando la cultura se convierte en idolátrica, actúa como realidad última en cuya imagen nos regeneramos, no ya como personas humanas creadas a imagen y semejanza de un Dios personal, sino como funciones despersonalizadas de un evangelio cultural. Hablando más teológicamente, en la idolatría cultural, nuestros orígenes, nuestro sentido, nuestro significado moral, nuestra salvación y redención, todo está fundado en una cultura relativa que se presenta como absoluta.

En África encontré dos ejemplos concretos de este problema, desde perspectivas muy distintas.

Byers Naude, uno de los hombres más animosos que he conocido, fue la mayor parte de su vida un líder en la Iglesia Reformada Holandesa, en Suráfrica. Como eminente africaner político y religioso que era, hasta poco antes de cumplir los

cincuenta años interpretó los evangelios a través del prisma del apartheid.

El apartheid, realidad cultural relativa puesta como principio religioso y moral absoluto, legitimaba el racismo como una cosmovisión refractaria a las llamadas trascendentes del Evangelio. Afectaba a todas las áreas de la vida: institucional, artística, económica, política y religiosa. Ahora bien, si se acepta la cultura como el árbitro último de la moralidad y la religión, es imposible oponerse a la ideología cultural del apartheid.

Pero Naude, con su profunda fe en un Dios que trasciende toda cultura y nación, estaba abierto a una conversión que pudiera poner en tela de juicio no sólo su persona, sino también su cultura. La lectura, a lo largo de los años, de los evangelios fue para él la ocasión de una radical reevaluación en sus años maduros. Comprendiendo que su vida y su fe tenían que enraizarse en Cristo, más que en la cultura, fue capaz de derribar su idolatría cultural. El apartheid, a pesar de toda su eficacia y de su supuesta defensa de unos valores que eran, en muchos aspectos, nobles y bellos, era un pecado.

El coste personal fue considerable. Naude fue expulsado de la Iglesia Reformada Holandesa Blanca. Estuvo "amonestado" durante cinco años y con la prohibición de reunirse con más de una persona a la vez. Se vio sometido a una enorme presión en sus relaciones familiares y financieras.

Hoy irradia una evangélica pasión por la verdad y la justicia. Es todavía un cristiano de cultura holandesa surafricana; aunque, más exactamente, es un hombre de fe que puede hablar a todas las culturas.

En Zimbabue, el contexto era muy distinto aunque el problema era similar. ¿Cómo se puede aceptar la gracia de una cultura, e inculturar la fe, sin aceptar el pecado de la misma y quedar meramente aculturado?

Shona y Ndebele, dos seminaristas, se enfrentaban a este problema en una clase ordinaria de ética. Si el Evangelio y la revelación de Jesucristo exigen un compromiso con la dignidad humana sin distinción de color, clase, tribu o género -lo que Byers Naude realizó en el contexto del apartheid-, ¿qué habría que decir de las prácticas tribales que reducen a las mujeres a la condición de una propiedad? Así, por ejemplo, ciertas costumbres del noviazgo y

del matrimonio muestran claramente que las novias sólo son parte de un sistema mercantil. El rito financiero requiere, básicamente, que el novio compre a su futura esposa a plazos, plazos que en ocasiones terminan el día mismo del matrimonio, cuando la gente ya está esperando para la celebración de la boda. Incluso, la familia de la novia puede llegar a obligar a ésta a esperar en medio de la calle, hasta que el novio prometa que hará nuevos pagos a su familia.

Unos podrán decir que existen ciertos factores "relativos" que hacen preferibles estas prácticas a otro sistema cultural determinado. Otros podrán decir que un "extranjero" norteamericano no debería criticar otras culturas. Pero eso es cierto solamente si los valores culturales reinan como supremos en nuestra fe o en nuestra conciencia moral.

Los seminaristas, reflexionando sobre el hecho de que hasta el último ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y, además, identificado con Cristo, concluyeron que tenían que oponerse a las prácticas culturales aceptadas. Uno escribió en su examen trimestral que su propia madre había sido expulsada de casa mientras su padre gritaba: "¡He pagado por ti!". Ella, y lo mismo otras muchas mujeres, objeto frecuente de malos tratos y marginación, fueron devueltas a sus familias, sin futuro alguno, por causa de una práctica cultural. "Sé que es algo aceptado y que la gente dice que ése es el mundo real, pero yo sé que tengo que rechazarlo".

Este joven africano se dio cuenta, como también nosotros tenemos que hacerlo, de que las culturas, a pesar de su valor y riqueza, no pueden ser el fundamento o el criterio de nuestra fe o hecho moral. Ninguna cultura individual puede tener la última palabra sobre la existencia humana o la Encarnación. De este modo, un cristiano en la India debe asumir su cultura, pero debe oponerse al sistema de castas y a la práctica de la esclavitud. Un cristiano en la Alemania de la Segunda Guerra Mundial, aunque esté satisfecho por la riqueza de su cultura, se opone a la legitimación cultural del nazismo. Entronizar una cultura particular como rey y juez último de la moral y de la misión cristianas es encadenar el mensaje del Evangelio y sofocar la misión evangelizadora.

El exponente más preclaro de ello podría ser la cultura de los Estados Unidos, un fenómeno sociopolítico, económico y de comunicación al servicio del "sistema de la realidad" dominante en el mundo. Ciertamente, en nuestro propio contexto estamos frente

a una cosmovisión dirigida ampliamente desde una perspectiva norteamericana, que nos enseña lo que es más verdadero y valioso en nuestra vida.

Estados Unidos, como principal productor del mundo, también produce cultura para el mismo: modelos de éxito, instituciones, valores, diversiones y religión. Nuestras producciones culturales, normalmente por medio del cine, la prensa y la televisión, son conocidas, y a menudo imitadas, a lo largo de todo el mundo, como lo han demostrado el levantamiento estudiantil de China, las revoluciones de la Europa del Este y la mercantilización de Europa. Las imágenes impactan la mente: las giras mundiales de Michael Jackson y de Madonna, la omnipresencia del Hombre Marlboro y de Mohamed Alí, el joven estudiante de Shanghai que quiere ser "un alto ejecutivo con Mercedes y mansión italiana", el emigrante que anhela convertirse en una estrella del rock.

Vaclav Havel, presidente de Checoslovaquia, advertía a su pueblo del peligro de imitar el mundo cultural de las democracias industrialmente avanzadas. Después de la fragmentación del comunismo, nos recordaba que la cultura del capitalismo tiene sus propias formas de esclavitud:

Una persona que ha sido seducida por el sistema consumista de valores, cuya identidad se disuelve en una amalgama de objetos de la civilización de masas, que no tiene raíces en relación al ser ni ningún sentido de la responsabilidad para ir más allá de su propia subsistencia es una persona sin moral.

Las personas son manipuladas por métodos infinitamente más sutiles y refinados que los métodos brutales usados por las sociedades totalitarias... Por ese dictador omnipresente que es el consumo, la producción, la publicidad, el comercio, la cultura de consumo y la inundación de información; todo ello, tan frecuentemente analizado y descrito, difícilmente puede ser imaginado como la fuente de la humanidad para redescubrirse a sí misma. (El Poder de la Impotencia.)

La cultura del capitalismo democrático occidental avanzado es en sí misma, a pesar de todos sus beneficios de productividad y libertad externa, una cosmovisión que debe ser criticada no sólo por los valores humanistas de Havel, la libertad y la integridad, sino por las realidades cristianas del amor, el servicio y la justicia.

El pluralismo, el individualismo, los derechos de propiedad, las

tradiciones democráticas y la libre empresa encarnan valores que pueden perfectamente estar al servicio de los hombres y las mujeres. Pero no pueden absolutizarse en una total idolatría ante la cual los demás valores y las personas deban inclinarse.

Los hombres y mujeres que comparten la visión de la Compañía de María deberán examinar cómo la vida cultural dominante de los Estados Unidos haya podido inhibir su vida de fe, su hábito de oración y su celo evangelizador.

En primer lugar, ¿cómo impide el mito cultural del hombre o la mujer autosuficientes -self-made- una relación auténtica con Dios? ¿Cómo una cultura que nos enseña a vivir de apariencias y acumulación reprime nuestro anhelo por la sencilla verdad de una naturaleza humana vulnerable y pecadora hasta la llegada de Jesucristo y su revelación redentora?

En segundo lugar, ¿cómo una cultura que pregona el individualismo y la privacidad rebaja la exigencia evangélica de comunidad? ¿Cómo una cultura basada en la comunicación y el mercado arruina la comunidad, el compromiso y la solidaridad?

En tercer lugar, ¿cómo una cultura que reduce sistemáticamente las personas marginales a seres sin valor ni importancia refrena el imperativo evangélico de aceptar al más pequeño de los hombres como la encarnación más importante del mismo Cristo? Si creemos las invenciones de los políticos y de los medios de comunicación, por ejemplo, que "hubo pocas bajas en la tormenta del desierto", en la Guerra del Golfo, ¿quiere eso decir que las 80.000 personas incineradas en la carretera de Basora no eran reales? ¿Estamos dispuestos a creer que los niños de Bagdad, torturados por la disentería y el hambre, realmente no existen? Cuando "nuestra" cultura, "nuestra" forma de vida, se convierte en la "única" forma de vida, queda muy poco que hacer por los demás, sólo la desaparición en la no existencia. El "otro" es, antes que nada, prescindible, sea no nacido, no deseado, criminal, viejo no querido, de piel oscura, pobre o minusválido.

En otras palabras: en nuestros esfuerzos por entender las relaciones existentes entre misión y cultura, debemos ser conscientes de la posibilidad de que la cultura dominante en el mundo ponga en peligro el contenido y la práctica de la misma fe cristiana.

No puedo menos que recordar una experiencia que tuve hace algunos años en un ascensor, en la ciudad de Nueva York. Me acompañaba un sacerdote muy elegantemente vestido, que no hacía más que quejarse de los esfuerzos que estaba haciendo entonces la Conferencia Episcopal norteamericana por reflexionar sobre los hábitos culturales de la economía y el militarismo. "John - me dijo-, los obispos están yendo demasiado lejos".

Cuando le pregunté qué quería decir, me contestó: "Este Jesús es agobiante. Nos va a llevar demasiado lejos en el mundo real". Nuestro problema, en relación con la misión, no con la cultura, es: ¿cuál es el "mundo real"?

Si nos sentimos ajenos e irreales cuando intentamos rezar, si la comunidad y el diálogo nos parecen extraños e inaccesibles, si las obras de misericordia y el compromiso por la justicia nos parecen una locura o una utopía, ¿no podría deberse al hecho de que estamos demasiado domesticados por una cultura que no deja espacio a la soledad, a la solidaridad o la compasión?

Para que estos comentarios no parezcan las cavilaciones de un célibe uraño y desalmado, me gustaría terminar con el testimonio de un hombre que tuvo una gran importancia cultural en los Estados Unidos.

Lee Atwater fue un hombre que llegó a la cumbre. Duro, desagradable pero atractivo, dirigió con gran éxito dos de las campañas de George Bush con las innovaciones de "la culata contundente" y Willie Horton. Alternaba con ricos y famosos, subió a los escenarios para tocar la guitarra con los colegas de B. B. King y brilló como un gran orador de salón.

Durante una conferencia se cayó de la tribuna, aparentemente víctima de un ataque. Se le detectó un tumor cerebral que un año después acabaría con su vida. Un mes o dos antes de su muerte fue entrevistado por la revista Life en un artículo titulado "La última campaña de Lee Atwater". Sentado en su sofá, hinchado y pálido por la quimioterapia, nos ofreció estas palabras:

Los años ochenta fueron unos años de logros: logros de salud, poder, prestigio. Lo sé, adquiriré más salud, poder y prestigio que muchos. Sin embargo, puedes conseguir todo lo que quieras y sentirte vacío. ¡Qué poder no habría yo cedido por tener tiempo para estar con mi familia! ¡Qué dinero no habría dado por estar una noche con mis amigos! Me vino una enfermedad mortal que me

puso cara a cara frente a la verdad; es una verdad que el país, amordazado por las ambiciones despiadadas y la decadencia moral, puede aprender de mi desgracia. No sé quiénes nos guiarán durante los años noventa, pero deberían estar preparados para hablar al vacío espiritual del corazón de la sociedad americana, a ese tumor del alma.

Por eso el P. Chaminade podría decirnos ahora, 175 años después de su época: "¿Qué tipo de apóstoles necesitamos? ¿Qué tipo de evangelizadores pide esta sociedad? ¿Qué tipo de misión debemos emprender en una sociedad que tiene vacío espiritual, tumor en el alma?".

Como religiosos del P. Chaminade, puede que halléis las respuestas a estas preguntas. Respuestas que no deberían basarse sino en el Dios revelado en Jesucristo, el Hijo de María, a la que llamamos, por la fe, Madre de Dios.

Coloquio ¹³

Christian Janson (San Luis): Me parece que no entiendo cómo podemos, tal vez, salirnos de los límites de la cultura al escuchar a Dios. ¿Puede Dios hablarnos fuera de los límites de la cultura? ¿O tenemos que escuchar a Dios en diferentes culturas y, después, comparar su palabra?

J. K.: Estás expresando una frustración que todos sentimos. Habría que recordar que la revelación divina está limitada temporalmente por la cultura que la recibe; pero la revelación no se limita a ella. Piensa en nuestra humanidad: experimentamos nuestra humanidad sólo en el contexto de nuestra cultura; pero nuestra humanidad trasciende las particularidades de la cultura. Es un gran error pensar que la humanidad está constreñida a nuestra expresión particular. Por eso nuestra mayor tarea es ir más allá de las limitaciones de nación, género, clase o raza. No podemos ser humanos si no tenemos tribu, nación, clase, raza o género, pero no debemos identificar la humanidad con nuestra expresión particular de ella. Ésta es la única forma de combatir y superar guerras, nacionalismos, racismos o sexismos.

¹³ Se reproduce aquí parte del diálogo que el conferenciante mantuvo con los capitulares después de su exposición.

Si nos fijamos en el Evangelio, éste fue revelado, ciertamente, en una cultura concreta. Pero la revelación del evangelio es una verdad universal que va más allá de la cultura. La misión redentora de la Palabra hecha Carne es la revelación de que cada ser humano no sólo está creado a imagen y semejanza de Dios, sino que, de forma más sorprendente aún, es reconstituido en la carne de Cristo. Estamos redimidos porque el gran Dios Trascendente mira al más desvalido de los seres humanos y ve en él el rostro de Cristo.

Pero este hecho de nuestra redención es también el contenido de nuestra misión. Si creemos que toda carne humana ha sido transformada en Cristo, nuestra misión se convierte entonces, precisamente, en tratar a cualquier persona humana desfavorecida como si fuera el cuerpo de Cristo.

Esta verdad echa por tierra cualquier ideología que pretenda que la dignidad humana está en función de una determinada cultura, clase, nación o criterio externo de éxito o aceptación.

Como lo canta maravillosamente Dante en el Cielo, después de la Encarnación toda carne humana es gloriosa, lo mismo el no nacido que el anciano, el inválido, el perturbado mental, el marginado, el enfermo, el pobre, el sucio, el prisionero... Éste es el sentido de la expresión de Jesús: "Cada vez que lo hicisteis a uno de mis hermanos o hermanas pequeños, a mí me lo hicisteis".

La realidad central de nuestra redención y de nuestra misión está más allá de las particularidades de tiempo o cultura, y nuestra tarea es encarnar esta verdad universal en nuestra propia cultura.

John Leies y Anthony Pistone (San Luis): ¿Podría usted decirnos algo sobre los documentos del Vaticano II y la implicación de la cultura en la influencia del Vaticano en el Catolicismo, especialmente en relación con la romanización?

J. K.: Se aplica el mismo principio al hablar de "europeización" del cristianismo que al hablar de "americanización" del mismo. Ambas tendencias deben ser evaluadas en el contexto de la fe que ellos dan a entender que profesan. En la práctica, los americanos tienden a criticar la romanización, no con los elementos del Evangelio, sino con los suyos propios. De la misma forma,

Roma critica a América no desde el Evangelio, sino desde sus intereses creados.

La grandeza del Vaticano II no fue que la Iglesia se pusiera al

día, sino que la Palabra se hizo Carne de nuevo. Fue un hacer más real el cristiano en este mundo. Efectivamente, fue una invitación a todos nosotros para radicalizar nuestras identidades como cristianos y católicos, como seguidores y evangelizadores de Jesucristo. Desgraciadamente, muchas veces la invitación sólo fue acogida a través de determinados esquemas de una jerarquía aculturada, americana, liberal o conservadora. Y para ello, se domesticó el mensaje.

Esta tentación de relativizar el Evangelio, de domesticarlo de acuerdo con la realidad de culturas, intereses o clases particulares, está presente en toda la historia de la evangelización cristiana. El Vaticano II nos recordó que, para un cristiano, todas las particularidades adquieren su significado en el contexto más amplio del mismo Cristo. Desde luego, si Cristo no nos ha salvado, esta reunión es una farsa, estamos perdiendo el tiempo, nuestras vidas aquí son un juego. ¿A quién le importa lo que diga el Papa si Cristo no nos ha salvado? ¿Qué significan todos estos debates sobre la liturgia o los sacramentos si Cristo no nos ha redimido? De esto trata la radicalización de la fe.

Incluso en el caso de algunas resistencias americanas a las enseñanzas del papa Juan Pablo II, es claro que hay prejuicios culturales de fondo. Por sus enseñanzas sobre la sexualidad, algunos americanos pintan al Papa como un pobre polaco bonachón que no entiende la gran "liberación" que es el estilo de vida americano... Pero los Estados Unidos no pueden predicar a nadie el bien de la sexualidad liberada: es innegable la evidencia de nuestro caos moral: la crisis de la familia y del diálogo, el dualismo entre sexo y amor personal, las extendidas disfunciones y enfermedades sexuales, etc.

Por otro lado, hay fuerzas que se oponen a todo lo que el Papa diga sobre militarismo y capitalismo. Podemos llegar a tener nuestra conciencia formada más por el Wall Street Journal y la General Westmoreland, que por el obispo de Roma. Aunque éste nos habla desde la fe en Cristo.

Ciertamente, podríamos criticar a Roma. Pero no por ser insuficientemente americana, sino por ser insuficientemente cristiana. Si hay una crítica, por ejemplo sobre la negación de los ministerios a las mujeres, debe ser en razón de nuestra fe, no de exigencias o privilegios individuales. Debe ser en nombre del amor. Según lo que Pablo escribió, Caritas Christi urget nos: el amor de

Cristo, por encima de ideologías y culturas, nos impulsa.

Es el mismo principio que deberíamos aplicar si los católicos de Latinoamérica o de África cuestionasen los posibles ministerios de las mujeres en razón de los roles que las mujeres tienen en sus culturas. No es un principio norteamericano, es un principio del Evangelio. La infravaloración de las mujeres es una ofensa al Evangelio y a Dios mismo. Y la exclusión de las mujeres del sacerdocio ministerial puede ser una afirmación de las fuerzas culturales existentes en Suráfrica o en India, que reducen a las mujeres a un estatus inferior a la verdadera imagen de Dios.

No quiero decir que el asunto esté cerrado. Sólo, que el problema de la ordenación de las mujeres debe ser juzgado no a la luz de algunas tradiciones humanas o culturales, sino a la luz de la revelación, en Jesucristo, de la Palabra y la Voluntad de Dios.

Lorenzo Amigo (Madrid): ¿Cómo complementa la teología de la cruz a la teología de la encarnación en el contexto cultural?

J. K.: La suya es una observación muy importante por diferentes aspectos. Como respuesta inmediata le diría que todo seguimiento total de Cristo encontrará poderosas resistencias, no sólo en nuestros tímidos corazones, sino en el corazón de la cultura misma. Además, garantizará el fracaso a los ojos del mundo y de sus criterios del éxito. Por otra parte, a la base de mi comprensión de la cruz se encuentra el hecho de que nuestra única esperanza está en el misterio pascual de Jesús. No hay ningún esfuerzo o producto humano, ningún producto de la cultura humana que pueda salvarnos o redimirnos. Es la realidad fundamental, más que un simple programa o proyecto de cambio, la que debe ser nuestro principal foco de misión y cultura.

José María Arnaiz (Chile): ¿Podría ampliar un poco más su último punto, referente al vacío espiritual y sus diversas manifestaciones?

J. K.: Es un tema crucial, y quizá sea el mejor trabajo para todos nosotros, en el contexto de la reflexión sobre nuestras propias culturas. En el mío concreto, creo que el vacío espiritual se vive interiormente, interpersonalmente y políticamente.

El sentido de vacío espiritual es profundo en la vida contemporánea. Está en relación con la pérdida de sentido de uno

mismo, con la pérdida de la vida espiritual. En términos filosóficos, tiene mucho que ver con el sentido de ser humano, de ser persona. Cada cultura se enfrenta a este problema; pero en una cultura que vive de las apariencias, que atribuye los valores humanos en función de la productividad, el atractivo y el ser queridos, el problema es agudo.

Un buen ejemplo de esto es Donald Trump, una encarnación del mito del éxito americano. La revista Time contaba cómo un amigo suyo lo comparaba con un "agujero negro", que no tiene el sentido de su propia identidad o sentimientos. Trump anhelaba mayores negocios, mayores éxitos, más propiedades magníficas con las que esperaba llenar su agujero; pero parecía condenado a llevar una vida profundamente solitaria, aislado en una habitación. Este señor es un buen símbolo del actual problema cultural de la vaciedad espiritual.

La vida de oración, que forma parte intrínseca de nuestras tradiciones, combate ese vacío. Con el simple hecho de ponernos ante Dios sin pretensiones ni ilusiones, sin máscara externa ni orgullo por los éxitos, vamos inevitablemente al encuentro de Aquel que nos hace únicos e indispensables como personas. Es nuestra capacidad humana, singularmente realizada pero universalmente compartida, de ofrecer nuestros corazones en fe, esperanza y amor. Todo hombre es así un don, y cada uno actualiza estos dones de manera particular. Seguramente por esta razón se enamoró Dios del corazón del hombre, hasta el punto de asumir un corazón humano en Jesús.

Estos dones personales, que se descubren en la soledad, se reflejan en nuestras experiencias de relación y de comunidad. La fragmentación del diálogo y la comunidad, que son predominantes en la cultura contemporánea, consecuentemente deben encontrarse con el redescubrimiento de nuestras propias tradiciones de fraternidad, de comunidad e Iglesia, de diálogo familiar y matrimonio sacramental.

El vacío interior e interpersonal se reflejan, finalmente, en la sociedad en general. Toda injusticia acarrea la degradación de las personas, antítesis directa de la revelación en Cristo de nuestra insustituible dignidad. Por consiguiente, la sistemática degradación cultural de las personas al estatus de objetos de consumo debe ser confrontada con nuestro restablecimiento de la justicia como un imperativo evangélico. Este énfasis en la justicia no es algo

inventado por el Vaticano II o por los teólogos de la liberación. Es algo intrínseco a la auténtica misión de Cristo.

Los tres componentes tradicionales de nuestra misión, los clásicos votos de pobreza, castidad y obediencia, no son los únicos caminos por los que nos disponemos al encuentro con Cristo; también lo son los contenidos prácticos de la resistencia cristiana a la ideología cultural.

En nuestra elección de ministerios, en nuestras discusiones sobre programas de jubilación, en nuestras deliberaciones sobre fundaciones, en nuestra relación con los pobres -incluso los pobres de nuestras comunidades-en nuestras reflexiones sobre pólizas de seguro, carreras profesionales, etc., ¿son nuestros criterios culturales, o nuestra fe en Jesucristo, quienes dominan nuestros juicios?

Jimmi Masuura (Japón): Se nos pide aceptar lo bueno de todas las culturas, para transformarlas y cristianizarlas, y combatir y corregir lo que tienen de malo. ¿Tengo razón al situar la relación entre fe y cultura en estos términos?

J. K.: Eso se dice fácilmente, pero es muy complejo.. Lo fundamental, desde mi punto de vista, es nuestro criterio para determinar lo que es bueno. ¿Esto es americanismo? ¿Es tercermundismo? ¿Es vaticanismo? ¿Es ser un revolucionario? ¿Es ser un capitalista?

La tendencia a inculturar la vida cristiana ha sido una gracia en la Iglesia. En el pasado, muchos misioneros parece ser que pisotearon la vida y las prácticas de las culturas indígenas. Eso no fue evangelización, sino colonialismo. A menudo fue la imposición de los intereses de una determinada cultura o nación sobre los de otra. El movimiento de inculturación nos ha llevado de nuevo a la realidad de la Encarnación misma, donde la Palabra de Dios debe tomar cuerpo y forma a lo largo de toda la maravillosa diversidad de las culturas humanas.

Ahora bien, también estoy preocupado porque algunos misioneros valoran hoy tanto la inculturación, que corren el peligro de reducir todo a las culturas particulares. Algunos parecen creer que Cristo no es esencial en nuestra misión. Otros, que no es necesario predicar el Evangelio. Si es así, creo que esta tendencia es desastrosa, porque ninguna misión tiene sentido sin Cristo. Si Cristo no es el centro de la existencia humana, no tengo, personalmente,

esperanza para el mundo, y mucho menos para la Iglesia.

(Traducción: José María Alvear SM.)

4. Algunas consideraciones sobre la cultura marianista

ROBERT D. WOOD SM

A partir de las indicaciones dadas en la Asamblea General celebrada en Pozuelo de Alarcón (Madrid), en enero de 1989, los miembros del Capítulo General de 1991 tomaron la cultura como marco y perspectiva de su trabajo. Hablaron de absorción, adaptación, cambio cultural y efecto de la cultura sobre la vida religiosa y el apostolado. Se refirieron a ella tanto al hablar de la implantación de la Compañía de María en nuevos lugares, como al tratar de la necesidad de la inculturación en los países necesitados de una segunda evangelización.

En este trabajo quiero presentar algunas consideraciones sobre la cultura que puedan provocar un intercambio de ideas, aclarar conceptos y orientar futuras acciones y decisiones. El estudio de la cultura podría abarcar los aspectos más diversos, pero en esta exposición me limitaré sólo a tres de ellos; en mi opinión, los más apropiados en relación con las deliberaciones del Capítulo General:

- I. La cultura marianista.
- II. La cultura y el individuo.
- III. Estabilidad, adaptación y cambios culturales.

I. La cultura marianista

No podemos olvidar que existen casi tantas definiciones de la cultura como libros se han escrito sobre el tema. Se la ha definido, por ejemplo, como un crecimiento espiritual e intelectual. El P. Hoffer emplea la palabra cultura en este sentido en su

Pedagogía Marianista¹⁴, y la misma orientación se encuentra en Bases de una cultura cristiana, de Henri Davenson.

Sin embargo, en un sentido más amplio, hay ciertos aspectos

¹⁴ Pablo José Hoffer SM, Pedagogía marianista, págs. 208-212.

fundamentales comunes aceptados por todos los antropólogos y los sociólogos. Ruth Benedict define la cultura como "la manera más o menos constante de pensar y actuar"¹⁵ en una sociedad determinada. Tal vez sea más exacta la idea de Kroeber, para quien una cultura es "una serie de conceptos desde los cuales se desarrolla y se impone o regulariza un tipo de conducta a través de un sistema social"¹⁶. Es, también, una "combinación de factores con los que el hombre educa y desarrolla sus múltiples cualidades espirituales y corporales"¹⁷. En resumen, la cultura es la manera de vivir de una sociedad determinada y el resultado de lo que tiene éxito y ayuda para facilitar el trato de las personas entre sí.

La cultura enmarca el escenario de las acciones, orienta las actividades, resuelve los problemas y posibilita a la gente planificar sus vidas y conocer las reacciones y respuestas de los demás. Se convierte, en fin, en el conocimiento fundamental de que se sirve la gente para generar e interpretar la conducta social.

Esta variedad de conceptos es el resultado de diferentes experiencias y de diferentes valores. Estos valores se escogen, y la selección está determinada, en parte, por los requisitos de la vida del grupo, las limitaciones y las posibilidades de espacio y tiempo, y por la clasificación de lo que es más apropiado. Su fundamento son las necesidades reales y actuales de las personas. De ellas surgen los diversos valores que se convierten en temas, que en conjunto ofrecen una determinada configuración a una época histórica. La gente cree firmemente en ellos, son el criterio por el cual la sociedad escoge un determinado camino por el que cada miembro marcha. Así se establecen las normas de conducta que llamamos costumbres.

Cada religioso vive en dos ambientes culturales distintos. El primero es el del propio país en que habita, que tiene, por supuesto, sus propias características culturales. Estas características se reflejan en su organización social, idioma, leyes, costumbres, tecnología, artes... Una buena parte de nuestra vida religiosa se pasa acomodándonos a esta cultura indígena, o rechazándola. Pero, debido al hecho de que cada religioso vive en una Congregación que

¹⁵ Ruth Benedict, *The Study of Culture*, pág. 91.

¹⁶ A. Kroeber, *The Nature of Culture*, págs. 104-107.

¹⁷ *Gaudium et Spes*, Cap. II, sobre el Desarrollo de la Cultura, n.º 53. Todo este capítulo ofrece ideas sobre este punto de vista y sobre el papel de la Iglesia en relación con las culturas.

se guía por una Regla de Vida (normas, leyes), también pertenece a un segundo ambiente, a lo que se llama, más estrictamente, una subcultura; a pesar de que las subculturas tienden a ser locales y únicas, sin embargo, en la vida religiosa, por ser una realidad internacional, se dan algunos elementos universales y comunes a los países más diferentes.

Los valores que configuran la cultura de una congregación religiosa vienen, en primer lugar, del carisma del Fundador. Éste es el elemento fundamental y original de cada Orden, el elemento permanente que es, o que debe ser, la fuente de cualquier opción por determinados valores. El carisma es un don fundamental de Dios al Fundador. Por eso es algo evidente, inviolable, inalterable y no está sometido a cualquier interpretación. Es la piedra de toque de toda vivencia comunitaria -social- y de todo esfuerzo y acción apostólica. Rudolph Allers dice en su libro *The Psychology of Religious Life*, que una orden religiosa sólo florece cuando cada uno de sus miembros llega a ser su fundador; es decir, si tiene la mentalidad del Fundador.

También hay que prestar atención al papel básico eclesial de la vida religiosa, tal como se expone en *Perfectae Caritatis*. La Regla de Vida marianista especifica algunos elementos, tales como el gobierno por los tres Oficios, la composición mixta, las prácticas religiosas (oraciones prescritas, el sistema de virtudes...), la legislación sobre los Capítulos, etc. Todo esto se complementa con el Directorio de cada Provincia, que establece las normas de las relaciones mutuas y de conducta (visitas, viajes...) según las diferencias culturales y geográficas.

Al contrario de lo que ocurre en la cultura dominante, donde muchas de sus características son resultado del azar o de las circunstancias y sólo después de un tiempo se aceptan conscientemente, los rasgos culturales de la vida religiosa se adquieren por medio de la observación, la imitación, la absorción, la indoctrinación o educación; esta última es la que tiene mayor influencia. El papel básico del maestro de novicios o del encargado de los escolásticos es la inculturación. De ahí se deriva la gran importancia de los Elementos Comunes de la Formación Marianista: con ellos se inculcan en los nuevos miembros los mismos valores y los mismos criterios, que los constituirán miembros de la Compañía de María y fieles observantes de su Regla de Vida, que debe asumirse por todos los miembros, con independencia de su cultura

dominante (nacional).

Para comprender mejor lo que después diré, conviene recordar que las costumbres de una cultura, o de una subcultura, tienen, todas ellas, ciertas características¹⁸. Pueden ser:

abiertas: observables, están a la vista;

ocultas: no son evidentes pero se sobrentienden;

explícitas: claramente expresada su aceptación;

implícitas: aceptación no expresada pero están asumidas;

ideales: apuntan a lo que debiera ser la cultura;

reales: corresponden a lo que es en realidad;

efectivas: están realizadas;

ineficaces: son posibles, pero aún no están realizadas;

promotoras: facilitan el desarrollo del potencial humano;

restrictivas: restringen ese potencial humano.

Pasemos ahora a analizar algunos principios antropológicos y su aplicación a la vida religiosa. Cada cultura tiene normas (costumbres) con las que se regulan sus elementos fundamentales: la posesión de la propiedad, el parentesco y el matrimonio, la ley y el gobierno.

1. La posesión de la propiedad

Por el voto de pobreza, el religioso renuncia a la posesión y hasta al uso y al usufructo de ciertos bienes. La posesión en una congregación religiosa es comunitaria, en vez de ser individual. Los votos deben impulsar, llevar hacia; son más eficaces cuando lo real se aproxima a lo ideal. Así, por ejemplo, cuanto más permisiva es una Congregación en la manera de vivir la pobreza

-por ejemplo, uso de tarjetas de crédito, posibilidad de disponer de grandes cantidades de dinero sin pedir permiso, uso personal y exclusivo del automóvil, descontrol en lo referente a los vestidos, etc., tanto más se aleja de ella el desprendimiento, que es

¹⁸ Robert B. Taylor, Introduction to Cultural Anthropology, págs. 33, 37.

lo opuesto a la posesión. La posesión erosiona el espíritu de pobreza. Ningún religioso tiene la posesión abierta y explícita de una casa, pero puede tener posesión oculta, o implícita de ella, y sentirse como dueño si vive solo y por sus medios en una casa o apartamento. Explícitamente renuncia a los bienes, pero realmente, de hecho, tiene una posesión personal implícita y un uso libre de muchas cosas: libros, material electrónico, ropa... No hay nada malo en esto; a veces, hasta puede ser necesario. Pero solamente si el religioso es capaz de renunciar a todo eso y de no echar de menos su falta puede llamarse pobre de espíritu. Sólo así acepta la configuración total de la vida religiosa. La cultura marianista incluye esta exigencia, y añade a las habituales motivaciones de la pobreza las que vienen del ejemplo de María y Jesús en Belén y Nazaret, como aspectos más específicamente marianos.

2. El parentesco y el matrimonio

El voto de castidad nos impide el matrimonio. Pero lo sustituimos por el parentesco de la vida comunitaria, que tiene sus normas y que promueve la caridad y la amistad y refuerza el sentido del compañerismo. La caridad juega un papel indispensable para mantener el orden social. La Regla de Vida, que dedica varios artículos a este tema, refleja el pensamiento de León XIII: "La idea misma de la civilización es una ficción (...) si el amor sincero no une la voluntad de los hombres. El entendimiento correcto de las relaciones afectivas está a la base de todo y promueve todo. A menudo estas relaciones son implícitas, pero serán ineficaces si no se hacen explícitas de una u otra manera. La tendencia o el deseo de generar nueva vida puede encauzarse a través del reclutamiento de nuevos miembros para la familia religiosa".

La paternidad espiritual de los religiosos es análoga al "parentesco" establecido en una sociedad por los patronos, los responsables, los padrinos, etc. Las reglas de modestia y reserva son normas abiertas, ideales y explícitas que deben hacer efectiva la práctica de la castidad y promover el verdadero celibato. La cultura marianista subraya de una manera especial la ayuda y el estímulo que nos viene de la pureza y la virginidad de María.

3. La ley y el gobierno

Son elementos esenciales para mantener el orden y decidir el modo adecuado de proceder en beneficio del bien común. En una sociedad religiosa todo esto se regula por medio del voto de obediencia. Aunque hay aspectos explícitos -horarios, cargos, nombramientos...-, la mayor parte de la ley y el orden es implícita. Participar en los encuentros comunitarios sería una manera efectiva de apoyar la obediencia. La crítica negativa de superiores o de determinadas normas tiene una influencia restrictiva sobre la gestión de la Provincia o la comunidad. La fidelidad al principio "Haced lo que os diga" ofrece manifestaciones explícitas e implícitas de la obediencia marianista.

El marco de la cultura marianista es, por consiguiente, la Regla de Vida marianista, que encarna el carisma y los valores de la Compañía y tiene la aprobación de la Santa Sede. Cuanto mejor asimilemos y vivamos la Regla de Vida, tanto más llegaremos a ser una sociedad ideal, lo que, sin duda, atraerá a otros a ella.

En las culturas, la religión es un aspecto importante y universal. La relación que se desarrolla entre una sociedad determinada y el Poder o Ser Supremo es decisiva. La persona que tiene el contacto con el Ser Supremo -sacerdote, brujo...- juega siempre un papel significativo en la sociedad. El religioso de hoy tiene la obligación especial de ayudar a la gente a comprender el lugar de Dios en sus vidas y de fomentar la armonía con Él. Esto, a su vez, hace posible que la sociedad viva en un nivel más espiritual Y más de acuerdo con el fin de la creación. Es una paradoja que religiosos dedicados a difundir el reino de Dios en la tierra sean, a menudo, reticentes para hablar de las cosas espirituales, de las que, sin embargo, la gente necesita y de las que quiere oír hablar. Si nuestra misión, según decía el P. Chaminade, es "multiplicar los cristianos", el anuncio de la palabra de Dios es algo básico en la configuración de la vida religiosa marianista, y un factor importante para decidir qué apostolados vamos a escoger o qué llamadas de la Iglesia vamos a responder. Cuando nuestro Fundador dijo que nuestro apostolado es universal, no quiso decir que debemos aceptar todo, sino que no debemos excluir ninguna posibilidad. Dentro de este marco debemos realizar todo lo que sea factible.

La cultura marianista convierte la difusión de la fe en la motivación fundamental de su acción social. Para ser efectiva, tiene que existir en nosotros un cierto consenso sobre los principales

medios a emplear para lograr ese objetivo, y también, hasta cierto punto, sobre los métodos que se deben seguir. Cuanto menos consenso tengamos en lo referente a estos dos aspectos, tanto menos efectivo será nuestro impacto sobre la cultura dominante, porque las auténticas características culturales son multiindividuales y compartidas. Como dijo Christopher Dawson, la unidad de la cultura proviene, sobre todo, del pensamiento continuado y constante. Cuanto más idéntica sea la configuración de los marianistas -en lo que son y en lo que ofrecen-, tanto más eficaces serán para lograr los propósitos básicos de su existencia como una cultura religiosa diferente.

II. La cultura y el individuo

Debido, precisamente, a las consideraciones ya expuestas, es necesario comprender el papel del individuo dentro de la sociedad, hasta qué punto está vinculado a ella y hasta qué punto puede aislarse de ella. Que el bien común tiene prioridad sobre el bien del individuo es un principio universalmente aceptado. Pero la fidelidad a este principio depende del tipo de sociedad. Una orden religiosa es una sociedad primaria puesto que es un grupo de personas que pueden considerarse familia; este aspecto, por lo demás, es una característica sobresaliente de los marianistas.

Pero una congregación también tiene las características de la cultura del pueblo. Sus expresiones, generalmente, son homogéneas, tienen las mismas maneras de actuar y pensar, están estrechamente vinculadas por una gran interacción, son fuertes en tradiciones, están herméticamente estructuradas, y tienen unos modos de conducta que nunca se ponen en duda y que a menudo hasta se convierten en un fin en sí mismos. En tales sociedades el individuo nunca sobresale, y si lo hace, se le critica o ridiculariza frecuentemente. En cierta manera, las sociedades populares son sociedades autómatas, y piden una sumisión total, como ocurre con la obediencia "ciega" en la vida religiosa. Se exige que el individuo contribuya, participe y coopere, y sus deberes sobrepasan sus privilegios o derechos. Los estados feudales del Medievo ofrecen ejemplos claros a este aspecto. Si estudiamos el monacato bajo esta perspectiva, encontramos aplicaciones concretas de ello, porque el monacato sobrevivió al feudalismo e incorporó muchas características suyas. Las Reglas de Vida basadas en las antiguas reglas de los órdenes monásticos incorporaron casi

inconscientemente algunos, o todos, de los elementos arriba mencionados.

En los últimos treinta años, las culturas occidentales dominantes han recopilado parte de los tres siglos anteriores. El siglo dieciséis subrayó el humanismo; el diecisiete, el individualismo; el dieciocho, el racionalismo. Por ello se ha enfatizado fuertemente el individuo, su dignidad, su importancia, su realización personal. Los principios de la psicología han reemplazado a los de la ascética en la orientación de la conducta, aun en la cultura de la vida religiosa. El interés del individuo se ha fortificado cada vez más, llegando a oscurecer el interés comunitario. El resultado de todo ello es un cambio en la configuración de la cultura y, por consiguiente, en sus objetivos abiertos, explícitos e ideales. El P. Chaminade afrontó una situación semejante en los primeros años de la Compañía. Su respuesta fue clara: "La participación en las obras realizadas en común, con el mismo espíritu y con el mismo fin, es preferible a la participación en obras aisladas, sea cual sea su punto de vista"¹⁹.

La cultura marianista se encuentra actualmente ante una crisis interna. Numerosos religiosos abandonan las obras comunitarias y asumen apostolados individuales. Es ésta una actitud básicamente antisocial. No me refiero precisamente a los marianistas que prestan ciertos servicios individuales, como el enfermero, el encargado de las publicaciones, el archivero, etc. Éstos también sirven al bien común de la Compañía de María. Pero es difícil decir lo mismo, por ejemplo, de un sacerdote marianista empleado en una obra no relacionada con la Compañía de María.

La cultura marianista sufre cuando sus miembros no trabajan preferentemente juntos en un apostolado común. A muchos de nuestros religiosos de edad los atrajo a la Compañía de María ciertas obras corporativas, sobre todo, la educación. Muchos apostolados actuales atraen solamente a los que prefieren trabajar solos, sin preocuparse del aspecto comunitario del carisma del P. Chaminade.

¹⁹ Guillermo José Chaminade, Manual del Servidor de María, 1821, página 280.

III. Estabilidad, adaptación y cambios culturales

En los últimos veinticinco años, la Compañía de María ha intentado implantar la cultura marianista en varios lugares nuevos: Australia, Brasil, Colombia, Corea, Ecuador, India, Kenya, Malawi, México y Zambia. Lo ha hecho con resultados diferentes. Al mismo tiempo, en Europa, América del Norte y Japón, donde la cultura marianista ya existía desde hace más de un siglo, ha sufrido algunos cambios importantes. Estos cambios son diferentes, tanto en el modo como en los efectos. En algunos casos son el resultado de un dejarse llevar por la corriente; en otros, se trata de ciertas modificaciones más bien que de cambios radicales. Las culturas siempre tienden a defenderse de las transformaciones rápidas. Algunos de estos cambios han sido positivos y efectivos; otros, negativos e ineficaces. Hay culturas que han desaparecido debido a su manera de afrontar los cambios. Pero una cultura también puede desaparecer por negarse a efectuar los cambios que son necesarios. En su Biografía literaria, Coleridge se queja de que "hemos encerrado nuestros conceptos dentro del cerco que hemos construido para excluir los conceptos de los otros". Puede ser fatal identificarse con aspectos ya superados de una cultura, pero también es peligroso abrir las puertas a ciertos cambios que nuestra cultura no está preparada para afrontar. Los misioneros, a menudo han luchado para cruzar la barrera cultural, aunque la única barrera verdadera que hay que cruzar es la barrera mental, ya que las auténticas diferencias vienen de las concepciones y de los valores divergentes.

Es esencial darse cuenta de que determinadas facetas de una cultura ni pueden ni deben cambiar. Forman parte de lo que se llama la estabilidad cultural. En el caso de la cultura marianista esa estabilidad cultural estaría formada por el carisma del Fundador y por su expresión, y por el primer libro de la Regla de Vida, ya que contiene los principios básicos de nuestro estilo de vida aprobado por la Santa Sede. Al intentar implantar la Compañía de María en nuevas regiones, estamos, de alguna manera, intentando reemplazar una configuración por otra.

Para tener éxito en el cambio de una cultura hay que tener en cuenta²⁰:

²⁰ Joseph B. Aceves, Introduction to Anthropology, págs. 463, 469.

- la manera como se presenta,
- la buena relación que debe existir entre los que traen la nueva cultura y los que la reciben,
- si la mayoría está dispuesta a aceptarla o no,
- si la nueva cultura es, de alguna manera, compatible con la que existe,
- si trae ventajas y tiene repercusiones funcionales,
- si se comprende fácilmente y es posible integrarla,
- si hay una asimilación, tanto interior como exterior.

Un cambio de cultura se puede considerar que tiene éxito cuando conduce a una reidentificación con la misma, lo cual incluye:

- relacionar las características de la antigua cultura con la nueva; así se puede completar o mejorar el sistema actual;
- la supresión de la condición anterior;
- la negación, en algunos casos, de la situación actual;
- la participación del mismo individuo en el nuevo proceso de socialización.

Un cambio cultural que no tiene éxito desemboca en:

- el sincretismo: mezcla indefinida de ambas culturas;
- la culturación superficial: la nueva cultura se acepta de una manera exterior pero no interior;
- el pluralismo cultural: aparecen enclaves y subculturas que romperán la homogeneidad.

En 1983, la cultura marianista experimentó cambios importantes con su nueva Regla de Vida. No fueron cambios de valores, sino cambios en la manera de vivirlos y expresarlos. Sin embargo, muchos marianistas no han aceptado estas innovaciones. Este hecho confirma las razones de lo anteriormente expuesto. La falta de identificación de todos los marianistas con la nueva configuración ha creado un cierto pluralismo, que se ha convertido, a veces, en individualismo, como se explicaba al final del apartado II.

Si buscamos nuestra implantación en el Tercer Mundo, o la adecuada inculturación en el primero, las orientaciones consagradas por la experiencia antropológica tienen que ser una parte importante del proceso. Sólo así tendremos éxito y atraeremos a nuevos miembros, que asegurarán el crecimiento y la permanencia de la Compañía de María y de la cultura marianista.

5. Misión de la comunidad marianista en la cultura de hoy

AMBROGIO ALBANO SM

I Tendencia característica

La tendencia que más claramente caracteriza a la cultura en que yo vivo es la movilidad: no se trata sólo, ni principalmente, de una aceleración de las res novae, sino, sobre todo, de su inestabilidad, provisionalidad, imprevisibilidad y pendularidad.

Ligados como están al vocabulario de la res cogitans, estos cuatro términos parecen sugerir caídas, quiebras, entropías imparables en el plano filosófico, moral y religioso. Tanto más cuanto que la industria cultural se ha como apoderado de ellos para hacer propaganda de la idea de un progreso irrefrenable de la producción y los ha insertado en el diccionario de su persuasión oculta y de su usar y tirar²¹.

Una lectura e interpretación de ese tipo puede ser auténtica y seria. Pero con una condición: la de atribuir a sus contrarios inmovilidad histórica y, por tanto, esterilidad germinal. En ese caso, manifiestan efectivamente quiebras irrecuperables, y entonces el choque del futuro resultará necesariamente destructivo²².

Sin embargo, tienen una apreciación muy diversa si se consideran como matriz o útero de esos signos del tiempo que unos han definido postcristiano, otros postmoderno y algunos post-industrial²³.

²¹ Cfr. Edgar Morin, L'industria culturale. II Mulino.

²² Cfr. Alvin Toffler, Lo choc del futuro. Rizzoli.

²³ Cfr. Alain Touraine, La società postindustriale. II Mulino.

A decir verdad, quien sinceramente sostiene la realidad de esos post también quiere decir que su ante ha sido superado. Sirva de ejemplo el concepto-valor de "patria". Si se ha vuelto inestable, provisional, imprevisible y pendular, no es porque se hayan modificado los límites geográficos, lingüísticos y legislativos, sino principalmente porque la patria del tiempo ante ha cambiado de valor en un post de Unión Europea, casa común, región especial, ecumenismo religioso, etnia cultural, inmigración imparable.

Es verdad, por tanto, que hay inestabilidad, provisionalidad, imprevisibilidad y pendularidad. Los muros de Berlín que se trituran, las garantías incumplidas de las ideologías tanto materialistas como científicas, la secularización producida en las diversas religiones, los últimos recitales de los partidos políticos y de los sindicatos de clase, etc., pueden sugerir, a sus fieles y a sus cronistas, lecturas cargadas de mucha desconfianza y poca esperanza.

Pero eso sucede porque lo que en el ante era el punto firme y eterno de sus filosofías de la vida, la política y la ética, en el post ya no es ni punto de referencia estable ni motor móvil.

Dentro de la experiencia católica y cristiana también se ha hecho inestable la verdad del *nulla salus extra ecclesiam*; se ha hecho provisional el latín y el simbolismo litúrgico; se ha hecho imprevisible la lista de los frutos del ecumenismo; se ha hecho pendular la discusión teológica, que oscila entre el tic de la tradición y el tac de la innovación. "Con la progresiva aceleración del tiempo histórico, el pasado -el ante- ya no logra coagularse en una experiencia adecuada al presente. Y el futuro -el post-, agotados los modelos analógicos que servían de referencia, resulta difícil no sólo de prever, sino incluso de imaginar"²⁴.

Teniendo presente que ése es el clima en que vive la gente, conviene que la comunidad marianista moderna se detenga un momento en el terreno en que, habiéndose "agotado los modelos analógicos que servían de referencia", se ve más la movilidad.

Me parece que son cuatro las áreas particularmente afectadas por esa movilidad:

²⁴ Remo Bodei, *La speranza dopo il tramonto delle speranze*. Il Mulino.

1. El área de los valores

Entendemos como valores trascendentes tanto la existencia como los modelos de comportamiento y las motivaciones del compromiso personal y comunitario.

El hábitat temporal y el espacio mental del hombre moderno han acentuado decisivamente la visión cosmoantropológica de la vida terrena. Incluso el que, por fe, se siente inclinado a definir esta vida como un proemio natural de inmortalidad y de eternidad sobrenaturales, ha asumido la humanización como un valor cosmoantropológico en el que integrar el más allá de sí mismo y de la vida.

En este contexto, el primer capítulo de la buena noticia que la comunidad marianista debería presentar a la cultura de los valores de hoy podría titularse así: Aprender a humanizar para evangelizar.

2. El área de las normas

Entendidas como evaluación del pensamiento y como juicio crítico de la vida social e individual.

No considerándose ya como alguien guiado por la tradición, sino como un portador de tradiciones, el hombre moderno abre de par en par las "ventanas de la oportunidad" a los campos cada vez más amplios del pensamiento y del obrar humanos. Descubre otros "mandamientos", no necesariamente frutos de una falsa doctrina, y los traduce en nuevas normas, esforzándose sinceramente en encontrar un poco de armonía en tanto pluralismo de pensamiento y de acción.

En este contexto, el segundo capítulo de la buena noticia que la comunidad marianista debería ofrecer a la cultura de las normas de hoy podría titularse: Recrear la relación evangélica entre el hombre y las normas del sábado.

3. El área de las creencias religiosas o ideológicas

Entendidas como legitimación absoluta y global del existir y del obrar humano.

El eclipse de las identidades religiosas no parece conducir a un auténtico y claro ateísmo, sino, más bien, a un pulular de microexperiencias religiosas, culturales y rituales. A su vez, el

eclipse de las identidades ideológicas no parece conducir a un auténtico y claro indiferentismo, sino a un florecimiento de circuitos experimentales en los que las hipótesis se convierten en proyectos que comprobar. En este contexto, los profesionales de la divinidad y de las verdades de fe se convierten en los diletantes de gran número de experiencias humanas de perfección, en los ideólogos de gran número de expectativas anónimas de mejoramiento.

El tercer capítulo de la buena noticia que la comunidad marianista debería ofrecer a las creencias de la sociedad moderna podría titularse: Repensar el anuncio evangélico de un Dios que ya no tiene su templo, necesariamente, ni en Garizim ni en Jerusalén.

4. El área del conocimiento

Entendido como puente e integración de la vida intelectual con las fuerzas espirituales del momento histórico, institucional y tecnológico.

Desde los tiempos de Galileo, el hombre mira la realidad "con una especie de anteojo mental vuelto al revés"²⁵, hasta el punto de haber logrado construir una macrocosmología y una macroantropología con las que ha establecido su nueva alianza. Sin embargo, esta alianza, a sus propios autores y actores les parece que pertenece más a las áreas de los desastres humanos y ecológicos, a las áreas de Sodoma y Gomorra, que a las de la tierra nueva y los nuevos cielos bíblicos.

En este contexto, el cuarto capítulo de la buena noticia que la comunidad marianista debería ofrecer a los conocimientos de la sociedad moderna podría titularse: Llegar a ser el manto de Cristo, a cuyo contacto puede seguir la curación²⁶.

Si se acepta este modo de ver las cosas, se podrá comprender que la movilidad no comporta necesariamente un empobrecimiento de la cultura de cada una de esas áreas. Ella introduce, a pesar de todo, y necesariamente, desplazamientos teóricos y prácticos que hacen que los valores, las normas, las creencias y el saber lleguen a tener puntos de referencia tan nuevos y vinculantes que no es posible ignorarlos aun cuando no aparezcan todavía del todo

²⁵ Remo Bodei, op. cit., pág. 7.

²⁶ Cfr. cardenal Carlo Maria Martini, II lembo del mantello. Milano, 1991.

evidentes y seguros.

II. El influjo en la vida marianista

La movilidad de la cultura, tanto religiosa como laica, del área geográfica e histórica en que vivo me parece que influye y condiciona, sobre todo, cuatro sectores de la vida religiosa marianista.

1. El concepto de vocación

El obispo de Reggio Emilia-Guastalla ha escrito: "Es probable que, en los planes de Dios, el hecho de que sean más raras las vocaciones especiales en la Iglesia se deba también a este motivo: el Señor quiere que la vocación general de todos los bautizados al sacerdocio común sea mucho más sentida y mucho más promovida"²⁷.

Con la misma hipótesis positiva de fe y de pastoral, la cultura moderna de los propios fieles se interroga sobre la relación que hay entre vocación y promoción laical; se pregunta si la llamada a la santidad tiene necesidad de una vida consagrada; si la elección de una vocación específica presupone una estabilidad; si la vocación a la vida religiosa realiza a la persona humana; si la vocación marianista es una necesidad eclesial o una opción personal, muy aceptable pero no indispensable.

Entonces cae la mística del "Dios celoso" que llama al hombre totalmente para Él, que establece espacios verticales de comunicación Dios-hombre, con apéndices coherentes de compromiso evangélico. En cambio, se abre camino la idea de que Dios "inspira" al hombre, invitándolo a responder a las aspiraciones y a las necesidades de la humanidad, y a aceptar comprometerse por ella y con ella como testigo y profeta del amor que profesa a Dios mismo. El concepto de vida perfecta sigue siendo el coeficiente uno de la vocación a la vida religiosa, pero-desplaza sus parámetros de la teoantropología a las "inspiraciones" de la teocosmoantropología²⁸.

²⁷ G. Baroni, "Siamo venuti per motivi di fede", en Vita Perchi, 1973, páginas 35-37.

²⁸ Cfr. Raimundo Panniker, II silenzio di Dio. Borla.

Como cualquier otra forma de vida religiosa, la vida marianista debe ennoblecer todas esas intuiciones, desarrollando los temas de la aventura interior y del realismo cósmico. A Baudelaire, que preconizaba un "zambullirse en las profundidades del infinito para encontrarse de nuevo", Claudel respondía diciendo que más bien hacía falta "zambullirse en el infinito para encontrarse con lo inagotable"²⁹. Por tanto, es preciso reencontrar el soplo del Espíritu allí donde ha entrado. Y desde la creación, el soplo del Espíritu habita en las "tierras y aguas". Y estas "tierras y aguas" bíblicamente deben ser capaces de generar seres vivientes a los que el hombre podrá dar un nombre apropiado. Ignorarlos, o incluso matarlos, como hizo Caín con Abel, o burlarse de ellos, como hizo Cam con Noé, supondría, si no propiamente interrumpir la creación, sí merecer, desde luego, ser llamados de nuevo por Dios a la vocación creacional de los orígenes: "¿Qué has hecho de tu hermano?"³⁰.

2. La doctrina espiritual

La doctrina espiritual del mensaje cristiano se interpreta, desde la cultura contemporánea, como una vuelta de campana. Antes se le pedía que fuese un razonamiento de lo sobrenatural en la vida cotidiana, y a ese propósito se ha elaborado toda una doctrina ascética y espiritual.

La doctrina espiritual de la Compañía de María se ha visto también inmersa en esa atmósfera. Parece que hoy se le pide que dé un testimonio de su esperanza realizando una teología de las realidades terrenas para lograr hacer comprender todo lo espiritual que es el "medio divino" de la existencia humana.

No es la doctrina la que debe ser volteada, sino la pedagogía, el iter de la formación marianista. Lo que constituye el acto de fe del hombre religioso no es sólo la encarnación de Dios en el hombre, sino, sobre todo, su acto de fe, después de dos mil años, en la resurrección y ascensión de las cosas hacia Dios. La frase de Auguste Strinberg, "Dios se ha escondido posiblemente para obligar a la humanidad a buscarlo con mayor afán" (artículo de 1867), no

²⁹ Claudel, Introduction à un poème sur Dante.

³⁰ Cfr. Millet-Gerard, Anima el Sagesse. Lethielleux.

es un simple golpe de efecto, sino que indica una realidad que invita a asumir el juicio final contado por Mateo (25, 31-46) como doctrina de vida, como código espiritual de la experiencia religiosa³¹.

3. Los "ejercicios religiosos"

Desde los tiempos más antiguos del cristianismo, la vida religiosa ha recurrido a estos ejercicios para expresar su devoción para con Dios y, al mismo tiempo, adiestrarse para conseguir la victoria en el combate espiritual en esta tierra. De hecho, el homo religiosus ha considerado siempre un deber colaborar con Dios: por una parte, para ser purificado de toda suciedad; por otra, para poder decir a su Dios: Ven y habita en mí.

Pero en contacto directo y prácticamente físico con la imperfección y el pecado, el hombre religioso común ha pensado, en la práctica, que la inhabitación de Dios es un asunto de elegidos, de santos. El hombre religioso común se ha entregado a una ascesis negativa y se ha equipado de toda una serie de ejercicios espirituales para extirpar las malas hierbas, los defectos, el pecado. Así ha privilegiado la vía purgativa de los exámenes de conciencia particulares y generales, de los ejercicios penitenciales y cuaresmales, de la mortificación y las renunciaciones, poniendo todos esos ejercicios como fundamento y pedestal de su vida de perfección³².

La sensibilidad religiosa moderna parece reclamar que los ejercicios espirituales se basen en una ascesis mucho más positiva y que lleguen a ser también pan de vida. Desde las más sencillas oraciones de la mañana y de la tarde, de alabanza y contemplación, hasta la más sofisticada teología que funda de nuevo el razonamiento sobre Dios con los temas de la gloria (Von Balthasar), de las realidades terrenas (Thils), del medio divino (Teilhard de Chardin), de la escondida luz tabórica (la nube del no conocimiento), los ejercicios espirituales contienen, en primer lugar, más la actitud mística que la ascética.

Al hombre moderno, que ha llegado casi por sí solo a ser tan desconfiado y escéptico que cada día hace un despiadado examen

³¹ Cfr. Joseph Imbach, *Nostalgia di Dio*. Studium.

³² Cfr. Tilman Moser, *Avvelenato da Dio*. Feltrinelli.

de conciencia de su política, de su arte, de su progreso y de su misma psicología, más que la insistencia en las mortificaciones y penitencias le sirven los testimonios y las profecías de resurrección y ascensión, de alabanza y de donación gratuita. De hecho, todos, y los religiosos los primeros, estamos llamados a difundir, en el aire que respiramos y en el trabajo que nos ennoblece, la esperanza que existe en nosotros: "El pecado no debería ser nunca objeto de contemplación; hay que dirigir la mirada hacia lo que lo cubre: la gracia"³³.

Así repensados o modificados, los ejercicios espirituales no perderían nada de su validez ascética, pero enriquecerían la experiencia humana con los dones de Dios, con la plenitud de la gracia. Ayudarían a desmentir la acusación dirigida a los cristianos de no tener rostro de salvados (Nietzsche), y mostrarían que la plenitud de la gracia no sólo es capaz de llevar sobre sí el pecado del mundo, y de redimirlo, sino también de hacer entrar y circular la vida de Dios en la tierra.

4. La misión apostólica

El concepto de misión apostólica se ha hecho jadeante desde el momento en que se ha empezado a decir que todos tenemos el mismo Dios; que el ecumenismo es el nuevo horizonte de las religiones; que los miembros de las distintas confesiones e iglesias son hermanos en el Señor; que el Jesús histórico es el Cristo universal, pero que no necesariamente el Cristo universal se identifica sólo con el Jesús histórico; que los llamados no cristianos pueden entrar y permanecer en relación con Jesús, como la cananea, la samaritana, el centurión romano de los evangelios o el centurión itálico de los Hechos.

También el vocabulario de la misión apostólica se ha modificado y actualizado: de la idea de las conversiones se ha pasado a la del testimonio, y de la del testimonio a la de la profecía. Por otra parte, en la vertiente de las intervenciones activas, los cristianos han dejado ya su papel de "clero de reserva" y se han convertido en christífidos a título pleno. Además, su concepto de misión ha abandonado el proselitismo como objetivo de sus

³³ Evdokimov, *Le età della vita spirituale*. II Mulino, págs. 173-174.

asociaciones, y la apologética no constituye ya la base de su teología misionera.

Entonces, ¿está ya superada la misión apostólica de la iglesia? ¿Sigue siendo verdad que Jesús es el Cristo y, por tanto, el Salvador único y universal que hay que anunciar a todas las gentes? ¿Qué quiere decir hoy fundar misiones? ¿Qué significa reintroducir la misiología en la eclesiología? (Redemptoris missio, 32). ¿Hasta qué punto hace falta repatriar las misiones en la misión de la Iglesia?³⁴. Y finalmente, ¿cómo traducir en la práctica la idea chaminadiana de que todos somos misioneros?

Dando por descontado que estas preguntas no escandalizan al teólogo ni anulan la identidad del misionero, queda el hecho de que ya no encuentran respuesta en la doctrina y en la praxis del pasado.

La recristianización "de Francia y del mundo entero", tal como la concibió el P. Chaminade en unos tiempos de restauración militante, gracias a la difusión de las congregaciones marianas y de las escuelas normales, ya no es un proyecto misionero que se pueda ofrecer. La recristianización mediante el testimonio encuentra un obstáculo abismal en el hecho de que, entre el testigo y el destinatario no hay, en la mayoría de las veces, la mediación del objeto común de un valor o de un Dios. Incluso se ha constatado una reversibilidad de la misión apostólica: el pulular de las sectas puede ser un síntoma, por no decir la prueba, de ello.

Si la Compañía de María quiere seguir siendo "el hombre que no muere", tiene que aceptar madurar según el dicho paulino: "De niño razonaba como niño, de adolescente como adolescente, de adulto como adulto". En este sentido, la Compañía de María debe reinventar su misión apostólica. Aun permaneciendo invariable lo que dice el artículo 63 de la Regla de Vida de 1983; la Compañía de María acentuará el carácter de su misión apostólica haciendo emerger en todas las gentes la conciencia de vivir, en adelante, en una "aldea global" que ya realiza, en cierto modo, el único redil, aunque todavía no todos reconocen un único pastor; educando en el diálogo ecuménico entre las distintas confesiones, porque haciendo muchas millas juntos es como se llega a Emaús; comprometiendo a los individuos y a los grupos a vivir en las propias creencias más profundas para realizar una progresiva encarnación humano-divina

³⁴ Cfr. Tihon Paul, *Retour aux missions?*, en NRT, 1992, 1, págs. 69-86.

que descubra su momento inicial en una anunciación personal, y el final en la confesión de quien responde a la pregunta: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?".

También, al considerar el influjo ejercido por la cultura moderna en la vida religiosa marianista, no se hablará necesariamente de empobrecimiento. Se trata, más bien, de comprobar qué desplazamientos ideales y prácticos se han constatado en una parte y en otra. La prueba será positiva si se asegura a la vida religiosa marianista una serie "casi ininterrumpida de renacimientos" que, después de haberse apropiado del pasado, ayudan a emigrar hacia nuevas culturas y enseñan no sólo a volver a los orígenes, sino también a navegar por los mares de la historia cotidiana³⁵.

III. La reacción marianista

En el mundo moderno existe, sin duda, una inquietante movilidad de valores, normas, creencias religiosas y conocimientos que ha sido llamada y descrita como una "gran transmigración" hacia un futuro que no dispone ya de siglos, sino solamente de pocos decenios para su tiempo profético. Es fácil y humano resituarse en los "límites del desarrollo"³⁶, o incluso recobrar las visiones congeladas de la novela 1984, de Orwell. Pero el desafío de nuestros días requiere algo muy distinto de las lamentaciones jeremiacas contra las manipulaciones y los hechizos de la nueva cultura³⁷.

La vida religiosa marianista tiene, entonces, la "misión" de enseñar que, en este nuevo contexto social, "no soy yo (Compañía de María) quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí". A la Compañía de María corresponde la "misión", ante todo, de reaccionar contra los profetas de desventuras, conjugando su fe con la nueva cultura, repitiendo en ella el fiat materno de María, haciendo nacer en la llamada secularización actual el Verbo de Dios, sembrando en el terreno moderno las semillas que, muriendo, germinen en un reino de Dios humano.

³⁵ Cfr. Rémy Brague, *Europe, la voie romaine*. Critérion.

³⁶ Cfr. Club de Roma.

³⁷ Cfr. G. Giovannini, *Dalla selce al silicio*. Torino, 1992.

En la práctica, la reacción de la Compañía de María ante los riesgos de la movilidad del mundo de hoy deberá:

1. Producir pensamiento, y no sólo acción, si se quieren, orientar los comportamientos de los religiosos y de los hombres.

2. Testimoniar la analogía de la encarnación de Dios en la vocación religiosa, por la que "no soy yo quien vivo, sino que es Cristo quien vive en mí" en este mundo nuevo. Además, el religioso marianista sabe y enseña que así le es posible revivir en primera persona el fiat materno de María.

3. Ofrecerse, a las multitudes que buscan un Mesías, como el "manto de Cristo", para que quien lo toque pueda oír, que le dicen: "Tu fe te ha salvado".

4. Enriquecer la misión marianista con cuanto hay de positivo en la secularización, de forma que produzca el efecto de o espiritualizar la materia, o materializar (encarnar) el Espíritu.

5. Proponer y aceptar que, en la nueva cultura, la vida religiosa se implante más como una semilla que como un modelo global de vida.

(Traducción: Ignacio Otaño SM.)

III LA VIDA MARIANISTA EN DISTINTOS CONTEXTOS CULTURALES

1. Vida marianista y cultura norteamericana

P. JOHN A. Mc GRATH SM

I. Características más notables de la cultura en que vivo

La cultura de mi vida y de mi trabajo es la cultura norteamericana de finales del siglo XX. Tiene sus raíces en la cultura europea y todavía la comparte mucho con sus primos transatlánticos. Como cualquier cultura, es un conjunto de valores, comportamientos, organización, creatividad, creencias y estructuras que caracterizan a un pueblo o una época. En la medida en que esos elementos cambian, la cultura cambia.

Este pueblo anhela ser libre. Libertad significa espacio físico, es decir, posibilidad de moverse, tener lugares adonde ir, tener privacidad, tener un espacio propio. Libertad significa, también, autonomía, derechos, y la posibilidad de decidir por sí mismo el gobierno, el comportamiento, la educación, la manera de vestirse, el trabajo, el descanso y la religión. Libertad significa tener opciones. Puedo escoger mi propio futuro. Puedo cambiarme- de un futuro a otro. Ante mí se abren una variedad de ocupaciones, hogares y estilos de vida. Libertad significa, también, cambio. Las cosas no tienen que quedarse siempre igual. Tengo capacidad para cambiar mi vida y la vida que me rodea: "Nada está terminado hasta que se termine".

Este pueblo es pluralista. Si hubo un momento en que los primeros norteamericanos querían, todos, lo mismo de la vida, comapartían la misma visión e interpretaban la humanidad de la misma manera, éstos ya no están. Los desacuerdos son hoy fuerte y fundamentales, corteses y sin importancia, tensos y enriquecedores. Muchos de ellos están encerrados en estas preguntas "¿Qué es la persona humana? ¿Cuáles son sus derechos? ¿Qué es la dignidad humana? ¿Cómo es la sociedad que estos hombres están organizando? ¿Cuáles son sus responsabilidades y autoridad?".

En función de nuestra filosofía, religión, modales, herencia étnica, educación, cuenta bancaria y experiencia personal, nos diferenciamos grandemente. Pocas culturas están tan bendecidas, y tan sometidas a tensión, por causa del pluralismo como ésta.

Este pueblo es justo e igualitario. "Yo valgo tanto como usted, por tanto, debo tener la posibilidad de acceder al mismo éxito, gozo, felicidad o estatus que usted. Usted tiene derecho al mismo voto, oportunidad, sueldo y libertad que yo tengo". Creemos; en el proceso justo y apropiado. Tenemos derecho a ser escuchados y a tomar parte en las decisiones. Cuando no hemos tenido nada que ver con la toma de decisiones, normalmente no nos sentimos con ninguna responsabilidad en cuanto a las consecuencias. Secuencias. Nos oponemos a los que limitarían nuestra oportunidad, disminuirían nuestros derechos, monopolizarían nuestros] recursos. La justicia es una responsabilidad. El bien debe ser premiado, el mal debe ser castigado. Las leyes son necesarias y útiles y deben ser obedecidas por todo el mundo. Los que son tratados injustamente deben ser ayudados. El pequeño y el débil merecen nuestra protección. Estamos dispuestos a ser violentos~en los temas de justicia y libertad, e incluso en los de nuestras necesidades. Somos violentos.

Este pueblo vive el presente y es realista. Su manera de responder a la vida es actuando. El tiempo para disfrutar es ahora. Lo que cruje y no puede ser lubricado en este momento... que se eche fuera o se destruya. La reflexión no es lo nuestro, lo nuestro es inventar, cambiar, producir, organizar o desquitamos. Planear es bueno si se pueden ver los resultados dentro de tres años. Lo "a largo plazo" es aburrido, inmanejable, inatractivo, y no tiene nada que ver con mi actual trabajo. Lo que sí es atractivo es lo que galvaniza la energía, atrae a mucha gente, hace ganar dinero y llama la atención. Los frutos de la tierra están para ser usados, desarrollados, engrandecidos y disfrutados. "Suficiente para el día". "Fuera de la vista, fuera de la mente". El desperdicio es la preocupación de los aburridos. Carpe diem: aprovecha el día. Deja el futuro para los otros. Olvida el pasado.

Este pueblo es generoso. Es posible que no prestemos suficiente atención, pero sí vemos el dolor, la necesidad, la destrucción y la miseria de otros, y nuestro corazón se conmueve. Queremos ayudarlos, estamos dispuestos a dar, a veces muchísimo y durante mucho tiempo. Destinamos billones y billones a la caridad y al alivio de las catástrofes. Mucho del trabajo llevado a cabo por nuestro gobierno en otros países está realizado aquí por voluntarios. Por ejemplo, el Plan Marshall y el puente aéreo de Berlín. Independientemente de los planes de los gobiernos, los motivos del pueblo, en el apoyo inicial y en el ofrecimiento de vidas americanas

en Corea y Vietnam, fueron la generosidad y la justicia, no el dinero, el poder o el egoísmo. Las artes, las iglesias, las bibliotecas, las escuelas para los pobres, la ayuda y asesoría legal no existirían si no fuese por la generosidad. El enorme sistema de las escuelas católicas se desarrolló a base de donativos de los inmigrantes y sus hijos.

Este pueblo también es amistoso. El lenguaje familiar, la buena acogida y la ayuda espontánea son aquí normales. Otra cosa es la intimidad sostenida; pero el cariño y la solicitud para los individuos son cosas normales.

Este pueblo es individual. Como personas, necesitamos de los otros menos que antes. Ya no es necesario que toda la familia trabaje en la granja o en la tienda. Hay alimentos ya preparados, control remoto, microondas, satélites de comunicación, religión sin salir del auto, conciertos en walkmans y horarios flexibles en el trabajo. También necesita muchas más horas de trabajo para adquirir lo básico y, en el caso de algunos, para pagar los extras.

No hay tiempo para el prójimo. No necesitamos de los otros. La presencia de otra gente durante un tiempo nos gusta. Pero constantemente presentes, los otros son una molestia. La responsabilidad por los otros es aún peor. La gente necesitada es la peor. Mi autonomía significa que no quiero que los otros me digan lo que debo hacer o pensar y que no tienen derecho sobre mi tiempo o mis sentimientos. Mucha gente vino a América porque tuvo el deseo o la valentía de dejar su patria para vivir por su cuenta. América fue construida por tales personas, gente con agallas y determinación, dispuesta a arriesgar su dinero, a aceptar el choque entre culturas, el peligro, y hasta la muerte, para "hacerlo por su cuenta". No hay almuerzo gratis. No hay futuro garantizado. La interferencia de algunos -el gobierno, las viejas iglesias, la pereza o codicia de los tercamente incompetentes, los colegas- en mi derecho divino a hacer y gozar mi propia vida, eso no es americano. Ello implica que algunas personas queden marginadas. Los que carecen de los recursos de la ley, la influencia, la costumbre, la educación, el dinero, la motivación o el idioma, éstos tienen que defenderse por sí mismos. Los muchos que fracasan son, la mayoría de las veces, considerados culpables de su situación. Pocos se sienten responsables y los gobiernos cierran los ojos a estos desgraciados.

Este pueblo desea el amor y la paz. Somos individualistas pero anhelamos el amor y la paz. Queremos casarnos y tener hijos: unos dos o tres. Buscamos su estima y reconocimiento. Queremos hacer un impacto positivo en su vida y, por medio de su agradecimiento, ver en sus ojos y sentir en sus abrazos nuestro propio valor como pueblo. Sólo así vale la pena la lucha y los años. El amor que deseamos es un amor que llene nuestro vacío, que entienda nuestro corazón y nuestros anhelos, que reconozca nuestros dones y atienda nuestras necesidades.

También deseamos la paz. La seguridad y la paz. La seguridad, la armonía y la paz. Las cosas no deben cambiar demasiado. La gente no debe herirse los unos a los otros. El futuro debe ser claro y sin nubes. Eso sería lo mejor. Que cada uno cuide de sí mismo, libre de exigencias por parte de los demás, y que goce del fruto de la vida y del trabajo de las manos del hombre.

Y la paz del espíritu, también. La religión lleva muchos sombreros y los americanos no salen sin ellos. La creencia en Dios no está restringida, más bien desenfrenada. Muchos tienen contacto con Dios, incluso contactos extraordinarios, según las encuestas. Creemos en más dogmas básicos que casi todos los países de Occidente. La moral, la conducta dirigida por Dios, es esperada, hablando en general, especialmente en la arena pública. La decencia es común. Una tercera parte de los miembros de las iglesias asiste a los servicios dominicales, y la mitad de los católicos. Políticos, estrellas del teatro y del cine, atletas, todos invocan y alaban a Dios. No importa que su Dios no tenga nada que ver con Abrahán, Isaac, Jacob o Alá: cualquier espíritu trascendente, cualquier energía vale. Es indispensable creer en alguna fuerza terrenal: espíritu del universo, Gea, bola de cristal..., es decir, en cualquier manera de comunicarse, de ponerse en armonía con el cosmos, el total, las profundidades, la fuente de energía, la vida que sea.

Ciertamente, estos aspectos de la cultura de los Estados Unidos son contradictorios, pero coexisten en la misma gente.

II. Influencia de la cultura de hoy en la vida y en la misión del religioso marianista

Cuando estudio a la Compañía de María frente a la cultura norteamericana, éstas son las principales consecuencias que saco:

- que somos hijos de nuestro tiempo;
- que no debemos engañarnos por los vientos dominantes;
- que esta cultura está pidiendo a gritos la evangelización y que, como campo que es de la gracia de Dios, tiene un mensaje para nosotros.

1. Somos hijos de nuestro tiempo

Las tentaciones del marianista norteamericano de finales del siglo XX son la rectitud farisaica y la pérdida de la esperanza.

Somos fariseos cuando pensamos que no tenemos parte en los pecados ni en las virtudes de nuestra cultura, con respecto a la cual nos comportamos como unos visitantes inmunes de otro planeta. También somos fariseos cuando pensamos, a las vista de sus evidentes fallos, que esta cultura no tiene nada que enseñamos.

Perdemos la esperanza cuando pensamos que no tenemos nada que ofrecer, que en la cultura que nos rodea no hay lugar para la fe ni para los marianistas, que en ella no tiene futuro el catolicismo.

Los marianistas que mejor conozco son los norteamericanos. Pertenecen al subgrupo varón católico, y en su mayoría descienden de irlandeses, alemanes, italianos o europeos orientales. Vivimos y respiramos en el ambiente de la cultura estadounidense anteriormente descrita. Por eso nos cuesta la meditación. Muchos de nosotros, a pesar de que lo aceptemos con el cerebro, no creemos demasiado en esta forma reposada, reflexiva, interna, de crecimiento vital. No confiamos en lo inactivo e inmensurable. No somos pacientes ni deliberadamente receptivos. Nos sentimos incómodos en un mundo tan inactivo. La meditación no es para nosotros un medio muy apropiado para encontrar, conocer y amar a Dios.

Por eso nos es difícil la plena convivencia comunitaria. El ideal, ciertamente, atrae, pero para el individuo libre y adulto, la vida comunitaria es muy exigente. Hay tantas cosas buenas y agradables que hacer por ahí, tanta gente que ver, tantos proyectos en que ocuparse, que la indispensable presencia comunitaria, su sensibilidad, sus trabajos y sus iniciativas pueden, a veces, parecer sosos y aburridos. La libertad que supone la vida autónoma tiene un

enorme atractivo.

Es difícil vivir una vida de fe cuando ésta no es la opción de los que dirigen la sociedad, cuando le falta el colorista apoyo del mundo de la publicidad. Cuando los líderes de la sociedad estudian los asuntos y les dan respuesta a través de paradigmas económicos, psicológicos, sociales y filosóficos, en los cuales la fe no tiene lugar, ¿qué debe hacer el creyente? ¿Seguir creyendo interiormente a pesar de todo? ¿Manifestar una objeción que será recibida con condescendiente cansancio? ¿Avergonzarse de unas convicciones que parecen anticuadas? ¿Ponerse de acuerdo, en secreto, con estos nuevos paradigmas y, aunque sea a su pesar, entender que no hay lugar para la fe?

Nosotros, los norteamericanos, vivimos al día, no a la década. No nos produce ninguna satisfacción perseverar en proyectos de crecimiento lento, organizado y, a menudo, inmensurable. La tradición, conscientemente, no la comprendemos bien. Al trabajar en el crecimiento humano, más bien que en la construcción física, perdemos la línea conductora visible. Por eso la pastoral vocacional nos es difícil, igual que el trabajo de la formación, el de la administración de nuestro personal y el trabajo con comunidades pequeñas. Éste no es tiempo de compromisos. Las opiniones cambian, la gente cambia, las necesidades cambian. El compromiso no parece tan importante.

También nos gusta la comodidad. En esta sociedad opulenta todos quieren estar cómodos y muchos pueden estarlo. Los medios para disfrutar de esta comodidad los tenemos a la mano, por todas partes: desde la televisión de control remoto, hasta los teléfonos y ordenadores portátiles; y estos instrumentos, que fueron en su momento llamativas novedades, pronto se convierten de raros en indispensables.

Se convierten, incluso, en símbolos de lo bueno, lo bello y lo verdadero. En este marco, las exigentes llamadas a crear una sociedad justa y piadosa parecen algo muy difícil, cosa extraña y muy remota. El consumismo y sus aliados, el materialismo y el abuso de la creación, no son raros.

Nosotros, los marianistas norteamericanos, compartimos un fuerte deseo de libertad, de justicia e igualdad. Queremos libertad para nosotros y para la sociedad. Queremos justicia para todos, sin prejuicios ni discriminación. Nos empeñamos en la igualdad de

oportunidades, igualdad de puestos e igualdad de derechos. Poco a poco hemos llegado a ser más respetuosos con los derechos de la mujer, de las minorías y de los desafortunados. Creemos que las otras naciones y culturas tienen derecho a sus costumbres y valores propios, pero eso no significa que fácilmente pensemos que esas otras ofertas tengan mucho sentido. Todo esto influye en la manera en que el marianista norteamericano actúa en la Compañía de María y en la Iglesia. En los momentos de sinceridad reconocemos que nuestros prejuicios y egoísmos traicionan los principios que un día abrazamos sinceramente.

Generosos y sociables como sus compatriotas, la vida y la misión de los marianistas norteamericanos se caracterizan por la generosidad, el compartir, la hospitalidad, la acogida, la colaboración y el espíritu de familia.

Somos gente activa, deseamos cambiar lo que es malo y llenar lo que falta; por eso organizamos, planeamos, trabajamos en equipo y movilizamos eficientemente nuestros recursos y energías. Y lo hacemos con tranquilo buen humor y con ganas de afrontar el reto. Somos optimistas.

Tendemos a la apatía, al desánimo y a la monótona rutina cuando sentimos que la vida de fe, ya de por sí misteriosa, se hace aún más difícil por los cambios culturales y la oposición de las ideas dominantes en el ambiente de la realidad. Cuando una vida, ya de por sí dura, se considera, encima, inútil, ¿qué puede hacer el marianista?

Esto me lleva al segundo punto:

2. No debemos dejarnos engañar por los vientos dominantes

Éstos son individualistas, violentos, materialistas, superficiales y laicos. Por mucho ruido que hagan y por muchos que sean, esos vientos siguen siendo mentira. También hay vientos de otras direcciones que llevan otro mensaje. Circulan por la misma cultura pero hablan de comunidad, creación, paz, espiritualidad, liberación, sencillez, justicia y solidaridad. Estas voces son auténticas. Las debemos escuchar y abrazar.

3. Esta cultura está pidiendo a gritos la evangelización

A pesar de los aspectos de nuestra cultura que están en abierta oposición con la vida cristiana, y a pesar de que nosotros mismos participamos de esos defectos, nuestra cultura está hoy más necesitada que nunca de lo que la Compañía de María puede ofrecerle.

III. Actitud del marianista frente a esas características

Pablo VI dijo que el evangelizador tiene que empezar por ser, él mismo, evangelizado. Del mismo modo, el marianista, que posee un magnífico mensaje que ofrecer, necesita empezar por penetrarse profunda y continuamente de la realidad que predica.

Tenemos que ofrecer una vida enraizada en la fe. Esto significa la primacía de Jesucristo en nuestras vidas personales y en el testimonio de su mensaje. Nosotros creemos que todos los hombres y mujeres están hechos para Dios y que "sus corazones estarán intranquilos hasta que descansen en Él". Puede ser que busquen la verdad en otros lugares, pero sólo la encontrarán en Dios. En la medida en que nosotros les mostremos el verdadero camino, seremos un bien irremplazable para la humanidad.

También tenemos que ofrecer una comunidad comprometida. El individualismo está, ciertamente, entre nosotros, pero sabemos que ni la Iglesia ni los hombres están, del todo, fuera de alguna comunidad, fuera de la comunidad de la que uno forma parte por su vida y su compromiso. Tenemos que ofrecer y demostrar que humanizar la verdad significa hacerla más real entre nosotros y compartirla más libre y efectivamente. También significa apoyar a las comunidades que existen en la Iglesia.

Podemos unirnos a Juan Pablo II en un gesto de solidaridad con la creación³⁸ y con la comunidad de todos los hombres y mujeres que creen en la dignidad y en los derechos de todas las

³⁸ "En nuestros tiempos hay una conciencia creciente de que la paz del mundo está amenazada no solamente por la carrera de armamentos, conflictos regionales y la injusticia continuada entre pueblos y naciones, sino también por la falta del respeto debido a la naturaleza, por el despojo de los recursos naturales y por una decadencia progresiva en la calidad de vida... La teología, la filosofía y la ciencia, todas hablan de un universo armonioso, de un "cosmos" dotado con su propia integridad, su propia balanza dinámica. Este orden debe ser respetado. La raza humana está llamada a explorar este orden, a examinarlo con el cuidado debido, a usarlo y, al mismo tiempo, a salvaguardar su integridad". Juan Pablo II, en el Día Mundial de la Paz, 1 de enero de 1990.

personas. Ésta es la única vía de justicia y crecimiento que se abre ante nosotros: preocuparnos de la creación y de cada persona³⁹. El P. Chaminade no habló en estos términos, pero supo leer los signos de los tiempos y tuvo una confianza absoluta en que la Divina Providencia indicaría las necesidades y haría eficaces los esfuerzos encaminados a atender las necesidades del pueblo de Dios. Esto es una llamada a unimos a todos los que, en la sociedad, son sensibles a esas mismas necesidades⁴⁰, y a responder local, nacional e internacionalmente.

Podemos aceptar todo lo que en la cultura contemporánea⁴¹ apoya el avance religioso de la comunidad humana, y oponernos a todo lo que la denigra, la vulgariza y la hace violenta; podemos reconocer nuestra propia complicidad en los numerosos abusos que aún cometemos los unos contra los otros o ignorarlos; y también podemos unirnos solidariamente con los esfuerzos que se realizan para hacer la comunidad humana sana y unida.

IV. Qué pediría yo al Capítulo General en cuanto a la interacción que debe existir entre la cultura en que vivimos y nuestra vida religiosa y misión marianistas

Me gustaría que el Capítulo General escrutase los signos de los tiempos siguiendo el ejemplo del Vaticano II y del P. Chaminade. El Capítulo General llegaría entonces a los heridos por nuestro mundo, pediría perdón por nuestra parte de culpa en la ignorancia, indiferencia o abusos, rechazaría algunos de los aspectos dominantes de nuestro mundo contemporáneo y se uniría a esas otras voces que claman por un futuro mejor. El Capítulo 41 Junto a aspectos negativos en el mundo de hoy, Juan Pablo II también encuentra adelantos positivos: "Por otro lado, nuestros tiempos

³⁹ Uso el término solidaridad en el sentido que le da Juan Pablo II. "No es un sentimiento de una compasión indeterminada o angustia superficial frente a la desgracia de tanta gente, tanto cercana como lejana. Al contrario, es una determinación firme y perseverante de comprometerse al bien común; es decir, al bien de todos y de cada individuo, porque somos verdaderamente responsables de todos". *Solicitud rei socialis*, 38.

⁴⁰ El diálogo con la cultura es indispensable para la evangelización genuina. "Si la Iglesia está en diálogo, no es simplemente porque el diálogo es un aspecto importante de su misión de evangelización, un medio necesario para su cumplimiento... Para la Iglesia, el diálogo no es una alternativa a la evangelización ni un sustituto; lo uno implica lo otro, y pueden ser considerados como aspectos y fases diferentes de la misma misión de la Iglesia. El diálogo es totalmente inherente a la evangelización y necesario para lograrla". Sínodo de los Obispos Africanos, 24 de julio de 1990, *Catholic International*, 115, noviembre 1990, vol. 1, n.º 3, pág. 121.

ofrecen a la Iglesia oportunidades nuevas: hemos visto el derrumbamiento de ideologías y sistemas políticos opresivos; la apertura de las fronteras y la formación de un mundo más unido, gracias al aumento de los medios de comunicación; la afirmación en el mundo de los valores evangélicos que Jesús encarnó en su propia vida: paz, justicia, hermandad, preocupación por los necesitados; y un tipo de desarrollo acerca de Dios, el hombre, el significado de la vida en sí... Dios está abriendo a la Iglesia horizontes de una humanidad más preparada para recibir el Evangelio". Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 3. General podría elegir algunas líneas y comprometerse a un apoyo y compromiso específico de las mismas. Esto supondría:

1. Animar y apoyar la renovación espiritual, de forma que todos estuviésemos profundamente poseídos por el mensaje del Evangelio y más "vivos en Cristo".

2. Fomentar la vida de comunidad, para convertirla en una poderosa fuerza en nuestras vidas y en un testimonio vivo para la comunidad de fe que queremos crear, en la Iglesia, en tomo nuestro.

3. Estudiar la sociedad contemporánea, para apoyar lo bueno que ya tiene y ver lo que aún le falta, reconociendo nuestra parte de responsabilidad en ambos casos y comprometiéndonos a trabajar por el cambio de la sociedad. Esto significa implicarse en temas como la paz, el trato justo de nuestros ciudadanos, la recuperación del ambiente, el papel esencial de lo espiritual en la vida humana plena, la igualdad de todos, la protección de la vida y la dignidad humanas, las comunidades laicas de fe, el uso sano y sensato de los recursos, la promoción de la hermandad entre las naciones, la colaboración internacional...

El motor de todo esto es la fe y el amor que surgen de la creencia viva en Jesucristo, el Redentor.

Todas nuestras obras deben tener como objetivo llevar un mensaje de fe viva, de comunidad, de justicia, de solidaridad entre los pueblos y toda la creación.

Los principios marianistas de Vision and Journey pueden ser reafirmados con las conclusiones establecidas en este Capítulo General de 1991 y con las directrices apropiadas que indique cada Oficio. Las decisiones del Capítulo General de 1991 también

afectarían a la pastoral vocacional y a los planes de formación. De esta manera, los marianistas colaboraremos con lo mejor de nuestro tiempo y de nuestra cultura, ofreceremos a ésta el carisma de la Compañía de María y contribuiremos a renovar la vida de la Iglesia en el nuevo milenio.

2. Vida marianista y cultura colombiana

P. CECILIO DE LORA SM

Presentar el panorama cultural de Colombia y la respuesta que los marianistas están intentando dar a sus desafíos ofrece dos dificultades serias: por una parte, la que proviene de la rapidez y complejidad de los cambios que se están operando en Colombia; por otra, la que se deriva del corto período de tiempo que los marianistas llevamos en estas tierras, apenas veinticinco años. Los marianistas españoles somos todavía mayoría en esta Región marianista.

De manera sintética trataremos -he consultado la respuesta con los jóvenes marianistas colombianos- de satisfacer la consulta que se me hace de cara al Capítulo General.

I. Panorama cultural de Colombia

Lo primero que golpea dolorosamente nuestra atención es el encontramos frente a una cultura de la violencia. La pérdida del valor de la vida es el denominador común que subyace a los crímenes, secuestros, torturas y guerra sucia que hacen de Colombia uno de los países más dramáticamente violentos del mundo actual. La espiral de violencia es inimaginable. Existe una situación de guerra no declarada pero efectiva, con frentes confusos y contradictorios, que va segando vidas humanas y minando la infraestructura moral del país.

Las causas de esta situación de violencia son múltiples y complicadas. He aquí algunas de ellas, que mutuamente se implican, siendo a la vez causas y efectos:

- la tradición violenta del país, enredado desde los comienzos de su independencia en guerras partidistas o regionales, marcadas, ya por connotaciones políticas, ya por rasgos de delincuencia común incontrolada;

- las injusticias que caracterizan muchas de nuestras estructuras económicas y políticas: tenencia de tierras, corrupción administrativa, caciquismo político, etc.;
- el narcotráfico, con sus secuelas económicas -deterioro de nuestra economía por la entrada de falsos dineros que ayudan al proceso de inflación- y morales. Debe anotarse, de paso, que el problema de la droga no viene generado sólo por la venta desde nuestro país, sino también por la compra desde otros países.

La violencia ha ido invadiendo sectores y niveles culturales de la sociedad, generando comportamientos agresivos, actitudes de desconfianza, sentimientos de odio que deterioran notablemente el tejido de las relaciones humanas en nuestra sociedad.

Especialmente grave es la situación de anomia que se ha generado: literalmente, no hay ley. Mejor dicho, no hay respeto a las leyes. Las metas que la sociedad propone, particularmente en términos de poder y tener, son inalcanzables por los caminos honestos y legítimos. En consecuencia, para poder alcanzarlas, se buscan otros caminos al margen de la legalidad: la violencia, el narcotráfico, la corrupción...

La anomia social conlleva una pérdida del sentido de lo que es bueno o malo en sí, en términos de la moralidad cristiana; en lenguaje más teológico, existe una pérdida del sentido de la gracia y del pecado. Desde este acercamiento religioso cabe señalar, también, la presencia de una fuerte religiosidad popular, con todas las características sociológicas del caso, pero que se debilita a merced de los embates de la violencia y de la anomia. Este debilitamiento -siempre en términos sociológicos- hace que sean crecientemente débiles las defensas de la sociedad para dar una respuesta moral constructiva a los males que nos aquejan.

Por otra parte, la aceleración tecnológica de los medios masivos de comunicación genera un cambio social y cultural rápido y dependiente que no corresponde a la escala tradicional de valores de nuestra sociedad. Se ahonda la falla cultural: comportamientos y motivaciones no guardan correspondencia; se deteriora el grupo familiar; se instala la mentira como forma de vida; surgen los primeros síntomas de la sociedad consumista, pero sin el soporte económico y productivo que los justifique; aparece la doble moral, etc. Otros tantos síntomas que complican la comprensión de la

presente situación.

Con todo, pensamos que no cabe hablar aquí de la postmodernidad que caracteriza a la mayoría de los países en el hemisferio norte. De ahí que, al hablar en el Capítulo General de situaciones culturales, deben marcarse las diferencias. Unas diferencias que agudizan el contraste Norte-Sur, y se hacen más visibles, hoy en día, al suavizarse las tensiones Este-Oeste y recortarse las distancias ideológicas.

Las ansias de liberación, teóricamente valiosas y significativas, no dejan de ser ambiguas: buscamos liberarnos de diversas formas de dependencia -económicas, políticas, culturales, tanto en el orden nacional como en el internacional- pero sin que esté claro el para qué de esa liberación. La teología de la liberación trata de dar coherencia al pueblo cristiano en sus legítimos anhelos de liberación, pero muchas veces el planteamiento queda ensordecido por muchos ruidos internos y externos.

Como para los que aman a Dios todo sirve al bien, también entre los anteriores planteamientos hay muchos elementos positivos. El pueblo va ganando conciencia crítica: desde el sufrimiento se percibe la injusticia estructural que lo provoca. Se vive un invierno fecundo, en el que las semillas crecen hacia adentro. Hay afán de recuperar lo autóctono, de vivir en autenticidad. Los sentimientos en torno a estos anhelos son, muchas veces, confusos y hasta encontrados, pero ahí están, como semillas de esperanza.

II. Influencia de esta cultura en la vida marianista colombiana

Los marianistas nos encontramos en Colombia ante el desafío de una cultura marcada por la yuxtaposición desarticulada de varios modelos: violencia o búsqueda de paz; cultura dependiente -adveniente la llama la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano- o búsqueda de lo autóctono; sumisión pasiva o liberación esperanzada... Hay que elegir. No es fácil y, sin embargo, es urgente. Esta urgencia y esta dificultad generan, en ocasiones, tensiones que, al final, son fecundas. Sin buscar el conflicto, no podemos vivir sin conflictos, y hay que asumirlos al modo de Jesús, cuyo conflicto con los poderosos de su tiempo le llevó hasta la cruz, fuente, a su vez, de resurrección. La conflictividad del ambiente en

que vivimos afecta, sin duda, a nuestra vida personal y comunitaria: es parte de la implantación y de la inculturación marianista en Colombia.

He aquí algunos puntos concretos en que se hace patente esta influencia:

1. La opción preferencial por los pobres ha sido, tal vez, lo más destacado en nuestra vida marianista en Colombia

No estaba en el horizonte de nuestros ideales cuando aterrizamos en estas tierras. Poco a poco hemos ido descubriendo su urgencia, sus exigencias, su significado. Hemos acompañado la realidad dolorosa del pueblo oprimido, y maltratado y nos hemos dejado guiar por la enseñanza de nuestros Pastores. En la conflictividad que nos envuelve, hemos ido descubriendo, poco a poco, "los rostros sufrientes de Cristo" de que nos habla Puebla. Hemos ido despojando esta opción -o intentamos hacerlo- de todo ropaje romántico o mesiánico. Hemos pasado -o estamos pasando- por la indignación ética que genera la cercanía a la pobreza injusta. Tratamos de que sea al modo de Jesús. No es fácil, y ello mismo es fuente de conflicto entre nosotros.

El conflicto, para ser precisos, no proviene de la opción por los pobres, que es sincera, afectiva y efectiva. Proviene de la lectura que se hace de la pobreza y sus causas, según se ponga el acento en una lectura más estructural -que hace referencia a las causas de la injusticia institucionalizada- o en las dimensiones más individuales de los pobres. Estas dos lecturas tienen connotaciones ideológicas ineludibles.

Hay que decir, también, que este acercamiento real a los pobres nos ha ayudado a descubrir la centralidad del tema en la Biblia y en la pasión de Jesús. La opción por los pobres no es para nosotros una moda sociológica, sino una constante teológica que genera una comprensión mística más allá de un comportamiento ascético ineludible. También hemos recuperado la importancia capital del tema en nuestra tradición marianista: el P. Chaminade fue claro y radical al respecto, pero el transcurso de los años pareció ensombrecer su visión profética, que no es ahora momento de recordar y documentar.

2. En un sentido menos positivo, hay que hablar de una influencia negativa en término de cansancio

Lo duro y constante de la lucha trae consigo rutina en la opción por los pobres y búsqueda de compensaciones, en términos de asumir apariencias y comportamientos fáciles. No siempre. No todos. Pero puede ser una consecuencia negativa de la opción positiva que hemos hecho.

3. Los marianistas vivimos en Colombia las consecuencias y las exigencias de un proceso de inculturación

Vinimos de España -Provincia de Zaragoza- y tratamos de vivir con colombianos al modo colombiano. No es fácil. Pero en el intento nos enriquecemos con nuevos horizontes culturales, al tiempo que tratamos de vivir un diálogo intercultural fecundo con los colombianos que nos rodean y que se acercan ya, numéricamente, a la mitad de nuestra Región marianista. Ésta comprende en la actualidad treinta profesos y cinco novicios. Se busca autenticidad en los desafíos de la implantación marianista: no disfrazarnos, los españoles, de colombianos; no dejar de asumir las exigencias, a veces dolorosas, de una auténtica inculturación.

III. Actitudes ideales de los marianistas en esta situación

Al llamarlas ideales, se alude ya a actitudes cultivadas como semilla: ya son realidad, pero todavía no han llegado a su pleno desarrollo. Por otra parte, no se repite lo que se enunció en el apartado anterior y que forma parte de nuestro modo de ser marianista en Colombia, con sus puntos claros y oscuros.

1. Deberíamos descubrir con mayor interés y sinceridad los valores autóctonos

Recuperar lo propio. Sin caer en arqueologismos inútiles o eclecticismos inauténticos, deberíamos tratar de dar sentido a la vida desde la originalidad colombiana. Es un desafío apasionante y enriquecedor, pero difícil.

2. Deberíamos prestar una mayor atención crítica a los cambios que atraviesa nuestra sociedad

Nos instalamos fácilmente en la visión ingenua y/o fatalista de la situación. Se trata de identificar causas y buscar soluciones desde las raíces. La complejidad, radicalidad, totalidad y velocidad de los cambios sociales hacen supremamente difícil la tarea. Sin embargo, este esfuerzo daría realismo a nuestro trabajo pastoral y cercanía a las lecturas que los marianistas hacemos de nuestra realidad colombiana. Vale la pena insistir en que cercanía no significa identidad, algo tan imposible como estéril.

3. Deberíamos insistir en la pedagogía de los valores, ensayada por algunas de nuestras obras educativas

Rehacer el tejido axiológico y moral de nuestra sociedad es tarea primordial. No repitiendo, sino recreando desde los planteamientos de una auténtica educación liberadora: la que nos libera de situaciones injustas de dependencia (instancia crítica y política), liberando la capacidad creadora (instancia pedagógica), libertándonos con los demás (instancia comunitaria), para llegar a la plenitud de la libertad para la que Cristo nos liberó, como nos recuerda Pablo en su carta a los gálatas, 5.1 (instancia teológica). La libertad y el proceso de liberación son centrales en esta tarea.

4. Deberíamos, complementariamente, acercar los valores tradicionales al progreso tecnológico

Frente al modus vivendi que arrastra consigo la nueva tecnología, no caben, espiritual y pastoralmente hablando, posturas ingenuas o pesimistas. Todo lo creado es para nosotros, nosotros para Cristo, Cristo para Dios. Este programa paulino tiene que estar en el trasfondo de nuestra misión.

El desarrollo tecnológico se ha producido, en los países ricos, con originalidad; para nosotros es algo adveniente, dependiente: nos llega desde fuera, impuesto. En los países productores de esa tecnología es algo querido; entre nosotros es algo aceptado. En los países ricos, la tecnología ha ido generando cambios sociales y culturales que han permitido su incorporación sin mayores traumas o sólo con un traumatismo aceptable; entre nosotros, la introducción se ha hecho de una manera acelerada, sin los espacios y tiempos necesarios para una incorporación saludable. De ahí la necesidad de desarrollar nuevos mecanismos educativos y espirituales, capaces de tomar posturas esperanzadas, imaginativas y creadoras frente al tema.

5. Deberíamos insistir de una manera cansona sobre el valor de la solidaridad

Debe ser algo permanente, pues pertenece al corazón del evangelio --"lo que hicieron al más pequeño de mis hermanos, a mí mismo lo han hecho"-, pero en Colombia cobra aires de urgencia inaplazable por la coyuntura que vivimos. Solidaridad entre los marianistas y con el pueblo que nos rodea; solidaridad entre las gentes con las que trabajamos; solidaridad, ojalá, en la Compañía de María, entre países ricos y países pobres. La liberación es tarea común: del Norte y del Sur, del centro y de la periferia; porque ¿cómo podrá hablarse de libertad auténtica mientras haya auténticos esclavos?

El desafío que deberíamos afrontar los marianistas colombianos, junto a todos los marianistas del mundo, no es sólo de repercusiones sociológicas o pedagógicas, sino también espirituales y teológicas.

IV. Esperanzas de cara al Capítulo General de 1991

1. Pensamos que la Compañía de María debe tomar una actitud creativa ante los valores del mundo moderno, ante su cultura en general. Una postura básica de esperanza nos parece esencial. Así como la fe fue esencial para el P. Chaminade y su tiempo, en estos momentos la esperanza es decisiva: parecería como si las gentes ricas vivieran desesperanzadas -sin un sentido trascendente para sus vidas-, mientras los pueblos pobres viven desesperados por sobrevivir. No se trata de suplantar el papel central de la fe en la vida marianista, sino de resaltar la trascendencia de la esperanza en los momentos actuales.

Los marianistas debemos tener un nuevo élan esperanzado para poder transmitir esperanza al mundo en que vivimos. Necesitamos un "entusiasmo" (plenitud de Dios) renovado. María creyó porque esperó la venida del Mesías. El Capítulo y la nueva Administración General deberían ayudarnos a revivir nuestra ilusión de una nueva evangelización en el mundo actual, frente a los valores presentes.

2. Pensamos que la Compañía de María, y su nuevo equipo general, deberían articular la unidad en lo fundamental de nuestro carisma con la diversidad cultural en que los marianistas nos

movemos hoy en día. La Compañía de María está adentrándose gozosamente en el llamado Tercer! Mundo. Hay un desplazamiento cuantitativo de los marianistas rianistas del Norte hacia el Sur. Lo mismo que en la totalidad de la Iglesia. Sin tocar aspectos cualitativos de este corrimiento, el hecho numérico debe repercutir, de manera creativa y significativa, en el próximo futuro de la Compañía.

Hay que repensar creativamente el hecho: cómo una congregación nacida en Europa y extendida, fundamentalmente, por el hemisferio Norte, estará ubicada próximamente, de manera mayoritaria, en el hemisferio Sur: India, África, América Latina... No se trata de repartir cuotas de poder, sino de aceptar con júbilo nuevas realidades y posibilidades, así como de establecer canales de diálogo enriquecedor. Se trata también de descubrir en estos signos de los tiempos -la "tercera Iglesia" está a las puertas- el llamado del Señor a una conversión ineludible marcada por lo que a continuación diremos.

3. Pensamos que la Compañía de María debe implicarse de verdad en una opción seria y comprometida por la justicia, a partir de una opción sincera y evangélica por los pobres de este mundo. La fe sin obras está muerta. Nuestro espíritu de fe sin un compromiso afectivo y efectivo por la causa del Reino, que nace de entre los pobres, como Jesús nos reveló, no tiene sentido. También hoy el clamor del pueblo hambriento y oprimido llega hasta el Señor, como en tiempos de Moisés, y debe llegar hasta nuestras vidas para darles sentido. Este clamor, una vez más, está inscrito en la historia de hoy, en la tradición marianista de ayer y en el corazón del Evangelio por siempre. Debemos poner nuestro amor y nuestro esfuerzo en los pobres, no porque ellos sean mejores, sino porque nuestro Padre, el Padre de Jesús y Dios de la vida, los ama preferencialmente y no quiere que se les quite la vida.

4. Pensamos que si la Compañía de María no asume estos retos y no responde a ellos con el ardor chaminadiano de las "nova bella", seguiremos sobreviviendo, tratando de no morir, pero será muy difícil que ayudemos a la gente que nos rodea, y a nosotros mismos, a tener vida y vida en abundancia.

3. Vida marianista y cultura europea

PEDRO GONZÁLEZ BLASCO SM

La primera cuestión planteada por la Comisión Preparatoria del Capítulo General es "Tendencias más significativas de la cultura en que vivo"⁴². Considero el término cultura en un sentido amplio y me reformulo esa pregunta así: "¿Cómo están las sociedades europeo-occidentales y hacia dónde tienden?". España es parte de ese conjunto.

El contexto europeo-occidental, aun reconociendo las diferencias existentes entre los países que lo componen, está formado, básicamente, por naciones industrializadas y económicamente ricas, y está considerado como un "mundo desarrollado", a bastante distancia en lo económico del llamado "mundo en desarrollo"; especialmente a bastante distancia de algunos países de este último mundo. Por ello, muchos de los hechos y tendencias que trato diferirán muy significativamente de los que se dan en las naciones "menos desarrolladas económicamente"⁴³ Pero debo tratar el "contexto en que vivo", España-Europa occidental, y a él he de referirme. Una de las riquezas que pueden derivarse del Capítulo General es, precisamente, contrastar esas diferencias, muchas veces dolorosas y siempre preocupantes para los que creemos que todas las personas son igualmente hijos e hijas de Dios. Mis reflexiones se fundamentan en diversos estudios realizados con los que podemos contar⁴⁴.

⁴² Considerando las exigencias de espacio requeridas en esta publicación, lo que expongo aquí es un resumen de la primera parte del trabajo presentado a la Comisión Preparatoria del Capítulo General (Dayton 1991), omitiendo la segunda, tercera y cuarta partes, que trataban de la "Influencia de la cultura actual en la vida y en la misión del religioso marianista" (2.^a parte), "Cuál debería ser la actitud del religioso marianista frente a esas tendencias y características" (3.^a parte) y "Expectativas sobre el Capítulo General en relación con la cultura y la vida y misión marianistas" (4.^a parte).

⁴³ Herrera, A. O., *Catastrophe or Next Society? A Latin American world model*. Centro Internacional de Desarrollo de Investigaciones, Ottawa, Canadá, 1976.

UNESCO, *Handbook of the Latin American world model*, 1977.

⁴⁴ Kahn, H., Wiener, A., Rostow, E., y otros, *Hacia el año 2000*. Kairós, Barcelona, 1967.

Meadows, Donella, H., y Denis, L., *The limits to growth*. Potomac Associates, Washington, 1972.

Meadows, D., y otros, *Dynamics of growth in a finite world*. Wright Allen, Cambridge, Massachusetts, 1974.

Mesarovich, M. D., y Pestel, E., *La humanidad ante la encrucijada*. Ministerio de Planificación y

I Predominio de la razón-científica y búsqueda de sensaciones

Vivimos en un mundo en el que: a) hay un predominio de la razón científicotécnica; b) como reacción, se nota una creciente tendencia a valorar lo sensual, lo a-racional.

1. Predominio de la razón científico-técnica

Estamos en un mundo en el que, prácticamente, sólo lo comprobable experimentalmente tiene valor real. Lo no demostrable es accesorio.

- Lo real es lo "científico", que se constituye en criterio de verdad y en principio básico de la nueva ética que ha redefinido lo que es bueno o malo. Lo comprobable científicamente es lo útil, verdadero y bueno para el hombre de hoy⁴⁵. Este positivismo, aunque criticado, sigue vigente y se renueva con matices impregnando todo el vivir humano.

- Se instala un relativismo casi total, donde no hay valores absolutos de ningún tipo.

- Así, personas y cosas se valoran desde la utilidad que

Desarrollo, Madrid, 1975.

Leontief, V., *Structure of the world economy: outline of a simple input-output formulation*. American Economic Review, 1977, Decembre.

Petri, P., *An introduction to the structure and application of the United Nation world*. Model: Applied mathematical modeling, 1977.

Linnemann, H., *Moir: a model of international relations in agriculture*. North Holland Publishing Co., Amsterdam, 1982.

Barney, G. D., *El mundo en el año 2000. En los albores del siglo XXI. Informe técnico*. Tecnos, Madrid, 1982, págs. 825-835. (Report to the president.)

CENSIS (Centro Studi Investimenti Sociali), *I valori guida degli italiani*, Ed. CENSIS e Presidenza del Consiglio dei Ministri, Roma, 1989.

Agnelli, F., XXIII Rapporto/1989 sulla situazione sociale del paese. Ed. CENSIS, Roma, 1989.

"Euro-barometre", Commission des Communautés Europeennes. Diversos números.

González Blasco, P., *Sociedades: pasado, presente y futuro*. Pressas Universitarias de Zaragoza (PUZ), Zaragoza, 1988.

Stoetzel, J.: *¿Qué pensamos los europeos?* Mapfre, Madrid.

Social Surveys (Gallup), Ltd. Londres. Diversos documentos.

Centro Internacional de Estudios Europeos (Fundación Encuentro), Servicio de Documentos, (Italia hoy). Madrid, 1990.

⁴⁵ Artadi, J. M.^a *Humanismos de hoy*, en Diálogo Provincia Madrid SM, núm. 60.

rinden; y si no son útiles, cabe el que se prescindiera de ellas. Dios y la oración, al no ser tangibles, son un lujo inútil. Ya no hay que creer, hay que saber. El horizonte lo limita lo humano.

- La técnica nos acerca la ciencia, haciendo más fácil y placentero el vivir cotidiano.

- Se crea un mundo donde se excluye todo tipo de misterios, sagrados y aun humanos; ejemplo, el "sexo frío".

- El resultado es un mundo con grandes logros y con expectativas inusitadas, pero un tanto anónimo, desidentificado, poderoso y temeroso; universal, pero insolidario⁴⁶. Un mundo más bello y confortable para algunos, pero cada vez más feo e inhóspito para otros. Un mundo ambiguo y, en sus líneas básicas, construido fuera de los antiguos ámbitos religiosos, al margen de Dios. Un mundo que no considera lo sagrado para configurar su cultura y comportamiento:

- Politicismo de valores: adorar, prácticamente, muchos pequeños valores, sin dar a nada carácter de absoluto.

- Rechazo de las visiones globales: no a los meta-relatos. Según esto, no hay que buscar explicaciones globales: sólo valen explicaciones parciales, fragmentos, pensamientos "blandos y digeribles"⁴⁷.

- Los acontecimientos se leen planamente, sin traspasar el aquí e ir a trascendencias de cualquier tipo.

2. Tendencia a valorar lo sensual, a lo racional

Paralelamente al proceso anterior de asentamiento y

⁴⁶ Bell, D., Advenimiento de la sociedad postindustrial. Alianza, Madrid, 1976, págs. 42-52. Cf. Las contradicciones culturales del capitalismo. Alianza, Madrid, 1982.

Bell, D., Mundo en el año 2013, en Daedalus. JAAAS. Vol. 116, n.º 3, Cambridge, Mass, 1987.

Galbraith, K., La era de la incertidumbre. Plaza & Janés, Barcelona, 1984.

Galbraith, K., La sociedad opulenta. Planeta-Agostini, Barcelona, 1985.

Galbraith, K., El nuevo estado industrial. Hyspamerica Ediciones, Barcelona, 1985.

Schumacher, E. F., Lo pequeño es hermoso. Orbis, 1983.

⁴⁷ Lyotard, J. F., *La condition postmoderne*. Edit. de Minuit, París, 1979.

Castiñeiras, A., *L' experiència de Deu en la postmodernitat*. Editorial Cruïlla, Fundació Joan Maragall, Barcelona, 1991.

hegemonía de la razón científico-técnica, se inició otro proceso de duda en el valor de esa razón tal-como-se-usa. Este segundo movimiento ideativo y social va, poco a poco, adquiriendo fuerza y debilitando el dios de la razón científica. Se aprecia como una reacción un tanto a-razional que compense la excesiva y hegemónica racionalización de nuestro mundo. Es un contrapeso a lo racional, al orden, al pensar⁴⁸. Así, la persona actual de nuestro contexto cultural:

- Busca el placer, sobre todo, emocional, sensible, polisensual.
- Procura, en su vida privada y en sus ocios, unos goces sensitivos.
- Quiere "sentir" sensaciones corporales de placer.
- Tiende al disfrute inmediato, un tanto alocado, no-pensado.
- Le gusta la aventura física: lo no-pensado, no-planificado.
- Tiende al placer rápido, sin contraer compromisos.
- Busca evasiones sensitivas, riesgos excitantes.
- Se siente atraído por las novedades, lo no conocido, las situaciones nuevas.
- Quiere experimentar todo lo más que pueda, aprovechando cualquier cosa que sea fuente de emociones; por ejemplo, nuevos deportes que entrañan riesgo físico: puenting, etc.

II Expansión del Estado y de la sociedad civil junto a la crisis del Estado del bienestar

1. Expansión del Estado y de la sociedad civil

- La capacidad de intervención de los Estados modernos se amplía. Sus aparatos, agentes, estructuras, medios de comunicación, control sobre los ciudadanos, se perfeccionan y profesionalizan.

⁴⁸ Ver: Finkilkrant, A., *sobre La derrota del pensamiento*. Anagrama, Madrid, 1988.

- Los "espacios públicos" se amplían continuamente al calificar de servicios públicos determinadas áreas (televisión, radio, enseñanza...) y, así, someterlas a su patronazgo y control.

- Por otra parte, las sociedades civiles van organizándose cada vez más. En el caso español, el proceso de articulación y fortalecimiento del entramado de instituciones sociales-civiles es aún lento, y está costando, pero poco a poco se realiza. Empresas, patronales, sindicatos, universidades, medios de comunicación privados, fundaciones, grupos intermedios - periodistas, médicos, artistas y otros-, estructuras civiles entre el individuo y el Estado, se van fraguando, pese a que una política tendente a la igualdad se enfrentó a esos grupos en los últimos tiempos.

- La Iglesia -jerarquía y fieles- se va a encontrar cada vez más presionada entre los brazos de esa tenaza (Estado-sociedad civil), cada vez más fuertes ambos, lo' que la pondrá en riesgo de marginación⁴⁹. Muchas de las obras asistenciales, educativas, etc., de la Iglesia irán siendo sustituidas por profesionales jerarquizados en instituciones oficiales o civiles. Los servicios sociales que deberá prestar la Iglesia cambiarán de signo, hacia los más marginados, hacia los nuevos necesitados de esta nueva sociedad. Es, en parte, lo que en la Iglesia de Holanda se conoce como la pillarication.

2. Crisis del Estado del bienestar

Concurrente con lo anterior, se va detectando cada vez más claramente que los Estados se ven desbordados por las crecientes demandas que les hacen sus ciudadanos de servicios sociales: sanidad, pensiones, educación, transportes públicos, etc. Estas crecientes demandas no se refieren sólo a la cantidad de servicios públicos, sino también, y cada vez más, a la calidad de los mismos. La presión fiscal de los gobiernos, aunque ha aumentado, no llega a cubrir los crecientes gastos, por lo que en varios países se ha

⁴⁹ García, J. A., Impacto de la cultura actual a la vida religiosa como sacramento y profecía del Reino de Dios. Confer. núm. 104, Madrid, 1988.

Varios, Análisis en perspectiva de futuro. Asamblea Marianista de El Escorial, 27-30 de julio de 1988, Ediciones SM, Madrid, 1988.

optado por privatizar ciertos servicios públicos y empresas estatales, devolviendo protagonismo a la sociedad civil. En otros países, entre ellos España, el Estado aún pretende monopolizar muchos de esos servicios, lo que le está llevando a verdaderas crisis económicas, con inflación aún alta y, sobre todo, con un elevado paro de su población activa.

III Consolidación del sistema económico en un neocapitalismo, seguido, de hecho, por cualquier opción política

En España, al igual que en los países de nuestro entorno, seguirá vigente la economía de mercado, asumida también por la izquierda. Es un campo fuerte, poco permeable a una evangelización, con su dinámica propia basada en la productividad, utilidad, consumo de masas y capitales, uso potente de medios de comunicación y de propaganda para garantizar mercados más amplios. Ofertará más y mejores bienes de consumo y dará, a más gente cada vez, sensación de bienestar⁵⁰. Alternará, según situaciones, la preponderancia de los dos polos de la economía mixta: lo público entreverado con lo privado, pero con la filosofía unitaria apuntada. Sus consecuencias serán:

- Mayor seguridad y bienestar en los países ricos, como el nuestro, cada vez a más distancia de los países pobres; lo que algunos denominan "neodarwinismo social".
- Valoración del dinero como otorgador de poder, estatus y posibilidades de disfrute, junto a su carácter de motor social.
- Consumismo selectivo, -somatizado, pero poco humanizante.
- Predominio del ocio y del hedonismo, satisfacciones inmediatas y máximas.
- Falta de solidaridad social.
- Configuración de un mundo para triunfadores, hosco y difícil para los perdedores.
- Facilitación del trabajo más pesado físicamente. Trabajo que irá cambiando su sentido y funciones.

⁵⁰ Tinbergen, J., *Hacia una economía mundial*. Oikos-Tau, Madrid, 1965.

- Un mundo en donde se detectan claramente más y mayores bolsas de marginación: económica, social y cultural. Es el llamado Cuarto Mundo.

- Sociedades que van estratificándose en las llamadas sociedades de los tres tercios: un primer tercio de ricos, que gozan y dominan; un segundo tercio de gente en zona intermedia: tienen trabajo, disfrutan algo algún tiempo -furor por las vacaciones- y gozan de un relativo poder; finalmente, un tercer tercio de gente con pocos recursos económicos: jóvenes parados, viejos jubilados con bajas pensiones, asalariados no fijos, marginados...

- Mayores desigualdades entre las regiones ricas y las pobres, aun en un mismo país -es el caso de España- y entre países de la misma área cultural.

- La profunda crisis económico-política -con la práctica liquidación del sistema colectivista de producción en la URSS y su antigua zona de influencia, los países satélites ya emancipados (la Europa del Este)- parece haber dado el triunfo al neo-capitalismo de nuevo corte neoliberal, lo que ha hecho que algunos -Fukuyama- hablen ya de un "fin de la historia", al haberse llegado, en "este mundo avanzado", a una generalización de lo democrático-liberal como ideología pragmática. De hecho, la caída del muro de Berlín ha planteado más neta y aceleradamente en nuestro contexto el reto de construir la Nueva Europa.

IV. El reto de la construcción de una Europa unida

Esta tendencia parte de dos hechos:

- La existencia de la Europa Comunitaria, creada por el Tratado de Roma (Mercado Común Europeo).

- La desaparición del muro de Berlín, con la emancipación de los países del Este europeo y la reunificación de las dos Alemanias.

Estos hechos han supuesto:

- Libertad y democracia para millones de personas que vivían bajo regímenes de partido único y con libertades muy restringidas.

- Mayor apertura de los derechos humanos a millones de ciudadanos.
- Liquidación práctica de la guerra fría y de las dos Europas.
- Necesidad de rehacer las economías casi deshechas de los países de la Europa del Este, lo que exigirá recursos económicos muy importantes.
- Integración en democracia de los ciudadanos de esos países.
- Necesidad de encontrar unas bases ideativas y morales para poder construir sobre pilares estables la Nueva Europa Unida. El Cristianismo puede ser un pilar clave de esa construcción, frente al poder-dinero-prestigio-éxito-sexo (PD PES), que de hecho opera hoy como clave pragmatista.
- Convergencia cultural, religiosa y social de las dos antiguas Europas, separadas durante tantos años, considerando que la Europa Occidental está siendo cada vez más secularizada.

V. Ampliación del proceso secularizador

En esta característica incluimos una serie compleja y amplia de dimensiones socio-políticas que afectan al conjunto de toda la sociedad. Lo religioso ha dejado de ser eje de la actividad humana. Tampoco se verá como legitimador de posturas políticas, culturales o sociales.

En España, en concreto, se ha pasado de un Estado confesional, católico, a un Estado constitucionalmente aconfesional. La Iglesia Católica ha pasado, así, de una situación de preponderancia y "monopolio" a otra secundaria y de pluralismo. Ello ha tenido repercusiones múltiples en varios campos, especialmente en el económico y en el educativo, así como en el tratamiento que recibe en los medios de comunicación oficiales, pero, a la vez, se ha ganado en libertad y en otros aspectos.

Cada área de actuación -lo político, lo económico, etc.- se centrará en sí misma, en una curiosa autarquía, reclamando en su propio espacio reglas diferenciadas y principios de actuación únicos. Así, por ejemplo, se tenderá a considerar lo económico como

autónomo, regido por su principio de utilidad. También se tenderá a considerar lo político como diferente de lo demás, regido por el principio de poder-dominación.

En esta dinámica se procurará reducir lo religioso, la Iglesia, a su ámbito específico, lo sagrado, marcado por el principio de la gratuidad y de lo trascendente, con poco relieve social y escasa valoración. La voz y presencia de las organizaciones y personas católicas, y en general religiosas, se tenderá a silenciar, como no relevante o significativa en este mundo más secularizado. Se detecta, sin embargo, que este tipo de secularización empieza a mostrar signos de agotamiento y que se halla restringida, sobre todo, al llamado mundo occidental.

Se ha producido la muerte de las utopías y el resurgimiento de un neonihilismo. A la proclamada "muerte de Dios" no ha sucedido el "éxito de la persona", sino la "era del vacío".

VI. Envejecimiento paulatino de la población

Demográficamente, casi se ha paralizado el crecimiento, en términos absolutos, de la población. Esta tendencia comprende:

- La baja continuada del número de nacimientos.
- La ampliación de la esperanza de vida, ahora entre 73 y 77 años, según lugares y sexo.
- No reemplazamiento de la población (crecimiento cero o bajo cero). Si para que sólo se dé el reemplazo de la población la tasa es de 2,1 hijos por matrimonio, hoy se está entre 1,5 y 1,8 hijos por matrimonio aproximadamente, dependiendo de varios factores.
 - Existencia, de hecho, de un control de los nacimientos.
 - Mayor peso relativo de las personas ancianas en el total de la población.
 - Pérdida de peso relativo de los países de este contexto geográfico socio-económico y cultural respecto a las poblaciones del llamado Tercer Mundo, con un desarrollo demográfico alto.
- Feminización de la población, debido a la mayor tasa de mortalidad de los hombres en relación con las mujeres.

- Problemas crecientes de la ocupación del ocio, del empleo del tiempo libre de los jubilados.

- Incremento de demandas económicas públicas para poder atender a la creciente población de no activos, que debe sostenerse con una población decreciente de personas activas.

- Serios problemas o "quiebras técnicas" en las economías de algunos servicios públicos desbordados en sus previsiones; especialmente, el sistema sanitario y el de pensiones.

- Consolidación del grupo de población llamado tercera edad como un grupo con bastantes años de vida por delante y con demandas específicas de diverso tipo; grupo, en general, conservador ideativa, social, política y religiosamente.

- La población ve que sus límites de vida se alargan -más personas viven más años- y, a la par, quiere olvidar el límite de la muerte, alargando las formas jóvenes de vivir.

- Cambios en la mentalidad para afrontar el hecho de la muerte, a la que se trata de hacer neutra, aséptica, un hecho sin mayor importancia.

- Ante el envejecimiento de la población propia, en varias naciones se incorporaron trabajadores de otros países, lo que ha producido algunos efectos no deseados, como brotes de racismo nacionalista aprovechados políticamente.

- Los niños/as pequeños son ya un bien escaso en nuestras sociedades, por lo que hay una "competencia" por apropiárselos, cuando llegan a jóvenes, entre diferentes instancias -familia, empresa, política, Iglesia (vocaciones)-, junto a la existencia de persistentes distanciamientos entre el mundo de los jóvenes y el de los "mayores"⁵¹; es el llamado bache generacional.

⁵¹ González Blasco, P., Andrés Orizo, F., Toharia, J. J., y Elzo, J., *jóvenes españoles 1989*. Ediciones de la Fundación Santa María, Madrid, 1989.

VII. Ruptura de la unidad de la persona actual al tener que vivir en cuatro mundos diferentes que se rigen por principios antagónicos

Sin entrar en la polémica modernidad-posmodernidad, el hecho es que nuestras sociedades actuales son el resultado de la confluencia, entre otros, de cuatro ámbitos básicos: el ámbito del dinero, el del poder, el de las ideas y el de las relaciones. En cada uno de ellos se ha establecido un cierto orden de funcionamiento, que gira y se justifica en torno a un principio orientador.

- En el ámbito del dinero impera un orden económico, que fundamentalmente se rige por el principio de eficacia para obtener beneficios. El orden económico se articula en unas estructuras, básicamente jerárquico-burocráticas, y dispone de sus propias leyes para operar en su entorno.

- En el ámbito del poder se establece un orden político en cualquier sociedad. El orden político está regido por el principio de legitimidad, es decir, de ser jurídico-socialmente aceptado, y tiende a buscar hoy día, cada vez más, la igualdad posible entre los miembros de la sociedad. Se articula en estructuras de participación (parlamentos, cortes, cámaras...). Su mayor problema interno es el ver cada vez más dominadas sus decisiones políticas por las razones técnicas. Es lo que los pensadores de la Escuela de Frankfurt llaman la tecnificación de la política.

- En el ámbito de las ideas también existe un cierto orden cultural, establecido en torno a algunas culturas dominantes o hegemónicas. El principio básico que rige el quehacer de los llamados intelectuales o elaboradores/manipuladores de las ideas es el principio de autorrealización y de la gratificación personal.

- En el ámbito de las relaciones, o de la vida cotidiana, las personas se rigen por el principio de comunicación.

Al interrelacionarse estos cuatro ámbitos -dinero, poder, ideas relaciones- los cuatro principios en que se sustentan -eficacia, legitimidad, autorrealización personal, búsqueda de comunicación humana- se entrecruzan, chocan y plantean confusión a los hombres concretos que se debaten en esos cuatro mundos. El problema es que no pueden lograrse sin tensiones, y a la vez, la eficacia de unos resultados económicos y la mayor igualdad para

todos, y la satisfacción de cada individuo, su autorrealización personal y una relación comunicativa, cálida y personal.

VIII. El problema de salvaguardar la vida humana de una manipulación biotecnológica creciente

- La persona humana se encuentra hoy, por primera vez en la historia, y debido a los avances de las ciencias biológicas, con que ya es posible actuar sobre la propia composición genética de la vida humana.

- Esto abre posibilidades casi insospechadas, que pueden resultar muy positivas para la humanidad pero que también pueden significar una manipulación negativa de los humanos.

- Los problemas relacionados con la vida y su tratamiento biológico-médico son uno de los grandes retos que nos aguardan. Sólo apuntados hoy, su trascendencia no escapa a nadie medianamente sensible.

- Hoy se habla de la eutanasia, se da ya por sentado en nuestras sociedades el divorcio, y en buena parte el aborto, pero creo que todo ello no está desconectado: hay una línea que concatena varios hechos sociales emergentes de crucial importancia.

- Hoy se anda en los albores de la ingeniería genética, que asusta a unos y recibe efusivas adhesiones de otros, que sólo ven progreso en sus logros, pero que a todos nos debe interrogar, pues es asunto que afecta a creyentes y no creyentes: se inserta en el propio ser de la familia humana.

- Encontrar, desde las perspectivas que sea, religiosas o agnósticas, unas líneas éticas que salvaguarden la propia identidad de los humanos como tales, su libertad, su derecho a nacer y a morir dignamente, es algo que, sin resolver, no permitirá a nuestras sociedades evolucionar. Hay, pues, necesidad de lograr una moral reguladora de la biotécnica y de la que ya se denomina ingeniería genética.

IX. Tendencias relacionadas con los comportamientos y actitudes de las personas de nuestro contexto cultural

1. Mayor apertura a las relaciones sociales "débiles"

Esta tendencia comporta:

- La búsqueda de relaciones más espontáneas y directas.
- La creciente valoración de "grupos confortables" en los que se puedan compartir experiencias o cambiar impresiones.
- La necesidad de evitar un aislamiento social, de no sentirse marginado de los demás.
- Cierta rechazo de convencionalismos sociales: formas de saludo, respeto a superiores, etc.
- Menor diferenciación de los papeles sociales de hombres y mujeres.
- Tendencia a que se acepten legal y socialmente algunos tipos de relaciones humanas hasta ahora considerados inaceptables: relaciones homosexuales, lesbianismo, etc.
- Que no se acepten las normas "por ser normas". Hay que convencer, no sólo mandar.
- Que se gaste dinero y tiempo en relacionarse con los demás, lo que implica menor tendencia al ahorro y menor valoración de la austeridad y el sacrificio.
- Se buscan relaciones sociales gratificantes, pero que no exijan compromisos serios.
- Las personas son conscientes de su propia diversidad y de la necesidad que tienen de "relaciones públicas". Por eso buscan conexiones sociales, pero sin que éstas supongan:
 - Cargas u obligaciones.
 - Sacrificios económicos o psicológicos: no involucrarse en problemas de otros.
 - Cualquier cosa que empañe el puro disfrute del momento de "estar" con otros.
- Esta tendencia es una forma de "depender de los demás sin depender seriamente de nada ni de nadie". Por eso se buscan muchas conexiones sociales, con mucha gente, pero

sin comprometerse con nadie. Las "múltiples relaciones débiles" es la manera de estar con todos sin sacrificarse por nadie.

- Se va perdiendo capacidad de identificación con las grandes colectividades más abstractas, como la nación, el proletariado, los pobres.

- Se buscan arraigos e identidad en las subculturas restringidas: "mi grupo de amigos", "mi ciudad", "mi provincia", etcétera⁵².

- La gente busca relaciones cálidas, humanas y gratificantes en grupos pequeños -huecos afectivos familiares, culturales o étnicos- y se aleja de las grandes colectividades.

Esta tendencia crea:

- Un tejido social bastante superficial: muchos conocidos y pocos o ningún amigo de verdad.

- Una insolidaridad de fondo con los problemas ajenos.

- Una red de asociaciones "blandas" -no exigentes-, que se basan en lazos afectivos no profundos ni duraderos.

- La necesidad de contar con espacios de encuentros -reuniones, tertulias, etc-, pero no de reforzar las asociaciones de compromiso: partidos políticos, sindicatos, grupos religiosos.

2. Creciente valoración de la propia realización, conocimiento de sí mismo y necesidad de autoexpresión

Esta tendencia comporta:

- Un sentimiento de creciente responsabilidad con la propia persona.

- Mayor preocupación por uno mismo y menor preocupación por lo que los demás esperen de él.

- Búsqueda de medios para manifestar más libremente la propia personalidad.

⁵² Berry Brian, J. L., *Consecuencias humanas de la urbanización*. Pirámide, Madrid, 1975.

Peter Smith, M., *Cities in transition*. Urban affairs annual reviews, vol. 26, SAGE, 1984.

- Cada vez más, se nota un revertirse sobre el propio yo, abandonando las grandes causas sociales colectivas.

- Deseo creciente de autoindagarse, de conocerse mejor a sí mismo, para hacer lo que se desea y saber por qué se hace; pero también para, conociendo uno mejor los fallos propios, poderse defender mejor de los otros, ocultándoles esos fallos personales.

- Se demandan más espacios de libertad en el trabajo profesional, para hacer las cosas con un sello propio.

- El trabajo va dejando de ser un fin en sí mismo -el deber de trabajar descende como deber- y, o bien es sólo un instrumento, por ejemplo, para ganar dinero o prestigio, o bien se toma como un medio para autoexpresarse, para realizarse uno mismo. Cada vez se trabaja más por necesidad -se disfruta poco en el trabajo- y se buscan ocios gratificantes donde realizarse personalmente.

- Se busca individualizar con sentido personal lo común, rechazando lo general, lo que todo el mundo tiene que hacer.

- La persona actual trata de autorrealizarse desde su propia identidad, desde lo que cree que es y puede, desde lo que le gusta hacer. La profesión, el trabajo cotidiano, cada vez se considera menos como un buen medio para realizar las cualidades y deseos personales; por ello, en este contexto socio-cultural crece el número de los frustrados con el trabajo que hacen⁵³.

- Hay un consumo creciente de todo tipo de bienes porque:

- Se busca más y más el confort.
- El comportamiento de consumo de los demás estimula el gasto propio.
- El mercado presiona para que se consuma.
- No importa tanto, en el consumir, el estatus social, sino la satisfacción más inmediata, y realizar deseos personales de tener cosas que gustan.

⁵³ Ver Lipovetsky, G., La era del vacío, 3.ª edic. Anagrama, Madrid, 1988.

- Se confía poco en el futuro, y por ello se ahorra poco y se aprovecha el presente.

3. Carencia de marcos referenciales significativos y repliegue a contextos culturales y sociales restringidos

Esta tendencia conlleva:

- Muchas personas no tienen hoy marcos ideativos, o de creencias, profundos; carecen de una "filosofía integral de la existencia" o de una religión con cuyas creencias poder afrontar el cúmulo de incidencias de lo cotidiano y la gran cantidad de información que reciben. Carecen de una visión global del mundo y por ello no saben qué significan las cosas que suceden, no les encuentran sentido⁵⁴.

- Por ello no son capaces de articular en algo coherente las noticias que reciben continuamente, quedándose en lo puramente anecdótico o superficial, con un mosaico de hechos o noticias sin unir; son personas troceadas.

- Por ello, muchas personas están muy bien informadas pero son poco cultas.

- Por ello se dedican a vivir su día a día, sin más:

- Constatan su desfase personal al no entender lo que realmente está pasando en el mundo.

- Se sienten, cada vez más, puros espectadores de una sociedad, de un mundo que no comprenden.

- Se dedican a criticar lo que está pasando en su sociedad, en el mundo, pero sin hacer prácticamente nada.

- Los medios de comunicación, sobre todo la televisión, narcotizan con sus mensajes y noticias múltiples, bien elaborados, pero que no aportan un sentido, una visión del mundo, sino sólo puro entendimiento; son meros flashes informativos sin significado, difíciles de integrar en un todo. Ante esa carencia, muchas personas se buscan contextos ideativos o sociales reducidos en los que se refugian. Estos pequeños ámbitos culturales o sociales se circunscriben a lo

⁵⁴ Lores, J., y otros, *Desafiaments culturals deis anys 90*. Editorial Cruilla, Fundació Joan Maragall, Cristianisme i Cultura, Barcelona, 1991.

privado, a lo ya conocido, a los que piensan igual que ellos. Así se encierran en pequeños círculos, donde se encuentran a gusto y desde donde ven lo que pasa fuera, en el mundo, pero inoperantes hacia los que no son de los suyos.

- Así se están acentuando tendencias socio-culturales tales como:

- Conceder cada vez más importancia a lo individual: individualismo.

- Dar importancia a lo que pertenece a la esfera privada.

- Aumento de la sensibilidad hacia los ambientes de vida gratos: más confort, mejores pisos, equipamiento doméstico en alza, grupos de amistades entre iguales, etcétera.

- Separar cada vez más la conducta privada de la pública: en la primera se es más rígido moralmente porque importa más; en la segunda se es más permisivo porque importa poco lo que pasa fuera.

- Escepticismo hacia los demás: cada uno se busca su propia ubicación, sin considerar que, a través de lo colectivo, de una acción colectiva, se pueden lograr resultados reales.

- Se han perdido las utopías y los sueños colectivos: el "mayo francés" se ha desvanecido.

4. Aumento de la sensibilidad hacia el contexto natural, hacia el entorno vital

Esta tendencia comprende:

- Valoración en alza de la ecología, cuidado de la naturaleza y de los ecosistemas.

- Rechazo de un cierto tipo de desarrollo industrial a gran escala, depredador del medio ambiente.

- Búsqueda de una vida más humana para el ser humano en general, y más en armonía con otras bioesferas: plantas, animales.

- Mayor valoración de lo simple, lo natural, lo afectivo, lo "caliente", frente al "frío" industrialismo y su burocracia, sus normas, su cientifismo.

- Se quiere más lo pequeño, lo cercano.

- Cada vez se acepta menos un tipo de contextos relacionales donde imperen las apariencias.

- Se considera a la persona humana parte de un ecosistema completo y, por tanto, necesitada de relacionarse solidariamente con las necesidades de los otros moradores de la tierra.

5. Tendencia al hedonismo y la permisividad

En nuestro contexto sociocultural se manifiesta un alza del hedonismo y de la permisividad social. Así:

- El placer se busca en todo y, a veces, cueste lo que cueste.

- El mismo placer se está convirtiendo en un criterio valorativo de las cosas y personas: lo que me da, o no, placer me vale o no me vale.

- Se seleccionan cosas, y aun personas, y se las identifica, según lo sensible placentero corpóreo.

- Por eso la propaganda se dirige más a "excitar" que a "probar" racionalmente lo que ofrece.

- Se busca más mover el corazón, el gusto, el cuerpo del consumidor que razonarle la utilidad de muchos productos.

- Los gestos llegan a los demás más que las razones que se les digan.

- Lo audiovisual gana a la palabra y transmite, en general, pautas de comportamiento valorativas de lo lúdico, del hedonismo, e incluso de un cierto narcisismo.

- Atrae mucho lo emocional, lo existencial, lo vital, lo experimental, lo secularizado.

- Se vive cada vez más "al día" presente: presentismo, momentismo.

- Crece una tolerancia hacia cosas, hechos o personas, pero, en buena parte, ese espíritu de tolerancia nace de la indiferencia hacia los demás y es un mecanismo de autodefensa propia: "Haz lo que quieras para poder hacer yo lo que yo quiera".

- Por ello se admite cualquier cosa que hagan los demás; casi todo está socialmente tolerado y aun públicamente admitido. En algunos aspectos -sexualidad, manifestaciones antirreligiosas, etc., esta permisividad es, incluso, más amplia en países como España, muy estricto y riguroso, y hasta oficialmente controlado en alguno de esos aspectos todavía hace una década.

- Lo anterior, en el caso de la sociedad española, coexiste con la permanencia aún de una fuerte "agresividad grupal". Hay una intolerancia frente a los que piensan distinto, obran de forma diferente, no pertenecen a mi grupo, a mi partido político. Esto se percibe en enfrentamientos políticos, sindicales, éticos, sociales, etc. Se quiere ganar o perder frente a los otros; difícilmente se negocia y consensúa.

- Hay una revolución sexual: amoralización (biologicista, de placer sólo), mecanización (sexo frío) y privatización del sexo, lo que produce una sexducción más que seducción.

6. Creciente influencia de los medios de comunicación de masas (MCM)

Los avances tecnológicos han procurado a los llamados medios de comunicación de masas una fuerte capacidad de penetración en todo el tejido social. Esta tendencia comprende:

- El crecimiento de poder de esos medios para incidir, positiva o negativamente, en prácticamente todos los aspectos de la vida social.

- La concentración de los medios de comunicación en grandes empresas internacionales.

- Cierta desconexión de esos medios, especialmente de la televisión, de algunas realidades sociales. Los medios mismos crean sus propios productos y los transmiten a las sociedades.

- De la creciente concentración de la propiedad de esos medios se deduce un cierto grado de homogeneización ideativa y, al mismo tiempo, una universalización de las informaciones.

- La ética de los profesionales de esos medios busca adaptarse a la nueva situación, pero, en general, existe una necesidad de incrementarla.
- En general, favorecen las tendencias, ya descritas, de las sociedades de nuestro contexto.
- Tienen especial influencia en la construcción de las visiones del mundo que tienen los jóvenes.
- Superan, como agentes socializadores, a los que generalmente se han considerado como tales: familia, iglesia, centro educativo.

X. Tendencias en los sistemas educativos⁵⁵

Aun considerando la diversidad de los sistemas educativos, hay una cierta similitud en la evolución de los problemas en los diferentes países. Las convergencias han sido varias:

1. En las décadas de los sesenta y los setenta, la expansión cuantitativa se caracterizó por:

- El incremento de inversiones públicas dedicadas a la educación.
- La prolongación sistemática de la duración de la enseñanza obligatoria.
- La casi generalización del colegio mixto, símbolo de democratización e igualitarismo.
- El retraso de la edad media de ingreso en la formación profesional.
- El acento puesto en lo pedagógico y en las actividades de motivación.
- El reclutamiento masivo, a tiempo completo, de profesores jóvenes que habían recibido una formación

⁵⁵ Ver CEE, *Serie politique de l'Éducation*. Maastricht, Presses Interuniversitaires Européennes de Maastricht, 1986.

Blackburn, V., Moissan, C., *La formation continue des enseignants*. Ver resumen en *Futuribles*, Février, 1988, del que hago aquí una cita *in extenso*.

Tinbergen, J.: *Prospectivas y futuro de la educación*. Serv. Pub. ICC, Madrid, 1975.

universitaria débil.

- La desvalorización de la profesión de enseñante, que fue acompañada de una feminización creciente de esta profesión.

- El desarrollo de algunas teorías que contemplaron la educación fundamentalmente desde una perspectiva económica y la enfocaron como un factor de desarrollo.

2. En la década de los ochenta:

- El enfoque económico de la educación fue pasando de moda.

- La expansión cuantitativa fue decreciendo, debido a la baja de efectivos escolares: alumnado decreciente por baja demográfica.

- Tras un cúmulo de experiencias, se fue imponiendo un tiempo de pausa y reflexión, lo que planteó cuestiones e interrogantes sobre los que debemos pensar, y que se pueden concretar en una serie de crisis relacionadas de las que emergen nuevos interrogantes que cuestionan la escuela en sus mismos fundamentos:

- Crisis epistemológica: resulta del confusionismo de conceptos: educación, formación, aprendizaje...

- Crisis de finalidad: se refiere a cuáles son realmente los objetivos del sistema educativo.

- Crisis del contenido y de la organización de las enseñanzas: ¿qué hace falta aprender, a quién hay que enseñar, cómo hacerlo?

- Crisis del proceso de selección: el precio que hay que pagar por los buenos resultados de una minoría de alumnos es, muy frecuentemente, un sentimiento de fracaso y frustración para buena parte de los demás alumnos.

- Crisis del igualitarismo y de la meritocracia: la ilusión igualitaria y meritocrática es cada vez más desmentida por los hechos. El éxito escolar está estrechamente ligado a los orígenes sociales de los alumnos, cualquiera que sea el sistema educativo. La competitividad por el empleo lleva a esa obsesión por acumular títulos, diplomas, masters, etc.

- Crisis de control: por su mismo gigantismo, cualquier sistema educativo se caracteriza por su fuerte inercia y resistencia a los cambios.

- Crisis de la calidad de las enseñanzas y de los enseñantes: el reclutamiento masivo de profesores en la década de los sesenta y setenta, ante la expansión del sistema educativo, llevó consigo una cierta laxitud en las exigencias del reclutamiento.

- Crisis de eficacia económica y social: los títulos son más y más necesarios, a la vez que van siendo más y más devaluados; pero, además, la consecución de cualquier título exige un despilfarro de recursos. Todo esto crea una desazón social y una falta de rentabilidad económica.

- Crisis de financiación: en muchos países de nuestro contexto, los gobiernos se ven incapacitados para aumentar los recursos económicos reales que demanda el sistema educativo para conseguir una educación de calidad. Además, cada vez es más patente que los gobiernos no podrán resolver todos los problemas educativos sólo con medios económicos. El resultado es que se resienten la calidad de la enseñanza y el estatus del profesorado, y no se logra una satisfacción ni en los profesores, ni en los alumnos, ni en las familias. La mediocridad se va imponiendo, en general.

- Crisis de confianza: la gente que esperaba mucho de la escuela la critica y denuncia la falta de motivación y de cualificación del profesorado.

- Crisis de identidad de los enseñantes, que, en general, no han visto aumentar, en la medida en que lo deseaban, su estatus social. Incluso, con muchas de las reformas vieron cortadas, o puestas en cuestión, sus competencias desde distintas instancias: alumnos, padres, organismos oficiales, etc. También, y por la potencia de otros medios, especialmente los mass media, vieron relativizados su poder de penetración en las mentes de los estudiantes y sus saberes.

A todas estas crisis o problemas hay que ir haciendo frente, sin olvidar que hay que seguir enseñando cada día, aunque muchas de esas crisis no se puedan resolver pronto.

XI. En las sociedades actuales de este contexto

Junto a los aspectos que muestran un riesgo de deterioro o superficialidad, se presentan muchas e importantes líneas de desarrollo humano, de apertura social, de logros de la humanidad. Muchos de los principios actualmente vigentes y operativos, muchos de los hechos sociales que se producen, muchos de los avances científico-técnicos que se alcanzan, no son, en sí mismos, ni buenos ni malos. Dependen del uso que se les dé, del predominio que se les otorgue en el entramado social. Así, como otras tendencias positivas que conviene explicitar, señalaré las que siguen:

- La búsqueda de la libertad, tanto individual como colectiva, en libertades concretas.
- La exigencia de respeto a los derechos humanos.
- La valoración de lo que es vida y conduce a ella, frente a lo que es muerte y destrucción.
- El alza de la cultura y la educación como bienes para los más, y no sólo propios de elites privilegiadas.
- Los logros de una ciencia y una técnica que hacen más fácil el trabajo humano, más confortable el hábitat, más reparable el gasto físico, más recuperables las enfermedades, más posible un futuro de bienestar. En general, no se quiere prescindir de los avances científicos, pero sí reordenarlos hacia y bajo lo humano, no contra ello.
- La tendencia a considerar al hombre como ser racional, no explicable sino en comunicación y en referencia a "los otros"; de ahí su deseo de autoexpresión libre, de realización individual y de espontaneidad.
- La valoración de lo ecológico.
- La creciente búsqueda de ciudades humanizadas donde se pueda convivir con otros y gozar de más oportunidades de conocer gente diversa y situaciones distintas, de tener más posibilidades culturales y mejor acceso a los servicios de todo tipo.
- Las mayores demandas de espacios precisos de encuentro, libertad y expresión.
- La valoración del presente, frente a un pasado que ya fue; el aprecio por el aquí y el ahora, sin dejar al futuro lo

posible y al pasado lo que pudo ser.

- El acortamiento de las distancias físicas, intelectuales, psíquicas y sociales, las mayores posibilidades de movilidad basadas en el logro y no en el estatus⁵⁶.

4. Vida marianista y cultura en el Africa negra francófona

P. HUGO SCHWAGER SM

Introducción

Las reflexiones que siguen son fruto de las experiencias personales y comunitarias vividas en el norte de Togo, en una capital de provincia de carácter rural, y en Abidjan, una de las grandes metrópolis de África occidental. También son fruto de las experiencias de vida comunitaria con unos jóvenes marianistas africanos en formación. Estas reflexiones se basan en las tres convicciones siguientes:

1. No podemos hablar de una cultura africana, sino en un sentido abstracto. En realidad, en África, lo mismo que en Europa, nos encontramos frente a una multitud de culturas distintas. Así, por ejemplo, Costa de Marfil cuenta, ella sola, con unos sesenta grupos étnicos y lenguas diferentes. Togo, con unos treinta. Tienen rasgos comunes, es cierto, pero también diferencias muy notables. A estas diferencias hay que añadir las derivadas de la desigual penetración del islam, el cristianismo y la civilización occidental.

2. África negra tiene una cultura. La incompreensión de Occidente hacia el Tercer Mundo, especialmente hacia el África negra y sus sistemas sociológicos y culturales, estaba alimentada, y aún lo está, por la ausencia de documentos escritos y bien visibles. La cultura africana se basa en la tradición oral, despreciada, a veces, por los extranjeros. "Los

⁵⁶ Dahrendorf, R., *The new liberty*, pág. 81.

Dahrendorf, R.: *Las oportunidades de la crisis*. Unión Edil., Madrid, 1983.

Thompson, W. I., *Indicios de un futuro viable*. Rev. Quest. Cf. Facetas, vol. 12, núm. 3, 1979, págs. 18-28.

ojos del extranjero están ciegos”, suelen decir en las aldeas africanas.

3. No se puede hablar de cultura africana, sino a partir de un compromiso con los hombres de este continente. Compromiso que no quiere observar o “ayudar” al hombre, sino encontrarlo y dialogar con él para descubrir su mundo y su medio cultural.

I Principales características y tendencias de la cultura del África negra francófona

1. Las características tradicionales

1. África negra tiene un sentido y una conciencia profunda de la vida que no se manifiestan únicamente en la alegría de vivir y de participar en el movimiento vital de la creación y de la sociedad humana, sino también soportando con valor y paciencia la fragilidad de la vida amenazada por la enfermedad, la muerte y otros muchos males. Y esta búsqueda de la vida es aprehendida en una relación armoniosa entre los diferentes campos de la vida humana.

Un ejemplo ilustrará este sentido vital. La conciencia de la corporalidad del hombre se expresa tanto en la búsqueda de la fuerza, de la belleza, del mantenimiento armonioso de la salud, como en la participación corporal intensa en todos los actos sociales y religiosos, por una actitud conveniente, por signos exteriores, por la aclamación, la danza, el juego.

Del mismo modo, la conciencia de la relación y dependencia del hombre respecto a unas fuerzas espirituales y divinas es fundamental en la vida humana: hay que alabar, dar gracias e interpelar a Dios, a los espíritus, a los antepasados. Es preciso que el hombre se abra a Dios respetando toda religión.

Por eso la secularización no tiene un lugar en la sociedad africana. Las cuestiones religiosas se mezclan con las políticas y las sociales. Pero, como contrapartida, la búsqueda de la fuerza vital puede ser una ocasión para aliarse con las fuerzas ocultas, incluso las diabólicas.

2. África negra tiene un espíritu comunitario tremendamente fuerte y vivo. El hombre africano es muy consciente de su pertenencia a una familia, una aldea, una etnia, unos grupos y asociaciones. Sabe que necesita de esos grupos estructurados y jerarquizados, y gustoso les aporta su contribución material y espiritual. Sabe que hay que pasar por unas iniciaciones y una formación, por actos sociales y por el respeto a las estructuras, para fortificar el grupo mismo y a sus miembros.

Por eso, el sentido que los africanos tienen de la acogida, la hospitalidad y la solidaridad impresiona siempre a los extranjeros, acostumbrados a valorar las relaciones humanas en función del beneficio que de ellas se pueda obtener o de la ayuda que supongan para conseguir un objetivo.

El lado negativo aparece bajo las diferentes formas de la corrupción o el respeto ciego a la autoridad.

3. El peso de la colonización y el miedo son dos características negativas de la cultura africana que marcan la vida del continente negro. Naturalmente, existe una interrelación entre ambos.

África negra ha quedado profundamente marcada y herida por la colonización, que reemplazó, en cierto modo, a la trata de esclavos. Estas dos experiencias terribles e inhumanas han sido rápidamente olvidadas por los que las realizaron, pero cicatrizan muy, muy lentamente en; los hombres que fueron víctimas de ellas. El estado actual de la herida puede describirse así: "Muchos otros aspectos negativos del colonialismo permanecen intactos. Desde el punto de vista social, la dependencia económica constituye su aspecto más escandaloso. Esta dependencia arrastra consigo otras, lo que hace precaria una libertad conquistada, a veces, a fuerza de inteligencia y tesón político y, a menudo, al precio de la sangre"⁵⁷.

Otro aspecto negativo muy presente en la cultura africana es el miedo. "Las atenciones que se tienen con el

⁵⁷ Intervención de Mons. Justo Mullor, observador permanente de la Santa Sede ante las Naciones Unidas. Ginebra, agosto de 1988.

extranjero, por ejemplo, se basan en la creencia de que el visitante podría ser un personaje del mundo sobrenatural, al que disgustarían con la falta de atenciones”⁵⁸.

En muchas regiones, e incluso en ciudades, “estas creencias (en temibles fuerzas sobrenaturales y en brujerías), el culto de los muertos y los ritos fúnebres están en el origen del gran miedo que reina en este ambiente”⁵⁹.

2. Las principales tendencias de la cultura africana

Entre las tendencias que más influyen hoy en el África negra podemos señalar dos: la aspiración al desarrollo y el esfuerzo por salvar la africanidad.

1. La aspiración al desarrollo

Es la tendencia más visible, si consideramos el atractivo que ejercen la escuela, la formación y los diplomas. Se manifiesta también en todo aquello que promete una promoción social: el éxodo rural, la atracción de las ciudades y de las grandes metrópolis y la aceptación del trabajo especializado. Un tercer elemento es la influencia de los medios de comunicación y de todos los movimientos de carácter internacional. Los logros de estos esfuerzos para el desarrollo están, a menudo, muy por debajo de lo esperado, lo cual, sin embargo, no impide que los jóvenes, que constituyen en África la mayoría de la población, intenten hacer algo nuevo en su vida.

2. El deseo de salvar y de profundizar la africanidad

El deseo de seguir un vía propia caracterizada por los valores de la tradición africana y por un espíritu que se apoya en los elementos de las poblaciones del continente negro es una

⁵⁸ Paul Schenker SM, “Transparencia e integración de los valores tradicionales...”, en *Revista Marianista Internacional*, núm. 3, abril de 1985, pág. 68.

⁵⁹ Carlos Valy Tuho, *He visto su rostro*. CEDA, Abidjan, 1992, pág. 20.

Este librito de 94 páginas contiene el dramático testimonio de un intelectual africano, profesor de universidad, que cae en la trampa del miedo y de las fuerzas ocultas. El autor, doctor en Ciencias Económicas, Rector honorario de la Universidad de Abidjan, es actualmente embajador de Costa de Marfil en Bruselas y en la CEE.

motivación muy fuerte, que arrastra todo un movimiento espiritual. Así, se tratan con mucho interés y amor todos los temas que se refieren a la herencia espiritual de la gran familia y de la etnia: los ritos y costumbres, la tradición oral, transmitida por la lengua, por los dichos populares y los cuentos.

Las dos tendencias señaladas, es decir, la aspiración al desarrollo y el amor a la tradición y a la cultura africanas, no se armonizan necesariamente. Muy a menudo se oponen y fácilmente provocan una reacción ambigua, contradictoria e ilógica. La aspiración al desarrollo puede limitarse a una fascinación exterior copiada del modelo occidental, modelo que se imita sin ser asimilado y que se practica sin someterlo a un verdadero discernimiento. Y también es posible, en nombre de la africanidad, justificar intereses ciegos, egoístas, materialistas o francamente malos.

De todo ello puede surgir un sincretismo práctico que sólo busca aprovecharse de la confianza y abusar del poder y del bien común. Este sincretismo puede tomar también la forma clara de un libertinaje irresponsable que lleva consigo "el rechazo de cualquier norma permanente de referencia. Supone un proceso de echar por tierra las situaciones adquiridas y las escalas de valores sociales, éticos y morales..., lo que lleva a nuestro país al relativismo moral y al laxismo que todos deploramos hoy⁶⁰.

Este sincretismo parece marchar a la par con una cierta forma de materialismo. Uno no se compromete con nada, sino para lograr su provecho material y el del restringido grupo de su familia y su clan. El bien común no se contempla, sino en relación con los pequeños intereses propios. Se abusa del poder para quebrar las leyes y oprimir a los débiles. "Esta clase de sociedad ignorará la comunicación natural, regular, entre las diferentes capas sociales. En ella el diálogo es imposible o, por lo menos, condicionado y artificial. Los pobres, por miedo a los grandes, corren el peligro de contentarse, de oír y aceptar lo que les dicen los hombres del poder, hasta que un día, agotada su paciencia y tolerancia, el pueblo exacerbado se arme de valor y audacia y se rebele contra esa sociedad"⁶¹.

⁶⁰ "Memorándum de los obispos del Zaire al jefe de Estado, 9 de marzo de 1990.

⁶¹ Carta pastoral de los obispos de Zaire sobre la educación, 2 de diciembre 1982.

II. Influencia de la cultura del África negra sobre la vida y la misión de los religiosos marianistas

Esta influencia es muy diferente según se trate de los religiosos extranjeros enviados en misión a África negra o de los religiosos autóctonos de África. Sólo la primera situación tenemos en cuenta en esta reflexión personal.

Todos los religiosos expatriados han sufrido, tal vez sin excepción, un choque cultural al llegar y al empezar a vivir en África negra. Aunque las reacciones ante este choque varían considerablemente según las disposiciones interiores de cada hermano y de la comunidad que arropa al recién llegado, el origen del choque parece ser siempre el mismo para todos. Exteriormente proviene de descubrir que África negra es una realidad muy distinta de lo que uno se imaginaba a partir de las informaciones recibidas de los hermanos, de los misioneros, de los libros, la radio y, sobre todo, la televisión. Y también, del hecho de que el expatriado se encuentra frente a hombres de una cultura desconocida, extraña, fascinante, misteriosa...

Los elementos interiores de este choque sólo pueden describirse a título de ejemplo y de manera muy incompleta. El religioso se siente impresionado e influenciado por la sensibilidad con que aquí se viven todas las relaciones humanas. Así, redescubre una cosa que Europa ya no pone en evidencia, por causa de su espíritu "económico": que "el mejor remedio para el hombre es el hombre".

Esta sensibilidad humana se revela de diversas maneras. Por ejemplo:

- El religioso redescubre la importancia de la palabra humana y de los signos exteriores que la acompañan. Para expresarse, el hombre debe manifestarse como hombre por medio de un saludo que permita tomar mutuamente contacto a través de un rito que abra la puerta y te haga sentirte a gusto, lo que posibilita, finalmente, sacar el verdadero asunto que te ha llevado. El redescubrimiento de la unión íntima que existe entre la palabra y los signos lleva al expatriado a renovar y profundizar, por ejemplo, los sacramentos y los sacramentales de la Iglesia.

- El religioso se encuentra frente a un modo nuevo de ver y de vivir la condición corporal del hombre. El cuerpo

humano, incluso el cuerpo desnudo, no es presentado principalmente por una publicidad intencional o morbosa, sino como una condición natural del hombre. La castidad humana y religiosa se coloca, pues, en un marco natural y humano, por tanto mucho menos artificial. Además, esta condición corporal se acepta con un realismo muy diferente a causa del clima, de la influencia de los problemas de salud grandes y pequeños, que ponen al hombre y al religioso no frente, en primer lugar, a la ciencia médica, sino, más bien, frente a la debilidad y la fragilidad humanas.

- El religioso tiene, igualmente, una experiencia muy diferente de la espiritualidad del hombre. Las leyes, los reglamentos y las directrices se aplican de modo diferente en África. Estas normas deben servir directamente al hombre. Esto puede ser ocasión de abusos graves, pero también puede ser el momento de una toma de conciencia más directa de la responsabilidad personal y comunitaria. Muchos misioneros experimentan, así, lo que es la libertad real y vivida. Libertad y responsabilidad en lo cotidiano y en lo inmediato. Ésa es la explicación de una frase que se oye a muchos misioneros: "En África es donde he experimentado lo que es la libertad". Por esta libertad en lo real es por lo que el hombre se siente aquí más útil y más responsable de sus actos que en una sociedad tecnológica que más bien quiere "funcionarios".

- Otra influencia de la cultura africana sobre el religioso viene del impacto de la sencillez y la pobreza vividas o reencontradas en el continente negro. El extranjero se ve desprovisto de muchos bienes que antes le parecían importantes o, incluso, esenciales, y que de pronto se le vuelven menos importantes, secundarios. Uno puede pasarse sin ellos sin perder lo esencial: lo humano. África hace comprender que amar u odiar, esperar o tener miedo, vivir unido o en discordia tienen más influencia sobre el bienestar humano que los accesorios materiales, que no traen sólo comodidades, sino también, complicaciones, y son ocasiones para huir de la realidad; El religioso, en África, se ve constantemente interpelado por una sencillez de vida y una pobreza reales que le hacen reflexionar sobre una pobreza y una sencillez artificiales, no necesariamente auténticas ni evangélicas.

- Esta sencillez, que impresiona al extranjero y, tal vez más, al religioso, es la forma normal y corriente de vivir aquí lo religioso, tan fuertemente expresado en todos los ámbitos de la vida privada y de la vida social. El religioso que viene de una civilización secularizada se queda asombrado ante un policía que, tras examinar su documentación, le deja pasar diciéndole: "Que Dios le bendiga". O que le pide una Biblia o un rosario. En África, a un religioso se le pide, se le exige, la religiosidad y la fe; el anonimato no vale. Así, el religioso se encuentra forzosamente en misión. El testimonio no se ve aquí como una posibilidad facultativa, sino como una exigencia vital.

La sociedad africana quiere la fe y la oración del religioso y , de su comunidad. Al mismo tiempo, el religioso constata que:, esas peticiones religiosas y piadosas son, a menudo, ciegas, interesadas, y están mezcladas con semicreencias o, incluso, supersticiones. Y el religioso comprende que vivir una religión y vivir la fe son dos cosas muy distintas. Su actitud de fe se ve interpelada, lo mismo que su misión de estar al servicio de la educación de la fe del otro, que vive una religiosidad natural, ambigua, bien intencionada pero poco ilustrada.

III. Actitud de los religiosos marianistas frente a las características y tendencias de la cultura del Africa negra francófona

Es muy difícil para nosotros, religiosos marianistas que vivimos y trabajamos en el África negra francófona, analizar y evaluar nuestra propia actitud ante la cultura africana. Abordaré el problema limitándome a indicar tal o cual aspecto, y ello dentro de una visión bastante personal.

La pregunta subyacente en todos los extranjeros podría ser expresada de este modo: "¿Cómo fue el encuentro entre la cultura africana y los religiosos marianistas, venidos de una cultura muy diferente? ¿Qué actitudes marcaron este encuentro?".

En primer lugar, hay que tener presente que muchos de los religiosos marianistas que están ahora en África son pioneros, fundadores o sucesores suyos. Vinieron con mucho entusiasmo, ánimo, espíritu de abnegación y entrega. Sobre todo, quisieron dar una cosa a África: la fe, la educación cristiana, el amor a la Virgen

María, una espiritualidad, un estilo, un método de trabajo, un desarrollo. "Querer dar algo bueno", ésta parece haber sido la actitud primera, la cosa más importante para todos ellos. Ahora bien, esta actitud también puede ser, ciertamente, un gran peligro para que se dé un verdadero encuentro entre dos culturas y dos espiritualidades. Hace falta mucho tiempo para descubrir la realidad y las actitudes que la sostienen y la marcan:

a) Hay que empezar por descubrir que uno no puede dar nada si no es, al mismo tiempo, capaz de recibir algo de África. De otra forma, el religioso está cultivando en sí mismo la actitud estéril y nefasta de "donante" y, en el otro, la de "receptor". Actitudes, ambas, sin porvenir ni para el uno ni para el otro.

b) También hay que descubrir que no bastan las buenas intenciones si no están lo suficientemente purificadas e iluminadas como para ser auténticamente evangélicas, cristianas, humanas y fuente de vida. Es difícil y espinoso el trabajo de ir comprendiendo, poco a poco, que muchas buenas intenciones están mezcladas con móviles egoístas. De otra forma, se hace el trabajo con espíritu paternalista (el otro siempre es considerado un niño), espíritu colonialista (el otro no puede progresar sin mi intervención), o incluso con espíritu racista. El religioso y la comunidad que no realizan este "trabajo de purificación" llegan a una situación, tal vez, cómoda y agradable, pero en la que no hay progreso.

c) Finalmente, hay que descubrir lo estimulante que resulta verse interpelado por el otro -aunque sea un alumno- "estar siempre dispuesto a responder a quienes os piden que rindáis cuenta de la esperanza que está en vosotros, a condición de hacerlo con suavidad y respeto" (1 Pe 3,15-16).

En segundo lugar, hay que insistir en las actitudes que ayudan a progresar en este encuentro cultural. Si se debilitasen, se comprometería el progreso espiritual. Las tres actitudes siguientes tienen una gran importancia:

a) El discernimiento personal y comunitario. El contacto diario y personal entre dos culturas y espiritualidades exige una presencia de espíritu y una facultad de juicio y valoración continuamente renovadas. A menudo, los problemas en África son muy distintos de los que se viven en las provincias

madres. Los religiosos y las comunidades se ven forzados por las circunstancias a asumir determinadas responsabilidades. Pero para hacerlo con lucidez y dentro de la fe, religiosos y comunidad deben vivir en un examen de conciencia y un discernimiento continuos. Por ejemplo, el discernimiento debe versar sobre la distinción existente entre una práctica religiosa y una práctica guiada por la fe; la distinción existente entre la actitud de "bienhechor" y la actitud de educador comprometido; la distinción existente entre autoridad dominadora y autoridad exigente, etc.

b) Un espíritu misionero verdaderamente mariano. En contacto con una cultura fuertemente jerarquizada y, a la vez, marcada por unas estrechas relaciones familiares, por ejemplo, entre la madre y su hijo, la espiritualidad marianista en África impacta, fascina y aporta un elemento de profunda armonía. Utilizando la distinción que hace el teólogo Hans Urs Von Balthasar entre el "primado de Pedro" y el "primado de María", se puede decir que la Compañía de María llegó a África en el momento de la historia en el que la primera implantación del "primado de Pedro" ya estaba hecha: la Iglesia local presenta una organización, unas estructuras, una eficiencia sostenida por la jerarquía y sus ministros. La llegada de los marianistas aportaba una profundización del "primado de María": la comunión fraterna, la acogida en el espíritu de fe, el respeto a la persona, la educación en una sociedad en transformación.

c) Un fuerte espíritu comunitario. En contacto con una cultura muy estructurada e impregnada de un sentido religioso que engloba todo, el religioso marianista presenta, por su vida comunitaria, una imagen más profunda e inspiradora.

Pongamos, como primer ejemplo, la actitud de una fraternidad que supera el marco de la familia natural, del clan y de la etnia. Este comportamiento se hace visible al aceptar la vida y la misión común con unos hermanos -extranjeros y autóctonos- "de formación y ambientes diversos" para formar "una familia nueva fundamentada en el Evangelio".

Como segundo ejemplo, recordemos la tradicional distribución de responsabilidades entre los tres Oficios marianistas, bajo la dirección del superior. Esta estructura propia de la Compañía de María no sólo encuentra en África una acogida muy positiva, sino

que, incluso, puede apoyarse en elementos propios del medio. En África, el jefe ejerce a menudo una autoridad que lo sabe todo, que lo decide todo, y que se ve impelida por el pueblo a hacerlo todo, porque la autoridad lo tiene todo en sus manos. Posiblemente, o realmente, habría abuso de autoridad sin, la institución africana de la palabre como búsqueda de un consenso común que debería motivar a todos los miembros a una activa colaboración. El religioso marianista debe mantener una actitud que favorezca la vida de esta estructura: tomarse tiempo y tener paciencia para oír, para explicar, para encontrar soluciones positivas con vistas al bien común.

En tercer lugar, existen algunas actitudes que bloquean el intercambio y dificultan el encuentro entre la cultura marianista y la cultura africana:

a) La falta de espiritualidad no permite, por una parte, expresar los valores vividos por sí, ni, por otra, darse cuenta de los valores vividos por el otro. La espiritualidad debe vivir de la unión con Dios y debe permitir aceptarse a sí mismo y valorar a los otros. Especialmente en África, la inculturación no es posible sino a través de una espiritualidad viva que abarque todo el ámbito de la vida. El especialista en cualquier terreno solamente encuentra su lugar en esta sociedad si es consciente de la importancia de las relaciones con los demás campos de la vida y si cumple su labor con sencillez y humildad.

b) La falta de pobreza real deforma la encarnación de una espiritualidad en una determinada cultura. ¿Cómo se puede vivir la pobreza sin amarla y sin cuidarla tiernamente? Sorprende, a veces, ver cómo la pobreza religiosa crea problemas reales justamente en África, tanto a los hermanos extranjeros como a los hermanos africanos. Para los primeros, las relaciones con la Provincia madre y con los bienhechores abren, ciertamente, muchas puertas materiales, pero uno se habitúa bastante fácilmente a esta situación, sin tener suficientemente en cuenta la evolución de la obra y de la comunidad. Para los segundos, el acceso a un nivel de vida superior es fascinante y ha de ser contemplado con mucho discernimiento.

c) La falta de estructuras administrativas en la región africana francófona puede llevar demasiado fácilmente a un estancamiento en la inculturación.

Nuestra Regla de Vida habla de la cultura en trece artículos: 13, 69, 72, 3.3, 5.22, 5.24, 6.10 a, 6.12, 6.15, 6.20 b, 6.20 e, 7.12 f, 7.17 e. Pero el artículo que, tal vez, afecta más a la inculturación es el 7.35, que llama a una Provincia marianista "una unidad geográfica". La unión de varias comunidades geográficas, y por tanto culturales, muy diferentes puede justificarse como "un servicio misionero en los territorios de la Iglesia más desprovistos (art. 7.37 c). Pero después de 10, 20 ó 30 años de presencia marianista en África, una comunidad o una obra debe tener una estructura mejor adaptada a su situación geográfica y cultural.

Más aún: a partir del momento en que en la "región" viven hermanos africanos, es urgente que el servicio de la autoridad y del gobierno adquiera una forma más estructurada en la región. Una comunidad por sí sola difícilmente llega a ampliar su misión comunitaria para hacer frente a unas perspectivas que sobrepasan sus puntos de vista y sus intereses comunitarios. Corresponde a un Capítulo o a una Administración Provincial, o regional, "determinar la política a seguir", "detallar los puntos concretos de aplicación", "asegurar la búsqueda y la planificación", etc.

Para resolver este problema de estructura en el África negra francófona, se requieren ciertas actitudes a nivel provincial y local.

No basta con ir tirando; es preciso crear estructuras que permitan implantar de manera profunda y consciente la Compañía de María en esta región africana.

(Traducción: Antonio Farrás SM.)

5. Vida marianista y cultura india

P. DAVID A. FLEMING SM

No podemos hablar de "cultura del sur de Asia" en un sentido universal. Hay tantas diferencias entre Cachemira, situada en el norte de la India, y Tamil, en el sur, como las que puedan darse entre un sueco y un italiano. Podemos hablar, pues, de "cultura del sur de Asia" con la misma generalidad con que lo hacemos cuando hablamos de "cultura europea". Las diferencias culturales, celosamente mantenidas, existentes entre las naciones del sur de Asia en las que estamos presentes los marianistas -India, Nepal, Bangladesh- contribuyen a acentuar su diversidad.

Una característica dominante de la mayor parte de la sociedad del sur de Asia es la meticulosa subdivisión de la población en grupos claramente definidos. Este sistema de castas crea sentimientos de intensa lealtad y unidad entre los subgrupos: los vínculos de familia, de clan y de religión son, probablemente, más fuertes aquí que en ninguna otra parte. Al mismo tiempo, este sistema refuerza la oposición y la hostilidad en un nivel más amplio. Son pocos los que se sienten responsables, o con sentido de lealtad, de la sociedad como un todo. Facciones, fragmentación, violencia, rivalidades encarnizadas entre los distintos grupos son aquí males endémicos. A un occidental que esté fuera del círculo de la vida social de la India le resulta difícil entenderla. El concepto de igualdad universal referido a la dignidad de la persona humana no ha penetrado profundamente aquí. Ese concepto es ajeno a los hindúes ortodoxos. Está más presente en las minorías: musulmanes, budistas, cristianos. Todos ellos exaltan, en teoría, la igualdad, pero en la práctica sienten algún tipo de influencia que los vincula al sistema de castas.

Los historiadores aseguran que en la Edad Media nuestro subcontinente fue una de las regiones más ricas de la tierra Y fuente codiciada de determinados lujos: sedas, especias... Pero hoy, después de siglos de colonialismo, Nepal y Bangladesh se hallan entre los diez países más pobres del mundo, y el resto de las naciones de la región les van poco a la zaga.

Los habitantes del sureste asiático han desarrollado una habilidad, a veces encantadora, a veces lamentable, para sobrevivir con el mínimo de lo que en otros países consideran escasez o, incluso, necesidad. La explosión del aumento de la población anula los esfuerzos denodados para conseguir un crecimiento económico. (La población de la India es superior, ella sola, a la de todos los continentes, exceptuando la misma Asia.) La "clase media" urbanizada (solamente un 10% de la población, pero que, a pesar de ese pequeño porcentaje, es de unos cien millones de personas) goza de algunas ventajas del desarrollo y se sitúa en unos niveles de consumo a los que los demás aspiran. Pequeños símbolos de estatus (un par de zapatillas deportivas, un diploma que nada significa y que ha sido conseguido con soborno) inpresionan mucho. En este clima de escasez, de pura subsistencia, de superpoblación y total materialismo, la ley de la supervivencia del más capacitado y la ley de la explotación mutua se constituyen en

norma fuera de los cálidos límites de la familia y de la comunidad a la que la persona pertenece.

En el sur de Asia las mujeres son las más pobres entre los pobres y sufren las consecuencias de los múltiples estratos de castas y del sexismo. Es cierto que la figura de alguna mujer fuerte domina a menudo la religión y, en ocasiones, hasta la política. En esta cultura, una mujer dirigida por Dios, María, está llena de sentido y atractivo, como símbolo de apoyo y de liberación. El marianista que desee continuar la misión de María en nuestro tiempo y servir a la gente con su estilo fuerte pero paciente, formativo, será recibido aquí cordialmente.

Los surasiáticos están orgullosos de su cultura. La mayoría son campesinos que viven tradicionalmente en aldeas. A pesar de la oleada creciente de occidentalización, urbanización, consumismo y tecnología, se aferran a sus costumbres locales en lo relativo a alimentación, vestido, etiqueta, toma de decisiones, manera de pensar y, por supuesto, religión.

Los surasiáticos consideran la religión asunto de interés público, no algo limitado a la conciencia personal. Muy pocos son ateos o no practicantes. Secularismo significa aquí libertad respecto a la religión establecida oficialmente. Por eso es una meta ambicionada por todas las minorías, incluidos los cristianos. Las religiones tradicionales, especialmente el hinduismo y el islamismo, están experimentando un resurgimiento. Después de siglos de desconcierto y declive, ahora afirman con agresividad sus ideales y olvidan sus antiguos sentimientos de inferioridad. Los movimientos fundamentalistas tienen un fuerte atractivo para muchos.

El cristianismo ha estado presente, de hecho, en algunas regiones de la India desde los primeros siglos después de Cristo, mucho antes que el islam. Muchos piensan de este último que es una religión extranjera, europea. Los cristianos representan tan sólo el 3% de la población. En este subcontinente hay alrededor de catorce millones de católicos, distribuidos muy irregularmente en 150 diócesis.

Los cristianos están presentes en todos los niveles económicos de la población, pero la proporción de las clases más pobres y de las castas más bajas es muy grande entre ellos. La educación religiosa es muy insuficiente. Los católicos tienden a ser devotos, fervientes, apegados a las prácticas piadosas tradicionales aprendidas de los

misioneros, pero también se sienten implicados en la inculturación y en la presión no violenta en las dimensiones sociales de la fe. En general, los cristianos son respetados por la educación y los servicios sociales que prestan a una parte importante de la sociedad, pero tienen la mentalidad de una minoría más entre las otras; fuertes a la hora de la afirmación de los derechos de su comunidad, pero amenazados por grupos más importantes, y llenos de dudas a la hora de meterse mucho en la vida pública, más allá de los límites de sus instituciones.

Impacto de esta cultura en los marianistas

Los marianistas, como la mayoría de la población, son jóvenes y tienen las características de los jóvenes cristianos de la India: enraizamiento profundo en la familia, en la Iglesia y en la cultura de su aldea; aspiran al desarrollo; están tentados por las vías de Occidente, aunque siguen fundamentalmente apegados a todo lo de la India. Temen y desconfían de los creyentes de otras religiones, pero están abiertos a las ventajas de la inculturación en el estilo de vida, el culto y la forma de pensar de ellos.

Cuando preguntamos a nuestros candidatos qué es lo que los atrae a la vida marianista, la mayoría mencionan nuestro espíritu de familia y nuestra vida de comunidad (algo que los tranquiliza), nuestro énfasis en la igualdad y la composición mixta (algo que los libera), nuestra calurosa devoción a María nada convencional (algo que les inspira). Parece que nunca se cuestionan el hecho de que ligarse a una comunidad religiosa es pasar, al mismo tiempo, a una situación de sincera entrega a los demás y a un estatus respetado y seguro en la sociedad.

La confrontación más concreta con la misión que caracteriza el momento presente, mientras la primera generación de marianistas indios completa su formación, plantea el tema de la cultura de una forma más aguda. Hemos afirmado de manera coherente nuestra decisión de trabajar con el mundo rural, especialmente con los cristianos, en misiones de desarrollo y educación adaptadas a su medio. Nuestros primeros esfuerzos en este ministerio nos llevan a enfrentarnos cara a cara con los efectos devastadores de la pobreza, la regionalización, las castas y la hostilidad entre los diferentes grupos. La mayoría de las instituciones eclesiales bien situadas están en las ciudades y sirven a la clase media mencionada más

arriba. La gente más pobre, incluso los cristianos, encuentran, a menudo, dificultades para integrarse en esas instituciones. Estamos lejos de encontrarnos solos en nuestro deseo de ministerios de nuevo cuño en las aldeas. Colaboramos con el esfuerzo callado de reordenar las prioridades en la Iglesia de la India. No hay duda sobre la importancia de estos ministerios y su relevancia entre las diversas necesidades, en estos momentos, de la Iglesia del sur de Asia. Pero todavía no se ha puesto a prueba nuestra fortaleza corporativa.

¿Cuál debe ser nuestra respuesta?

Quizá nuestra dirección más clara en estos momentos es la "opción por el nacimiento. Estamos empleando nuestros mejores recursos, procedentes de la India y del extranjero, en el trabajo de promover y formar vocaciones marianistas, convencidos de que los marianistas bien formados serán, en su momento, capaces de asumir el liderazgo y continuar nuestra misión aquí. Si la vida corporativa de la Compañía en Occidente parece, a veces, vivir en Sábado Santo, la experiencia aquí es más bien de Anunciación: esperanzada, gozosa, pero, al mismo tiempo, incipiente e incierta.

Esta confianza exige una buena base espiritual. Los marianistas de la India necesitan estar preparados para compartir su carisma con los nuevos candidatos y con los seglares. Necesitan entenderlo a fondo y desarrollar una espiritualidad exigente que los sostendrá y los motivará como pioneros. Sobre todo, necesitan interiorizar una actitud contemplativa y desarrollar una rica vida litúrgica.

Para conseguirlo, podemos acudir a las habituales fuentes de la tradición marianista, y pensamos que estamos llamados a vivirla intensamente, pero también podemos servirnos de las riquezas de otras religiones existentes en nuestro entorno. Las tradiciones hindúes, musulmanas y budistas no siempre son opuestas a las cristianas. De hecho, en ocasiones nos invitan a redescubrir y a reintegrar algunas dimensiones, que hemos descuidado, del hecho cristiano. Sin duda, una de las principales contribuciones de los cristianos de la India a la Iglesia universal es ésta. Nuestro programa de formación intenta inculcar en los candidatos el respeto a las demás religiones, prepararlos para las riquezas de una postura religiosa inculturada e inculcarles los principios del discernimiento.

Evidentemente, necesitamos optar por los pobres, mantenernos en solidaridad con ellos y enfocar todos nuestros esfuerzos hacia nuestra misión entre ellos. En el sur de Asia, esta postura es muy progresista y sorprendente, pero es un desafío. En la práctica, nos exige estar preparados para vivir en el campo y reducir al mínimo los símbolos de occidentalismo y de estatus. Muchos piensan que una buena educación es el medio de escapar de la pobreza y del campo, pero no es el caso de los marianistas. Estas opciones requieren una insistencia constante, y permanecen vivas en la conciencia de todos nosotros, extranjeros y nativos.

Necesitamos poner un énfasis especial en las tradiciones de la comunidad marianista que tienen un sentido particularmente importante en nuestra vida y ministerio en el sur de Asia. El espíritu de familia tiene muchísimo sentido en una tierra en donde la familia y la casa son realidades muy apreciadas, y en donde las relaciones familiares tienden a ensancharse, abarcando a todas las personas que tienen una actitud positiva con uno: hermano, hermana, padre, madre, tío, tía, etc., son títulos que se dan a las personas a las que se quiere manifestar un respeto. La composición mixta de la Compañía de María se percibe como profética y atractiva en un mundo desgarrado por el racismo y las castas. Se nos ha lanzado el reto de hacerla extensiva más allá de la igualdad entre los miembros sacerdotes y laicos, para llegar a tener el mismo respeto a las mujeres que a los hombres, la misma apertura a las gentes de distintas razas, lenguas y educación. Este último punto tiene un sentido especial para los marianistas, dada la gran variedad cultural existente entre nuestros hermanos indios.

Algunas esperanzas para la Compañía de María en los próximos años

Basándonos en nuestra experiencia en el sur de Asia, confiamos que la Compañía apueste, en los años próximos, por la "opción por el nacimiento" en nuevas áreas, además de mantener la opción por la revitalización en nuestras áreas y ministerios tradicionales. Nuestra experiencia aquí, en el sur de Asia, no puede ser copiada en cualquier otra parte. Hasta cierto punto nos ha sido impuesta por las circunstancias. A los que llevamos algún tiempo trabajando aquí, nuestra experiencia empieza a darnos una nueva vitalidad, un nuevo espíritu. Quizá algo de lo que aquí hemos aprendido sea aplicable a otros sitios.

Sería bueno para la Compañía poner más énfasis todavía en el contexto social de nuestra vocación y de nuestra renovación. Nuestras ideas sobre la espiritualidad pueden ser a veces demasiado personalizadas. Pocos consiguen profundizar su entrega y su espiritualidad, sin cambiar algo su ambiente y el tipo de personas con las que conviven. Naturalmente, la mayoría de los marianistas no pueden ni deben abandonar sus países de origen, pero la mayoría de nosotros nos enriqueceríamos sacudiendo de vez en cuando el contexto en que vivimos.

Como Compañía, se nos urge hoy a olvidarnos de nuestra mentalidad Atlántico-Norte y tenerla más universal. Muchas actitudes -políticas, sociales e incluso religiosas- cambian cuando empezamos a comprender el punto de vista de los otros. Esto último lo hemos vivido, y fuertemente, en nuestra propia casa, en 1991, cuando contrastamos nuestras actitudes, las de los occidentales, con las de los indios, en relación con la Guerra del Golfo. Esperamos que los marianistas serán capaces de encarar los problemas con una perspectiva amplia y sensible, pensando en las implicaciones que todas las decisiones tienen a nivel global.

En general, la Compañía de María deberá, sin duda, continuar poniendo el énfasis en algunas prioridades clave que siguen teniendo pleno sentido: el papel activo de María, la rica espiritualidad marianista, la vivencia total y exigente de los votos, la dimensión comunitaria de nuestra vocación, nuestra composición mixta y el sentido fuertemente motivado de nuestra misión. Probablemente, necesitamos menos inventar nuevos programas cuanto hacer más operativos los que ya tenemos. Estamos convencidos de que vivir el carisma marianista tal como es entendido hoy es importante para la pequeña Iglesia y el enorme mundo del sur de Asia. Esperamos que nuestra presencia aquí enriquecerá a la Iglesia local y también a la Compañía de María en su conjunto.

(Traducción: Emilio Ortega SM.)

6. Vida marianista y cultura japonesa

P. SHINICHIRO JOHN YOSHIMURA SM

Existen, probablemente, diversas razones por las que se ha elegido como tema para el Capítulo General de 1991 "La misión

marianista y la cultura”.

Desde el Concilio Vaticano II se han realizado muchos esfuerzos para hacer realidad los objetivos del Concilio en cada Iglesia local. A la luz del Vaticano II, también los últimos papas se han referido a la “evangelización de las diferentes culturas humanas”: *Evangelii nuntiandi*, 20; *Redemptoris missio*, 52, 53, 54.

En muchos países de misión todavía quedan, de facto, algunos problemas relacionados con la evangelización de la cultura. Tal es el caso, evidentemente, de Japón, que todavía es un país de misión desde el punto de vista de la evangelización.

Entrados ya en la última década anterior al siglo xxi, vemos hoy que el paradigma de comprensión de nuestro mundo y de la raza humana se está convirtiendo en algo distinto de cualquier experiencia pasada. Esta situación ha sido provocada por el ritmo veloz de las innovaciones tecnológicas de la segunda mitad del siglo XX. Es necesario comprender la revolución tecnológica en relación a su base cultural y dentro de la estructura de la historia mundial.

Se requeriría muchísimo trabajo previo para presentar una visión sistemática y para explicarla en el contexto de la cultura y civilización japonesas. Desgraciadamente, no tengo ni la capacidad ni la preparación para hacerlo. Con todo, me gustaría ofrecer al Capítulo General algunas ideas y elementos para nuestra reflexión sobre las futuras direcciones de nuestra misión como marianistas. Los que siguen son unos puntos sobre los que he reflexionado últimamente.

Como no estoy cualificado para dar referencias a cada punto, me limitaré a citar dos profesores, especialistas de fama universal en el área de la cultura y la civilización y en el campo de las culturas comparadas: Nakamura Hajime (n. 1912) e Imamichi Tomonobu (n. 1922). El señor Imamichi es católico y ha dado clase durante muchos años en las universidades de París y de Wurzburg (Alemania). Ambos han escrito mucho en varias lenguas. En relación con nuestro tema, sus aportaciones deberían ser tenidas en consideración.

En mi exposición, trataré los siguientes temas:

I. Algunos datos históricos sobre la formación de la sociedad japonesa actual.

II. Reflexiones sobre la cultura japonesa y sus fundamentos.

III. Papel jugado por la Compañía de María en Japón, durante el siglo XIX, en el desarrollo de la sociedad japonesa contemporánea.

IV. Directrices para una evangelización en Japón y diversos problemas que afectan a la Compañía de María.

I Algunos datos históricos sobre la formación de la sociedad japonesa actual

En relación al poder económico actual del Japón, el producto nacional bruto (PNB) per cápita superaba los 25.000 dólares en 1990. Realmente Japón es una gran potencia económica, y una sociedad altamente desarrollada y de consumo de masas, aunque "al estilo japonés". Casi todo lo que se puede encontrar en el mundo se puede encontrar en Japón. No olvidemos, además, que muchos de estos objetos han sido hechos para satisfacer los gustos japoneses. En sentido general, a esto nos referimos cuando empleamos la expresión "al estilo japonés".

Japón pertenece al grupo de naciones que forman lo que comúnmente llamamos Oriente o Asia. Fijándonos en Japón como nación, creo que se podría decir que es el único "estado de nacionalidad unitaria" en Asia, es decir, un estado centralizado que, tiene una única nacionalidad y una única cultura. Después de la Segunda Guerra Mundial, muchas antiguas colonias en Asia alcanzaron su independencia. Estos países recién constituidos intentaron establecer estados con "una única nacionalidad", siguiendo los modelos de algunos estados europeos modernos. Pero estos esfuerzos terminaron en fracaso. Aunque también se debió a algunas razones históricas y políticas, se podría decir que el fracaso vino del hecho de que esas naciones estaban edificadas sobre un conglomerado multinacional, plurilingüístico y pluricultural. Porque, dicho brevemente, tanto política como culturalmente los términos Asia y Oriente comprenden fenómenos variados y complejos.

Esta variedad y complejidad también se puede aplicar a los términos Europa y Occidente. En lo tocante a la cultura, es posible

extraer tipos generales y comparar cómo se dan éstos en Occidente y en Oriente. Después nos referiremos a ello.

Las razones por las que Japón ha continuado hasta el presente como un "estado de nacionalidad unitaria" son geográficas y ambientales. Japón es un archipiélago separado por algunos grados del continente asiático. Incluso dejando de lado el debate sobre el carácter japonés, y limitando la discusión al terreno de los intercambios culturales, la peculiar ubicación geográfica de nuestro país ha creado una situación especial. Algunas culturas situadas al oeste de Japón fueron aceptadas en este país y en su historia. Las culturas continentales de India, China o Corea han influido en Japón desde la época prehistórica. Desde el inicio de la historia, innumerables elementos han entrado en Japón por el oeste. Entre ellos, los provenientes de las culturas de Arabia y la India. Al integrarse en la cultura nativa japonesa, estos diversos elementos fueron admitidos, absorbidos y recreados. En esta labor de absorber y recrear es donde se encuentra Japón a sus anchas.

Al este del Japón se encuentra el océano Pacífico, la mayor masa de agua del mundo. No había necesidad de llevar nuestra cultura más hacia el este. Al oeste quedaba China, con una gran cultura, y también Corea, y ninguna de las dos necesitaban tener relaciones con Japón. Visto negativamente, se podría decir que Japón es un cajón de sastre en donde se meten todo tipo de elementos de las culturas oriental y occidental. Visto positivamente, en cambio, se podría decir que Japón es el punto de encuentro de todas las culturas y civilizaciones, que allí se han encontrado y, superando sus diferencias, refinado.

Como he dicho antes, Japón se encuentra aislado de otras regiones por el mar. Aunque está dotado de un clima moderado, su falta de recursos naturales y su limitación de tierra lo libraron de ser una tentación para otros países. Se podría decir que para los habitantes de Japón la vida era sencilla y agradable. Éstas son las causas principales que se suelen citar para explicar la formación de un "estado de nacionalidad unitaria" en Japón.

Desde el punto de vista histórico, entre los elementos que han ejercido en Japón una mayor influencia en el proceso de asimilación cultural se podrían citar los siguientes:

En primer lugar, la transmisión de cultura del continente asiático a Japón, que tuvo lugar a principios del siglo v de nuestra

era; especialmente la transmisión del pensamiento confucionista y de los ideogramas chinos, llegados de China el año 413 d.C. Desde entonces los ideogramas chinos han ejercido una gran influencia en la evolución del pensamiento japonés. El pensamiento confucionista ha influido también enormemente en las actitudes psicológicas del pueblo japonés, especialmente en su forma de entender la vida como miembros de la sociedad.

Después vino la transmisión del budismo (538 d.C.), que también ha influido mucho en la psicología del japonés. Especialmente como religión, el budismo ha calado profundamente en el alma japonesa. Las tradiciones culturales de los tiempos antiguos están representadas por el sintoísmo y el sistema imperial. Estos elementos culturales tradicionales se integraron con los elementos culturales venidos del exterior, hasta llegar a formar algo peculiarmente japonés.

Esta situación permaneció así durante casi mil años, hasta la llegada del cristianismo, en 1549, con san Francisco Javier. Al estar ya bien asentado el pensamiento confucionista y el budismo en la cultura japonesa, el cristianismo se vio proscrito y perseguido en los cincuenta años siguientes a su primera introducción. La persecución del cristianismo (1587) fue un hecho excepcional en la historia japonesa, que tenía una tradición de asimilación cultural. Después de esa persecución, Japón cerró sus puertas a otros países (1639) y mantuvo esta política de aislamiento durante más de dos siglos. Reflexionar sobre esta etapa de nuestra historia servirá de ayuda, creo, para encontrar la metodología de la evangelización futura y para entender y resolver los problemas con que nos encontraremos.

La apertura del Japón (1853, llegada de Perry) y su modernización fue resultado de las presiones de países extranjeros. Para entonces el sistema social feudal se había colapsado y se había resucitado la institución imperial. También por entonces se levantó la prohibición contra el cristianismo: 1854 y 1865; descubrimiento de cristianos en Nagasaki.

El período Meiji (1867-1912) contempló el inicio de la modernización japonesa. Ponerse al nivel de Europa y América fue el objetivo prioritario. Hasta la Segunda Guerra Mundial, Japón hizo grandes esfuerzos para tener, en todos los terrenos, el mismo sistema de valores que tenían los países occidentales. Pero se suele decir que Japón lo hizo de manera singular. Entre otras cosas, este proceso condujo a la Segunda Guerra Mundial. Durante el período

Meiji existió la siguiente dinámica en Japón:

La coexistencia de una gran xenofilia por las cosas extranjeras y una gran xenofobia por las mismas cosas. Esta mezcla ha existido especialmente desde la época de la primera apertura a las naciones extranjeras, en la segunda mitad del siglo xix. La mezcla de estas dos actitudes ha continuado dominando en la vida intelectual japonesa. Se suele decir que todavía hoy no ha desaparecido la dinámica básica de este fenómeno. Se debe prestar mucha atención a esta realidad en relación al tema "la evangelización en Japón". Esto es especialmente cierto en la educación, campo en el que la Provincia de Japón está más profundamente comprometida.

Otros factores que han ejercido una profunda influencia en los japoneses de hoy han sido la derrota en la Segunda Guerra Mundial y el hecho de ser la única nación en el mundo que ha vivido la experiencia de la bomba atómica. Los efectos que tengan estos factores en el futuro serán importantes.

Sin embargo, a pesar de que se vea a Japón como un "estado de nacionalidad unitaria" y como una nación con ideología xenófoba, la estructura de la zona del Pacífico asiático en que se encuentra es tal, que la prosperidad sólo es posible allí a través de una mutua interdependencia entre las naciones de la región y el resto del mundo. Muchos japoneses piensan que esto es más especialmente cierto en el caso del Japón. Los japoneses de hoy son también conscientes de que la solución de los problemas culturales en las relaciones Oriente-Occidente y la ruptura económica existente entre Norte y Sur son las circunstancias que más les afectan.

II. Reflexiones sobre la cultura japonesa y sus fundamentos

El término "cultura" (bun-ka) lo usaremos en sentido estricto. Lo distinguiremos del término "civilización" (bun-me). Estas dos palabras japonesas son traducciones a ideogramas chinos de palabras extranjeras, pero en el proceso de traducción se le añadió algún matiz al significado primitivo.

Bun significa "hacer algo con las propias manos", es decir, se refiere a algo que no es resultado de procesos naturales, sino fruto del trabajo humano. Ka significa "cambio operado en la persona". Pero como el fundamento del cambio personal es espiritual o

psicológico, el término bun-ka significa "trabajo realizado por el espíritu humano".

Mei significa "el origen de la luz" y, también, "la luz". Su ideograma es la combinación de los ideogramas del sol y de la luna. Bun-mei, pues, hace referencia al resultado de la acción humana. Cuando los espacios oscuros se vuelven luminosos, la gente se reúne en ellos. Dichos espacios se convierten en ciudades. De este modo, por el trabajo de sus manos y con el uso de sus herramientas, los seres humanos convierten la oscuridad del mundo natural en espacios llenos de luz para ser habitados por el hombre. En efecto, los seres humanos controlan los objetos materiales, la naturaleza, etc. Este proceso implica un conocimiento de las ciencias naturales como soporte de la tecnología empleada.

Tomado en un sentido amplio, el término bun-ka (cultura) se refiere a todos los trabajos y acciones de los hombres; tomado en un sentido estricto, se refiere a los trabajos y acciones del espíritu humano. Bun-mei (civilización), en cambio, se usa referido a los trabajos y acciones realizados por los hombres en un sentido material: los logros conseguidos.

Para comprender el fundamento cultural del Japón, el método más fácil es reflexionar sobre la cultura llamada oriental y compararla con la cultura llamada occidental. Nosotros los orientales entendemos por Occidente esa parte del mundo que está dirigida por Europa y que tiene una doble tradición: la grecolatina y la cristiana. En rigor, esta idea sobre lo que es Europa tiene varios problemas; porque, ¿qué ocurre con América? ¿Y con el bloque soviético? ¿Y con África del Norte? De todas formas, cuando decimos "cultura occidental" tomamos la expresión en un sentido geográfico amplio.

Desde el punto de vista de la cultura, Oriente es más complejo que Occidente. Visto desde Europa, el Oriente incluye: el Próximo Oriente -Turquía, Arabia, Mesopotamia y la zona en torno a Irak-, el Medio Oriente -desde Irán y Afganistán hasta la región de la India- y el Extremo Oriente -desde China a Filipinas incluyendo Japón. Como se ve, una región geográfica muy amplia. Aunque el judaísmo y el cristianismo nacieron, ambos, en la región geográfica llamada Oriente, sin embargo se los incluye culturalmente en Europa.

En este trabajo usaré la expresión "cultura oriental" referida a esa cultura que sustenta a la cultura japonesa, es decir, a la cultura

que pasó de China a Japón y que aquí se mezcló con los elementos tradicionales japoneses.

Lo que ahora compararemos no son unos modelos organizados de fenómenos o datos, sino los elementos que afectan más a las estructuras básicas sobre las que se elevan las respectivas culturas. Y lo hago así porque muchos fallos en la evangelización y muchos problemas surgidos dentro de los institutos religiosos han sido el resultado, en mi opinión, de la falta de comprensión de nuestras estructuras culturales. Yo creo que la auténtica comprensión de una cultura y el verdadero "internacionalismo" vendrán de la comprensión de las raíces y fundamentos de esa cultura.

Antes de seguir, quiero hacer un comentario al concepto hantai (contrariedad). Este término no quiere decir contradicción, desacuerdo o negación del otro. También quiero decir que, en el curso de la historia, estas raíces o fundamentos de la cultura han sido de hecho compatibles, por lo que pueden, también de derecho, coexistir. De aquí nacen varias actitudes básicas con respecto a la cultura.

Ahora quisiera presentar una visión general de la estructura de la cultura japonesa. Aunque existen excepciones históricas con respecto a tales o cuales detalles concretos, ésta es la estructura generalmente más aceptada entre los profesores japoneses.

1. El lenguaje y el pensamiento

Es natural que estudiemos el lenguaje al hablar de cultura, porque el lenguaje está directamente relacionado con el pensamiento y la lógica que le subyace. Los lenguajes orientales y occidentales son muy diferentes; sobre todo, en el lenguaje ordinario. Un ejemplo lo tenéis en las presentaciones y hasta en el modo de poner la dirección en los sobres. Es una pena que no pueda dar ejemplos detallados, pero en las lenguas orientales, como el japonés, en la conversación diaria, la idea que subyace es la de que uno no es un ser individual, sino un miembro de un determinado grupo social. De ahí se sigue el hecho de que se da más énfasis a las relaciones espaciales/locales que a las temporales. Muchas palabras usadas como sujetos de las frases son términos que indican lugares. Por ejemplo: miya-sama significa príncipe imperial; miya = sitio donde vive el emperador o el mago. Okusama

significa hombre casado; oku = nicho íntimo, nupcial. Tonosama significa señor o príncipe; tono = mansión o palacio. Kanai significa la propia mujer; kanai = en la casa. Shuf in significa señor de la casa, cabeza de familia; shujin = centro o medio. Incluso los lugares sagrados en donde las divinidades, o kamigami, moran; kamigami = arriba.

No es necesario especificar en cada alocución el sujeto de la frase. La conversación nunca es una afirmación de sí mismo, sino que siempre se desarrolla dependiendo de la otra persona. Por esta razón, la conversación se realiza entre las dos partes intentando ajustarse psicológicamente la una a la otra: los sujetos (yo, tú, etc.) no importan mucho, se pueden suprimir, por lo que los contenidos de los diálogos parecen incompletos.

El nuestro no es, ciertamente, el proceso dialéctico de Occidente, que lo que pretende es presentar la verdad, sino lo que se ha llamado el dan gó oriental, es decir, un proceso "consultivo", encaminado a compensar los aspectos negativos mutuos, a disimular las carencias de ambas partes. Los caracteres escritos usados para registrar la comunicación son ideogramas. Estos ideogramas, que expresan una idea, eran originariamente jeroglíficos. La llamada a una intuición visual mantiene al lector consciente de la imagen total del carácter y pone la imaginación en funcionamiento. El uso de un alfabeto lleva a una conceptualización. Así, la conversación progresa lógicamente con la atención puesta en un proceso intelectual de conceptualización. En Oriente, en cambio, además de los sonidos que implica, la conversación se desarrolla cuando las dos partes están imaginando las formas de los caracteres. En este punto, las relaciones humanas entre los que hablan adquieren una fuerte dimensión psicológica, que implica el uso de la imaginación respecto al otro. El alfabeto como forma de escritura es racional y superior a los ideogramas; sin embargo, la intuición y la creatividad tienen mayor importancia en las culturas basadas en el uso de los ideogramas chinos, y estos caracteres tienen otra gran función, aparte de la de ser un tipo de escritura.

2. La naturaleza de la lógica

La lógica es un principio básico del pensamiento humano. En esto están de acuerdo Oriente y Occidente. De todos modos, la forma de pensar la verdad -la especulación sobre ella, sus

contenidos y formas de expresión- varía. ¿No se ha dicho que en Occidente la verdad se expresa en un lenguaje lo más lógico posible? Aunque no creo que todo lo que se haya pensado sobre la verdad en las culturas occidentales se haya expresado perfectamente. De todos modos, el hecho de expresar algo con palabras es ya un intento de precisión. Como proceso, es a la vez una abstracción y una cuantificación basada en conceptos.

En cambio, en la forma japonesa/oriental de pensar, la verdad no es un proceso de clarificación. La verdad significa completar, mediante los propios esfuerzos, la naturaleza incompleta de uno mismo y llevarla a plenitud. En Oriente, lo que uno piensa no se expresa con palabras, sino que se transmite al otro mediante la personalidad propia, que se revela también en el silencio e incluso en la acción. Hay que prestar mucha atención a este aspecto en la práctica de la vida religiosa y en la evangelización en Japón.

Desde luego, ciertos tipos de verdad, sobre todo en el campo de las ciencias naturales, implican el análisis y su fijación de forma proposicional. Pero, más que considerarlas verdad per se, deberían verse como explicaciones de fenómenos particulares. Pero a la base de esos fenómenos hay una existencia que abarca la totalidad. La explicación de fenómenos puede ser asumida por la inteligencia humana desde diferentes perspectivas culturales sobre la verdad. Por eso no es extraño que Japón se encuentre en los más altos niveles mundiales de educación en las ciencias naturales. También es fácil comprender por qué Oriente se ha retrasado en este campo y por qué los países de Asia podrán actualizarse por medio de la educación.

3. Religión y trascendencia

¿Qué es la religión? El conjunto de relaciones que las personas tienen con la divinidad. Y a la inversa: las relaciones de la divinidad con los seres humanos. De todas formas, el término religión -shú-kyó- se expresa con unos ideogramas que quieren decir "enseñanzas fundamentales". No se requiere necesariamente una revelación. El término religión es algo que da fundamento al comportamiento moral cotidiano de un individuo. Es la traducción de la palabra occidental religión. Incluso nuestro sentido básico de la palabra Dios es distinto del que tiene en Occidente. En Oriente, cuando una persona muere, se convierte en un dios o budha. Por

supuesto, el comportamiento de esa persona durante su vida se tiene en cuenta. Pero el hecho indica una diferencia en la manera de pensar de Oriente y Occidente. En Oriente, la religión es la iluminación -es decir, el conocimiento y las prácticas que llevan a ese conocimiento- alcanzada por algunas personas eminentes por medio de unas prácticas religiosas, posteriormente sistematizadas, relativas a los misterios del mundo. Por eso la religión es relativa y tolerante. Las religiones monoteístas afirman su absoluta certeza y son excluyentes. Muchos profesores dicen que ésta es una de las principales razones por las que le ha sido muy difícil al cristianismo llegar a formar parte de la vida japonesa.

Además, al ser la religión una acción humana, se incluye, en el marco general de la cultura. Los modelos de comportamiento religiosos han llegado a formar parte de los modelos de conducta social japoneses. Así, por ejemplo, en los últimos años, algunas celebraciones cristianas, como la Navidad o la Pascua, se han hecho costumbres japonesas. En Oriente, especialmente en Japón, donde se acogen indiscriminadamente todo tipo de cosas, las ceremonias de todas las religiones del mundo se celebran como acontecimientos culturales. En Occidente hay conciencia de que, aunque la religión y la fe religiosa sostienen la cultura, son dos cosas distintas. En Occidente uno puede ser un hombre muy cultivado, culturalmente hablando, y no tener ninguna religión. Exagerando un poco, en Japón un individuo que fuese miembro de diferentes religiones sería considerado una persona muy culta.

Tanto en Oriente como en Occidente las religiones reconocen que los seres humanos son imperfectos. Pero difieren en la manera de entender la liberación de esta imperfección o condición pecadora. En Oriente el concepto básico se llama jobutsu: alcanzar la condición de budha. El término se usa también en relación a las personas fallecidas. Al morir, una persona se convierte en budha. La atención se centra en la acción del ser humano. Esto se matiza con el concepto de que, para llegar a ser perfectos, se necesita creer en Dios y en su gracia. Se ha dicho que el concepto de gracia era poco importante en el budismo antiguo. De todas formas, al entrar el budismo en Japón, procedente de China, aparece el concepto de gracia. Éste es un tema sometido a estudio actualmente en Japón.

Hay que destacar que en las religiones orientales:

- No se dice casi nada de un creador sobrenatural.

- Los grandes fenómenos de la naturaleza se ven como manifestaciones de lo divino; no existe distinción entre el mundo divino y el natural, incluido el humano.

- Es difícil entender lo que dice la revelación cristiana sobre la relación existente entre los hombres y el orden sobrenatural.

En cambio, en la cosmovisión occidental representada por el cristianismo:

- Al margen de que se acepte o rechace la noción de un creador sobrenatural, existe la comprensión compartida de los contenidos del problema.

- Existe el reconocimiento de que, si se admite que tanto los hombres como el mundo natural carecen del fundamento de sus existencias en ellos mismos, se requiere la existencia de un creador.

- Se acepta que es bueno para la raza humana dominar el mundo natural y que esto ha sido confiado a la humanidad por el creador.

Además, en la fe cristiana es esencial el hecho de que el ser humano no sólo está ordenado al mundo natural, sino también al mundo sobrenatural. La ordenación del hombre a lo sobrenatural incluye lo natural. Este concepto cristiano es muy difícil de comprender por un japonés.

Finalmente, me gustaría tratar brevemente el problema del pecado. En Occidente, especialmente en el cristianismo, el pecado no es solamente una imperfección, un acto ilegal, un fallo moral. Es, como se dice tradicionalmente, una mancha en el alma, algo que no puede ser borrado por el mismo individuo. En cambio, el concepto oriental del pecado se puede describir de esta forma:

Se da, naturalmente, el aborrecimiento del pecado, pero no se entiende que existan preceptos divinos ni la necesidad del perdón divino. Se piensa que una persona que ha pecado y no se duele de ello está "sujeta" a cosas triviales. Todos los pecados, tanto los de índole personal como los de carácter social, pueden ser purificados por la oración y se quitan mediante ciertos ritos (ceremonias). El arrepentimiento humano, en el sentido cristiano, no es necesario. Es una ética basada en los lapsus de memoria, una ética del olvido. Hay una comprensión de la naturaleza, que con su propio poder

puede limpiar los pecados. Uno de los elementos del satorí, la iluminación de que habla el budismo, implica el gedatsu, es decir, la liberación de todas las cosas (pecado, pasiones, apegos...) y el olvido de ellas.

4. Ética y moral

Donde haya seres humanos, y con independencia de la esfera a que pertenezcan, allí aparece la importante cuestión de cómo mantener el orden en las relaciones entre ellos. De todos modos, este orden en la sociedad humana no es, en sí mismo, el objetivo principal: lo importante es lo que ese orden asegura, lo que produce. Por eso una sociedad nunca puede negar la importancia de la ley; ni de la moral, que es lo que sustenta a la ley.

Se podría definir la moral como "la propia conciencia del ser humano de mantener el orden". La ley se podría traducir, además, como "las reglas dictadas por los hombres con la finalidad de mantener el orden social". Como todos los hombres poseen esta conciencia particular, por eso se dice que es universal. Al mismo tiempo, como toda acción humana, las manifestaciones concretas y el desarrollo de la moral adoptan formas especiales según los países y los momentos históricos.

El desarrollo ético, que puede ser considerado también como soporte de las acciones humanas, se sitúa entre el intento y el error. La religión y la cultura están profundamente conectadas con este proceso. En los terrenos de la religión, de la cultura y de la moral es muy importante tener presente que lo que por naturaleza debiera ser absoluto, se convierte en relativo cuando se concreta en el curso de la historia humana. Pero no voy a dar ejemplos para comparar las diferencias entre la moral oriental y la occidental.

La moral, tal como se definió anteriormente, requiere dos premisas: persona (jin-kaku) y responsabilidad (seki-nin). Me gustaría hacer notar el diferente énfasis que dan a estos conceptos las dos culturas. Pero antes creo necesario explicar la palabra "ética". El término rin-ri gaku es una traducción al chino del término griego ética. El japonés usa los mismos ideogramas que el chino, pero el sentido del término griego y el del chino/japonés son algo distintos. Rin-ri significa las reglas que los hombres necesitan para la convivencia. En Oriente, ética es, por así decirlo, el estudio de las relaciones humanas. El sentido es diferente del que tiene en la

sociedad grecoeuropea, que considera que los hábitos y el carácter individual son el fundamento de la ética.

La persona (jin-kaku) está en el centro de los procesos de la conciencia interna del individuo. El hecho de la existencia misma significa que el ser humano vive como un individuo dotado de inteligencia y voluntad, que comprenden la interioridad de la persona. La dignidad y los límites del ser humano se fundan en esta realidad interior que es la persona que los mantiene. La influencia del cristianismo aportó claridad al concepto de persona. Se suele decir que ésta ha sido una de las mayores aportaciones de la cultura occidental a la historia humana.

Por otro lado, sin embargo, muchos expertos han señalado que en Occidente la palabra responsabilidad (sekinin) no ha sido conceptualizada de forma clara hasta los siglos recientes. Esto no quiere decir, por supuesto, que la responsabilidad estuviera ausente antes en la sociedad cristiana occidental. La teología moral siempre ha dicho que vivir responsablemente es un deber revelado. Empezando por los santos que murieron martirizados por su fe, un número incontable de personas han vivido una vida de responsabilidad.

Como dijimos anteriormente, la conceptualización, en Occidente, de la responsabilidad en su sentido corriente de "si un individuo ha cumplido o no el papel que se le había asignado" es de origen bastante reciente. En Europa, por el contrario, las expresiones deber individual (gi-mu) y responsabilidad individual (seki-nin) fueron utilizadas de manera similar.

Un tema importante en Oriente, especialmente dentro de las culturas china y japonesa, subyace a la dinámica de las relaciones humanas cotidianas. El fundamento de la existencia humana, si seguimos las tradiciones orientales, no reside en la individualidad (ko jin-sei), sino en la interindividualidad: la relación persona a persona. La esencia del pensamiento de Confucio se centra en el jin o virtud perfecta; es decir, en la relación que debiera existir entre dos personas. El yo es entendido como algo dinámico que se determina dentro del contexto de la relación con otras personas.

Lo más importante en China y en Japón es si uno cumple o no su responsabilidad. Debido a la influencia del pensamiento confucionista, este concepto ha llegado a ser parte esencial de la psicología japonesa. Suicidarse por no poder cumplir con su

responsabilidad social es una manifestación de respeto hacia esta responsabilidad, que es considerada más importante que la propia vida. El esfuerzo por conservar el honor antes que la vida está relacionado con el concepto de responsabilidad (Cfr. Benedict, Ruth, El crisantemo y la espada). Se dice que en la cultura japonesa no hay distinción entre hin-i (dignidad) y hei-yo (honor). Por lo demás, el concepto de substancialidad del yo o persona es, en Oriente, de origen bastante reciente.

Como consecuencia de todo esto, el respeto por el concepto de la vida, aunque conectado con el de la muerte, es muy diferente en Oriente del que le tienen en Occidente. Este respeto llega a ser importante en el desarrollo de una espiritualidad. Entre nosotros, el dicho "uno no hace a los otros lo que no se les debe hacer" es una parte importante de la ley del amor al prójimo que aparece en la relación con los otros. Esto es diferente conceptualmente y en términos de énfasis del "yo" como sujeto que aparece en la expresión "haz a los otros lo que te gustaría que ellos te hicieran a ti".

Finalmente, me gustaría explicar brevemente las maneras oriental y occidental de entender la naturaleza. Si se analiza bien la historia, se encontrarán bastantes excepciones a lo que voy a decir; de todos modos, Oriente y occidente tienen distinto punto de vista sobre la relación que existe entre la naturaleza y el hombre.

Aunque hay una distinción entre costumbres (hábitos de vida) y ética, existe un nexo entre ellas. En Oriente, en Japón, el mundo natural es visto básicamente como un maestro o modelo de vida. El mundo natural ha dado origen a innumerables dichos y refranes. Si alguien gasta un objeto natural, se celebra un oficio en recuerdo del objeto, lo mismo que se celebra un servicio por una persona que ha muerto. Como partecitas que son de la naturaleza, los seres humanos pertenecen a la Madre Naturaleza, que todo lo abarca. En esta visión los hombres se adaptan a la naturaleza y ésta los mantiene en vida. ¿Qué ocurriría si se introdujera una visión distinta de la naturaleza? El primer efecto sería, probablemente, la confusión.

En la cultura occidental, en cambio, cada persona es considerada como una entidad individual; si surgen limitaciones por razón de las necesidades, los individuos entran en competencia. Esta forma de vida da lugar a semejantes relaciones; una insistencia en lo individual convierte este peligro en realidad. En relación con la

naturaleza, ésta necesita ser dominada por los hombres para que éstos puedan existir. De estos factores se deriva la necesidad de mantener los deseos personales bajo control, para la consecución del bien común o del bien mayor. ¿No es éste el tipo de ética que aparece incluso sin la noción del pecado original? Desde que la cultura europea entró en la edad moderna, se afirmó en esta postura ética, postura que se desarrolló contra la civilización humana. Desde la manera oriental de ver las cosas se puede entender bien esta tensión frente al bien común o al bien mayor.

¿Cómo se explica la contradicción que existe entre la visión oriental de la naturaleza arriba descrita y la destrucción actual de la naturaleza llevada a cabo por compañías japonesas, por ejemplo, en los bosques tropicales de los países del Tercer Mundo? Algunos japoneses dicen que se debe a que están tomando la manera occidental de entender la naturaleza.

5. La filosofía del arte

La manifestación más clara del contraste existente, entre Oriente y Occidente, en el campo del arte se encuentra en su filosofía y su desarrollo histórico. Las artes occidentales comenzaron con la imitación o reproducción: mimesis o representación. Sobre todo desde, más o menos, el siglo xviii, la "expresión" -hyó-gen en japonés-, entendida como "sacar lo que uno lleva dentro", se convirtió en un ideal.

Las artes orientales se desarrollaron exactamente en dirección opuesta. En China, expresar la integración del espíritu humano con la naturaleza fue la principal finalidad, y el ideal clásico lo constituyó el sha-i, es decir, la representación de los sentimientos y los pensamientos. El kei ji, o imitación de formas, y el sha-sei, o representación de las cosas tal y como son, surgieron en épocas modernas.

Por supuesto que en las artes griegas, especialmente en las bellas artes y en la poesía, es muy importante observar cómo la mimesis, o reproducción imitativa, que allí se encuentra está relacionada con la subjetividad humana. Además, la conciencia o falta de conciencia de la subjetividad es un problema del arte contemporáneo mundial. Esto ocurre especialmente cuando alguien responde a la pregunta "¿Qué es lo que constituye a un objeto como bello?". Porque lo esencial no es algo exterior a la conciencia

humana, sino el espíritu de la persona que percibe el objeto como bello. Lo cual no quiere decir que el mismo objeto visible no tenga nada que decir, sino que lo más importante es cómo uno percibe y ve el objeto.

El arte de Oriente ha buscado, generalmente, el complemento del uso de la imaginación y las emociones, que no pueden verse con los ojos. Esto es especialmente cierto en el caso de algunos poemas japoneses, como el waka, poema de 31 sílabas, y el haiku, poema de 17 sílabas. Lo que se intenta hacer es comprender y expresar algo, tomando el objeto como un tema y una forma de expresión, como algo entre lo que puede ser visto y lo que no se puede ver. Por ejemplo, al componer un poema sobre la luna, se podría describir una luna oculta entre nubes como referencia a cualquier otro objeto. El uso de este método se interpretaba como signo de que el poema era de gran calidad artística.

La verdadera belleza no puede verse, está detrás de lo visible. Por medio de objetos visibles podemos imaginar y expresar la belleza y, por tanto, comprenderla. Alguien objetará que el ideal último del arte en Occidente también es el mismo, y que lo anteriormente dicho no es privativo del arte oriental. Esto es cierto en los tiempos actuales. Hemos visto un desarrollo histórico que tiene lugar en la expresión de la belleza en las artes; a pesar de las diferencias del pasado, la expresión y percepción de la belleza en Oriente y Occidente son hoy muy similares.

Considerando el tema más profundamente, necesitamos responder a la pregunta de si ambas concepciones son exactamente iguales. Es la pregunta sobre cuál es el ideal de belleza, la cima de la belleza. En Oriente, el concepto de belleza (bi) se observa estrictamente desde el lado o perspectiva humano. El ideograma chino de bi está compuesto por otros dos ideogramas: el de "oveja" y el de "grande". En este caso, la oveja es la ofrenda o sacrificio hecho a los dioses. Es la dimensión humana que actúa. Lo mejor que uno tiene se le ofrece a otro. El otro puede ser un dios o alguien que se ama. Dejando al margen el problema de si semejante acción indica o no una relación con el mundo sobrenatural, en el sentido cristiano o europeo, se puede constatar que la iniciativa parte del mundo de los seres humanos.

Por otro lado, la belleza, o bi, ¿no está basada, en Occidente, en un mundo que trasciende la iniciativa de los seres humanos? La belleza en este mundo es sólo una sombra de la verdadera belleza,

que es un misterio. En la forma de pensar basada en el misticismo occidental que comienza con Platón, el poder humano no llega a ningún sitio. Está basado en una divinidad dualista, en la cual la belleza última, fundada en la mimesis humana, se derrumba pronto. La belleza, o bi, en la tradición occidental está, al final, relacionada a un misterio y en conexión con una luminosidad y una gloria que superan la naturaleza; una luminosidad que viene de lo alto, una belleza que proviene de la salvación. La iniciativa parte de la divinidad de lo alto.

La anterior explicación es aplicable también al desarrollo de la música. La música se desarrolló en China para celebrar ritos en honor de los antepasados. En general, el desarrollo de la música se operó en terrenos que tenían poco que ver con lo moral o lo religioso. La música ritual china, el gagaku, música de la corte imperial, y otras de este tipo han desaparecido casi totalmente. Desde, más o menos, el siglo xv, la música en Japón era algo realizado por un intérprete en un banquete o en un juego. La música como arte avanzada sólo se recuperó con la introducción de la música occidental y el replanteamiento que hicieron los japoneses como respuesta a esta introducción.

¿No se han dirigido todos los progresos históricos en Europa, en este campo al menos, hacia lo sagrado, aunque no estén asociados directamente con la Iglesia, y no tienen alguna relación con acontecimientos ligados a las alegrías y las tristezas de la vida humana? La condición erudita de tales progresos se dio más en las esferas de la ciencia y la filosofía que en la del arte. Éstos fueron actos humanos que combinaban inteligencia y religión y se dirigían hacia un misterio oculto.

Como dice Imamichi Tomonobu, Japón aceptó la música occidental como "sónica", o "técnicas del sonido", y pasó mucho tiempo antes de que los japoneses asumiesen la música occidental como "música" u "oración al misterio".

6. Un punto de vista respecto a la cultura

En la presentación de los temas Ética y Arte (apartados d y e, respectivamente) y de otros asuntos en los que los actos humanos están profundamente conectados con la cultura, lo mismo en Oriente que en Occidente, nos hemos fijado en la compatibilidad que existe entre estas dos culturas y hemos visto un camino hacia

su complementariedad. Tales elementos se basan en

la cultura. Aunque existe una diferencia en el Lenguaje, en la Lógica y en la Religión (apartados a, b, c), elementos que los seres humanos no tienen completa libertad para cambiar, debido a los límites establecidos sobre ellos por el destino en el curso de la historia de los acontecimientos humanos, se está desarrollando un movimiento en la misma dirección. Quiero decir que lo que estaba formalmente en una situación de contradicción se está orientando ahora en el sentido de la complementariedad y la interdependencia.

Cuando consideramos las culturas oriental y occidental, hay dos posiciones interpretativas. ¿Deberían entenderse esas culturas como autosuficientes, es decir, no necesitadas la una de la otra, o deberían verse como complementarias? Las comparaciones culturales que he ofrecido en este texto son muy limitadas. Pero aun basándonos en esas comparaciones, creo que podemos comprender, por una parte, los límites de ambas culturas y, por otra, la interdependencia que existe entre ellas. Esta comprensión es de capital importancia cuando tratamos el tema de la evangelización. Este tema no se puede estudiar superficialmente, se deben tener en cuenta los problemas culturales más profundos.

Todas las culturas están orientadas hacia la verdad, a la que se refieren como a un secreto escondido. La verdad es absoluta y única, pero los hombres se acercan a ella desde sistemas culturales que ellos mismos han creado y que son imperfectos y relativos. Lo mismo nos refiramos a la cultura que a la civilización, ambas están limitadas por su marco histórico. Sin embargo, tampoco estoy sugiriendo que, en términos de realidad histórica, todas las culturas sean cualitativamente iguales. Se puede ver en la historia la transición desde formas culturales primitivas a formas culturales más avanzadas cualitativamente. En otras palabras: existe una jerarquía en la civilización cultural. Aunque sólo Dios sabe cómo se desarrollará en el futuro dicha jerarquía.

Otro problema es si dentro de esta jerarquía es posible admitir que hay culturas de aproximadamente la misma calidad. Estas culturas pueden no ser completas en sí mismas. Pero en el reconocimiento de la necesidad de una complementación mutua como compensación de deficiencias, lo cual depende de si se admite o no que tengan igual grado, se determina la propia actitud hacia las culturas ajenas. Axiológicamente también, e incluso desde los datos de la evolución histórica, ¿no tendríamos que admitirlo?

Naturalmente, no podemos fácilmente decir enseguida que tal cultura concreta es superior, objetiva o axiológicamente, a tal otra. Si lo hiciéramos, nos convertiríamos en absolutistas .culturales. En este caso, el diálogo entre distintas culturas sería imposible.

Lo que debemos hacer es situarnos firmemente en los sistemas de nuestras respectivas culturas y trabajar de forma positiva para comprender y ser receptivos a otros sistemas culturales. Esto no quiere decir que tenga que darse un cierto compromiso, mezcla de varias culturas. Debe hacerse de modo que todos y cada uno de nosotros, con nuestra propia cultura y las de los demás, alcancemos directamente a Dios, porque es Dios quien dirige todo en la historia y en una única dirección.

En todos los sentidos, nuestra época actual se encuentra en un estado de desorden. En primer lugar, debido a la revolución tecnológica; nuestro medio ambiente está mostrando signos de un cambio cualitativo. Los progresos en las ciencias naturales han desembocado en una tecnología que ha cambiado cualitativamente nuestra relación con la naturaleza en general. Además, lo material está llevando lo espiritual a la confusión. La cultura contemporánea se encuentra en un período histórico en el que se exige una revalorización fundamental del pasado. El problema de los roles sexuales, la relación entre las generaciones mayores y las más jóvenes, las relaciones entre Oriente y Occidente, entre Norte y Sur, entre naciones de la misma área histórica y cultural, etc., deben ser tratados como problemas complementarios. Entre otras razones, porque hasta ahora no ha sido posible dar el orden para el encuentro que debe darse en estas relaciones.

En medio de todo esto, ¿qué necesitamos nosotros para renovar la vida religiosa viviendo el carisma de nuestro Fundador? ¿No es, en realidad, una vuelta a la consideración de los elementos esenciales de la vida marianista? Esto no parece particularmente nuevo del todo.

III. Papel jugado por la Compañía de María en Japón, durante el siglo XIX, en el desarrollo de la sociedad japonesa contemporánea

En el curso 1988-1989, la Provincia de Japón celebró el centenario de la llegada de los cinco primeros misioneros marianistas a Japón. No creo que "la evangelización a través de la

labor educativa en los colegios” llevada a cabo por los misioneros enviados por el Buen Padre Simler fuera un error. En Japón, en la actualidad, sólo alrededor del 0,3% de la población es católica: unas 450.000 personas. Que los católicos se hayan ganado sus derechos como ciudadanos, es decir, el reconocimiento de la sociedad japonesa, puede ser atribuido, en primer lugar, al hecho de que los institutos religiosos católicos, tanto masculinos como femeninos, y empezando por la Compañía de María, han llevado a cabo la evangelización, en su mayor parte, por medio de colegios. Lo que Japón, como nación, buscaba cuando abrió sus puertas al mundo exterior -necesitaba comprender la cultura y la civilización occidentales- coincidía con lo que ofrecían las escuelas misioneras.

Sin aportar demasiada información estadística, creo que se puede afirmar que la Compañía de María ha desempeñado el papel más importante en la educación católica en Japón. Hoy mismo, en la Iglesia japonesa, de los dieciséis obispos activos que hay en la actualidad, cinco han estudiado en colegios marianistas. Muchos antiguos alumnos de nuestros colegios y muchos padres de los alumnos actuales ocupan puestos de responsabilidad en el gobierno y en la economía. Esto es especialmente cierto en el mundo de la política: al menos diez miembros del Parlamento Nacional japonés son antiguos alumnos marianistas. Tres de ellos han sido ministros de Educación, con lo que tuvieron gran influencia en la educación nacional. La influencia directa e indirecta de nuestra evangelización por medio de personas vinculadas a nuestros colegios ha sido significativa.

Sin embargo, hay una pregunta muy importante: ¿Por qué no aumenta el número de los que desean bautizarse? ¿Por qué son tan pocos? Empecemos por aclarar que es un problema que no afecta sólo a la Compañía de María, sino que atañe a todos los católicos implicados en el trabajo de la evangelización en Japón. No se ha encontrado respuesta. De todas formas, los marianistas necesitamos pensar seriamente, una vez más, en los esfuerzos que realizamos en el campo de la educación, porque nuestra labor de evangelización está íntimamente relacionada con la cultura. Sobre todo, con la educación, porque educar es evangelizar por medio de la cultura. Por esta razón he dedicado mucho espacio, en estas páginas, al problema de la cultura.

IV. Directrices para una evangelización en Japón y diversos problemas que afectan a la Compañía de María

Antes que nada, permitidme describiros brevemente mis antecedentes personales. Nací de padres católicos y fui bautizado de niño. Me crié en la isla de Hokkaido, en el norte. Hay muy pocos católicos en Japón y menos aún en la región de Hokkaido. No había casi ninguno en los alrededores. Fui a la escuela elemental durante la Segunda Guerra Mundial. El hecho de ser un japonés que practicaba "la religión del enemigo" me dio la experiencia de tener que aclarar mi postura personal ante mis compañeros japoneses. Desde mi infancia hasta ahora he estado cargando con la doble tarea de vivir, en el marco de la cultura japonesa, a la vez como japonés y como católico. Pero, incluso ahora, no tengo respuesta a muchas preguntas planteadas por esta situación.

Mi experiencia personal es distinta de la de los japoneses que se bautizaron ya de adultos, porque éstos tenían una comprensión general de lo que es la fe católica y la aceptaron tal cual es. Por supuesto, después del bautismo, también ellos se tuvieron que enfrentar a diversos problemas por pertenecer a una Iglesia "de corte europeo". Una posición intermedia es la de los que nacieron católicos y aceptaron con naturalidad las enseñanzas católicas. En ciertas situaciones concretas de la vida, sin embargo, también ellos sufren la experiencia de ser considerados "distintos" por los japoneses de su entorno.

Estas experiencias, y otras parecidas, demuestran que los problemas culturales son distintos de los problemas relacionados con la civilización, porque los primeros son absolutamente fundamentales para la vida humana. No hay respuestas sencillas a semejantes problemas. Creo que pasarán una o dos generaciones, o más, incluso, antes de encontrar respuestas que nos permitan avanzar. Dar soluciones precipitadas produciría el efecto contrario de crear nuevos problemas.

Mi opinión personal respecto a la evangelización en Japón es que, al igual que la época que vivimos es confusa, así también lo es el problema de la evangelización. La Iglesia japonesa actual se parece exteriormente a la Iglesia postconciliar. Hay una diferencia sin embargo: los católicos japoneses carecen de una comprensión, a la vez, de lo que es el catolicismo en sí mismo y de lo que es la cultura japonesa y la cultura oriental en general. Esta afirmación puede parecer un poco cruel. Las soluciones acertadas a los

problemas se encontrarán, en definitiva, a través de un proceso de intentos y errores por parte de los católicos que vivan en el contexto japonés. Las soluciones vendrán por la vía de las experiencias de vida y a través de una mejor comprensión de la cultura japonesa. No hay prisa.

Como marianistas, tenemos ciertamente que evaluar los medios de evangelización que estamos empleando. Y también tenemos que evaluar cómo estamos formando a los marianistas que van a evangelizar usando esos medios.

En primer lugar, voy a pensar en nuestros medios de evangelización. Los esfuerzos de la provincia de Japón se han centrado en los colegios, y durante un tiempo nada podrá sustituirlos como medios. Si se nos exigiera una evaluación, tendríamos que aclarar si nosotros consideramos a nuestros colegios como unos medios de evangelización, tal como el P. Chaminade previó. Si nuestra misión en el mundo futuro va a ser la "evangelización de la cultura", debemos revalorizar la educación en general, incluyendo la educación en los colegios. Los colegios tienen que sentir una verdadera responsabilidad, la de servir como instrumento de evangelización. Y dentro de este marco, la provincia de Japón debiera orientarse, en el campo de la educación, hacia la elección de las áreas que den más juego a sus posibilidades.

En relación con esto, hay muchas áreas referentes al reclutamiento y a la formación -sobre todo la formación- que requieren una revisión a fondo. Aunque la Compañía de María en Japón había centrado sus esfuerzos evangelizadores en los colegios, en muchos aspectos no había dedicado tiempo suficiente a la formación de los marianistas para este trabajo. Antiguamente, para un misionero marianista europeo o americano, enseñar en Japón su propia cultura tenía un sentido por sí mismo. De hecho, el sistema educativo adoptado por Japón fue, y continúa siendo, esencialmente europeo; por ejemplo, los currícula de ciencias naturales, de humanidades, etc. Por todo ello, si un marianista japonés no tenía una buena comprensión de la cultura japonesa y de la cultura europea, fallaba como educador. Aunque eligiera enseñar cultura europea (una lengua europea, historia europea, etcétera), tendría necesidad de apoyarse en la comprensión de la cultura oriental. El marianista japonés tiene, pues, una responsabilidad distinta de la del marianista europeo o americano que vino a Japón como misionero. Tenemos que hacer esfuerzos, en este sentido, en

nuestros programas de formación. Tenemos que ver, incluso, si existe o no conciencia de este problema en la Provincia de Japón. Y si existe, en qué grado.

Tampoco se ha estudiado bastante el carisma que la Compañía de María recibió de su Fundador. No se ha dado casi ninguna idea sobre cómo implantar ese carisma en el contexto de la cultura japonesa.

Japón siente verdadera necesidad de una nueva cultura y de una ética que sostenga esa cultura. Japón ha entrado en el grupo de las naciones avanzadas y ahora está empezando a ser consciente de lo importante que es la internacionalización cultural.

El japonés actualmente en cargos de dirección en el país cree que Japón fue derrotado hace cuarenta y cinco años, en la Segunda Guerra Mundial, por la superioridad material de Occidente. Yo mismo quedé abrumado por el bienestar material de los Estados Unidos. Dejando a un lado otros factores, ha sido en este campo, el material, donde Japón se ha esforzado, desde que acabó la guerra, para alcanzar a Europa y los Estados Unidos. Ésta no fue la única tarea que cumplir. Soy de la opinión, sin embargo, de que Japón debe trabajar ahora por conseguir una cultura avanzada, cada vez más elevada, pero una cultura internacional.

La Compañía de María debe tener en cuenta los medios para una mayor cooperación internacional: cooperación en el campo de la formación y en el de la evangelización. Si estas formas de cooperación se llevan a cabo de forma concreta, en un tiempo no muy lejano será posible dar los siguientes pasos en los campos de la cultura, nuestra vida religiosa y nuestra misión.

Finalmente, en el momento presente de la historia, cuando el materialismo (la tecnología) envuelve el mundo y cautiva el espíritu humano, tenemos que afirmar una vez más que sólo Nuestra Señora es capaz de hacernos salir victoriosos de esta nueva herejía.

Probablemente, el Capítulo General marcará a toda la Compañía unas metas para estos cinco años próximos. Creo, con todo, que el Capítulo debería ser muy cauteloso al abordar cuestiones relativas al campo de la cultura.

También creo que si la Compañía de María quiere continuar la tarea de la formación y de la evangelización en el ámbito cultural, y, además, hacerlo a escala internacional, Japón podría ser un campo

de ensayo de dicho empeño.

La misión de los marianistas es transmitir el mensaje revelado por Dios. El mensaje es Jesucristo, que se hizo Hijo de María. Ahora bien, ese mensaje no está circunscrito a una cultura o a una nacionalidad, sino que debe ser proclamado en todas las culturas. En este proceso, cada marianista debe vivir dentro de los límites del ser y existir que le hayan sido dados. De cualquier modo, cuando un marianista se entrega a la tarea de Dios, puede trascender esos límites por medio de la acción interior de la gracia. Esta guía divina supera lo que los hombres pueden hacer por sí mismos. La asistencia de Dios es absolutamente necesaria, y también la ayuda de María, dispensadora de todas las gracias. Ésta es la enseñanza de la Iglesia y de nuestro Fundador. Para nosotros, marianistas, es el punto de partida al que debemos volver.

(Traducción: José María Alvear SM.)

**IV. PARA CONTINUAR
EL DISCERNIMIENTO INICIADO**

1. El camino del discernimiento

P. LUIS CASALÁ SM

Introducción

En su position paper para el Capítulo General, Roberto Wood citaba a R. Allers, quien afirma que el futuro de las congregaciones religiosas depende de que cada religioso se transforme en el Fundador, es decir, adquiera su mentalidad.

La vuelta al espíritu primitivo ha sido uno de los criterios fundamentales en el proceso de la renovación de la vida religiosa. Desde luego que el "espíritu del Fundador" es un don de Dios que brota de la particular experiencia fundante de un hombre que vivió en un contexto histórico bien concreto. Esto plantea dos problemas: 1.º, la posibilidad de que ese don se transfiera a sus discípulos, y las formas y condiciones como se transfiere y se vive; 2.º, la adaptación que requiere ese don a situaciones históricas y culturales distintas de las del Fundador.

Sin una adecuada respuesta a estos problemas, que designamos como "transferencia" y "adaptación", la supervivencia del carisma del Fundador resulta imposible.

Dicho esto, debemos añadir enseguida que debe evitarse el riesgo de entender el "don de lo Alto" y las circunstancias históricas y culturales como dos cosas independientes que sólo tienen entre sí una relación extrínseca o meramente funcional. En realidad están tan unidas entre sí mismas que, al distinguirlas, se corre el riesgo de desnaturalizar lo que se intenta comprender. Porque el "don de lo Alto" recibido por el Fundador no es otra cosa que una respuesta evangélica a unas circunstancias histórico-culturales concretas. El Fundador no puede ser entendido fuera del contexto de su tiempo.

Se trata, por tanto, de revivir y actualizar una "experiencia espiritual". En esto consiste el gran desafío que nos deja pendiente el Capítulo General.

Cuando nos preguntamos sobre el método y el modo para continuar el proceso iniciado por el Capítulo General, no nos estamos preguntando, simplemente, acerca del modo de estudiar y analizar críticamente la cultura moderna. Los capitulares tenían buena conciencia de ello. En ningún momento intentaron hacer análisis exhaustivo de la cultura moderna.

Tampoco se sintieron con capacidad, fuerzas o lucidez suficiente como para realizar un discernimiento acabado. Por eso expresan que "El Capítulo no ha hecho más que comenzar discernimiento que debe continuarse en cada comunidad" (MC 2). Reiteradamente, los capitulares expresaron su conciencia de que la cultura moderna está marcando nuestra vida y que nuestra misión, hoy, consiste en evangelizar esa cultura.

Lo que no se dijo explícitamente, pero subyacía como intuición básicamente compartida, es que "en lo que nos pasa" hoy como Compañía, la crisis que vivimos, tiene mucho que ver el modo en que nuestra vida religiosa marianista se relaciona con la cultura moderna.

De ello se desprende que la tarea a proseguir no consiste en un simple análisis sociológico de la cultura en que vivimos. Como queda bien claro en la introducción al documento capitular que hace el P. Quentin Hakenewerth, el objetivo que se nos propone es examinar o discernir nuestra vida y nuestra misión marianistas en la cultura que nos rodea. Y también queda reflejado en el documento capitular que esto es más que un análisis sociológico que apunte a realizar algunos "pequeños ajustes", y que se trata de entrar en un proceso espiritual mucho más profundo: La apertura al Espíritu Santo y la escucha de la Palabra de Dios, a la manera de María y siguiendo su ejemplo, nos permitirán reconocer la acción de Dios en la cultura... (MC 2).

Siguiendo al P. Arrupe, podríamos sintetizar así nuestra tarea postcapitular: lograr una articulación nueva de esa experiencia espiritual que da origen y sostiene la vida religiosa vivida en el corazón de la modernidad.

I El método

Antes de seguir avanzando, nos parece importante distinguir entre método y modo. Por modo entendemos la manera concreta, los instrumentos, las formas de llevar a cabo el discernimiento. A ello nos referimos al final de este trabajo. El método se refiere a algo más amplio. Incluye los grandes principios a tener en cuenta para realizar un buen discernimiento, las condiciones requeridas para ponerse en "estado de discernimiento", las actitudes que se nos exigen.

1. Los grandes principios a tener en cuenta

1. El objetivo final del discernimiento consiste en buscar y poner en práctica la voluntad de Dios

Esto determina todo lo que se pueda decir a continuación, sitúa la' tarea que tenemos por delante y, a la vez, será el criterio definitivo para estipular los medios, el modo adecuado de proseguir el trabajo del Capítulo.

¿Qué es lo que Dios nos está pidiendo hoy como Compañía de María, como comunidades, como individuos? ¿Qué es lo que Dios quiere hoy regalar a su Iglesia y al mundo a través de la Compañía de María? ¿Qué debemos ser y cómo debemos obrar para ser fieles a nuestra identidad y a nuestra misión?

2. Esta búsqueda no se hace partiendo de cero ni de una forma teórica o abstracta

No se trata de una simple experiencia "mística" atempórea y ahistórica. Tiene cuatro grandes referentes que sitúan el discernimiento:

- La Palabra de Dios. Todo proceso de discernimiento evangélico tiene como referente fundamental el dato revelado. En la Palabra leída y acogida con fe, rumiada, orada personal y colectivamente, encontramos la luz indispensable para clarificar nuestros criterios y afirmar o confirmar nuestras opciones.

- La comunión con la Iglesia. El discernimiento se realiza en la Iglesia, desde una profunda comunión con su vida y opciones pastorales, con una gran sensibilidad por sus necesidades, con una cordial adhesión a los pastores. A pesar de que por momentos esta relación pueda ser dificultosa, no hay vida para nosotros fuera de la comunión con la Iglesia.

- La identidad marianista. Se discierne desde lo que se es. Se exige aquí no sólo con claridad conceptual respecto a nuestra propia identidad, sino una valoración y una cordial identificación con "lo marianista". Nadie puede crecer, tener vida y ser fecundo si renuncia y corta con sus raíces. El punto de referencia fundamental será la Regla de Vida.

- La sensibilidad frente al clamor de los que sufren. Hace falta tener los oídos y el corazón de Dios ante las necesidades de los hombres. Saber situarse bien en la historia, en la cultura, descubrir en ella la acción del Espíritu, encontrar a Cristo en el pobre, poder descifrar las llamadas, los interrogantes, los anhelos de los hombres que viven a nuestro lado, son condiciones indispensables para descubrir los nuevos rumbos que el Señor quiere que tomemos.

2. Las condiciones requeridas

Intentaré agruparlas en tres grandes ítems:

1. Condiciones básicas de todo discernimiento espiritual

Por razón de brevedad, y porque muchas de estas cosas son bien sabidas, no me extenderé en la explicación. Pero en este punto nos jugamos la posibilidad de tener éxito en el trabajo postcapitular.

- El discernimiento se hace en la fe, desde la fe. No hay otra clase posible para interpretar nuestra vida y la cultura en que vivimos. Ello exigirá las mediaciones adecuadas de silencio, recogimiento, contemplación...

- Se debe aceptar vivir un proceso de purificación. El requisito más elemental de todo buen discernimiento es haber purificado nuestras motivaciones, proyectos personales, intereses previos. La purificación ayuda a tomar conciencia de sí y a verse con objetividad. Ayuda también a identificar lo que nos impide cambiar, crecer, las cosas que nos atan. La purificación supone sufrimiento, renuncia, desierto. Si no se entra voluntariamente por este camino, se entra a la fuerza. La crisis que vive la Compañía debe leerse como tiempo propicio y circunstancia providencial de purificación.

- La purificación conduce a la indiferencia, que debe interpretarse en el sentido de libertad para optar y poder hacer lo que Dios pide. Si no se llega a esta santa indiferencia, será difícil que nuestros juicios y nuestras decisiones no se queden encerradas en posturas tomadas de antemano, consciente o inconscientemente, y que se esté abierto al imprevisible querer de Dios.

2. Conocimiento profundo de la historia y la cultura

La óptica de fe en que nos hemos situado no deja de hacer indispensable el estudio profundo, científico, de la historia y la cultura. Para ello debe recurrirse a las herramientas que nos proporcionan las ciencias sociales y a los estudios que nos aporten los datos más significativos para poder comprender el hoy que vivimos.

Esta sabiduría sobre el propio tiempo no se consigue por la simple acumulación de datos. y estadísticas. Por ello, tanto o más que los científicos sociales, nos pueden ayudar los "pensadores" y los profetas de nuestro tiempo, aquellos que nos dan una "lectura", una interpretación de esos datos tratando de descifrar el "espíritu de nuestra época".

De todas maneras, habrá que evitar quedarse solamente con una interpretación de "segunda mano". Hay que salir al contacto directo con la realidad, con los hombres que sufren, con los pobres. No sirve un simple análisis de laboratorio. Se necesita que este encuentro con la historia sea existencial, cordial, "experiencial" en el sentido más amplio de la palabra.

3. Discernimiento en clave marianista

Existen algunas cualidades que especifican y dan el tono peculiar con que nos ponemos los marianistas a buscar la voluntad de Dios. Ellas son fruto de nuestra herencia y tradición espiritual. Destaco:

- La comunidad. El marianista está fuertemente marcado por lo comunitario en su vida y su misión. Sin que se nos ahorre el trabajo individual del discernimiento, creo que el Capítulo nos lanza a un trabajo comunitario de búsqueda de la voluntad de Dios "como Compañía". Las nuevas direcciones que tenemos que tomar en todos los campos de nuestra vida para situarnos bien en la cultura en que vivimos deberán ser fruto del discernimiento comunitario en todas las instancias: comunidad local, asambleas, Capítulos Provinciales, Consejos, Administración General...
- La vivencia del misterio de la Encarnación, corazón de nuestra espiritualidad. De ello se desprenderán actitudes bien concretas: la dimensión mariana, tener frente a Dios las

actitudes y el espíritu de María, el realismo, la capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias.

- La disponibilidad. En los oídos del marianista siempre resuena con fuerza: Hagan todo lo que Él les diga.

3. Las actitudes que se nos exigen

Muchas fueron saliendo al hablar de los principios y de las condiciones del discernimiento. Señalaré, sin embargo, tres aspectos que apuntan a actitudes que debemos tener o generar en cada religioso y en el grupo para poder ponernos en camino y para poder recorrerlo bien.

1. Desestructurarnos

Es lo que todo buen psicólogo hace con su paciente si quiere tocar fondo con la terapia: eliminar las "defensas". Desnudar la pobreza que vivimos, llegar a palpar nuestras necesidades básicas insatisfechas, personales y comunitarias. Pretender evadirse del dolor y la angustia que supone vivir este momento sólo conduce a una mayor frustración a largo plazo. Cuando se toca fondo, se adquiere la sensibilidad indispensable para sopesar lo que nos estamos jugando y se encuentra la motivación adecuada para entrar en este proceso espiritual.

2. Audacia y vigilancia

Son dos palabras que se han repetido mucho en el último Capítulo General. No me detengo en ellas. Se han hecho buenas reflexiones sobre estas actitudes. Baste decir que, a mi parecer, ambas nos han faltado. Tocan el corazón de nuestro problema: cómo estar en el mundo como marianista, sin ser del mundo.

3. Saber esperar el tiempo de Dios

Quizá sea ésta la actitud más chaminadiana. Ello distinguía a nuestro Fundador: esperar que se manifiesten los designios de la Providencia. No tiene nada que ver con la pasividad y el diletantismo. Pero pone a la persona y al grupo en un tono de confianza, de abandono en las manos de Dios, de serenidad que,

por una parte, compensa la "desolación" y, por otra, nos evita caer en el peligro de que esa "voluntad de Dios" sea una construcción humana fruto de las urgencias que vivimos.

II. El modo

Al referimos a la manera concreta de poner a la Compañía en "estado de discernimiento", nos enfrentamos con el gran desafío que supone movilizar un grupo humano, un cuerpo social, darle nuevo dinamismo, motivarlo para que asuma una tarea exigente. Aquellos que tengan la misión de ejercer un liderazgo, en cualquier nivel que sea, serán los principales responsables de esta tarea y pronto experimentarán dificultades. Algunas de ellas provendrán de la incapacidad del grupo para visualizar con claridad qué es lo nuevo que se está proponiendo. Otras obedecerán a la natural resistencia al cambio, a la dificultad de vencer la "inercia de lo cotidiano", a la falta de motivación, a las posturas divergentes, etc.

Me parece importante destacar el papel de los líderes. El rol de liderar ejercido personal o colectivamente, por un Capítulo o Consejo, consiste básicamente en mostrar nuevos horizontes, proponer metas que sean deseables y posibles. No creo que exista un solo modo de responder al desafío que lanzó el Capítulo General.

Situados en el terreno de lo práctico, inciden mucho las diferencias que existen entre unas realidades de presencia marianista y otras: tamaño del grupo, tipo de obras, contexto socioeclesial en que se encuentra, promedio de edad, nuevas y viejas implantaciones... De todas maneras, me atrevo a hacer algunas sugerencias en cuanto al modo.

1. Instancias

Deben combinarse fundamentalmente tres niveles: el personal, el comunitario y el provincial.

1. A nivel personal

Se trata de involucrar a cada religioso en este proceso. A ello deberán apuntar los diferentes programas de renovación espiritual. Habrá que buscar el mejor acompañamiento para cada uno y buscar las herramientas adecuadas.

Un buen disparador de un proceso de discernimiento espiritual sería atreverse a contestar las preguntas que se hicieron en Ariccia (Perspectivas para una nueva etapa, 61) y compartir las respuestas con alguien que ayude a interpretarlas. Lo ideal sería con el director espiritual. Si ese cuestionario se pudiese compartir en comunidad, sería un excelente medio de comenzar un discernimiento comunitario.

2. A nivel comunitario

Es un nivel importantísimo porque ya dejamos asentado que el discernimiento marianista se debe identificar por este rasgo. Sin embargo, la dimensión comunitaria de nuestra vida pasa por una profunda crisis, tal como se ha constatado en los últimos Capítulos Generales. Las dificultades son múltiples y van desde el número demasiado reducido de miembros de algunas comunidades, la falta de experiencia en el ejercicio concreto del discernimiento comunitario, las urgencias cotidianas... Para ello habría que garantizar:

- Que exista un grupo humano al que se le pueda exigir esta tarea. Incluyo en esta condición la existencia de un buen superior.
- Enseñar el "método" del discernimiento comunitario.
- Saber encontrar el tiempo y el espacio adecuado para hacerlo.

3. A nivel provincial

- Aprovechar que haya mecanismos de ida y vuelta entre lo que se va realizando en las bases y lo que se reflexiona en las instancias globales.
- Tener en cuenta los sectores o grupos diversos de la Provincia: por edades, trabajos...
- Especialmente se debe escuchar y acompañar a los jóvenes.

2. Herramientas

Diversos instrumentos pueden ser válidos. No hay que olvidar que el “discernimiento comunitario” tiene una metodología que supone diversos pasos, entre los que no pueden faltar la oración y la referencia a la Palabra. Parece conveniente, sin embargo, optar por una metodología común en cada Provincia a fin de unificar y facilitar el trabajo.

Una posibilidad concreta nos la ofrece el camino que intentó recorrer el Capítulo General. Según ello, habría que tener en cuenta cuatro momentos:

1. Construir el contexto

El objetivo de este momento es situarse bien en la realidad que vivimos, diagnosticar, lograr una descripción compartida de dónde estamos. Debería incluir datos de la cultura y de la realidad marianista en ella. No deberían faltar en ella las esperanzas, necesidades, temores, insatisfacciones, pecados, proyectos. El trabajo puede hacerse partiendo desde las grandes áreas que surgieron como preocupaciones en el mismo Capítulo General: Familia Marianista, Colegios, Parroquias, Vida de Fe, Vida de comunidad, Vocaciones, Formación, Gobierno y Economía. Sin embargo, hay que estar abiertos a otros grandes temas que pudiesen surgir en este primer momento en el que se intenta echar con sinceridad una mirada de fe sobre nuestra vida.

2. Articular la visión fundacional

El objetivo es dejar aflorar el carisma fundacional a fin de responder a las interpretaciones del Señor y de los hombres que deberían haber surgido como desafíos en la etapa anterior. Para ello hay que acudir a la Regla de Vida, a los documentos capitulares de los últimos años, a los documentos básicos de nuestra tradición. No deberá ser sólo fruto de un estudio científico de nuestro carisma. Hará falta acudir a las fuentes de una manera crítica, pero también acudir a nuestra experiencia concreta, a nuestra sabiduría acumulada por la vivencia de ese carisma a lo largo de nuestra historia colectiva y personal.

3. Discernimiento de ayudas y obstáculos

Este momento está muy vinculado, por una parte, con el paso primero, "construir el contexto", puesto que nuevamente miramos nuestra realidad tratando ahora de diagnosticar y describir los medios y las dificultades que nos encontramos en el día a día, que nos ayudan o suponen una barrera en la realización de nuestra visión fundacional. Por otra parte, también está en estrecha relación con el paso siguiente dado que, aunque no se trate todavía de buscar soluciones, nos ayudará a ir identificando los caminos que nos permitan responder a nuestros objetivos y a nuestra misión.

Se trata, por tanto, de detectar situaciones, estructuras, actitudes o conductas, compromisos, hábitos... que contribuyen o dificultan nuestra vida y misión marianistas. Cuanto más a fondo se logre ir en detectar las raíces de los obstáculos y medios, menos simplista o superficial será nuestro diagnóstico y en mejores condiciones estaremos de buscar las soluciones.

Es importante recordar que este paso, como el conjunto del proceso, debe hacerse teniendo siempre como puntos de referencia la cultura en que vivimos y nuestra vida. Las preguntas que deberemos hacernos estarán encaminadas a discernir, por ejemplo, qué elementos más importantes o críticos de la cultura actual influyen, con signo positivo o negativo, en los grandes temas o áreas que se identificaron en el paso anterior.

4. Tomar nuevas direcciones

Aquí sí se baja al campo de las implicaciones concretas y a las grandes opciones que hay que hacer si queremos ser fieles a nuestro carisma y a lo que hoy la Iglesia necesita de nosotros. Hay que hacer propuestas de acción que refuercen los medios con los que se cuenta o pongan los que se necesitan, que logren superar los obstáculos que hemos descubierto en nuestra vida y en la cultura, que sean efectivos a la hora de hacer frente a los nuevos desafíos.

Las propuestas deben ser, sin duda, renovadoras, audaces, inspiradoras y, sobre todo, convocantes. Deben surgir del grupo o, al menos, ser cordialmente asumidas por él.

En este campo, ya muy cerca de tener que elaborar un plan de acción, hay que priorizar esa nueva línea de acción en relación

con los aspectos que más urgentemente requieran atención, sin olvidar que lo más urgente no siempre es lo más importante o, a veces, lo factible en un primer momento. Pero aquí ya hemos llegado al nivel de las decisiones "políticas" que deberán tomar los órganos a quienes le corresponde: Administración Provincial, Capítulo Provincial.

No voy a desarrollar otra metodología. Pero, a modo de ejemplo y de inspiración, puede verse la alternativa que ofrece Pedro González Blasco SM en el "Posible esquema operativo, Hoja de Trabajo" que incluye al final de su excelente trabajo para el Capítulo General: "Vida y misión marianista en el contexto de la cultura actual".

3. Un discernimiento hecho en familia

Creo que en el actual momento que vive la Compañía, en el cual vamos tomando conciencia de nuestra pertenencia a un grupo más amplio que llamamos Familia Marianista, los laicos deberían tener una palabra que nos ayude en este camino que queremos hacer. Esto lo asume explícitamente el Capítulo General cuando afirma: "Los seculares marianistas están, normalmente, en contacto más directo con las realidades del mundo y con las culturas en las que trabajamos. Son una gracia especial para ellos. Su fe y experiencia nos ayudan a discernir y comprender la cultura. Con ellos podemos evangelizarla mejor" (MC 5). Si a ello añadimos lo que nos dice la Regla de Vida: "Ellos, a su vez, nos estimulan a ser fieles a nuestra vocación y nos enriquecen con el testimonio de su fe" (RV 5.6), estamos en condiciones de afirmar que en todas las instancias del discernimiento habrá que saber integrar convenientemente la participación de los laicos.

4. Experiencias de renovación espiritual

El contexto más apropiado para realizar esta tarea son los "programas de renovación espiritual". Allí se pueden dar el clima, el tiempo y los espacios necesarios para tomar conciencia del gran desafío que se nos presenta y de lo que nos estamos jugando. Se puede tomar la distancia necesaria para hacer un juicio crítico objetivo, se pueden dar las condiciones para "bajar las defensas" y buscar juntos la voluntad de Dios. Estos programas, que ya se están

implementando en muchas Provincias, son una gran oportunidad que no se puede desaprovechar.

Aquellos que los conduzcan deberán tener mucha claridad respecto a los objetivos y encontrar las metodologías adecuadas. Varias congregaciones han elaborado lo que sería el equivalente de los retiros ignacianos para los jesuitas. Es decir, una experiencia fuerte donde aflore fuertemente la "experiencia fundante" de la congregación, y que deje marcadas a las personas con una forma marianista de "ser, pensar y actuar". En la Compañía tenemos pendiente esta tarea. Hubiese sido muy positivo unificar un programa así para todos los marianistas.

Al menos habrá que recoger de las diversas experiencias que se hacen los elementos que sirvan para tenerlo en el futuro. Será importante convocar a aquellos que están comprometidos en esta tarea en las diferentes Provincias, para que compartan las experiencias y puedan elaborar un "mes de ejercicios marianistas".

Conclusión

El final de este camino y la confirmación de haberlo recorrido bien lo darán los mismos signos que confirman la decisión tomada después de un buen discernimiento: el gozo, la paz, la renovación de los deseos de vivir. Se deberá llegar a la "contemplación para alcanzar amor", que nos deja en una actitud serena, agradecida y con gran entusiasmo por compartir con los demás lo que Dios nos ha regalado a nosotros. Se espera de una experiencia así una gran fecundidad apostólica, una gran libertad de espíritu y la recuperación del talante profético que debe tener nuestra vida religiosa. Abramos nuestras vidas al Espíritu y a María, que serán los grandes maestros de este nuevo renacimiento de la Compañía.

2. Educación, misión y cultura

THOMAS F. GIARDINO SM

El presente artículo es una contribución a este libro sobre cultura y vida marianista, y quisiera proponer un marco de trabajo para la perspectiva educativa marianista. Lo haré buscando el diálogo entre nuestra misión y las culturas nacionales y locales

concretas en que vivimos. Pretendemos modelar estas culturas, aun aceptando que también nosotros somos modelados por ellas. Este trabajo está sacado de mi experiencia en el Oficio de Educación en la comunidad local, provincial, administración general y en comunidades marianistas de laicos⁶².

En el proceso educacional, formado por Información, Conocimiento profundo, e Imaginación, he encontrado una manera fecunda de entrar en un diálogo efectivo con los individuos y las comunidades, en el sentido amplio de educación marianista, entendida como "sembrar, cultivar, y fortalecer el espíritu cristiano y hacerlo fecundo en los hombres" (RV 74)⁶³. Esto es especialmente importante en unos tiempos en los que no existe un modelo para el futuro y en los que, por tanto, es muy fuerte la tentación de reproducir el pasado.

A pesar de nuestra toma de conciencia, la necesidad de este diálogo se ha agudizado y hecho explícito últimamente. Ya el P. Chaminade se había encontrado en una situación parecida al abrir nuevos caminos en las relaciones entre religiosos laicos y religiosos sacerdotes en la Compañía de María: "La causa de esta aparente ruptura no es un espíritu de innovación, en una religión que prohíbe novedades, sino que nace de las nuevas relaciones y nuevas necesidades y de la nueva condición de los hombres entre los que debemos realizar nuestra misión... Creemos que debemos adoptar un sistema que nos permita atacar con éxito la corrupción de nuestro tiempo"⁶⁴.

Tengo la convicción de que el Oficio de Educación, es decir, esta perspectiva, que el Fundador creyó crítica en ambas dimensiones, interna y externa, de nuestra misión, tiene un papel particular en el diálogo que el Capítulo General nos ha pedido que

⁶² En este trabajo me refiero constantemente al Oficio de Educación tanto en relación con la vida interna de la Compañía de María como en relación con el trabajo educativo en colegios, parroquias, casas de retiros, etc. Usaré las palabras educación y educador con libertad, y libre queda también el lector para hacer la aplicación que estime más oportuna. Se me pidió escribir desde mi experiencia en este amplio campo educativo, y por eso a veces apoyaré mis reflexiones con ejemplos de mi vida personal.

⁶³ En trabajos y conferencias anteriores usé la palabra *understanding* -conocimiento profundo- para lo que en este trabajo entiendo por information -información-. He hecho el cambio después de haber aprendido que *understanding* -conocimiento profundo-, ordinariamente expresa lo que yo quiero decir por el segundo elemento de *insight* -intuición discernida-. Por tanto, con el fin de hacer un uso relativamente discreto de los diferentes elementos, he cambiado las palabras. Con todo, quiero dejar claro a los lectores españoles que la palabra inglesa correspondiente a conocimiento profundo es *insight*.

⁶⁴ Guillermo José Chaminade, citado por el P. Henri Rousseau SM.

continuemos (MC 2). Con demasiada frecuencia, los responsables del Oficio de Educación de las comunidades me preguntan: "¿Qué más debo hacer una vez que ya he pedido revistas para la comunidad y he puesto una lista de conferencias y de actos culturales en la cartelera de la comunidad?".

Y en cuanto a nuestra labor en instituciones educativas, muy a menudo constato que se pone gran énfasis en las actividades académicas o pastorales, pero que se las integra muy poco en una visión unificada de la evangelización.

En síntesis: la *Información* se refiere a hechos y datos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Una vez oí a Bertrand de Jouvenal, el "padre de los estudios futuros", decir que el único método que él tenía de pronosticar el futuro era "no cerrar los ojos". Ésta es una condición básica para estar informado. El Conocimiento profundo es resultado de una actividad muy mariana de considerar en comunidad la información que hemos obtenido. La Familia Marianista tiene, creo yo, estructura histórica y sensibilidad para este imprescindible hábito de reflexión. La Imaginación, que encuentra alternativas futuras al mundo, a nuestras comunidades y a nuestras propias vidas, es la contribución a un modo de vida inspirado en la eterna presencia femenina en la Iglesia de María de Nazaret, quien, al decir *fiat*, cambió el curso de la historia para siempre.

I. Información

La información básica para un buen discernimiento es "notar" o experimentar los mundos internos y externos de que formamos parte. "¿Tenéis los ojos abiertos? ¿Tenéis percepción? ¿Están cerradas vuestras mentes? ¿Tenéis ojos que no ven?" Éstas son preguntas que de una u otra forma dirigió Jesús a sus seguidores. El marianista que quiere formar "personas y comunidades en una fe viva, expresada en un servicio que responda a las necesidades de los tiempos" (RV 63), debe estar en contacto con las evoluciones y revoluciones del mundo presente y con los antecedentes históricos que tienen relación con su origen. "Ver" es fundamental para dar con el material necesario para el conocimiento profundo y para el proceso artístico de imaginar un mundo de relaciones correctas entre las personas y entre las naciones. El escultor francés Rodin decía que "artista es el que ve; aquel cuyos ojos están abiertos y a

cuyo espíritu se le descubre la esencia interior de las cosas”.

En las comunidades marianistas y en nuestras obras educativas, estar informados significa que llegamos a los “varios mundos” en los que participamos: el de nuestros alumnos, el de sus familias, el de las asignaturas que enseñamos. En Perspectivas para una nueva etapa usamos la imagen del pionero para caracterizar este esfuerzo (PNE 2ff). Eso nos recuerda que un requisito de la Información es enviar “grupos exploradores” a territorios desconocidos, para explorar los límites de la verdad conocida. Ciertamente, eso implica riesgos si los exploradores no regresan al grueso de la caravana. Pero hay que hacerlo: si no, la alternativa es vagar sin rumbo y, tal vez, poner a toda la comunidad en peligro.

“Aunque no somos hombres del mundo, tampoco somos hombres de otra época o de otro país. Nuestras vidas no están escondidas, no están relegadas a los desiertos ni las vivimos dentro de los límites de una celda. Para actuar en el mundo tenemos que estar convencidos de que tenemos que conocerlo, con lo que nuestras vidas estarán en contacto con todos los movimientos que están marcando el rumbo a nuestra época y que requieren un nuevo orden de exigencias”⁶⁵.

El Oficio de Educación prepara y comisiona a esos exploradores, para el bien de todo el grupo, comprometido en “actuar en el mundo”. Eso requiere un pensamiento crítico sólido: Qué medios considero yo importantes para contrarrestar las tendencias antiintelectuales que se dan no sólo en grupos fundamentalistas, sino también, algunas veces, entre los marianistas. Este saber llegar al mundo con la perspectiva comprensiva que se requiere hoy día nos ayuda a llevar a la gente a darse cuenta de las verdades y tradiciones de nuestra “aldea global”.

Tener los “ojos abiertos” no es tan fácil como pudiera parecer. La tentación es cerrarlos o, por lo menos, mirar hacia otro lado cuando la realidad empieza a ser diferente de como yo la quiero ver, la espero ver o la había planeado. Exige mucho coraje y humildad mantener los ojos abiertos ante una situación que ha cambiado, o que la nueva generación entiende y siente de manera distinta a como yo la había entendido y sentido, y en la que yo había dejado

⁶⁵ Jean-Baptiste Lalanne, *El Espíritu de nuestra Fundación*, vol. 3, pág. 394.

sangre, sudor, lágrimas y hasta mi mismo ser.

Lo que se exige para este llegar al mundo para informarnos no es tan complicado. Hay que leer, escuchar y ver seriamente; pero no sólo en el campo clásico de las bibliotecas, sino también en la cultura popular y en el mercado. Necesitamos invertir tiempo en tomar notas y en sacar conocimientos de los periódicos, las revistas, la dirección espiritual, la observación de la gente, las charlas informales y las preparadas, los libros, nuestro diario personal, los boletines informativos, el cine y, en una palabra, todos los medios a través de los cuales se expresan los diversos mundos que hoy día existen, tanto los interiores como los exteriores. Todo ello supone disciplina para ser conscientes de nuestra experiencia diaria (y para llevarla luego a un tiempo de reflexión), pero es un escalón fundamental en el proceso. Las Provincias, comunidades, colegios, etc., deben preparar y apoyar a algunas personas dedicadas a esta tarea.

El educador ayuda al individuo y al grupo no sólo a enriquecerse de información, sino también a preguntar y a registrar las respuestas a estas preguntas básicas: "¿Qué viste, escuchaste y, al menos figuradamente, probaste, oliste y tocaste?". Lo importante en este punto es no saltar rápidamente a las conclusiones o a grandes interpretaciones.

En cierta comunidad marianista pedí a los hermanos que contasen algún suceso, anécdota o historia de la semana anterior que tuviese relación con el tema que estábamos tratando: nuestro conocimiento de los jóvenes de hoy. A partir de los casos que expusieron, reflexionamos sobre las características, las diferencias, etc., y al final nos preguntamos: "¿Cuál es la postura apostólica, el futuro alternativo que quisiéramos incluir como parte de nuestra acción pastoral para el año que viene?".

Otras veces he pedido a algunos grupos que confeccionen unas listas de casos ocurridos durante una semana o dos; sobre ellos reflexionamos luego, siguiendo unos esquemas o patrones. Por ejemplo, qué información han sacado del contacto con determinadas personas, del uso del dinero, de las llamadas telefónicas, de los lugares que han visitado, etc. Es necesario estar informado, es decir, conocer el mundo tal como es, para apoyarlo... o para buscarle una alternativa.

“Si no vivimos del canto, de los símbolos y la fábula, no vivimos absolutamente nada”, es una muestra de la sabiduría convencional demandada por nuestro tiempo. Sin embargo, es paradójico el hecho de que, al haber recuperado la importancia del cuento y del mito para entender nuestras vidas, nuestra fe y nuestro Dios, el impacto de información puede traer problemas a esta recuperación.

“La información dificulta la vida a cualquiera que desee aferrarse al cuento en su forma más pura. La información actúa sobre los cuentos como la lluvia sobre los castillos de arena... Frente a la información, el creyente se convierte en un constructivista o en un fundamentalista: en el primer caso, toma los cuentos a la ligera, los cambia o los abandona cuando es necesario; en el segundo, trabaja con información incómoda a través de la negación psicológica y de la represión política”⁶⁶.

En la familia marianista hay constructivistas y fundamentalistas, y también están los que han evitado los dos extremos. A menudo se encuentran en la misma comunidad, en el mismo claustro de profesores, son delegados al mismo capítulo provincial o general. La tensión resultante puede ser creativa o destructiva; en este tiempo de purificación, las virtudes de Jesús y María, virtudes centrales en la espiritualidad marianista, ponen de relieve su sabiduría. El P. Chaminade colocó en la estructura de la familia marianista elementos de tensión, con énfasis en la diversidad, el discernimiento comunitario y los tres Oficios. Sin embargo, como medio para enfrentarse con esta tensión, el Método de Dirección, que incluye el Sistema de Virtudes, es también parte de nuestra herencia y le “damos gran importancia” (RV 4.17).

Esta perspectiva histórica y este conocimiento, y su aplicación a la Escritura, a la Iglesia, a la historia civil, a los estudios marianistas y a la evaluación de los liderazgos políticos y eclesiales continúa siendo parte de nuestras vidas. Tenemos el privilegio y el reto de usar computadoras, inteligencia artificial, sistemas expertos, videoconferencias y teleconferencias y otros medios de información. Pero darnos cuenta de este reto es un desafío para una tensión más creativa. Lo que noto entre los científicos, gente de negocios y teólogos es un “reencantamiento con el mundo”, aun cuando sacan

⁶⁶ Walter Truett Anderson, *Reality Isn't What It Used To Be*. Harper and Row, San Francisco, 1990. Citado en *Future Survey*, 8 diciembre 1990.

sus datos de las computadoras para ayudar a sus proyectos.

Estar informados nos lleva a entrar en contacto con los progresos importantes del presente, a alentar, en nosotros y en aquellos a los que servimos, una toma de conciencia de los "varios mundos" en que vivimos. Estar informado no es ser un simple consumidor de experiencias, ni algo así como hacer turismo o visitar un museo. Es "no cerrar los ojos" a los hechos empíricos y sociales; y ello, al precio que sea.

II. Conocimiento profundo

Estamos en una época de "sondeos relámpago" que nos dan la lista de candidatos políticos en menos de diez segundos. ¡Eso no es conocimiento profundo! Los problemas religiosos, económicos y políticos con que nos encontramos han tardado mucho tiempo en crear y desarrollar profundos esquemas de pensamiento y comportamiento. No admiten un arreglo rápido. La tentación es reducirse a tratar los síntomas de nuestra condición en lugar de buscar las soluciones fundamentales por difícil que sea encontrarlas.

El P. Chaminade, en un momento de transición crítica de su vida, se encontró en una situación parecida. La Revolución francesa y los males de la Iglesia ya llevaban tiempo minando la sociedad. La convicción del Fundador de que "lo esencial es lo interior" nació, o se reforzó, durante su exilio en Zaragoza, en sus largas charlas con María de Nazaret, Nuestra Señora del Pilar. Esta experiencia nos da un modelo del conocimiento profundo como eje elemental en nuestro diálogo como personas con una misión en y para nuestra cultura. El espíritu del camino de fe de María y su actuación dentro de la primera comunidad cristiana es vital para nosotros. Como el P. Chaminade, también nosotros estamos llamados a ir más despacio y a desarrollar el hábito mariano de reflexión.

A nuestro tiempo le falta la práctica de la lentitud, la disciplina de ir más despacio para poder valorar la masa de información que nos llega cada día. Pero si debemos sacar un conocimiento profundo de nuestro diálogo con la cultura, el Oficio de Educación tiene un importante papel que jugar. En nuestras comunidades y obras necesitamos dedicar tiempo a conversar sobre el mundo de nuestras experiencias, en el que se sitúan nuestras creencias y sus expresiones, y para que se relacionen con la cultura de una manera nueva y más útil. Eso implica discernir los obstáculos a la fe y su

expresión, y reconocer la diferencia entre fe y sus expresiones, siempre ligadas a la cultura.

Uno de los obstáculos que se oponen a la reflexión es el activismo que nace de la buena voluntad o la inseguridad. Sólo en una atmósfera más contemplativa emerge el significado y salen a la luz los símbolos del creer, necesarios para la transformación de la cultura.

La rapidez y magnitud del cambio en nuestro tiempo es obstáculo y, al mismo tiempo, ayuda a nuestro conocimiento profundo. Ahora bien, "en la noche..., no todos los gatos son pardos", como nos recuerda el teólogo Karl Barth. Mientras estamos confundidos y apurados por el esfuerzo de estar al día en medio de tantos cambios, la misma mutabilidad de la cultura contemporánea nos ayuda en el reconocimiento de modelos, tendencias y contradicciones en nuestra vida, algo que en otros tiempos necesitaba de varias generaciones. El conocimiento profundo está precisamente en encontrar esos modelos, tendencias y contradicciones en las estructuras básicas de la cultura. Es la búsqueda para la segunda respuesta correcta. En palabras del filósofo francés Emile Chartier: "Nada es tan peligroso como una idea cuando es la única que se tiene".

El conocimiento profundo de la tradición marianista se alimenta en las reuniones frecuentes que forman parte de nuestras estructuras formales e informales. En los consejos regulares y en las reuniones de comunidad, apoyados por las diferentes perspectivas de los tres Oficios, ahí es donde la segunda respuesta correcta emerge sobre los enigmas de la vida comunitaria, ética médica, ministerio, y la miríada de preguntas que nos vienen cuando nuestras experiencias ya no coinciden con las formulaciones de la fe, la Regla de Vida o la última circular de la Administración General.

Este marco comunitario permite a los educadores formular las preguntas que llevan al conocimiento profundo. Por ejemplo: "¿Qué cosas funcionan realmente, y cuáles no, en tu comunidad, ministerio, vida, trabajo u otro campo, en la actualidad? ¿Qué cosas funcionan ahora que no funcionaban antes? ¿En qué terrenos están experimentando los hermanos y las comunidades fracaso o progreso? ¿Qué planteamientos están siendo cuestionados? ¿En qué campos están haciendo las comunidades o los hermanos nuevas

elecciones en sus vidas?”⁶⁷.

El proceso incluye escuchar, conectar con los otros, argumentar respecto a las diferencias y la libertad. El Oficio de Educación puede ayudar a la comunidad y a la obra a desarrollar las actitudes necesarias para que esos diálogos se desarrollen con libertad y responsabilidad. Este trabajo comunitario de consenso, elemento de la tradición educativa marianista desde nuestros orígenes, es necesario y “deseable en una Compañía compuesta de miembros diferentes, separados por la distancia pero unidos por lazos invisibles, de modo que somos capaces de mantener contacto con ese centro común, del que provienen los principios energéticos de acción y vida”⁶⁸.

En el marco educacional, formal o informal, las actividades para desarrollar el conocimiento profundo nos animan a dar a los alumnos y a los profesores una posibilidad de reflexionar en sus mundos a la luz de nuestra filosofía de la educación, del Evangelio y de los compromisos contraídos. Los centros de educación tienen un papel muy importante en este proceso, no sólo para proporcionar datos, sino también para crear el ambiente que permita a los alumnos reflexionar sobre el significado de los hechos y de sus contextos, junto con lo que las diferentes disciplinas aportan a la búsqueda del significado.

En una reciente visita a un colegio marianista de Argentina, me gustó mucho oír hablar de un programa para los alumnos llamado “Introducción al silencio”. El programa está encaminado a enseñar que es posible adquirir las cualidades necesarias para ir más despacio, para centrarse en uno mismo y practicar la reflexión crítica. Aunque los medios de comunicación tienen un gran poder, no son invencibles. En mis años de enseñanza en colegios de bachillerato, di cursos sobre televisión, cine y otros medios de comunicación. El principio en las diferentes actividades era sacar la fuente de estímulo de su contexto normal, y dar a los alumnos, mediante unas sencillas preguntas, la oportunidad de repetidas experiencias de ver u oír. En este marco, los anuncios de la

⁶⁷ Sacado de la correspondencia privada del autor con Margaret Tomlinson, del Institute for Cultural Affairs, Chicago.

⁶⁸ Del *Manual de pedagogía cristiana para uso de los profesores de la Compañía de María*, 1857. Citado por Joseph J. Panzer SM en *Educational Traditions of the Society of Mary*. Dayton, The University of Dayton Press, 1965, pág. 154.

televisión, por ejemplo, pierden mucho de su poder seductor. Lo mismo se puede hacer con la radio, los periódicos o cualquier otro medio de comunicación. Este método también se puede emplear en las comunidades marianistas.

Mientras que semejante análisis puede ser aburrido o pedante, el estilo educativo marianista se caracteriza por el espíritu de familia, que fomenta y estimula el conocimiento profundo y reta al profesor a estar "con" los alumnos en un clima de mutuo aprendizaje. Comenzamos con experiencias y necesidades reales de personas concretas. Estamos cerca de la persona. Jean-Baptiste Lalanne, el fiel discípulo del Fundador y gran educador, expresaba así esta idea: "Aun admitiendo que los educadores sean hombres prudentes y religiosos, afirmo que, para dar una buena educación, deben vivir una vida de familia con sus alumnos". "Hay tres modos de educar: instruyendo, predicando con el ejemplo y viviendo en comunidad". "El ejemplo salta a la vista, la enseñanza, en cambio, sólo se entiende y se siente a través de la vida comunitaria"⁶⁹.

La necesidad del conocimiento profundo tiene mucho que ver con los temas vitales de la cultura contemporánea: derechos humanos y económicos, pérdida de la moral pública y privada, ética ecológica, papel del hombre y de la mujer, imagen de la buena vida, etc. Joan Konner, decano de la Facultad de Periodismo de la Universidad de Columbia (Nueva York), dijo de la situación de los Estados Unidos algo que también es aplicable a otros muchos países desarrollados o en vía de desarrollo: "Existe una guerra civil en la sociedad de nuestros días, un conflicto entre dos culturas americanas, cada una de ellas con diferentes valores. Los contendientes son la ganancia privada y la responsabilidad pública; la ambición personal y el bien de la comunidad; las medidas cuantitativas y los intereses cualitativos"⁷⁰.

El conocimiento profundo basado en una adecuada información nos ayudará a desarrollar lo que John Dewey, filósofo de la educación, llamó "los hábitos vitales (de la democracia): la capacidad para seguir una discusión, entender el punto de vista del otro, ampliar los límites de nuestra comprensión, debatir sobre los

⁶⁹ Jean-Baptiste Lalanne, *El Espíritu de nuestra Fundación*, núm. 379.

⁷⁰ Citado en *New News and War of Cultures*, Bill Moyers, en *International Herald of Tribunal*, 24 marzo 1992, pág. 7.

objetivos alternativos que se puedan tomar⁷¹. Esta reflexión y debate, realizados por las comunidades marianistas y las personas abiertas al Espíritu Santo, que escuchan la Palabra de Dios al modo de María (MC 2), son la base para la imaginación audaz que se necesita para transformar el mundo en reino de Dios (PNE 3).

III. Imaginación

Al llegar a esta tercera parte, me pregunto si la imaginación, y también todo lo que he escrito en este artículo hasta ahora, tiene alguna importancia frente a los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas. Durante un diálogo con una comunidad marianista de Lima (Perú), la casa se estremeció, las ventanas vibraron y enseguida empezamos a oler a humo. Pensamos que era un ataque del grupo terrorista Sendero Luminoso. Y estábamos en lo cierto. Pero lo que no sabíamos entonces era que, como resultado de la explosión de un coche bomba a pocas manzanas de distancia, uno de los hermanos presentes en la reunión, y que había hecho unos comentarios muy bellos sobre el significado de la fe, acababa de perder a una prima hermana y a dos hijos de la misma, víctimas del atentado.

¿Qué tiene que ver la imaginación con este marianista, con su comunidad, con la ciudad de Lima y sus alrededores, que se han visto, en los últimos años, y aún se ven, como una ciudad sitiada?

“Imaginación es el poder de crear las imágenes que necesitamos para entender lo que estamos experimentando y responder a ello... Nos falta imaginación cuando nos quedamos petrificados frente a nuestras experiencias, congelados, incapaces de aceptar lo que está frente a nosotros y de vivir con ello. Nos falta imaginación cuando nos quedamos parados, sin damos cuenta de que las fuerzas que están cerca de nosotros están a punto de destruirnos. En cambio, tenemos una buena imaginación cuando, frente a cualquier realidad, sabemos muy bien lo que Dios nos pide entonces. Una buena imaginación es lo opuesto a resignación, abdicación, optimismo ingenuo o desesperación. Es el fundamento de la esperanza. Con la imaginación transformamos la suerte en

⁷¹ *Ibíd.*

destino"⁷².

No hay respuestas fáciles a un hecho tan brutal como el antes citado de Lima. Pero la imaginación está muy relacionada con la esperanza, que es el camino para el siguiente paso. Esta relación tiene que ver con el sentido de lo posible, con la creación de alternativas futuras en y para nuestras comunidades, ciudades, vida religiosa, familia marianista y nosotros mismos. El mundo pertenece a los que le ofrecen esperanzas, dijo Teilhard de Chardin. Buscamos una esperanza fecunda, nacida de nuestra fértil imaginación y conseguida por unos marianistas que tienen un compromiso compartido y una misión común. La auténtica esperanza lleva, de la misión y visión, a una realidad tridimensional. Por tanto, los frutos de la imaginación no deben quedar en la mente o en el papel.

El Oficio de Educación de la comunidad antes mencionada, y de todas nuestras comunidades y obras educativas, debe estimular nuestra imaginación a fin de encontrar alternativas audaces frente al fatalismo, la futilidad y la frustración con que tan a menudo nos topamos hoy, y en esto somos solidarios con la gente de Perú y de tantos otros países que pasan por situaciones similares. Estamos aquí para ser "como Cristo, Palabra Encamada... Queremos vivir con los hombres de nuestro tiempo y compartir sus alegrías y esperanzas, su dolor y angustia" (RV 11). Esto, tal vez, signifique ponemos en una nueva situación, aprender a ser oyentes activos en una situación vieja, echar mano de nuestro sentido lúdico y de nuestro humor, buscar la manera de ayudar a los adictos al trabajo a encontrar formas de descansar.

Lo repito, no tenemos respuestas fáciles en este punto. Pero como dijo El Greco: "Aun en la oscuridad parcial hay cosas que ver, disfrutar e imitar". En una comunidad, para estimular nuestra imaginación a través del Oficio de Educación, organicé una serie de veladas a base de dibujos animados y otros filmes cortos con temas de ciencia ficción, fantasía e historias verdaderas de gente animosa. La experiencia también resultó bien con los alumnos. Estos esfuerzos no tienen nada de frívolos si guardan relación con las estructuras y los procesos que indicaré más adelante.

⁷² Ron Rolheiser, *Paschal Imagination and our Faith Life*. Living with Christ, 16 mayo 1992, pág. 142.

La imaginación favorece las manifestaciones, que comienzan en las relaciones entre nosotros mismos, en nuestras comunidades y colegios y que nos dan, por ejemplo, la experiencia de que es posible una integración satisfactoria y efectiva entre el bien común y el bien individual. Hace poco me topé con un marianista que, donde los demás sólo veían un solar vacío, él imaginaba un pequeño parque infantil para niños pobres. Ante esta diferencia de opinión, surgió, entre él, los alumnos y los padres, la búsqueda de una alternativa futura. La imaginación también es válida a la hora de pensar, por ejemplo, cómo acabar con el hambre en su ciudad para finales de este siglo. Ése es el compromiso y objetivo del "Proyecto Hambre", organización que lucha por conseguir un cambio social global en los Estados Unidos.

Los dos primeros elementos, Información y Reflexión, son muy importantes para evitar que la imaginación sea una ilusión irreal.

En nuestras comunidades y en nuestros barrios pobres comencemos, como lo hizo el P. Chaminade, por las necesidades reales de las personas reales.

Las demostraciones prácticas nos proporcionan un testimonio, un laboratorio de transformación dentro del cual se alimenta la esperanza; nos ofrecen un lugar para la esperanza y la imaginación frente a las abundantes razones que existen para la desesperación. Las comunidades y las aulas de clase, por tanto, deben mostrar las estructuras y procesos del "futuro presente". Esto no es sólo una frase bonita; significa que los marianistas deben crear, con sus mentes y sus cuerpos, una atmósfera en la que los otros experimenten que la dignidad humana, la libertad, la justicia, la solidaridad y la reconciliación son posibles en las otras áreas de sus vidas.

María creó ese ambiente en Caná "y los discípulos de Jesús creyeron". Ella dijo fiat en un futuro desconocido, y con su cuerpo concibió al Señor de la historia.

Experimenté un gran estímulo en una reunión que tuve con el Consejo de Dirección del colegio marianista de Callao (Lima, Perú). Este colegio está justo enfrente de la comisaría que había sido destruida por el coche bomba antes citado. El fin de la reunión era cómo estimular su imaginación con respecto a lo que los alumnos debían experimentar y aprender para tener esperanza, y cómo desarrollar la capacidad y el deseo de contribuir a una nueva

estabilidad política y económica. La ciudad había sido declarada en estado de sitio, varios colegios habían sido bombardeados y los padres estaban muy preocupados por la seguridad de sus hijos; en esta situación, ¿qué hacer para ayudar a los profesores a imaginar cómo debía ser su enseñanza para que contribuyese al testimonio de un Perú diferente? No evocar imágenes de esperanza es fracasar en la misión educativa marianista y ceder a la fatalidad.

Una de las razones por las que la imaginación es importante en el diálogo misión/cultura es que el fatalismo es una epidemia en nuestros días. La magnitud y complejidad de nuestras preocupaciones en la vida pública y privada nos llevan fácilmente a una parálisis. El caso de Lima es impresionante, pero existen miles de preocupaciones menos dramáticas que la mayoría de nosotros experimentamos. La identidad y el papel de la vida religiosa es una preocupación vital para la Compañía de María. Muchas ideas y símbolos que antes nos daban esperanza y paz se han demostrado no válidos hoy, pero aún no ha habido tiempo, en el período postmoderno, para que surjan otros símbolos. ¡No esperemos que sean creados por una comisión provincial!

Dada la crisis de símbolos y metáforas en los últimos veinte años, nuestra imaginación se ha soltado, para orientarse por nuevas vías o para ser usada de modo diferente. Justo lo que hicieron Tomás de Aquino y los escolásticos -con gran revuelo de algunos eclesiásticos- cuando empezaron a usar el lenguaje de la filosofía y la ciencia de Aristóteles para expresar las verdades religiosas.

“La física cuántica y la teoría de sistemas han comenzado a darnos nuevos lenguajes y conceptos cuyas implicaciones se han vuelto, en las dos últimas décadas, muy importantes para los teólogos y pensadores religiosos... Al mismo tiempo..., el movimiento femenino... ha hecho realidad lo que Jung proclamó del símbolo de la Asunción de María: levantó el poder de lo femenino, desde las tinieblas del inconsciente hasta la luz de la discusión pública y religiosa⁷³.

El papel de la educación en la Familia Marianista es ayudarnos a familiarizarnos con los nuevos sistemas y movimientos que tengan, como dijo el P. Chaminade, el potencial “que nos permita

⁷³ Rosemary Haughton, *Belief and Culture*, en “In All Things”. Ed. Robert J. Daly, SJ, Kansas City, *Sheed and Ward*, 1990, pág. 161.

atacar eficazmente la corrupción de esta época". Sin embargo, no todo concepto nuevo merece nuestra atención; se necesitan el discernimiento y la vigilancia, como aconseja el artículo 11 de la Regla de Vida. Pero en tiempos de cambio, cuando aparecen fácilmente el miedo o la desesperación, con mucha frecuencia no pasamos de la simple vigilancia o del buscar sólo la ventaja personal y la seguridad, en lugar de buscar algo por lo que valga la pena estar vigilante.

La educación para la imaginación está muy relacionada con la misión. "Esta preocupación de ser testigos fieles es muy necesaria para una comunidad que quiere transmitir al mundo la liberación de Jesucristo. Cuanto más penetrante sea nuestro discernimiento, mayor será nuestra audacia apostólica" (RV 11). El P. Chaminade estimaba mucho su título de "Misionero Apostólico". La mayoría de nosotros somos misioneros más en el tiempo que en el espacio. Esto quiere decir que hemos crecido en una cultura que ya no existe y que, por tanto, somos unos inmigrantes en la cultura contemporánea. Necesitamos aprender nuevos idiomas: tecnológicos, espirituales, bíblicos y, a veces, también el de la juventud de hoy.

Conclusión

La imaginación es peligrosa para las autoridades atrincheradas y para los poderosos cobardes, porque es impredecible y porque tiene una energía y una creatividad que rebasan los viejos recipientes y las longevas categorías de verdad, belleza y unidad. Para que un Oficio de Educación estimule la imaginación, se necesita coraje, humildad y gran santidad.

No estamos solos en esta esperanza de futuras alternativas ni en la creación de situaciones que ensayen la forma en que la vida podría ser vivida por todos. Hay una "comunidad de los santos" pasada y presente que nos acompaña: Pablo, Perpetua, Francisco, Aquino, Erasmo, Bernadette, Federico von Hugel...

"Cada uno elevó los símbolos, por lo menos, un poco, cada uno vio la luz a través de un cristal de color diferente. Cada uno testificó, algunas veces hasta la muerte, la posibilidad de afirmar la fe a través de expresiones verdaderas enraizadas en la cultura,

llegando a producir flores no esperadas, diferentes pero claramente derivadas del mismo tronco vigoroso⁷⁴.

Creo que la perspectiva educacional que fluye del carisma marianista tiene la función de ser líder en la información, de nutrir el conocimiento profundo y de estimular la imaginación. Este proceso es crítico en la creciente toma de conciencia que tenemos del impacto de la cultura en nuestra misión y de nuestro deseo de impactar en la cultura. Ya sea en una comunidad local, en un programa de formación de catequistas parroquiales o en un colegio, el educador, como líder que es, concentra su atención en objetivos y aspiraciones valiosas, y estructura actividades que afectan a la manera en que vivimos y por la que los individuos, comunidades, Provincias, etc., asumen su responsabilidad y dan cuenta del bien común. "De esta manera, podemos llevar a cabo nuestra misión de evangelizadores, en el seguimiento de Cristo, Hijo de María" (MC 2).

(Traducción: Eduardo Campos,
Víctor Müller SM, Douglas Roper SM.)

3. La comunidad religiosa en la nueva cultura

P. LORENZO AMIGO SM

I. La cultura moderna y postmoderna

Aunque no se pudo profundizar el tema, las discusiones en torno a la cultura, en el Capítulo General de Dayton, en 1991, pusieron de manifiesto:

- La existencia de una subcultura marianista, encarnada en diversas culturas (Q. Hakenewerth). Una tarea fundamental para los años venideros será analizar y asimilar esa cultura y "mística marianista". Desde ella podremos responder a los retos que nos plantea la cultura actual.
- La homogeneidad de la llamada cultura occidental. Es de esta cultura de la que se va a hablar en este pequeño trabajo. Aquí se describen tan sólo algunas características que están teniendo gran impacto en la vida de comunidad. En este

⁷⁴ *Ibíd.*

libro aparecen otras contribuciones que describen, general o parcialmente, el panorama de la cultura actual. Con todo, cada comunidad es la que tiene que estudiar la situación de la microcultura o subcultura en la que está inserta y que condiciona su vivencia y anuncio del Evangelio.

- La existencia de diversas culturas en el mundo. Ello implica su relatividad, por más que a veces las convirtamos en una especie de ídolo. Por eso es necesario el discernimiento. Éste no se puede hacer sin un diálogo serio con la cultura actual, aunque sea para proponer una "resistencia cultural". El mundo actual, por más perdido y cerrado al Evangelio que nos parezca, sigue siendo objeto del amor de Dios. Éste envió a su Hijo al mundo no para condenarlo, sino para salvarlo: "Tanto amó Dios al mundo, que le dio su propio Hijo" (Jn 3,16-17).

El discernimiento que se nos pide no se puede reducir a una enumeración de las diversas actitudes sociológicas en el contacto de dos culturas: choque, asimilación, desaparición de una, coexistencia en paralelo según las clases sociales. La fuente de inspiración y de discernimiento tiene que ser el Evangelio (cfr. *Perfectae Caritatis*, 2).

En el Evangelio se nos muestra cuál es la adecuada relación con el mundo y con la cultura. Es una relación dialéctica que hace justicia a las exigencias de identidad y de relevancia. Sociológicamente éstas se excluyen, pero no evangélicamente. Sociológicamente, un partido político, en la medida en que insiste en la ortodoxia doctrinal, pierde votantes porque excluye a los que no comulgan con sus ideas. En la medida, en cambio, en que diluye el mensaje ideológico, gana votantes pero sus bases se sienten traicionadas y engañadas.

El Evangelio, por el contrario, mantiene ambas exigencias, identidad y relevancia, no sólo como compatibles, sino como inseparables. La sal tiene que ser sal para mantener su eficacia pero, para realizar su función, tiene que penetrar en los alimentos (Mt 5,13). La levadura tiene que ser levadura, pero sólo hará de fermento si se mezcla con la masa. Traducido en palabras de san Juan, se trata de "estar en el mundo sin ser del mundo" (Jn 17,15-19).

Este trabajo no pretende analizar todos los rasgos característicos de la cultura actual, sino tan sólo aquellos que nos

parece tienen mayor incidencia en la vida de comunidad. El Capítulo General de Dayton apenas pudo abordar el tema: "... el consumismo, el individualismo exagerado, el relativismo moral y el activismo, tan presentes en la cultura actual, destruyen la vida comunitaria" (Misión y Cultura, 22). El Capítulo General de Ariccia había puesto de manifiesto, seis años antes, lo difícil que es decir sobre la comunidad algo que sea válido para todas las comunidades marianistas. Sin duda, estaba inquietando ya el individualismo: "En una palabra, tratamos de superar todo lo que de negativo pueda tener un individualismo que nos cierre egoístamente en nosotros mismos y nos convierta en contrasigno para la comunidad y para aquellos que nos rodean" (Perspectivas para una nueva etapa, 74).

Me parece que en nuestra cultura hay tres factores que están condicionando fuertemente la vida comunitaria:

1. La indiferencia religiosa hace que la existencia misma de una comunidad religiosa resulte insignificante o irrelevante. La identidad y la relevancia de la comunidad religiosa están seriamente amenazadas por este magma ambiental que todo lo invade y que vuelve ineficaces los esfuerzos de las comunidades por renovarse. La respuesta no puede ser otra que volver a nuestra inspiración primitiva: formar comunidades que ofrezcan el espectáculo de un pueblo de santos.

2. Las relaciones débiles y no comprometidas amenazan al tejido social de la comunidad y llevan al individualismo o a vivir juntos en nombre de la eficacia y de lo que hay que hacer. Pero desaparece el elemento evangélico de la fraternidad que anticipa ya el Reino. Por eso hay que potenciar el auténtico espíritu de familia.

3. El individualismo narcisista hace que la persona y su autorrealización se conviertan en el centro de todas las preocupaciones. La vida religiosa aparece como una oferta de autorrealización concurrente con las que ofrece el mundo. De esa manera, la vocación religiosa está siempre en desventaja frente a las oportunidades que ofrece este mundo, tan rico para el que tiene medios. Si la vida religiosa quiere ser una oferta atractiva, lo tiene que ser en la línea evangélica: el que pierde su vida, la gana. Hay que volver a la abnegación en el seguimiento de Cristo y a la solidaridad con el pobre.

1. La indiferencia religiosa

El P. Chaminade se dio claramente cuenta de que el destino de la fe en el mundo moderno es la indiferencia religiosa. Es un fenómeno distinto del ateísmo. Significa que el problema de Dios es irrelevante e insignificante para la vida del hombre. Da igual que Dios exista o no. Uno no se siente vinculado ni relacionado con él ni se toma la molestia de negarlo.

Coincide, sin duda, en parte con la llamada secularización. Sus orígenes están ligados a la revolución industrial, efecto de la aplicación de los conocimientos científicos a la técnica. La ciudad actual, con sus posibilidades y amenazas, es el emblema de este mundo secularizado, como la aldea lo era de lo sagrado. La sociedad surgida de la Ilustración supone una diferenciación de órdenes y una especialización de funciones. Ya no es la religión la que controla y jerarquiza las grandes estructuras sociales: economía, política, cultura, ejército. Más aún: no existe hoy día una instancia que imponga sus leyes a las demás. Estamos condenados a vivir en un mundo fragmentado. En algún momento se creyó que iba a ser la ciencia la que pusiera orden en el caos. En realidad, cada instancia tiene sus propias normas de funcionamiento, aunque cada una trata de aumentar su esfera de poder. En general, la vida social se ve cada vez más acaparada por la política y por el Estado-Providencia, cuya bancarrota puede llegar de un momento a otro. Quizá sea, con todo, exagerado considerar con Feuerbach la política como la nueva religión, la religión del futuro.

La religión se queda confinada, cada vez más, en la esfera de lo privado. Los valores últimos y más sublimes han desaparecido de la vida pública y se han retirado al reino de la vida mística o a la fraternidad de las relaciones inmediatas de los individuos entre sí (M. Weber). El sistema de juego nacional e internacional en el que se solucionan los problemas mundiales necesita hombres indiferentes, a los cuales la religión no los lleve a exclusivismos totalitarios ni les haga soñar con una salvación del mundo fundada en la religión.

El hombre moderno, la sociedad moderna, siguen necesitando de la religión para integrarse en la sociedad de manera que no resulte disfuncional. Es lo que descubre la sociología actual al tratar de la autonomía individual, de la autorrealización, de la identidad

personal y de la aceptación de la finitud. Pero se trata de una religión invisible que ya no configura la sociedad⁷⁵.

Aunque no se crea en Dios, se conserva, por inercia o por consenso, una serie de valores venidos del cristianismo y apreciados en la sociedad occidental: libertad, igualdad, fraternidad. Estos valores ya no se fundan en Dios, sino que las ideologías más bien insisten en su incompatibilidad.

Confinada la religión a lo privado, en la sociedad reinan la tolerancia y la libertad religiosa. Con ellas se posibilita un desenganche respecto a la Iglesia. Estamos asistiendo a un proceso de deseclesialización. No es la religión la que desaparece. Al contrario, aunque las grandes religiones están perdiendo el juego en beneficio de las sectas. En la mayoría de éstas se busca tan sólo una experiencia del yo, sin referencia al mundo de la sociedad y de la trascendencia. Se cultiva un irracionalismo que busca la realización y elevación religiosa sin ceñirse clara e inequívocamente a un dogma de fe. Los pensadores postmodernos, en vez de hablar de Dios, hablan de "lo divino" como de un politeísmo casi griego que gira en torno a Dionisos y al culto a la vida. Esta adoración y divinización de la vida no pone en contacto con alguien trascendente, sino que es una especie de panteísmo vital. Se vive la religión por libre. Incluso grupos cristianos se reclaman de la verdadera Iglesia, pero no quieren saber nada con la jerarquía.

La Iglesia-Institución aparece a los ojos de los hombres como el portavoz de tradiciones sin porvenir. Se percibe en ella el acento sobre el orden y la autoridad; la desconfianza respecto a la libertad; una intolerancia que perdura; una imagen de envejecimiento y de reticencia ante todo lo nuevo e inédito; un cierto dualismo que no toma verdaderamente en serio ni la historia ni el mundo. Si se espera algo de la Iglesia, es más bien lo sagrado que lo portador de sentido. Son pocos los europeos que descubren en la Iglesia al portavoz de una novedad duradera del Evangelio. Muchos europeos postradicionales están a la búsqueda del Reino de Dios, pero para ellos la Iglesia no aparece como reflejo de ese Reino. Al contrario, para ellos, esta Iglesia es el símbolo de la fase tradicional. Tienen necesidad de testigos postradicionales del Reino. Donde los encuentran, se sienten comprendidos.

⁷⁵ Cfr. T. Luckmann, *La religión invisible*. Salamanca, Sígueme, 1973.

La secularización de la vida ha traído sus ventajas para el individuo y para la sociedad, que se puede decir que han llegado a una edad adulta. Pero no se puede ignorar su impacto en la vivencia de la fe. La sociedad secularizada segrega indiferencia religiosa de la misma manera que la sociedad tradicional envolvía a las personas en lo sagrado. Hoy día se han vuelto ininteligibles para las generaciones jóvenes no sólo el lenguaje religioso, sino también las experiencias que éste pretende transmitir.

2. La sociedad débil

Hemos asistido, en los últimos años, al hundimiento del comunismo, y con él a la quiebra del pensamiento revolucionario. Nadie está interesado hoy día en cambiar el mundo. Los sistemas liberales individualistas han triunfado. Algunos pronostican ya el final de la historia. Estamos ante el auge del neoliberalismo o neoconservadurismo postmodernos.

Todo en el mundo occidental da a entender que no estamos por la aventura y el cambio. Cada uno intenta replegarse sobre sí mismo, a su comodidad. El Sur es visto como la gran amenaza a nuestro mundo de abundancia. La Europa comunitaria intenta levantar una muralla infranqueable ante la avalancha de emigrantes que vienen a por las migajas que caen de nuestras mesas.

A los ideólogos de la postmodernidad no son ya las grandes estructuras sociales las que interesan, sino simplemente las relaciones cotidianas de las personas y los grupos. Aparece así una sociología de la vida cotidiana, una historia de la vida cotidiana: "Nunca como antes nos hemos recogido dentro de nosotros mismos, nunca como antes el individuo se ha mirado dentro de sí y se ha preocupado de sí mismo y de los suyos cercanos, de su felicidad y de su bienestar, relacionándose superficialmente con los demás o manteniendo relaciones de baja intensidad con las instancias tradicionales de participación social: asociaciones, partidos, sindicatos, iglesia..."⁷⁶.

"Esta escasa vitalidad asociativa no se contradice con el incremento nominal en el catálogo de asociaciones inscrito en los

⁷⁶ Francisco Andrés Orizo, *Los nuevos valores de los españoles. España en la Encuesta europea de valores*. Madrid, Ediciones SM, 1991, pág. 15.

registros oficiales. Pero el hecho es que la gente no se enrola como afiliado o militante... Los impulsos participativos de la gente se encaminan por otras direcciones: las que circulan en el espacio social cercano al individuo, en los grupos pequeños y en las redes de sociedad y tribales, y las que se mueven en un espacio social más amplió, en los llamados movimientos sociales, que se organizan sólo para situaciones específicas sin obligaciones de afiliación y militancia"⁷⁷.

"La última figura del individualismo no reside en una independencia soberana asocial, sino en ramificaciones y conexiones en colectivos con intereses miniaturizados, hiperespecializados: agrupaciones de viudos, de padres de hijos homosexuales, de alcohólicos, de tartamudos, de madres lesbianas..."⁷⁸.

Esta sociedad, que se nos presenta con menos vivacidad psicológica, es, por tanto, una sociedad con menos intereses, menos motivada, algo más tranquila e integrada, algo más apelmazada también: sociedad desapasionada, en definitiva. En realidad, son los individuos los que son ahora menos apasionados.

Las aguas sociales que discurren por entre las emociones de la gente se han aquietado aún más y en ciertos casos hasta se han remansado o estancado. Una lectura positiva de esto sería que se ha llegado a una sociedad más cristalizada y madura, más hecha, que no asume riesgos colectivos y que sigue con su capacidad de absorción que le permite asumir cambios sin traumas. Pero es posible, también, una lectura negativa: tenemos una sociedad menos interesada por las cosas, por plantearse proyectos; menos viva, menos movilizable y más inserta en la rutina. Lo que podríamos llamar, en los dos casos, una sociedad débil: más orientada a la templanza que a la fortaleza⁷⁹. Una sociedad prudente, que desconfía de los lejanos, pero tolerante, que remitiría a los ámbitos de la libertad (de pensamiento) y del imperio de la razón.

El contrapeso lógico de esta falta de confianza en la gente lo constituye el depositar la confianza en el ámbito más privado de uno

⁷⁷ Cfr. Orizo, *op. cit.*, pág. 133.

⁷⁸ G. Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, Anagrama, 1986, pág. 13.

⁷⁹ Cfr. Orizo, *op. cit.*, pág. 224.

mismo: la familia. El refugio y la compensación que se buscan se encuentran en la vida familiar, sobre todo, y en otros ámbitos que se localizan, quizá, en otras redes sociales y relaciones de socialidad.

Lo que a primera vista equivaldrá a que, cuanto más se acentúe esa desconfianza, en mayor medida indicará una situación social próxima a la insolidaridad (convencional), al retraimiento respecto a las vías clásicas de participación social, a la defensa de la propia privacidad y de los particulares reductos afectivos; al detrimento de la fluidez social, en definitiva.

Se cultivan las virtudes sofí: es llamativo el ascenso que registra una virtud de orden social como es la de los buenos modales a inculcar a los niños, que implica una demanda de orden y una recuperación de formas, del ascenso de la forma (de la configuración y el diseño) como emblema de nuestra postmodernidad y como medida de higiene social. Vienen, después, el sentido de responsabilidad y la tolerancia y el respeto por los demás, que responderían a una demanda de disciplina interior en la relación con los demás. Sigue la obediencia, como expresión de una disciplina extensa que no pierde su vigencia. Luego vienen la imaginación e independencia, la disciplina material, el sentido de ahorro. Y para lo último quedan las creencias religiosas, la determinación y la perseverancia, ocupando el último puesto la abnegación⁸⁰.

Uno podría creer que este hombre postmoderno no es sensible a las necesidades de los demás. De ninguna manera: en el horizonte empiezan a emerger nuevas solidaridades todavía sin identificar: ecologismo, feminismo, pacifismo, Tercer Mundo...

3. El individualismo narcisista

Libertad e igualdad son las dos grandes conquistas de la modernidad, las dos grandes bases de la política moderna, y como tales tienen una larga tradición de lucha y reflexión sobre sí mismas.

En la medida en que una sociedad se va desarrollando económica, social y políticamente, en esa misma medida se va preocupando más por las dimensiones de la libertad que por las de

⁸⁰ Cfr. Orizo, *op. cit.*, pág. 230.

la igualdad. A la mayoría de la gente le cuesta creer que libertad e igualdad sean procesos antagónicos.

El ejercicio de la libertad entraña casi siempre la apropiación de espacios, recursos, posiciones sociales codiciadas y bienes escasos. Ello, a su vez, no sólo genera diferencias, sino también desigualdades, las cuales, dada la naturaleza humana, tienden a consolidarse.

Junto con la 'libertad viene la permisividad. El "prohibido prohibir" de los graffiti del Mayo del 68 sigue vigente. Todo está permitido. Se cuenta con que nadie se va a oponer. Para no hacer una cosa, tendría que existir una oposición explícita.

Libertad significa participación de los ciudadanos en todos los ámbitos, humanización y personalización, libertad de expresión. De la autoridad en la sociedad democrática liberal se espera que pase desapercibida lo más posible, aunque, curiosamente, son muchos los que esperan la solución de sus problemas del Estado-Providencia.

"Más importante que el dinero o los bienes materiales, la realización personal o desarrollo de la propia individualidad colma o remata la pirámide escalonada de needs -de impulsos, aspiraciones y necesidades- del individuo, muy lejos de aquellas primarias de subsistencia. Se ubica, diríamos, en el estadio superior de la jerarquía de necesidades del individuo: en el área de lo espiritual, de lo simbólico y estético"⁸¹.

Estamos asistiendo al nacimiento de un nuevo tipo de hombre, que ha roto con la tradición y muestra su escepticismo frente al hombre primitivo, al hombre religioso, al homo sapiens de la Ilustración, al homo faber de anteayer. Se le ha denominado homo psicologicus⁸². Es un hombre lúdico, vital, concreto, posibilista, sin ética, estético e insolidario. Tiene poco interés por las cosas del pensamiento. Es emocional, experimental, expectante.

Quiere más libertad con más seguridad. Consume cultura como un objeto más.

⁸¹ Cfr. Orizo, *op. cit.*, pág. 228.

⁸² Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, Anagrama, 1986, pág. 51.

Si el héroe de los años sesenta, de aquellos que quisieron transformar el mundo, fue Prometeo, ahora los disfrutadores del mundo se miran en Narciso, que murió ahogado en la fuente en la que contemplaba, extasiado, la belleza de su figura. Hoy día los Narcisos se miran en otros para solucionar sus problemas íntimos⁸³.

El valor central reside en la persona, en mi persona. Los valores a ella vinculados son la felicidad, la seguridad, la libertad de acción y de decisión. Se trata de la realización del yo, del dominio del destino personal, de la consideración social. El interés se dirige a las actividades agradables. Son los valores vitales los que triunfan y una visión deportiva de la vida.

II. La vida de comunidad en la situación sociocultural actual

1. Un pueblo de santos

La secularización de la sociedad ha afectado también, positiva y negativamente, a la vida de comunidad. Sin duda alguna, la secularización ha llevado a un predominio de los elementos comunitarios sobre los societarios y a la personalización de la fe frente a una vida religiosa puramente de observancia. Pero no se puede negar que ha hecho desaparecer muchos signos de identidad externos (sobre los cuales el P. Chaminade no insistía demasiado) que permitían visibilidad a la fe, mientras que ahora se corre el riesgo de entrar de lleno en la religión invisible o en una fe totalmente confinada en la intimidad personal. Es lo que uno constata, sobre todo, en las personas de la antigua observancia. Al desaparecer las condiciones sociales que favorecían unas prácticas religiosas con cierta eficacia en la vida, quedan las prácticas como consuelo personal, pero no tienen ningún impacto en la vida, sobre todo en la realidad social (a veces, tampoco en la vida de la persona). Desprovistas de una mística, del espíritu interior (espíritu de fe y de oración de nuestro Fundador), se convierten en prácticas ascéticas a las que es difícil permanecer fiel.

Los fallos que se detectan en las comunidades tienen que ver con la falta de espíritu religioso o de mística, que ha llevado a creer

⁸³ Cfr. G. Lipovetsky, *op. cit.*, pág. 14.

que bastaba un cambio de estructuras más acordes con la sociedad secularizada para poder evangelizar esa cultura. El Concilio ya había denunciado como ilusión esperar la renovación a partir de elementos exteriores de la vida sin una auténtica conversión interna (*Perfectae Caritatis*, 2)⁸⁴.

Algunos pensaron que bastaba con abandonar las comunidades tradicionales por unas de inserción para que todo estuviera solucionado.

En realidad, la crisis de la vida religiosa es una crisis de identidad. A ello se añade el que las estructuras de la vida religiosa no están nada claras. Ha desaparecido, gracias a Dios, la distinción de vida activa y vida contemplativa. Pero las estructuras de los diferentes tipos de vida son diversas menos para el celibato. Existe una ambigüedad de la comunidad en la vida de las congregaciones apostólicas, pues muchas veces no permiten construir esa comunidad con los continuos cambios y las actividades apostólicas. Hay que decir claramente lo que se quiere. No se puede estar al mismo tiempo al servicio de unas obras y una misión y pretender luego determinado tipo de comunidad.

La crisis de la vida consagrada es sólo una manifestación situada de la crisis de toda la Iglesia en el paso de la cristiandad a una nueva presencia en el mundo. La vida religiosa, como la Iglesia, ha renunciado a su secular separación del mundo. Las señas de identidad que expresaban esa separación han ido desapareciendo progresivamente. Poco antes de la Revolución francesa, la vida religiosa seguía siendo monástica en sus planteamientos. El P. Chaminade vio que estas estructuras no estaban a la altura de las circunstancias e intentó una fundación nueva, inserta en el mundo, con el espíritu interior como única muralla de protección. La realización concreta hizo que la vida marianista se tradujera en pequeñas o grandes obras propias que permitían fácilmente nuestra identificación como religiosos.

La evolución de la Iglesia nos ha arrastrado por caminos nuevos que han ido esfumando cada vez más los signos externos de identificación y pertenencia y, con los signos externos, también la propia identidad religiosa o el carisma propio. Las congregaciones

⁸⁴ Manuel Cortés SM, "Nuestra vida marianista ante los retos del futuro", en R. Echarren Ystúriz y otros, *Análisis en perspectiva de futuro. Asamblea de El Escorial, 27-30 de julio de 1988*. Madrid, Ediciones SM, 1988, págs. 128-129.

han redescubierto lo que las une entre sí y con toda la Iglesia y han puesto menos el acento en lo que las distingue.

La crisis vocacional que vive toda la Iglesia afecta no sólo a las vocaciones consagradas, sino también a las sacerdotales, y a las cristianas. Los obispos se ven necesitados de sacerdotes y echan mano de los religiosos para las parroquias. Los religiosos vieron en ellas un nuevo campo de apostolado que los integraba en la pastoral de la Iglesia, dejando de ser iglesias paralelas, como a veces se acusaba a la vida religiosa. Pero esto ha traído una inmersión en el cristianismo convencional con una pérdida de identidad del religioso sacerdote y de visibilidad de la comunidad religiosa. La vida religiosa, llamada a ser profecía en la Iglesia, se ha vuelto inofensiva en medio de la religión. Para una congregación como la nuestra, compuesta de religiosos sacerdotes y religiosos laicos, las parroquias están resultando un reto, sin duda creativo, pero que hace tambalear muchas certezas pasadas. Muchas veces los fieles perciben al sacerdote, pero no al miembro de una comunidad religiosa, porque ésta apenas tiene entidad estructural.

El deseo de inserción y de pasar desapercibido ha llevado a diluir las objetivaciones y particularismos, produciendo en la comunidad una mezcla confusa frente al principio de "unión sin confusión" del Fundador. La misma comunión eclesial queda uniformada y empobrecida. Los religiosos marianistas han cultivado la indiferenciación de carismas y de responsabilidades. Religiosos sacerdotes y religiosos laicos sólo se diferencian por el sacramento del orden, pero luego no se ve en qué se traduce. No hay que extrañarse de que el joven religioso, al llegar el momento de la profesión definitiva, no se atreva a fijar su estado. Faltan estructuras que den coherencia y plausibilidad. Los que más han perdido son, sobre todo, los sacerdotes. Como los demás religiosos, incluso como los seculares, han orientado muchas veces su actividad hacia la profesión profana como medio de autorrealización y de apostolado por ósmosis y han abandonado las tareas específicas anejas al ministerio sacerdotal. Por el contrario, algunos hermanos están totalmente dedicados a actividades casi clericales. En general, los religiosos laicos, enseñantes o en trabajos técnicos y manuales, han quedado confinados a su profesión como modo de presencia en el mundo.

El abandono de las grandes comunidades vino motivado por el deseo de inserción y por la sospecha de que las grandes obras, más

que un testimonio evangélico, resultaban un antitestimonio, pues ponían de manifiesto el poder de la institución y su separación del común de los mortales.

Cuando a raíz del Concilio se empezaron a asumir obras nuevas (parroquias) y a vivir en pequeñas comunidades, de suburbio o no pero independientes de una obra común, se estaban siguiendo la llamada evangélica y la petición de la Iglesia, pero también las exigencias de la cultura actual, más preocupada de los aspectos comunitarios que de los puramente societarios. Las circunstancias del trabajo en nuestro tiempo imponían también determinados cambios.

Los religiosos empezaban así a vivir en ambiente secular (hasta entonces reservado al clero secular) y ya no en sus obras. Esto ha producido una secularización de la vida religiosa en sí misma y en sus expresiones. No cabe duda de que la intención era evangélica, aunque no siempre suficientemente discernida⁸⁵.

No son sólo las comunidades pequeñas las que han reducido sus estructuras al mínimo (RV 3,1). También las comunidades grandes han dejado cada vez más margen de libertad al individuo y han disminuido los aspectos llamados societarios. Se ha hecho en nombre de los aspectos comunitarios, como el diálogo y la comunicación y la libertad personal. Algunos más radicales afirman que la comunidad está en función de la misión o, mejor, que la persona del religioso está en función de la misión, y convierten la comunidad en una pensión o en un hotel. Al ser cada vez más diversos los horarios de las personas, los actos comunes quedan reducidos a comer juntos, a vivir bajo un mismo techo y a un rato de oración por la mañana. La comunidad, vaciada cada vez más de su contenido, se vuelve progresivamente más invisible. Los de fuera no perciben la existencia de una comunidad religiosa. Descubren a determinadas personas que realizan determinadas funciones a través de las cuales entran en contacto con ellos.

Digamos dos palabras de cara al futuro. Sociológicamente están coexistiendo comunidades tradicionales y comunidades de inserción. Ambas tienen que encarnar los grandes valores de la vida religiosa:

⁸⁵ J. A. García, *Hogar y taller. Seguimiento de Jesús y comunidad religiosa*, 3.ª ed. Santander, Sal Terrae, 1991, págs. 167-184.

- Ante todo, ninguna comunidad puede estar cerrada sobre sí misma. Tiene que estar abierta a la realidad de la Iglesia y del mundo. Esto es urgente en las comunidades más tradicionales. Han de abrirse y saber acoger, sobre todo, a las comunidades seculares marianistas, de donde les pueden venir los mejores impulsos renovadores. Las comunidades de inserción han de ser capaces también de suscitar estas comunidades seculares marianistas, de la misma manera que apoyan otros tipos de comunidades eclesiales existentes.

- Comunidades grandes y pequeñas deben ser una especie de laboratorio de experimentación espiritual donde se cultiva lo que se ha llamado "la virulencia de lo sagrado cristiano" (Álvarez Bolado). Se trata de redescubrir aquellas comunidades proféticas, o simplemente la primera comunidad cristiana del cenáculo, reunida en torno de María a la espera del Espíritu Santo. Cada comunidad tiene que ser un foco de irradiación espiritual en nuestro mundo cada vez más secularizado, en el que la gente ya ni siquiera echa de menos a Dios. Los religiosos debieran continuar siendo hombres de Dios, y nuestras comunidades, un lugar donde se puede encontrar a Dios. Cada comunidad religiosa debiera ser también un centro de proyectos apostólicos elaborados y discutidos conjuntamente con esas comunidades seculares.

- La pérdida de elementos societarios tiene que ser compensada con elementos comunitarios religiosos. Ante todo, con una identidad marianista clara⁸⁶ y una fe compartida en la escucha de la Palabra de Dios. Sólo así se podrá contrarrestar esa indiferencia religiosa ambiental y ofrecer al mundo el espectáculo de un pueblo de santos como quería nuestro Fundador.

2. El espíritu de familia

Las relaciones débiles, características de la cultura actual, plantean un reto a las comunidades religiosas. El individualismo puede representar la muerte de la comunidad religiosa, al mismo tiempo que propicia proyectos mucho más personales, mucho más

⁸⁶ Insistencias parecidas aparecen en Pedro González Blasco, "Nuestra vida marianista de cara al futuro", en R. Echarren y otros, *Análisis en perspectiva de futuro*. Madrid, Ediciones SM, 1988, pág. 118.

originales, mucho más ricos que cuando nosotros entramos en la vida religiosa.

La mayoría de los marianistas actuales fueron formados en un estilo de vida comunitaria en el que predominaban los aspectos societarios. Existían unas normas comunes aplicables a la totalidad para el cumplimiento formal. Existían unos cauces de actuación únicos, para todos y de obligado cumplimiento. A todos afectaban las mismas pautas de disciplina común. La vida diaria estaba reglamentada por horarios comunes y actos para todos. Todos trabajaban en obras propias. La vida común implicaba una gran uniformidad y creaba un espíritu de cuerpo parecido al de la milicia, al que se trataba de infundir el llamado espíritu de familia. Lo que pasaba es que también las relaciones en el interior de la familia humana tenían buenas dosis de formalismo y de distancia. Hoy día, el abismo generacional existente en la familia tiende a crecer. Los padres tienen la sensación de que los hijos jóvenes viven en casa como en una pensión.

En la vida religiosa se han producido grandes cambios en las relaciones humanas. Religiosos y religiosas han reencontrado un corazón de carne. Ya no es soportable estar juntos, unos al lado de otros, sin estar en comunión, sin la exteriorización de los sentimientos. Este cambio en las relaciones afecta también a las personas de fuera de la comunidad, a las que ya no se renuncia como antes.

En el momento presente conviven ambas tendencias y estilos de vida. El peligro está en haber destruido las estructuras antiguas, que daban cohesión al grupo social, y no haber logrado todavía implantar nuevos cauces que favorezcan la convivencia y el compromiso. Al no haber un proyecto común, surge la indiferencia de los unos respecto a los otros, motivada por la falta de confianza y por el bloqueo en la comunicación. En general, los religiosos hemos tenido una cultura predominantemente libresca. Somos capaces de comunicar ideas, pero difícilmente vivencias y sentimientos. Tenemos la sensación de que eso compromete demasiado y que es más cómodo que los demás no entren en nuestra vida ni nosotros nos metamos en las de ellos. Curiosamente, religiosos que cultivan grandes amistades con personas seglares son incapaces de comunicarse mínimamente en el interior de la comunidad. En buena parte, la composición actual de las comunidades dificulta esa comunicación. Probablemente las

comunidades actuales contradicen todas las normas sensatas que recomiendan la sociología y la psicología para favorecer la comunicación humana.

Los elementos societarios que antes existían daban un sentido de cuerpo, del cual uno se sentía orgulloso. Ahora se hace muy difícil la pertenencia a realidades que me superan a mí y a mi pequeño grupo de personas con las que sintonizo. La desafección existente respecto a la Iglesia o a la congregación religiosa no se debe a la maldad de las personas, que sólo ven el mal en las instituciones. Se debe, sencillamente, a que las personas estamos hoy día mucho más individualizadas y subjetivadas. Por eso se nos hace mucho más difícil pertenecer a entidades que nos sobrepasan geográfica e históricamente.

La desaparición de los radicalismos hace que los aspectos de exclusivismo que tenía la comunidad religiosa, asimilada en sociología a las "sectas" (grupos de seguidores de un líder carismático), se hayan diluido. La fidelidad al grupo religioso es compatible con otras fidelidades humanas, que a veces ocupan el primer lugar en el corazón de la persona. Los fieles, el barrio, etc., se convierten a veces en punto de referencia de las fidelidades en las que nos escudamos frente a los proyectos de la Provincia religiosa. Uno podría pensar que millares de personas le reclaman en el barrio o en la parroquia. En realidad se trata de grupúsculos con los que uno se siente bien.

No es fácil mantener una pertenencia leal al grupo religioso que al mismo tiempo sea crítica y creativa, que no ignore la necesidad de reforma existente en cada institución.

El mundo moderno, por su dinámica participativa y de consenso, exige infinidad de reuniones. Todos empezamos a estar hartos de ellas, y las primeras que se dejan son las reuniones de comunidad, o se hacen utilizando el tiempo de la oración de la tarde. Los aspectos comunitarios de diálogo y comunicación no acaban de encontrar los cauces adecuados. Durante las comidas se habla de deportes. En las reuniones de comunidad se suelen sacar temas formativos teóricos donde nadie arriesga su propia vivencia. Se instaura así una dinámica de consenso basada en "respeto mutuo y que me dejen en paz". De esa manera, las comunidades se empobrecen progresivamente y las personas buscan otros foros de diálogo. La falta de madurez que muchas veces se descubre en la vida religiosa se debe a esa ausencia de relaciones comprometidas.

Sin duda que esa inmadurez existe también en el mundo. Pero la comunidad religiosa tolera más fácilmente que el matrimonio la huida del cara a cara y el refugiarse en sí mismo. Al no tener una ligazón afectiva fuerte, las relaciones en la comunidad resultan poco estimulantes y no son capaces de movilizar las energías del religioso.

Si en los años sesenta los grandes problemas fueron de identidad, actualmente es la pertenencia la que está en entredicho. Alguno ha dicho humorísticamente que se entra y se sale muchas veces de la propia congregación y que no se entra definitivamente hasta pasados los treinta años. Desde luego, los jóvenes se resisten al compromiso definitivo que cierra otras puertas detrás de uno. Si se quiere que la vida de comunidad no quede reducida a un grupo de personas que coexisten o una panda de amiguetes que se lo pasan bien, es necesario:

1. *Potenciar el diálogo comunitario*, estableciendo los cauces para ello, siendo conscientes de que eso requiere reservar tiempos específicos para construir la vida de comunidad. Y que no basta con intercambiar ideas. Es la vida con todos sus avatares apostólicos la que hay que compartir.

2. *Redescubrir la corrección fraterna*. Mientras no admitamos que los demás tienen algo que decir sobre nuestras vidas y que eso puede ser enriquecedor para mi propia persona, las relaciones tenderán a ser superficiales en aras a la paz comunitaria.

3. Autorrealización y abnegación

La persona humana y su dignidad han sido colocadas, no sólo por la cultura actual, sino también por el Vaticano II y los últimos papas, en el centro de sus preocupaciones. Es verdad que el individualismo y subjetivismo vician muchas veces de raíz los proyectos de autorrealización personal. Se defiende el derecho absoluto de cada uno a hacer lo que quiera con su vida.

En la vida religiosa hemos pasado del predominio absoluto del grupo sobre la persona, a la conquista de ciertos espacios que permiten proyectos personales específicos. Éstos no siempre son fáciles de integrar en el proyecto común de una comunidad o de una Provincia.

Las relaciones con los superiores y la manera de entender la autoridad y la obediencia han sido también transformadas en profundidad por el espíritu democrático reinante en el entorno. Ha crecido la importancia de la comunidad frente al superior de antes, privilegiando unas relaciones horizontales frente a las de dependencia vertical. Se apela al discernimiento personal y comunitario, actitud sin duda muy necesaria. Pero no siempre queda en claro quién es el que debe tomar la última decisión y si el súbdito está dentro del círculo de la obediencia o pretende orillarla. La autoridad tampoco acaba de entrar en la onda de acoger los proyectos personales y tiende a creer que sólo lo que emana de arriba está legitimado.

Se va dando cada vez más una mayor sensibilidad hacia las necesidades personales y situaciones de los religiosos⁸⁷: humanización de algunas pautas y normas religiosas (traje, trato con la familia...); mayor consideración hacia las opiniones de los religiosos en la toma de decisiones. Pero no se pueden ignorar los peligros que nos acechan: instalación en la mediocridad del conjunto; insensibilidad ante problemas que no nos afecten directamente; confort de vida, consumismo ablandador de actitudes y mitigador de esfuerzos; vivir lo cotidiano que agobia, y no pensar, no buscar a corto o medio plazo⁸⁸.

Ante estas situaciones, nos parece necesario:

1. Optar decididamente por una vida en la que la atención a las situaciones personales deberá primar sobre lo institucional⁸⁹.

Pero esto exige que el estilo de nuestras comunidades se centre menos en sí misma y en crear un ambiente gratificante para sus miembros, y se abra cada vez más a la realidad circundante que hay que evangelizar. En buena parte, la crisis espiritual que estamos viviendo se debe a que muchos han perdido el celo apostólico. Al estar situados en ambientes de abundancia, uno acaba dando vueltas simplemente en torno a su propia persona y, con el avanzar de la edad, en torno a su salud. El futuro de la vida religiosa depende en buena medida de la vivencia de la pobreza, cosa difícil de conseguir sin un contacto real con los pobres.

⁸⁷ González Blasco, *op. cit.*, pág. 116.

⁸⁸ González Blasco, *op. cit.*, pág. 95.

⁸⁹ González Blasco, *op. cit.*, págs. 110 y ss.

2. *Potenciar la figura del superior, de manera que sea un auténtico líder espiritual que acompaña la marcha de la comunidad y de cada hermano*⁹⁰.

Bibliografía

Atilano Alaiz, *La comunidad religiosa. Profecía de la nueva humanidad*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 1991.

J. Álvarez y otros, *Presencia de los religiosos en la nueva sociedad*. Madrid, IVR, 1973.

José Antonio García, *En el mundo desde Dios. Vida religiosa y resistencia cultural*, 2.^a ed. Santander, Sal Terrae, 1989.

José Antonio García, *Hogar y taller. Seguimiento de Jesús y comunidad religiosa*, 3.^a ed. Santander, Sal Terrae, 1985.

Pedro González Blasco SM, "Nuestra vida marianista de cara al futuro", en R. Echarren Ystúriz y otros, *Análisis en perspectiva de futuro*, Asamblea de El Escorial, 27-30 de julio 1988. Madrid, Ediciones SM, 1988, págs. 87-120.

Luigi Guccini, *La vita consacrata a vent'anni dal Concilio*. Atti del convegno di "Testimoni", Mendola, 8-13, settembre 1986. Bologna, EDB, 1986.

G. Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo- contemporáneo*. Barcelona, Anagrama, 1986.

Julián López García - María Begoña de Isusi, *El reto de la sociedad moderna a la vida religiosa*. Bilbao, Mensajero, 1970.

Francisco Andrés de Orizo, *Los nuevos valores de los españoles*. Madrid, Ediciones SM, 1991.

José María Salaverri SM, *Encarnación y vigilancia*. Circular n.º 8, 8 de diciembre de 1984.

⁹⁰ González Blasco, *op. cit.*, págs. 113-114.

CONCLUSIÓN

Audaces y lúcidos

P. JOSÉ MARÍA ARNAIZ SM

La lectura de este libro entrega criterios sobre la relación entre cultura moderna y vida marianista; pero deja con algo más: la propuesta de unas actitudes con las que se debe vivir en esta cultura como marianista. A través de estas páginas se nos ha pedido audacia y lucidez; estas disposiciones nos permiten afrontar adecuadamente nuestro contexto cultural. El religioso marianista audaz y clarividente procederá bien frente a las situaciones que nos toca vivir.

Audaces

La Regla de Vida nos pide audacia en dos ocasiones. Cuando hemos hecho un discernimiento penetrante, nos corresponde actuar con audacia (RV 11). La Compañía de María quiere revivir la audacia apostólica de los primeros tiempos (RV 75).

En otros varios artículos nos describe el perfil del marianista audaz: sólo es audaz quien ha dejado todo, quien vive la disponibilidad en la que nos sitúa la pobreza (RV 64, 7 y 8); quien mira a la primera comunidad de cristianos para revivir el Evangelio con todo el rigor de su letra y de su espíritu, crecerá en audacia; el que es vigilante no empaña la fuerza interior hacia el bien y la fuerza de la Palabra del Señor (RV II); llega a confesar con valentía al Señor; somos audaces cuando nos comprometemos irrevocablemente en el servicio al Señor, a María y a los hermanos; la audacia va unida a la alegría; el marianista que actúa audazmente irradia alegría (RV 38); la audacia auténtica nos llega con el Espíritu de Jesús; si este espíritu toma posesión de nuestras vidas, nos llenamos de audacia. María inspira nuestro comportamiento audaz; si, a ejemplo de María, tenemos una fe que asume riesgos, una total docilidad al Espíritu y una delicadeza humana abierta a toda necesidad, somos audaces (RV 65); el característico dinamismo de la fe marianista lleva a la audacia, que se ejercita en la conversión del corazón y también en la lucha por la justicia, la libertad y la dignidad humana (RV 72 y 5,6); para vivir la vocación marianista, se requiere espíritu de caridad y de libertad, expresión clara y

condición indispensable de la audacia (RV 114); cuando el Señor guía nuestra vida, se termina en la audacia (RV 2.26).

La propuesta de la vida marianista en sus inicios fue audaz, hecha por un hombre audaz y para creyentes audaces. El P. Chaminade era consciente de que surgía en la Iglesia un grupo de hombres y mujeres audaces, capaces de dar una nueva batalla en el campo de la sociedad del siglo xix. Este espíritu de audacia está latente en toda su reflexión y actuación. Al marianista le viene bien que sea caracterizado como audaz, y que audazmente proceda en la cultura actual; que no le falte empeño para superar la dificultad y alcanzar el bien elevado y grande; que tenga el don del Espíritu de la gracia de la audacia. Sólo con audacia se vive bien la gracia marianista en la cultura actual.

Lo opuesto a la audacia es el temor. La audacia mueve, dinamiza, crea, ayuda a avanzar y crecer; el tímido se paraliza y paraliza a los demás, destruye y retrocede, disminuye y reduce la vida. Frente al bien arduo y difícil cae en un estado depresivo. Se tiene mucho miedo a la cultura moderna. En ella son muchos los cristianos que temen por su fe y los religiosos que la enfrentan como una amenaza para su vocación. Sobredimensionan el poder y la acción del dinamismo de la cultura moderna; reducen en exceso su identidad; la consideran, por principio, nefasta y fuerte. Ella rige y controla nuestra vida y le da sentido y forma; frente a ella no nos queda más que sumisión, a ratos desesperada. Para situarnos adecuadamente, necesitamos audacia, actitud que supone la fortaleza cristiana, con la que se supera el mal que se pone por delante y que obstaculiza el bien (Mc 15,43).

Lúcidos

El marianista audaz se sitúa bien y bien procede en el mundo actual si, además, es lúcido. A la cultura actual se la identifica como cultura de la duda, la sospecha, la confusión y, en el fondo, de la oscuridad; así la hemos experimentado muchas veces; nos deja sin saber qué hacer y en plena incertidumbre; nos pasa con excesiva rapidez de lo vertical a lo horizontal, de lo absoluto a lo relativo, de la verdad a la sinceridad, de lo especulativo a lo operativo, de lo inmutable a lo provisional, de lo permanente a lo provisional. Frente a estos cambios, se precisa mucha lucidez para no equivocarse y, sobre todo, para actuar con convicción.

En estas páginas se han dado orientaciones para no enmarañarse en la red de la cultura moderna. La Regla de Vida marianista nos pide insistentemente lucidez; nos quiere ver actuar iluminados por la fe; nos deja con una sabiduría del corazón que nos permite intuir bien y saber elegir lo que es recto. En ella se nos propone, como camino de lucidez, el discernimiento personal y comunitario (RV 40-42), la obediencia que libera del egoísmo (RV 31), la dirección espiritual (RV 2.26), el estudio y la serena reflexión (RV 4.11), el examen de conciencia que nos permite ver y juzgar bien sobre nuestra propia vida y la de los demás (RV 4.12).

Para ver bien y tener lucidez, se necesita ausencia de malicia, sencillez en los ojos y corazón abierto. El discernimiento cultural no es sólo cuestión de agudeza teológica o moral, sino de amor de Dios, de nueva conciencia y de iluminación; no se ejercita desde una técnica aplicada a la interioridad, sino desde una luz que produce en nosotros el Espíritu, ya que lo suyo es identificarnos con Jesús. El discernimiento auténtico cambia también nuestra visión de la realidad externa y, en concreto, de la realidad cultural; nos da la lucidez para no confundir la Iglesia con el Reino; cuando se hace en fidelidad a la Palabra, se concluye que no se puede mitificar a nadie ni a nada y se adquieren ojos nuevos con los que se ve hondo y profundo; pero en ningún caso nuestra mirada es de solitario, sino solidaria con la del Evangelio, que se hace imagen viva en la búsqueda humana de la autenticidad, en la esperanza de los pobres, en la fortaleza sin rigidez y en lo que cuesta pero pacífica.

Un principio clásico de comportamiento cristiano nos recuerda que la esperanza es madre de la audacia: *spes mater audaciae*; en esta misma tradición de vida cristiana, la audacia y la sabiduría han ido de la mano. Con el ejercicio en audacia y en lucidez, el marianista está pertrechado para caminar por entremedio de la cultura moderna "solo y a pie" y, mejor aún, en compañía. No podemos contentarnos con conservar nuestros viejos pozos y volver la vista atrás; se trata, más bien, de transmitir el arte de cavar pozos nuevos. En esta cultura se precisa anunciar el Reino sin reemplazarlo por ídolos. Ello requiere un esfuerzo de pensamiento y de acción que sólo será posible con un redescubrimiento de la esperanza cristiana. La llamada nueva evangelización no se hará más que con hombres y mujeres fuertes en la esperanza y que sepan dar razón de lo que creen y aman. Así procederán con audacia y con lucidez.

La cultura actual, hecha de creencias, valores, costumbres, ideas, comportamiento... está influenciando zonas importantes de la vida marianista: la vida de fe, la comunión, la misión, la identidad y la formación. ¿Qué hacer para no dejarse determinar por las corrientes culturales que nos invaden y hacer un sencillo pero valioso aporte para transformar la cultura en cultura nueva, sana y estimulante? En esta perspectiva nos deja Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*⁹¹.

¿Qué se requiere para procesar evangélicamente y con espíritu marianista estas influencias? Se requiere lucidez y audacia. Las bienaventuranzas juntan lucidez y audacia. La cultura moderna precisa ese espíritu. La vida religiosa, como institución y forma de vida, encarna y difunde este espíritu. A través de los diferentes aportes de este libro, queda claro que la vida religiosa marianista, si es fiel fundamentalmente a la radicalidad evangélica y no a la cultura dominante, se convierte en una forma de vida marcada por tres dimensiones:

- Interioridad y trascendencia.
- Amistad, comunión y fraternidad.
- Acción, misión y caridad pastoral.

La búsqueda de la interioridad, muy presente en la tradición marianista, nos libera de las fuerzas del consumismo y de vivir con estímulos de superficie y de medio ambiente; esta búsqueda nos pide la sabiduría del corazón, la fuerza para hacer determinadas renunciaciones y la convicción profunda para realizar grandes y pequeñas opciones que producen las mejores certezas. La sociedad y cultura del consumismo no está haciendo a la gente feliz⁹². Cuando entro en mí mismo, puedo encontrar la verdad, la luz, la alegría... puedo encontrar a Cristo, y Cristo puede comenzar a ocupar todos los espacios de mi ser, principalmente el espacio afectivo.

⁹¹ "Hay que alcanzar y modificar por la fuerza del Evangelio a la humanidad: criterios de juicio, valores determinantes, modos de vida, líneas de pensamiento que contrastan con la palabra de Dios y con el designio de salvación". Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 19.

⁹² "Hay que tener presente que los votos de castidad, pobreza y obediencia son portadores de una "cultura evangélica" que ha de vivirse en el seno de la matriz cultural de una comunidad religiosa. Por otro lado, la cultura de los votos, que es una vocación apostólica, quiere introducirse en las corrientes culturales y recrearlas evangélicamente, pasarlas por el filtro del Evangelio" (José Antonio García, *En el mundo desde Dios*. Sal Terrae, 1988, pág. 18).

La llamada a la comunidad, que marca la espiritualidad y la acción marianista, convive al lado de un individualismo desenfrenado. La cultura actual, y en general la sociedad, se caracteriza por este marcado individualismo, pero en su interior se mueve la llamada al hecho comunitario. La comunidad es lugar privilegiado para el encuentro con Cristo y con los hombres y mujeres. Para reaccionar contra el individualismo y asumir todo el dinamismo de la propuesta comunitaria, precisamos lucidez y valentía; sin estas actitudes, muchas veces nos ilusionaremos por la comunicación, el diálogo, la participación, el compartir la amistad y los proyectos comunes, pero no lograremos hacer realidad nada de eso. A la vida religiosa marianista, en medio de su sencillez frente a la crisis global de cultura sana y abierta que atraviesa el mundo, se le abre la posibilidad de erigirse en "modelo" y propuesta de la nueva civilización. En esa propuesta no pueden faltar conductas alternativas, causas nuevas por las que haya que luchar y vivir, distintas de las ya existentes.

La interna experiencia de Dios y la vivencia de la comunión y de la fraternidad nos llevan a la evangelización y a la misión⁹³.

Quien quiera ser fiel al dinamismo de la fe marianista deberá estar muy atento a las necesidades humanas de los hombres; la nuestra es una fe que siempre está en acción; en algún momento fuerte de nuestra vida nos llega la gracia de optar en favor del compromiso con los más necesitados. Como María en la visitación, al ir a servir a Isabel en el momento del parto, termina anunciando el Evangelio⁹⁴. Éste es el modo de proceder del marianista. La experiencia demuestra que, para llegar a una renovación abierta, a las necesidades de los hombres, a sus problemas y anhelos, se precisa lucidez y audacia.

De una u otra forma, creemos que la vida marianista es nuestro filtro de la cultura moderna. Ella nos lleva a pasar las múltiples manifestaciones culturales de nuestro tiempo por el tamiz de validez absoluta, el de la palabra de Dios escuchada en la actitud humilde y sencilla de María. Las cosas se entienden mejor cuando se

⁹³ "El amor a la verdad busca la contemplación; la necesidad creada por la caridad impone la actividad justa" (San Agustín, *La ciudad de Dios*, 19, 19).

⁹⁴ "La Virgen María se hizo sierva del Señor. La escritura la muestra como la que, yendo a servir a Isabel en la circunstancia del parto, le hace el servicio mucho mayor de anunciarle el Evangelio con las palabras del Magnificat" (*Documento de Puebla*, núm. 300).

encarnan. Para nosotros, este principio es muy orientador. Por este motivo, la concreta figura de María, consagrada al servicio de Dios y de los hombres, es más elocuente que la teoría para enseñar y educar en audacia y en lucidez. Después de haber estado al pie de la cruz, María puede transmitir, como por contagio, este espíritu de valentía y de sabiduría que necesitamos hoy.

LIBROS DEL DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES MARIANISTAS

Colección ESPIRITUALIDAD MARIANISTA

N.º 1. *El Espíritu que nos dio el ser*

“Antología fundamental marianista”

Quentin Hakenewerth SM

N.º 2. *Una alianza con María, la madre de Jesús*

Alfonso Gil SM

N.º 4. *Manual de espiritualidad marianista*

Quentin Hakenewerth SM

Colección HISTORIA MARIANISTA

N.º 1. *Día a día desde Bogotá-Sur*

José María Salaverri SM

N.º 2. *El Padre Vicente*

“Vicente López de Uralde, marianista”

Francisco Armentia SM

N.º 3. *Recuerdos de la guerra del 36*

“Informes de 27 marianistas movilizados”

Varios autores

Colección DOCUMENTOS MARIANISTAS

N.º 1. *Audacia y lucidez*

“Vida marianista y cultura moderna”

Varios autores

Colección ESPIRITUALIDAD MARIANISTA

N.º 3. *Por los caminos de la misión*

“Guillermo José Chaminade, fundador de los marianistas”

Philippe Pierrel

N.º 5. *Oremos con el Nuevo Testamento*

Jacinto Martínez SM

N.º 6. *Una única familia*

“Nuestra composición mixta de religiosos sacerdotes y religiosos laicos”

Ignacio Otaño SM

Colección HISTORIA MARIANISTA

N.º 4. *Personal marianista en España, 1883-1916*

“Postulantes, novicios, escolásticos, profesos”

Manuel Barbadillo SM

N.º 5. *Adela de Trenquellèon*

Eduardo Benlloch SM

N.º 6. *Historia de la llegada de los marianistas a España, 1830-1887*

Manuel Barbadillo

Colección NUESTRAS FUENTES

N.º 1. *Cartas del P. Guillermo José Chaminade, vol. 1*